

*M*emorias *C*erbuña

Cerbuna (Pedro). n. Fonz (Huesca) 1538, m. 1597, eclesiástico, contribuyó decisivamente a la fundación de la Universidad de Zaragoza.

Cerbunidad. f. Carácter genérico de todos los cerbunos. 2. Conjunto y comunidad de cerbunos. 3. ant. cerbunismo.

Cerbuno. adj. fam. Dícese de los estudiantes y graduados del Colegio Mayor Universitario Pedro Cerbuna de Zaragoza. U.t.c.s.



Zaragoza, 1996

© Autores varios

I.S.B.N.: 84-88502-41-9
Depósito legal: Z. 3.530-1996

Edita:

Editorial KRONOS
Menéndez Pelayo, 4
50009 Zaragoza

Imprime:

Coop. de Artes Gráficas
LIBRERIA GENERAL
Pedro Cerbuna, 23
50009 Zaragoza

INDICE

AÑOS 20 Y 30

1. LA RESIDENCIA UNIVERSITARIA DE ZARAGOZA. *Antonio Peiró* 13

AÑOS 40

2. ORIGEN Y PRIMEROS AÑOS DEL COLEGIO MAYOR CERBUNA, 1943-1950. *Fausto Burgos Izquierdo* 21
3. EL COLEGIO MAYOR PEDRO CERBUNA, 1943-1949. *Jesús López Mede* 33
4. EL C.M.U. PEDRO CERBUNA EN LOS CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU FUNDACION. *Martín!barra Franco* 53
5. LAS PRIMERAS REVISTAS DEL CERBUNA. *José Luis Samanes* 57

AÑOS 50

6. LA PRIMERA APERTURA DEL CERBUNA: LOS CAMBIOS DEL NUEVO EDIFICIO, 1950-1965. *Pascual López Lorenzo* 65
7. MUSICA VIVA EN CERBUNA. *José María Cuesta Inda* 81

AÑOS 60

8. EVOCACION DEL COLEGIO MAYOR PEDRO CERBUNA. *Angel Gari Lacruz y Julio V. Brioso y Mayral* 89
9. MEMORIAS DEL CERBUNA, 1965-1989. *Celso GutiérrezLosa* 107
10. ESTUDIANTES EXTRANJEROS EN ESPAÑA ESTUDIANTES DEL C.M. PEDRO CERBUNA. *Mario Paz Castro* 115

AÑOS 70

11. MUCHO MAS QUE UN COLEGIO. *Agustín Sánche Vidal* 121
12. EL GRUPO FOTOGRAFICO DEL 1970 AL 1975. *Juan José Murillo Ramos* 129
13. CRONICA DEL CERBUNA, 1971-1974. *José Cerezo Mir* 133
14. NOVATADAS. *Luis Vecino* 139
15. NOTAS SOBRE EL CERBUNA ENTRE NOVIEMBRE 1974 Y MARZO 1981. *José Luis Viviente Mateu* 147

AÑOS 80

16. TREINTA Y DOS MESES DEL CERBUNA. *Joaquín Lomba Fuentes* 159
17. RECUERDOS INOLVIDABLES. *Esteban Vareta Mateas* 163
18. EL VETERINARIO CHECO STANISLAV MIASTO VISITA EL CERBUNA. EVOCACION DE UNA TERTULIA CLANDESTINA. *Javier Callizo Soneiro* 167
19. LA DECADA DE LOS 80 Y EL COLEGIO MIXTO. *Agustín Garnica Cruz* 173

VARIA

20. LOS AÑOS CINCUENTA EN EL CERBUNA, VISTOS DESDE LOS NOVENTA. *Ricardo-Javier Galtier-Martí Jiménez* 177
21. CERBUNA-SANTA ISABEL. *Agustín Garnica Cruz* 185
22. LA TUNA DEL CERBUNA. *Angel Pacheco Latorre* 189
23. LOS CAPELLANES. *Gregario Muiño González* 193
24. LA ASOCIACION DE ANTIGUOS COLEGIALES: UNA REALIDAD DE FUTURO. *Santos González* 199

PRESENTACION

Hoy sabemos que el Colegio Mayor Universitario Pedro Cerbuna empezó a funcionar en el año 1924 y que lo hizo hasta la época de la Guerra Civil, reconstituyéndose de nuevo en 1943, con funcionamiento ininterrumpido desde entonces hasta la actualidad. La Residencia Universitaria del paseo de Ruiseñores tenía ya la denominación oficial de Colegio Mayor del Fundador Pedro Cerbuna. Por eso, el Decreto de

19 febrero 1942 lo incluyó en la lista de los Colegios cuya existencia confirmaba (art. 1), netamente -diferenciados de los nuevos Colegios que se creaban, además (art. 2).

Con tres sedes sucesivas, en Ruiseñores, en Gran Vía y en nuestra casa definitiva de la Ciudad Universitaria, tenemos pues una rica tradición en este Mayor. La historia de la Universidad de Zaragoza en esta centuria no podrá hacerse sin tener en cuenta lo ocurrido en el Cerbuna.

El Colegio de tipo inglés de Allué Salvador y de Carlos Riba, con piscina y campo de tenis en los felices 20, que acoge la visita de las "compañeras residentes" en elegante viaje de estudios.

El Colegio falangista que debió soñar Solano en los 40, pero que termina aglutinando a una joven e inquieta intelectualidad, entre la cordialidad de Campoamor, el espíritu de algunos Capellanes y el surgimiento de las primeras revistas del Colegio.

El Colegio quizá desorientado, ante la genialidad de Ramiro Rico en los 50, luego ya aposentado con la desbordante humanidad de López Lorenzo.

El Colegio políticamente activo contra el régimen de los últimos 60, con Gutiérrez Losa y su ejemplar señora ayudando a colegiales a escapar de los grises.

El Colegio más plural y comprometido de los 70, con las medidas liberalizadoras de Cerezo primero, con la pulcritud y la paciencia de Viviente después.

El Colegio de los colegiales en los 80, con la elección por sufragio universal (masculino, en la época) de Lomba y luego el buen tino de Esteban Varela.

Y ya, el Colegio mixto normalizado, con Calvo hasta los 90.

Siempre el mismo Colegio amparando a los diversos Colegios. En ese discurrir del setentón Cerbuna hay mucho que apreciar, datos importantes, para comprender la trayectoria universitaria general del siglo XX.

El presente volumen, bajo la común denominación de memorias, recoge una amplia serie de reflexiones, crónicas, añoranzas y vivencias, redactadas en estilos y tonos diversos por un conjunto de cerbunos. Los actos de celebración del cincuenta aniversario de la reconstitución del Colegio proporcionaron ocasión adecuada para ello.

El volumen no pretende ser la historia del Cerbuna, aunque es claro que ya ha entrado a formar parte de ella.

Fernando López Ramón
Director

LISTA DE AUTORES

BRIOSO MAIRAL, Julio: Historiador, Colegial (1967-1972).

BURGOS IZQUIERDO, Fausto: Abogado, Colegial (1946-1951).

CALLIZO SONEIRO, JAVIER: Profesor Titular de Geografía Humana de la Universidad de Zaragoza, Colegial (1975-1976), Residente de Postgrado (1984-1989).

CEREZO MIR, José: Catedrático de Derecho Penal de la UNED, Director (1971-1974).

CUESTA INDA, José María: Abogado, Colegial (1954-1959).

GARI LACRUZ, Angel: Técnico de Planificación de la Diputación General de Aragón, Colegial (1964-1969), Residente de Postgrado (1969-1972).

GARNICA CRUZ, Agustín: Químico, Colegial (1975-1980), Subdirector de Actividades Culturales (1982-1984).

GONZALEZ JIMENEZ, Santos: Catedrático de Algebra de la Universidad de Oviedo, Colegial (1969-1973), Residente de Postgrado (1973-1983), Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales (1975-1982).

GUTIERREZ LOSA, Celso: Catedrático de Química Física de la Universidad de Zaragoza, Director (1965-1971), Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales (1982-1988).

IBARRA FRANCO, Martín: Abogado, Colegial (1943-1948).

LOMBA FUENTES, Joaquín: Catedrático de Filosofía de la Universidad de Zaragoza, Director (1981-1983).

LOPEZ LORENZO Pascual: Catedrático de Farmacología, Director (1957-1964).

LOPEZ MEDEL, Jesús: Registrador de la Propiedad, Premio Nacional de Literatura (1962), Medalla de Oro de Aragón, Colegial (1943-1949).

MUÑO GONZALEZ, Gregorio: Capellán desde 1973.

MURILLO RAMOS, Juan J.: Químico, Inspector de Enseñanza Secundaria, Colegial (1970-1975).

PACHECO LATORRE, Angel: Ingeniero, Colegial (1985-1991).

PAZ CASTRO, Mario: Médico, Colegial (1959-1963).

PEIRO ARROYO, Antonio: Historiador, Adjunto al Rector para Estudiantes de la Universidad de Zaragoza, Becario de Honor (1995).

SAMANES SANTAMARIA, José Luis: Director Administrativo del Hospital Provincial de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza (1962-1990), Colegial (1944-1950), Residente de Postgrado (1950-1953).

SANCHEZ VIDAL, Agustín: Catedrático de Cine de la Universidad de Zaragoza, Colegial, Regente, Subdirector (1966-1976).

VARELA MATEOS, Esteban: Catedrático de Derecho Romano de la Universidad Autónoma de Madrid, Director (1983-1989).

VECINO FUERTES, Luis: Historiador, Catedrático de Enseñanza Secundaria, Colegial (196-1974).

VIVIENTE MATEU, José Luis: Catedrático de Geometría Diferencial de la Universidad de Zaragoza, Director (1974-1981).

GALTIER-MARTI JIMENEZ, Ricardo: Geógrafo, Colegial (1990-1996).



PIUS. AC RE V. D. PETRUS ACERBUNA EPISC. TURIASOM. HUIUS UNIVERSITATIS RECTOR ANNO DOM. 1582 H
IUS IMAGIN. DE PING. CURAVIT DD. MICHAEL SANCHO IZQUIERDO ET JUAN DE ALBA RECTOR ANNO 1944

LA RESIDENCIA UNIVERSITARIA DE ZARAGOZA

Antonio Peiró

En los años inmediatamente posteriores al final de la Primera Guerra Mundial, la Universidad de Zaragoza vivió un proceso de profunda renovación y de adaptación a las nuevas necesidades del país. Ese proceso estuvo íntimamente relacionado con la reivindicación de la autonomía universitaria, que concediese a las universidades libertad para organizar sus planes de estudio y les permitiese implantar el Doctorado, hasta entonces únicamente impartido en la Universidad Central. Asimismo, se reivindicaron de forma constante mejores dotaciones presupuestarias para la Universidad.

El Decreto de 21 de mayo de 1919 declaró autónomas a todas las universidades españolas, concediéndoles libertad para organizar sus planes de estudio. A raíz de dicha disposición, las universidades se pusieron inmediatamente a elaborar sus Estatutos, que fueron aprobados el 9 de septiembre de 1921.

El sentido de la autonomía universitaria era muy amplio, como expuso Andrés Giménez Soler en una conferencia pronunciada el 5 de noviembre de 1921. El ex-Rector concebía la autonomía universitaria como contraria al programa cerrado, sin asistencia obligatoria a clase, con un nuevo tipo de exámenes y con participación de los estudiantes en las Juntas de Facultad.

Esta nueva manera de concebir la Universidad llevaba también consigo una nueva preocupación por las labores que entonces se llamaban de extensión universitaria y por los servicios destinados a los estudiantes. Así, en 1921 se constituyó la

J. El Noticiero, 6 de noviembre de 1921.

Asociación de antiguos alumnos, en 1922 la Sociedad Deportiva Universitaria (integrada por las secciones de tenis, atletismo y fútbol); en 1924 apareció la revista *Universidad*; en 1927 se pusieron en marcha los Cursos de Verano de Jaca; y dos años más tarde la Escuela de Idiomas. Fue en este contexto en el que la Universidad se planteó la construcción de una Residencia de Estudiantes, pionera de las residencias universitarias españolas, pues la de Madrid había sido construida por la Junta de Ampliación de Estudios².

La creación de la Residencia Universitaria

Siendo Rector Andrés Giménez Soler (1911-13) se había realizado una permuta de fincas entre el Ayuntamiento y el Estado, con destino a la Universidad. Éste cedió los terrenos del antiguo Jardín Botánico, en la calle de San Miguel, recibiendo a cambio la Torre de Canti, situada en el número 23 del paseo de Ruiseñores, que contaba con el anexo de una antigua fábrica de papel.

Posteriormente, surgió la idea de crear una Residencia de Estudiantes, ya en 1917, según Enrique Bernad⁴. En 1920 se creó una comisión para estudiar el proyecto, que informó al Claustro el 28 de mayo. A fines de este año, el Rector y el Secretario General de la Universidad, Ricardo Royo Villanova e Inocencia Jiménez, encargaron a Miguel Allué Salvador un estudio para su puesta en marcha⁶. Con este

2. Sobre la Residencia Universitaria puede verse: Miguel Allué Salvador: «La Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza», *Boletín de la Asociación de antiguos alumnos de la Universidad de Zaragoza*, **JI** (1922), pp. 11-13, **1 h.**; --: «Las Residencias de Estudiantes en España», *Universidad*, **II**, **1** (1925), pp. 4-24; --: «La Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza. Como funciona la obra. Labor pedagógica que ha realizado», *Universidad*, **III**, **4** (1926), pp. 701-757; Carlos Riba García: «La Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza. Memoria de los Cursos 1929-30, 1930-31 y 1931-32», *Universidad*, **IX**, **2** (1932), pp. 513-516, y **IX**, **3** (1932), pp. 783-798 (publicada también en edición exenta: *La Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza (Colegio Mayor de Cerbuna)*. Zaragoza, [Universidad], Tip. La Académica, 1932, 50 p.); --: «El Colegio Mayor de Cerbuna. Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza. Memoria de los cursos 1929 a 1935 y Reglamento», *Universidad*, **XII**, **4** (1935), pp. 1021-1060. Noticias breves sobre la misma en: Enrique Bernad Royo: «La Universidad de Zaragoza de 1898 a 1923: regeneracionismo e industrialización», *Historia de la Universidad de Zaragoza*. Madrid, Editora Nacional, 1983, p. 349; Eloy Fernández Clemente: «La Universidad de Zaragoza durante la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República», *Historia...*, pp. 399-400.

3. M. Allué: *loc. cit.*, pp. 11-13; C. Riba: *op. cit.*, pp. 5-6.

4. E. Bernad: *loc. cit.*, p. 349.

5. A[rchivo] de la U[niversidad] de Z[aragoza], sign. 19-B-1.

6. Miguel Allué Salvador (Zaragoza, 1885-1962) fue Alcalde de Zaragoza en 1927-28, Director General de Enseñanza Superior y Secundaria en 1929-30 y Presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza en 1936-40, entre otros cargos (Fernando Castán Palomar: *Aragoneses contemporáneos*. Zaragoza, Herrein, 1934 (reimp.: Zaragoza, El Día de Aragón, 1987, 5 vols.), pp. 34-37; Luis Germán Zubero: «Allué Salvador, Miguel», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, vol. **II** (1980), p. 176).

MEMORIAS DEL CERBUNA

motivo, se constituyó una comisión, formada por los tres, así como por Gonzalo Calamita, Graciano Silván, Paulina Savirón y Pedro Ferrando; y Allué viajó durante cuatro meses al extranjero (en el curso 1920-21), pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios?. A comienzos del año siguiente se designó como arquitecto Teodoro Ríos Balaguer, comenzando las obras en marzo de 1921X.

En el verano de 1924 ya estaban realizadas las obras, abriéndose el periodo de inscripción el 1 de octubre e instalándose los estudiantes en la segunda quincena de noviembre. La anterior edificación se aprovechó sólo en una pequeña parte y la de jardín y huerta se destinó a Jardín BotánicoY. La inauguración oficial tuvo lugar el 26 de febrero de 1925, dentro de los actos de celebración del «Día de la Universidad», contando con la asistencia de Alfonso XIII. En el acto pronunciaron discursos el Director de la Residencia, Miguel Allué Salvador; el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Domingo Miral; y el propio Alfonso XIIIIO.

El 8 de octubre de 1926 el Patronato de la Residencia acordó llamarla «Colegio Mayor del Fundador D. Pedro de Cerbuna»¹¹. Sin embargo, este último nombre apenas fue usado, pues en la correspondencia que se conserva, correspondiente a los años 1930-36, únicamente su Director lo emplea en ocasiones, pero siempre añade entre paréntesis «Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza»¹².

En esta primera etapa la Residencia estuvo dirigida por Miguel Allué. Al parecer, en fecha que no conocemos (tal vez en el curso 1928-29), sufrió un cierre temporal, pero fue reabierta en el curso 1929-30, aunque con pocos residentesn. En la segunda etapa ejerció la dirección Carlos Riba García, desde agosto de 1929¹⁴.

¹¹. «La Residencia Universitaria de Zaragoza», Boletín de la Asociación de antiguos alumnos de la Universidad de Zaragoza, I, 1 (1921), p. 12.

^x. C. Riba: op. cit., p. 6. Teodoro Ríos Balaguer (Zaragoza, 1887-1968) obtuvo el título de arquitecto en Madrid en 1913. En 1919 fue nombrado arquitecto provincial y en 1921 arquitecto del templo del Pilar. Cuenta con abundante obra en Zaragoza (F. Castán: op. cit., pp. 454-456; Carmen Rábanos Faci: «Ríos Balaguer, Teodoro», GEA, vol. XI (1982), p. 2900; : *Vanguardia frente a tradición en la arquitectura aragonesa (1925-1939). El racionalismo*. Zaragoza, Guara Editorial, 1984, pp. 134-139.

⁹. C. Riba: op. cit., p. 6.

¹⁰. Pueden verse en: «El día de la Universidad», Universidad, II, 1 (1925), pp. 169-177; M. Allué: loc. cit., pp. 709-716.

¹¹. C. Riba: op. cit., p. 5.

¹². AUZ, sign. 16-E-L

¹³. C. Riba: op. cit., p. 32. La relación de firmas del Libro de Honor se interrumpe por algún tiempo después del 30 de septiembre de 1928 (A[rchivo] del C[olegio] M[ayor] P[edro] C[erbuna], sin sign.: Residencia Universitaria. Zaragoza, s.f.).

¹⁴. *Ibíd.*, p. 10. Carlos Riba García (Zaragoza, 1872-1949) fue catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea en Valencia (1904-29) y Zaragoza. Fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras entre 1939 y 1949 (E. Castán: op. cit., pp. 451-453; Angel Canellas López: «Riba García, Carlos», GEA, vol. XI (1982), p. 2885).

ANTONIO PEIRO

No sabemos hasta qué punto el cierre de la Residencia se debió a la falta de un catedrático o profesor auxiliar soltero y dispuesto a hacerse cargo de su dirección. Es muy posible que Miguel Allué abandonase ésta en el momento en que fue elegido Alcalde de Zaragoza, en enero de 1927. Después de él no hubo Director hasta que Carlos Riba se hizo cargo de la Residencia, nada más llegar a Zaragoza.

El 22 de diciembre de 1923 el Claustro ordinario aprobó unas «Proposiciones para el buen régimen de la Residencia de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza», que estarían en vigor hasta la aprobación del posterior Reglamento. De acuerdo con ellas, la Residencia estaba regida por un Patronato, formado por el Rector, un Decano, un catedrático por cada Facultad, dos profesores auxiliares, el Director de la Residencia y el Secretario General de la Universidad. Todos los cargos, excepto el de Director, duraban cuatro años y eran gratuitos. El Director era nombrado por el Rector a propuesta del Patronato, y había de vivir en la Residencia ¹⁵.

La vida en la Residencia

El edificio de la Residencia constaba de tres plantas sobre un solar de 53 por 10,50 metros. Además de los dormitorios y cuartos de aseo, contaba con una sala de visitas, otra de recreo, un aula pequeña para clase de idiomas, comedor, biblioteca, salón de actos y capilJaló; así como los correspondientes servicios y dependencias de la servidumbre. Asimismo, se dotó de un conjunto de instalaciones de recreo. Además del Jardín Botánico, disponía de frontón para juego de pelota, campos de tenis y fútbol, gimnasio. y piscina de natación (de 20 por 10 metros, construida en 1931).

Podemos hacernos una buena idea de cómo era la vida en la Residencia gracias a su Reglamento, aprobado por Real Decreto de 24 de agosto de 1926 y Real Orden de 28 de abril de 1927; así como a algunas informaciones complementarias.

«La habitación de cada residente comprende: una mesa para escribir, dos sillas, armario ropero, con departamentos y cajones acomodados a diferentes usos, cama de hierro, mesilla baja, lavabo con agua corriente, caliente y fría, y espejo biselado, timbre, papelera, alfombra, dos lámparas eléctricas, fija y de sobremesa, radiador de calefacción central» ¹¹.

Los horarios eran los siguientes:

¹⁵. AUZ, sign. 18-A-2.

¹⁶ La primera misa se celebró el 29 de enero de 1926. Dos días antes se habían bendecido los objetos de culto (ACMPC, sin sign.: Residencia Universitaria. Zaragoza, s.f.; M. Allué: loc. cit., pp. 745-747). La Residencia estaba incluida en la parroquia de Santa Engracia, por lo que correspondía al obispado de Huesca.¹⁷ La descripción está copiada del Reglamento.

MEMORIAS DEL CERBUNA

7,30 a 9 h.: Desayuno (los festivos hasta las 10). Los estudiantes podrían elegir entre los propuestos por la cocina de la Residencia.

9 a 13,45 h.: Horas de clase o de estudio dentro de las habitaciones. El Reglamento establecía que las habitaciones debían de quedar libres a las 10, pero no sabemos si se cumplía en el segundo periodo.

13,45 a 14,30 h.: Comida. El Reglamento señala que se serviría en dos turnos, a las 13,30 y a las 14,30 horas, estando compuesta por tres platos y dos postres y no incluyendo vino.

14,30 a 17,30 h.: De libre disposición: salida o recreo dentro de la Residencia.

17,30 a 21,30 h.: Estudio.

21,30 a 21,45 h.: Cena. El Reglamento fija que se serviría a las 21,30 los días laborales y a las 21,45 los festivos. En 1932 tenía la misma composición que la comida, pero siete años antes uno de los postes se sustituía por un entremés de verdura.

21,45 a 23 h.: Abierta la sala de recreos (la víspera de festivos hasta las 23,30 horas). No se autorizaban las salidas. Tras la cena había clases de idiomas voluntarias y gratuitas.

Las horas de recreos podían ser restringidas o suprimidas en época de exámenes. La pensión ordinaria era de 8 pesetas diarias y la reducida de 5. Junto a este gasto, había algunos extraordinarios, que se pagaban mensualmente: uso de ropa de cama (5 pesetas), lavado, planchado y repaso (12,50 pesetas), gratificación para el servicio (7,50 pesetas). Por cada baño con ducha se pagaba 0,75 pesetas, y por reserva de habitación 0,75 pesetas diarias.

Es decir, si computamos meses de 30 días con cuatro baños, el gasto total de un estudiante que pagase la pensión ordinaria ascendía a 268 pesetas, y el del que pagase la reducida a 178 pesetas. El coste total anual para los estudiantes de beca completa se calculaba en 2.000 pesetas anuales, pero posiblemente era superior. Estas cifras eran muy elevadas. Hacia la misma época «el sueldo de un catedrático de Universidad era de cinco mil pesetas al año; y éste se había concedido alrededor de 1924; antes solamente eran cuatro mil; los de institutos, tres mil, y los auxiliares temporales de la universidad, dos mil». En definitiva, muy pocos podían acceder a ella.

De las 37 plazas disponibles, 24 eran de pensión ordinaria, adjudicándose a los aspirantes con mejores expedientes académicos. Las restantes eran de pensión reducida, otorgándose a estudiantes que hubiesen obtenido matrícula gratuita por escasez de recursos, siendo adjudicadas mediante concurso y estando obligados sus beneficiarios a prestar al Director la ayuda y servicios que este determinase.

1x. C. Riba: op. cit., p. 30.

¹⁹. José María Castro y Calvo: *Mi gente y mi tiempo*. Zaragoza, Librería General, 1968, 440.

La admisión en la Residencia estaba a cargo de una Junta formada por los cuatro decanos de las Facultades y el Director. Como causa de expulsión, el Reglamento señala la falta reiterada de asistencia a clases y prácticas, pero no la obtención de malas calificaciones. No era éste un problema que preocupase, ya que las notas de los residentes eran excelentes. De las 543 que conocemos, correspondientes a los cursos 1929-30 a 1934-35, encontramos un 0,4 % propuestos para el Premio Extraordinario de la Reválida (Licenciatura), un 12,0% de matrículas de honor y un 16,8 % de sobresalientes. El total de suspensos y no presentados en junio y aprobados en septiembre apenas ascendió al 7,9 %, y los suspensos y no presentados en ambas convocatorias al 4,6 %²⁰.

Conocemos el centro de estudio y la procedencia de los residentes de los seis cursos citados²¹. De los 58 alojados en este periodo, 28 correspondían a la Facultad de Medicina, seguidos por las de Derecho y Ciencias, con 17 y 7, respectivamente. Muy alejados se encontraban los de Filosofía y Letras, Escuela de Veterinaria e Instituto de Idiomas, con dos estudiantes cada uno. Si comparamos los datos con los de matrícula²², la proporción es semejante en Ciencias, Derecho y Medicina, pero muy inferior en Filosofía y Letras.

Por procedencias geográficas, 15 vivían en Aragón²³, 87 en otras regiones (fundamentalmente en Cataluña, Navarra, La Rioja y País Vasco)²⁴, y 6 en el extranjero²⁵. Uno cambió de residencia, de Vizcaya a Méjico.

La Residencia llevó a cabo las actividades propias de este tipo de centros, como cursos de idiomas, conferencias, conciertos y proyecciones de cine. Pero, además conviene señalar que se convirtió en un lugar habitual de visita para muchos viajes de estudiantes y de antiguos estudiantes de la Universidad, que pasaban por Zaragoza. Así, podemos señalar la visita de diversas promociones de la Facultad de Derecho, de estudiantes de la Universidad de Madrid, de diversas escuelas normales de maestras, o de la Junta de Gobierno en pleno. Entre las visitas individuales des-

²⁰. La relación más completa de residentes y notas es la de C. Riba: «El Colegio...», pp. 1038-1045.

²¹. Tenemos también la relación de los residentes de los cursos 1924-25 y 1925-26, pero no conocemos sus centros de estudio ni lugares de procedencia (M. Allué: «La Residencia...», pp. 751-753).

²². E. Fernández: *loc. cit.*, p. 383.

²³. 5 en Zaragoza, 4 en la provincia de Zaragoza y 6 en la de Huesca.

²⁴. 28 en Barcelona, 14 en Navarra; 10 en Logroño; 5 en Guipúzcoa; 4 en Alicante; 3 en Lérida y Vizcaya; 2 en Baleares, Gerona, Guadalajara y Orense; 1 en Ávila, Cáceres, Cuenca, Castellón, Tarragona, Toledo y Valencia. 2 cambiaron de residencia durante su estancia, de Guipúzcoa a Vizcaya, y otro de Barcelona a Navarra. ²⁵. 2 en Alemania, y 1 en Francia, Japón, Méjico y Puerto Rico.

MEMORIAS DEL CERBUNA

tacan la de José de Yanguas, Ministro de Estado, el 6 de octubre de 1926, y la de Elías Tormo, Ministro de Instrucción Pública, el 13 de abril de 1931²⁶.

El final de la Residencia

La Universidad de Zaragoza sufría en aquellos momentos graves problemas de espacio. En el edificio de la plaza de La Magdalena se ubicaban las facultades de Derecho y Filosofía y Letras, las dos escuelas normales y el Instituto de Enseñanza Media. Era necesario contar con un nuevo espacio y por ello, desde la proclamación de la Segunda República, se realizaron varios intentos para conseguir nuevas instalaciones.

Por Ley de 26 de junio de 1934 el Estado cedió al Ayuntamiento de Zaragoza el edificio de la plaza de Paraíso, el de La Magdalena y la Residencia de Estudiantes y Jardín Botánico, a cambio de 15 Ha. en el ensanche, en la zona llamada de Casas Baratas, libre de cargas, cien mil pesetas anuales durante quince años para cooperar a la construcción, y más de cuatro millones por el valor de la permuta²⁷.

A pesar de ésta, la Residencia siguió funcionando hasta el inicio de la guerra. El último documento conservado lleva fecha de 12 de julio de 1936²⁸. Iniciada la guerra, la Universidad permaneció clausurada hasta septiembre de 1939 y ya no volvió a abrirse la Residencia, que sería sustituida años más tarde por el Colegio Mayor Pedro Cerbuna.

²⁶. ACMPC, sin sign.: Residencia Universitaria. Zaragoza, s.f.; C. Riba: op. cit., pp. 21-22.

²⁷. «La Ciudad Universitaria de Zaragoza», Universidad, XII, 1 (1935), pp. 330-335; E. Fernández: loc. cit., pp. 417-418.

²⁸. AUZ, sign. 16-E-1.

ORIGEN Y PRIMEROS AÑOS DEL COLEGIO MAYOR CERBUNA, 1943-1950

Fausto Burgos Izquierdo

Cuando recibí carta de Manuel Calvo García, Director del Colegio, y de José Luis Calvo Palacios, Presidente de la Asociación de Antiguos colegiales, invitándome a escribir estas líneas, estaba yo relejendo poemas de Luis Rosales, a quien tengo hace años como poeta de cabecera. He aquí los versos que me saltaron a la vista .

« La palabra del alma es la memoria;
la memoria del alma es la esperanza»

Y ellos me llevaron como en volandas a la plenitud de un mundo que latía suavemente en la conciencia desde cuarenta y cinco años atrás.

Yo entré en este mundo que era el Colegio Mayor del Fundador Pedro Cerbuna de la mano de un agustino vital, platicador y generoso, el Padre Gerardo Enrique de Vega, Capellán que me había proporcionado una beca. Y entré por la puerta de lo que parecía una casa de vecinos en la Gran Vía, junto a la entonces descubierta vía del tren, y accedí a los cuatro enormes pisos que componían el Colegio, donde un centenar de universitarios corríamos la aventura de las variadas disciplinas que habrían de marcar nuestras vidas.

Si la memoria se cuida en el detalle de la palabra, es porque, como nos ha dicho el poeta, esa memoria es la esperanza. De las tres virtudes cardinales, en aquel tiempo, la fe se suponía, la caridad se practicaba con la cartilla de racionamiento, y la esperanza, bendita ella, permanecía incommovible y era, más que una virtud, una nota consustancial del ser humano.

Yo tuve la fortuna de compartir habitación en mis primeros días colegiales con un personaje fantástico, el hoy Notario de Barcelona -y Juez excedente y excelente- Elías Campo Villegas. Pronto me hizo comprender la síntesis de lo universal y de lo particular en el peligroso marco de la disciplina. La primera noche advertí que después del toque de queda, impuesto por ún horrrisono timbre, Elías permanecía estudiando sus apuntes con el fino oído atento a las pisadas del vigilante nocturno, a cuyo paso apagaba gentilmente la luz de la lamparilla para reanudar su tarea cuando los pasos se alejaban. Hoy puede parecer trivial esta anécdota, pero a mí me dio a atender con claridad la diferencia entre la obligación y la devoción, el choque entre la necesidad esencial del ser humano -ser ahí-, y el afán con que desde toda parcela de poder se imponen reglas no esenciales para lo que verdaderamente importa.

Con tal enseñanza, bañado en una oscura mezcla de impulso poético y de ansiedad científica, me apliqué a la tarea de vivir mis años universitarios en la mejor forma posible y a indagar cuáles eran las raíces de ese fenómeno específico llamado «Colegio Mayor», al que la mayoría de los estudiantes veían sólo como un módico recargo en las tasas de sus matrículas y que para mí era el único medio de cursar una carrera.

El origen del Colegio se me apareció cargado de sugerencias. Mi conocimiento vino por la vía de un Decreto que rastreeé en la Biblioteca de la Facultad de Derecho, aprendiendo a sumergirme en el Aranzadi. Era un parco Decreto de 19 de febrero de 1942, por el que se creaban varios Colegios Mayores y se confirmaban los ya existentes, citando entre estos últimos el «Colegio Mayor de Pedro Cerbuna de Zaragoza». A mis preguntas sobre los antecedentes de ese Colegio confirmado, se me contestó que fue antes Residencia de Estudiantes, radicada en el Paseo de Ruiseñores, y me ilusionó pensar que quizá se inspiraba en los principios de la Institución Libre de Enseñanza fundada por Giner de los Ríos. De la Residencia de Estudiantes de Madrid sabía yo por mi padre, que era amigo de Eugenio Montes y éste había convivido allí con personajes como García orca, Dalí, Moreno Villa, Buñuel, Vázquez Díaz y, más tarde lo supe, también con Francisco Grande Covián y Severo Ochoa. De la muerte de García Larca nada se sabía entonces con certeza. Hubieron de pasar muchos años hasta saber la magnitud de la tragedia y, por supuesto, yo ignoraba entonces los esfuerzos que la familia Rosales hizo para evitarla. Pero al conjuro de aquellos nombres apareció una pléyade de personajes, en aquel tiempo ignorados o silenciados y, entre ellos, algunos poetas de la generación del 27 que movieron mi adicción a la poesía. El origen moderno del Colegio presentaba un ideario de bondad expuesto con la terminología propia de su época en el Decreto de 30 de noviembre de 1943. Allí se formulaba con vaga precisión administrativa los principios que habrían de inspirar la función educadora de los Colegios Mayores: la ética, referida a la moral católica, el espíritu de disciplina, la austeridad, el amor al trabajo, el culto del honor y el servicio a Dios y a España. Algunos de ellos, en mis peculiares circunstancias, me resultaban impuestos por la naturaleza de las cosas, puesto que la austeridad se compaginaba con mis escasos medios económicos y del

MEMORIAS DEL CERBUNA

trabajo y la disciplina dependía la sucesiva renovación de una beca sin la que no veía posibilidad alguna de seguir mis estudios y continuar viviendo en mi Zaragoza natal, cuando el pensamiento de alejarme de ella me producía indecible angustia. Después aprendí que es posible vivir en cualquier parte, incluso con la ceguera de la nostalgia, y he recordado a menudo las palabras de Luis Rosales en las «Rimas» y he participado en la esperanza de que

«quizás los hombres ciegos comenzarán a caminar como
caminan las raíces en la tierra sonámbula;
caminarán llevando el corazón igual que un ramo de coral»

Y siguiendo tras aquellos orígenes, se abrió también la memoria histórica de los primeros Colegios Salmantinos, donde acudían a enseñar los maestros, o del señero Colegio Mayor Santa Cruz de Valladolid. En el curso 1947-48 los colegiales del Cerbuna hicieron una visita al Colegio Mayor Santa Cruz. Fueron unas jornadas de intensa comunicación entre estudiantes y profesores; las ideas y las inquietudes circularon tan generosamente que la realidad de aquellos años, encorsetada con el rigor de la disciplina y la censura, pareció esponjarse ante la ingenua ilusión de que más allá del horizonte visible había otros horizontes, y que la realidad de nuestro tiempo sólo era una imagen virtual de la realidad.

Al recordar aquellos años no puedo evadirme de una cierta deformación profesional y los contemplo desde la perspectiva del concepto que diera Savigny sobre su propio invento de la relación jurídica, una relación de la vida garantizada o regulada por una norma. Lo nuestro era ciertamente una hermosa relación de la vida, desarrollada internamente con el entusiasmo gozosamente lábil de la juventud y sometida externamente a cotidianos riesgos, que sólo era posible salvar con el difícil equilibrio de torear la norma y saltar al callejón cuando la cosa se ponía difícil.

Y desde esa perspectiva, con el deseo de encontrar el hilo de Ariadna en mis recuerdos, parece aconsejable referirme a los elementos personales, reales y formales que aquella relación nuestra tenía.

Creo que en aquellos tiempos de Colegio Mayor Cerbuna el personal tenía conciencia de formar una verdadera comunidad universitaria, regida por códigos no escritos pero aplicados con la creencia de que obedecían a una verdadera y fundada «*opinio iuris seu necessitate*». A quienes formábamos esa comunidad de cerbunos supongo que los había elegido la madre naturaleza, al margen de cualquier *desideratum* legal. Digo esto porque en el texto del Decreto de 1943 había una patética referencia a la posibilidad de que en algún tiempo hubiera «suficiente número de Colegios Mayores», en cuyo esperado momento sería «obligatoria la residencia de los escolares de alguno de ellos», con la salvedad de que vivieran con sus familiares o tutores y, en consecuencia, se establecía la obligatoriedad de residencia o adscripción en un Colegio Mayor. En el caso de que sólo se produjera «adscripción» y no «residiera», el delicioso texto del Decreto establecía la obligación de comunicar «con toda precisión» (sic) cuál habría de ser el alojamiento del alumnos, alojamiento que el

FAUSTO BURGOS IZQUIERDO

Rector podría «rechazar como impropio». No creo que el sabio, habilísimo y bondadoso Rector Magnífico **D. Miguel Sancho Izquierdo** pudiera practicar esa vigilancia en la Universidad de Zaragoza, aunque sí son notorios sus esfuerzos para conseguir el buen funcionamiento de la Universidad y la generosa atención al alumnado.

De verdad que en aquellos años formábamos en el Cerbuna un aguerrido grupo de gentes que, en los días festivos, habían de vestirse implacablemente con traje azul y camisa blanca de cuello duro y que, al margen de ello, o quizá por ello, practicaban impecablemente los principios de la más estricta solidaridad.

Alguno de los nuestros impartía con altruismo enseñanzas paralelas a las del curso académico. Por ejemplo, Juan Bautista Sancho Guimerá, cuyo particular modo de estudiar causó al principio admiración, hasta que nos dimos cuenta de que era un ser excepcional. Estudiaba tumbado en la cama, sin ningún papel, libro o artilugio auxiliar. Le bastaba con asistir a las clases, lo demás era cuestión de pensar, y así, en posición cómoda, construía su propio saber. No es extraño que después lo haya largamente demostrado, en importante servicio, desde su cátedra en la Facultad de Matemáticas de Salamanca. A mí su método me extrañó menos que a otros, porque sabía que Vicente Aleixandre gustaba de escribir sus poemas en la cama, y a un poeta, maestro de varias generaciones y que iba para premio Nobel, era ocioso discutirle el método.

Como en aquel tiempo las evasiones lúdicas eran muy limitadas, las ansias de expansión se cobijaban en la palabra. Yo creo que en aquellos años conversé más que en el resto de mis vida, y tuve la fortuna de encontrar extensos y variados grupos de habladores. Como meros ejemplos, apuntaré la fina percepción y rigor lógico que desplegaban los hermanos Sancho Gimerá, matemático el mayor y abogado el pequeño, y el médico Manuel Almudévar Zamora; la serena visión de las cosas que profesaban el hoy catedrático de matemáticas en la Facultad de Madrid, José Javier Etayo Miqueo, el químico José Auría Arbuniés, el médico Alfonso Ruiz de Galarreta y el experimentado y serio, ya entonces para nosotros «doctor», José María Mengual Mur; el poderoso equilibrio mental ante cualquier caso y circunstancia de los turolenses Jesús Marina Martínez-Pardo, hoy Magistrado de la Sala Primera del Tribunal Supremo y vocal que fue del Consejo General del Poder Judicial, y su inseparable amigo -y amigo de todos- el entrañable José María Dilla Gutiérrez, que desde la ultramuerte - por tomar consuelo en la expresión de Jaime **Gil** de Biedma continúa sin duda velando por sus seres mas queridos y me atrevo a pensar que por aquellos compañeros suyos del Cerbuna; el impulso vital y optimista de Jesús López Medel, que fundó la Tertulia Literaria, cuya proyección en el mundillo intelectual de la Zaragoza de entonces tuvo su gracia; el espíritu pragmático y bonachón del Doctor Jaime Torrás Roselló que estudiaba brillantemente dos carreras a la vez; la elegancia y cortesía de Angel Fábregas Blanch y José Antonio Tapias Morató; el método en el estudio y la facilidad expositiva del hoy Catedrático de Derecho Administrativo y ex-Ministro, Sebastián Martín Retortillo, que acudía a su padre,

MEMORIAS DEL CERBUNA

entonces abogado del Estado en Huesca, para obtener fichas de legislación y jurisprudencia, y sus trabajos nos parecían producto de un arte maravilloso más que de una ciencia, verdadera noticia de lo divino y humano; la aguda crítica literaria y el vasto saber del escritor Ramón Gil Novales, cuya conversación era y sigue siendo un regalo de los dioses, al igual que sus novelas y su teatro.

Planeando por encima de todo ello existía una fuente inagotable de información y de sentido organizativo, encarnada en José Luis Samanes Santamaría. Nadie, ni siquiera el pacífico y ecléctico Barrachina, que tenía su particular peluquería y mentidero en el propio Colegio, sabía tanto como José Luis Samanes de lo que realmente pasaba. Como a ello añadía José Luis el don de ser hábil negociador y un excelente compañero, y gozaba de un elevado predicamento en la dirección del Colegio, se resolvían con su intervención muchas situaciones vidriosas de nuestra pequeña comunidad. Una de ellas fue la huelga de hambre, motivada por el excesivo contingente de cucos añadido a las lentejas. Tomó cartas en el asunto el Director D. Fernando Solano Costa, de porte glacial y de corazón magnánimo y comprensivo, que recibió a los llamados «mandos menores» del Colegio para pedir explicaciones con el saludo de «pasen los protestantes», expresión que provocó un inmediato mohín de desagrado en el Padre Gerardo.

A la divertida batahola de estudiantes, se unieron por aquellos años catedráticos que, al margen de la enseñanza de sus respectivas disciplinas, dejaron en muchos de nosotros otras más altas enseñanzas, el ejemplo de unas vidas dedicadas a la investigación en circunstancias adversas y en medio de una generalizada incompreensión. A tres personas ejemplares quiero aquí referirme.

El Doctor Francisco Grande Covián estuvo en el Cerbuna_ en los años 1950 y 1951, una vez ganada, en marzo de 1950, su cátedra de Fisiología en la Facultad de Zaragoza, cátedra que luchó por levantar con generoso esfuerzo antes de ir a la Universidad de Minnesota. A esta breve estancia le dedica unas páginas Mario Gómez Santos en su excelente biografía «Francisco Grande Covián. El arte y la ciencia de la nutrición». Lo que en ese libro no se dice es que el Doctor Grande residió en el Cerbuna y que amplio grupo de estudiantes gozamos de su amistad. Al leer el libro recordé haberle oído explicar a D. Francisco que, habiendo pedido una ayuda para la investigación en la Cátedra, recibió la contribución económica de cincuenta mil pesetas, concedida por el Subsecretario de Educación, para reparar el agujero que la explosión de un autoclave había producido en el suelo del laboratorio de la Facultad ¡durante la guerra civil! Lo explicó con tal gracejo y con una sonrisa tan beatífica que por encima del desamparo administrativo en que veía sumida su cátedra y su vocación de investigador, parecía como si la esperanza y la tenacidad se asomaran al espejo de su rostro para seguir dando aliento a los vivos. En ese libro se da noticia de la decepción del Doctor Grande Covián al no ver secundados sus esfuerzos., y tengo para mí que un poco de consuelo o, al menos de distracción, le

procuramos algunos estudiantes, charlando y jugando al fútbol en los sótanos del nuevo Colegio, en compañía del también catedrático D. Luis García Arias.

D. Luis influyó decisivamente en la evolución de algunos de nosotros, especialmente en los estudiantes de Derecho. A un profundo conocimiento de las relaciones internacionales unía una vocación de inagotable comunicador de ideas, y desde el primer momento nos invitó a tratarle como a un compañero. Participaba en nuestros juegos y en nuestras tertulias, algunas de ellas mantenidas en su habitación, y nos invitaba a cenar fuera del Colegio para celebrar algunas efemérides dichosas. Nos corregía los apuntes, departía con nosotros la media justa de las notas, orientaba incansablemente los trabajos académicos, y creo que le debo, igual que al profesor José Luis Lacruz Berdejo, que me enseñara a pensar seriamente sobre la utilidad del derecho.

Semejante a Luis García Arias en su inquebrantable vocación de hacer pensar a la gente, convivió con nosotros algún tiempo el catedrático de Derecho Político D. Nicolás Ramiro Rico. En un curso de doctorado, D. Nicolás dio por finalizadas sus explicaciones ante lo que él consideraba intolerable pasividad del alumnado que se limitaba a tomar apuntes. Se ofreció a continuar las explicaciones con el método peripatético, en conversaciones informales, y alentó la discusión y puesta en común de inquietudes durante largos paseos por la Gran Vía rodeado de un ansioso grupo de estudiantes.

Las de aquellos años fueron buenas promociones. He citado sólo algunos ejemplos, porque la lista de grandes hombres que salieron de aquellas generaciones excede a los límites de estas líneas. Y pienso que más de uno que las lea convendrá conmigo que le encontramos su gracia al tiempo. Contribuía a ello la aplicación de una regla de oro que ya regía en nuestros corazones, esa deseable, difícil y constitucional igualdad ante la ley. El principio de que nadie era más que nadie se quebraba sólo un poco en lo que a mí me parecía la más misteriosa fragmentación práctica de las clases sociales, que dividía nuestra comunidad en dos grandes grupos: aquellos que tenían la prebenda de algo llamado así como «cartilla de cosechero», con derecho a obtener un excelente pan blanco en determinada panadería, y los demás, desprovistos de aquel privilegio. El tratamiento jurídico de esa situación era muy pragmático. Elías Campo y José Luis Samanes han explicado alguna vez la aventura de rescatar de entre vías un saco de harina lanzado desde un tren; pero, en general, se ha de convenir que los beneficiarios de aquel dudoso derecho compartían de buen grado su tesoro con los compañeros hambrientos. Algunos de nosotros nunca podremos agradecer bastante a Carlos Echeto Alayeto, cuyos padres tenían una confitería en Jaca, las incontables veces que contribuyó a calmarnos el gusanillo. Y con esto no quiero decir exactamente que se comiera mal, solo quiero decir que, al parecer, aquella generación tenía mucha hambre, hambre de muchas cosas, y era un hambre unitiva y derrochadora de amistad que se ha venido manteniendo durante largos años. Cuántos de nuestros compañeros, si no ha sido menester que facilitaran pan, han prodigado firmeza y apoyos y han conseguido que la Asociación de Antiguos

MEMORIAS DEL CERBUNA

Colegiales fortalecieron vínculos mucho más intensos y expresivos que el de haber compartido unos años de Universidad.

El estudio de una carrera era obviamente el elemento fundamentante de nuestro paso por el Cerbuna. Pero no era éste el único elemento real y sustantivo. Ahí lo reconocía un editorial de la revista «Cerbuna» con estas palabras: «Nuestro problema fundamental, aunque parezca extraño, no es el estudio. Hay algo mucho más importante: nosotros mismos»; y el peligro que acechaba a la Universidad -resaltado en otro editorial- tenía mucho que ver con la deshumanización de la enseñanza, el consiguiente empobrecimiento de la ciencia y su conversión en una mera fuente de posesión de verdades, es decir «en un cadáver de verdad». Esta irónica expresión podía producirse, porque en nuestra pequeña comunidad la vida desbordaba el marco universitario para derramarse con holgura y desparpajo en múltiples quehaceres. Aquella generación tenía conciencia del gran peligro, de la gran tentación denunciada por Gabriel Maree!, de quien recuerdo estas palabras: «el primer deber, quizás el único deber del filósofo, es defender al hombre contra si mismo, defenderle contra la tentación hacia la inhumanidad a la que tantos seres humanos han cedido casi sin darse cuenta».

Sería muy largo dar cumplida cuenta de lo que fueron nuestras actividades y hazañas y de la surtida gama de nuestras diversiones. Si el Cabezo brindaba ocasión para hermosas escapadas, con olvido de alguna tediosa clase y en buena compañía- ¡qué guapas e inteligentes chicas conocieron nuestros tiempos!-, y las callejas del Tubo se animaron con alguna de nuestras juergas, no es menos cierto que hubo un serio empeño en meter el diálogo en nuestro mundo y traer al Colegio a todos los maestros que se ponían a tiro de venir a ilustrarnos y a discurrir con nosotros, como en los antiguos Colegios Salmantinos.

Yo recuerdo que aquello se impulsaba por los propios colegiales mediante unas entusiastas e informales organizaciones. Me referiré a algunas.

La Tertulia Literaria, que es la que yo viví más intensamente, desarrolló una buena labor en un doble sentido. Sirvió de centro de discusión, de auténtica tertulia, y abrió cauces a quienes sentían gusto por la literatura, con cierta predilección por la poesía, el teatro y el ensayo, y en momentos en que era difícil plantear una discusión política seria, abrió campo donde cultivar las «ciencias humanas y sociales». Ejemplo de ello fue que algunos de nosotros concurren, bajo los auspicios de Ramón Sainz de Baranda y de José Luis Lacruz Berdejo, entre otros, a la Fundación de la Academia Aragonesa de Ciencias Sociales.

En la Tertulia Literaria se preparaba la publicación de la revista «Cerbuna», que aguantó algo así como 10 números, con excelentes colaboraciones de profesores (Juan Cabrera y Felipe, José M^o Javierre, José Guallart y López de Goicoechea, Jacinto Bosch Vila, José Conde Andreu, Francisco Grande Covián, Luis García Arias, Alonso Zamora) que abarcaban un amplio campo de investigación, y con la de algunos estudiantes que apuntaban alto a lo que sería más tarde su lograda madu-

FAUSTO BURGOS IZQUIERDO

rez (Jesús López Medel, Pablo Antoñana Chasco, Darío Izquierdo Rubio, Fernando Ferreró, Antonio Lacasa Codina, José Alfredo Nalda Ubago, Mariano Alonso Lambán, Mariano Paño Lalana, Juan Bautista Sancho Guimerá, Pedro José Sancho Guimerá, Bianor Escalona Gracia, Pablo Ardaiz, Robert Marrast, Juan Antonio Bolea Foradada, Felipe Domingo Muro y muchos otros). Había un buen plantel de jóvenes poetas, de los que recuerdo a José María Aguirre, Vicente Santos, Fernando Ferreró, Miguel Angel Artazos, Joaquín Aranda, Eduardo de Valdivia, Diego Moreno Jordán y María Pilar Martínez Fernández de Velasco.

La colaboración no terminaba en la revista. Se hacía vida en la tertulia semanal. Por allí pasaron para impartir enseñanzas, recitar sus poemas, disertar sobre el teatro, la novela o el periodismo, personas tan importantes como Gerardo Diego, Carmen Conde, Eugenio Frutos, Fernando Castán Palomar, José María Pemán, Francisco Yndurain, Antonio Beltrán, Luis Horno Liria, Ricardo del Arco, José Albareda, Pablo Cistué de Castro, José Ramón Aparicio, Federico Ton-alba, Emilio Hernández Pino, José María Zaldivar, Federico Carlos Sainz de Robles, Pedro Dicenta, y un largo etc.

El teatro y la radio merecieron especial atención de la Tertulia. Una emisión periódica en Radio Zaragoza, en colaboración con la Tertulia Musical, fue bien aprovechada por los aficionados al teatro experimental. De esa afición nació la idea de convocar, en el año 1949, un «Certamen Teatral Universitario». Lo ganó Fernando Vizcaíno Casas, entonces estudiante de tercero de Derecho en Valencia, con una bella comedia, «La Senda Iluminada», que traía resonancias de Alejandro Casona y tuvo un señalado éxito al ser estrenada por el cuadro Talía. El Gobernador Civil había dotado el premio con 2.000 Ptas, que para aquel tiempo era un buen premio, si se piensa que el «Adonais» era de 3.000,- Pts.

Yo guardo excelentes recuerdos de aquellas Tertulias Literarias. La fundó y la impulsó con seriedad y esfuerzo Jesús López Medel, que era y sigue siendo un trabajador incansable. Lo suyo era el ensayo, y creo que a su concentración mental se debe su labor como escritor en diversos campos y el haber ganado bien tempranamente su oposición a Registrador de la Propiedad. Después, Juan Antonio Bolea Foradada animó y alegró aquellas tertulias con un humor limpio y sagaz. Juan Antonio puede exhibir en su madurez grandes méritos como excelente jurista y escritor - ahí está esa espléndida obra, « Los Riegos de Aragón»- y como político - enorgullece haber sido compañero en el Cerbuna de un Presidente de la Diputación General de Aragón-; y es también mérito suyo, mérito de su juventud, haber hecho discurrir a muchos compañeros, con cierta ironía socrática, en aquellas Tertulias.

Del grupo de poetas quiero destacar algunos. Miguel Labordeta, que era ya una gran figura, nos prestó su atención y publicó en el «Cerbuna» uno de sus poemas más emblemáticos, «Mi antigua juvenil despedida», cuando tenía toda la esperanza desesperada de un «veterano de treinta años de edad».

MEMORIAS DEL CERBUNA

Más interesante que Labordeta, nos prestó su generosa atención otro gran poeta aragonés, Manuel Pinillos de Cruells, que participaba también en las emisiones radiofónicas. A Pinillos yo lo conocía de antes, desde mi adolescencia, al haber participado en las «tenidas» literarias que cobijaba el novelista Feliz Ayala Viguera, donde recuerdo que dialogaban, entre otros, Ildefonso Manuel Gil, Fermín Otín Traid, José Giménez Aznar, Dámaso Santos, Mauricio José Monsuarez Yoss, Rosa María Aranda, su hermana la pintora Pilar Aranda, y Mercedes Chamorro.

Manuel Pinillos ganó en 1951 el Premio «Ciudad de Barcelona», cuando ya venía desplegando una intensa producción poética. Yo le recuerdo leyendo sus poemas en el amplio piso que habitaba en la Plaza de España, y era exacta su propia confesión de que escribía la poesía en el instante del desbordamiento, quizá porque había mantenido una fuerte lucha interna entre su peculiar condición de funcionario y el ansia de liberar el pensamiento; él era de los pocos -siguiendo la expresión de Luis Rosales- que caminaba llevando el corazón como un ramo de coral.

Más joven entonces, pero bien puesto en inquietudes maduras, venía con nosotros José María Aguirre, que en 1.950 dirigía con Pablo Antoñanza la revista de poesía «Almenara», esfuerzo tremendo equiparable al que había hecho en los años cuarenta Antonio Serrano Montalvo y José María Nasarre con la revista «Proa», el propio Serrano con la revista «Doncel», y Antonio Zubiaurre con la revista «Pilar». Ninguna de ellas pudo llegar más allá de los cuatro números, pero el esfuerzo valió la pena porque los textos son magníficos.

Yo tenía por José María Aguirre especial admiración, no solo por la calidad de su poesía, también por el riesgo y el entusiasmo que significa sacar adelante aquella revista. Recordaba yo que mi padre, Ernesto Burgos, corrió aquella aventura con la estupenda revista «Pluma Aragonesa» en los años veinte; desgraciadamente, de aquella labor y de su valía como autor teatral, con una docena de comedias estrenadas con éxito en los años cuarenta, se ha perdido la memoria en su tierra aragonesa, y, sólo en ocasiones, el Heraldo de Aragón recuerda en sus efemérides de cincuenta años atrás la noticia del estreno con éxito de alguna de aquellas comedias.

Y junto a José María Aguirre, he de detenerme en Fernando Ferreró. Tres de los poetas citados, Miguel Labordeta, Manuel Pinillos y Fernando Ferreró, formaron parte de los catorce que componen el llamado «Grupo del Niké», aunque más propiamente, como señala Benedicto Lorenzo de Blancas en su libro «Poetas Aragoneses del Grupo Niké», debería hablarse de la «Generación del Niké». En este hermoso libro se reproduce un espléndido soneto del propio Benedicto Lorenzo de Blancas, en el que define la proyección personal de cada uno de los catorce poetas. De Fernando Ferreró dice el segundo verso del primer cuarteto:

«Fernando, el escandor renacentista»

Curiosa palabra y feliz hallazgo este «escandor», derivado del verbo escandir, elegante neologismo que huye del sustantivo propio escansión, palabreja esta que

poco o nada sugiere de bueno. Sí que sugiere maravillas la palabra inventada escandor, porque escandor es candor, y creo recordar que fue un poeta modernista quien dijo que el genio es el candor por excelencia. El candor renacentista estaba en abrir a lo nuevo los cánones clásicos, retorno hacia adelante que también alentó en los poetas de la generación del 27, y que es, en definitiva, un encuentro natural, porque, como ha señalado Heidegger «lo más antiguo de los antiguos nos sigue en nuestro pensar y por eso viene a nuestro encuentro». Y Fernando Ferreró era un serio ejemplo de ello. Yo recuerdo el exquisito gusto con que entramaba el armazón de la vivencia lírica, objetivándola en riguroso ritmo de ideas y en el encadenamiento perfecto y medido de las sílabas del verso, sabiamente recitadas, que no otra cosa significa el verbo escandir.

Si me he referido a estos poetas, no es, evidentemente, porque su memoria necesite nada de mi recuerdo. Lo hago para constatar, con satisfacción, que algunos poetas aragoneses de esa generación tan importante extendieron alguna raíz de su prehistoria o de su primera historia poética en la Tertulia del Cerbuna, que se abría así, junto con ellos, a todo lo que tuviera una significación intelectual valiente.

También funcionó una Tertulia Musical, que destacó por su excelente labor. Además de conseguir la formación de un Coro con más de sesenta colegiales, dirigido por el Maestro Borovio, y una divertida orquestina, en la que resaltaba la batería del «maestro» José Luis Chapullé Egurrola, organizó conciertos en conserva, amenizados por las sabias explicaciones de críticos, profesores y alumnos, entre los que recuerdo algunos como Guillermo Fatás Ojuel, Francisco Grande Covián, Luis García Arias, Pablo Ardaiz, Rodríguez Mazarro, y José M. De Andrés. La Sociedad Filarmónica proveía de invitaciones en la temporada de conciertos, de forma que los colegiales amantes de la música lo tenían fácil.

El Coro entonaba en las grandes solemnidades el himno del Colegio, excelente pieza musical del Maestro Borovio, con una letra adecuada a la mentalidad oficial de la época, y que contiene un solo que daba gloria oír en la cuidada voz de tenor del menor de los hermanos López Lanchares.

También otras áreas estaban bien cubiertas. Las clases de idiomas, que dirigía Leopoldo Montserrat, la incipiente biblioteca, al cuidado de Julián Fuertes Marcuello, y los deportes que contaban con un buen despliegue organizativo y una parca intendencia, a cargo de Francisco Díaz Sanchís, Mariano Paño Lalana, Teodoro Sabrás Fariás, Bianor Escalona Gracia y Antonio Domenech Piñol. Allí cabía todo, fútbol, ping-pong, atletismo, tiro, natación, frontón, baloncesto.... Había donde elegir para -como decían nuestros compañeros catalanes- «escampar la boira».

Los elementos formales de nuestra relación estaban teñidos de una disciplina heterodoxa. Se guardaban muy bien los horarios, las silenciosas horas de estudio, el descanso reglado y el control de las salidas. La realidad es que el Doctor D. José María Rodríguez Campoamor, Subdirector del Colegio, sabía comprender bien las

MEMORIAS DEL CERBUNA

necesidades. No obstante, todo estaba tasado en el límite de los 15 puntos que cada colegial recibía al iniciar el curso y que podía ir perdiendo, en una laxa ponderación disciplinaria, de medio en medio punto, o en cantidades mayores por faltas graves. La pérdida de los quince puntos significaba la expulsión. Esto era difícil que ocurriera, pero a veces la pérdida de los puntos tenía su aquel. Yo recuerdo dos ejemplos divertidos. El abogado barcelonés Jorge García Mauriño de Vigo, que había sido compañero mío de bachillerato en el internado de Lecároz, cuando accedió a la libertad ciudadana la supo aprovechar con sabiduría y bordeó gozosamente, y sin merma de sus estudios, el límite de lo permisible. De aquí que sufriera la resta de catorce puntos y medio, lo cual, en nuestra peculiar carrera, movió a aclamarle como Rey de la Montaña y, claro está, por puntos. Ignoro cuántos puntos le restaron al investigador Bianor Escalona Gracia que llevado de su afición científica, y dada la dificultad de encontrar cobayas, crió pollos en los cajones de su escritorio, manteniéndolos calentitos al amor del flexo. No se si los *puntos* le cayeron por el excesivo consumo de luz eléctrica, porque los mandos fueron incapaces de comprender su impulso científico y su método experimental, o, sencillamente, porque no está bien criar pollos en un escritorio.

La verdad es que la disciplina externa era lo de menos. Había una conciencia colectiva de que en nuestro tiempo se araba un poco en el pedregal, y había que seguir arando a toda costa. Jesús López Medello expuso con toda claridad, recordando en un certamen poético unos versos de Lope de Vega que, en definitiva, exponen con cierto empaque ético aquello de que «no hay más cáscaras». Así dicen estos versos:

Que en la senda del vivir
no ir adelante es ir
atrás, y el que a arar empieza
no ha de volver la cabeza,
sino arar y proseguir.

En fin, termino estas líneas pensando que aquellos cinco años-de mi juventud en el Cerbuna fueron una gozada. Y puedo decirlo con un doble conocimiento de causa. Primero, porque yo viví allí. Y segundo, porque muchos años después los actualicé extrayendo algunos jirones de mi memoria. Una noche, en medio de una gran depresión, me puse la Beca de Honor del Cerbuna sobre los hombros, cuidadosamente doblada en mi pecho, me miré largamente en el espejo y, fascinado por la vibración azul cobalto que la beca parecía emitir, me dije:

¡Qué tiempos aquellos, tío!

Pienso que la beca azul y s\l memoria deben tener alguna virtud curativa, porque desde aquella noche ya no he necesitado los servicios del psiquiatra.



Sede de Gran Vía

EL COLEGIO MAYOR PEDRO CERBUNA, 1943-49

Jesús López Medel

SUMARIO: 1.- Gratitud. 2.- Sincronización histórica, socio-universitaria. 3.- La Zaragoza de los años 40. 4.- Descripción y emplazamiento. 5.- Organización, dirección y funcionamiento. 6.- Los colegiales, ejecutores de su acción formativa. 7.- Vida académica y universitaria. 8.- El Cerbuna abierto a la sociedad. 9.- Los graduados. La Asociación de ex-alumnos <<Cerbuna>>.

I. GRATITUD

Se me ha encomendado por el Director y el Presidente de la Asociación de ex-alumnos del «Cerbuna» unas Notas que se refieran al periodo citado -pudiéramos llamarlo- de creación, «fundacional» del querido Colegio Mayor. Lo agradezco. De verdad. He de manifestar mis límites: hubiera deseado tener el oficio de historiador, como el gran Antonio Ubieto -y doy ya el primer nombre-, que fue becario y primer bibliotecario. O disponer de la habilidad dialéctica argumental y sintética, de Eugenio D'Ors, que en 1948, -aproximadamente, vino al Colegio, para una charla -sin gastos- tras una cena, que se titularía «Historia de la humanidad en quince minutos, o en quince palabras». La invitación era de difícil aceptación: luego se convertiría en acontecimiento universitario en Zaragoza. Con la presentación semiimprovisada que le hicimos, nos valió su cita en una de sus glosas. Posteriormente, en Madrid, gozamos de su amistad y de nuestras conversaciones en la calle del Sacramento. Dámaso Santos, en «De la turba gentil...y de los nombres». Planeta- Madrid 1987, pag. 63, recordó con detalle este acontecimiento intelectual «cerbunista».

A esos límites -oficio de historiador, capacidad de síntesis- habré de añadir otro: sin duda hay -o habrá- la gran Historia del «Cerbuna». Pero cada uno de los colegiales de entonces, tiene su pequeña historia, la intrahistoria de que hablaba Unamuno. Que por mi parte es vivencia!, y no meramente testimonial. Los residentes que nos dejaron - en la trascendencia eterna!- podrán releer estas líneas con una sonrisa benevolente. A los sobrevivientes les pido comprensión. Insisto: con las pequeñas «historias» de cada uno, tendríamos descrita mejor la Historia del «Cerbuna». Aun tratando de objetivarla, estará escrita con el corazón. De aquí que los errores o las omisiones pueden aparecer, a cada cual, más abultados. Pero de lo que diga, puedo responder que ha constituido una realidad.

Quedan fuera muchas emociones, escenas, sacrificios, alegrías, desvelos, problemas, y aun imperfecciones que en el orden personal, familiar o académico supuso para los residentes de los años 43-49. El «Cerbuna» de entonces -como el posterior para las generaciones venideras- forma parte de nuestra vida. Entonces, «ser» y «estar» en el «Cerbuna», eran una cosa muy importante para los universitarios. Un privilegio. Una responsabilidad. De aquí que haya, anticipadamente, un reconocimiento expreso de gratitud, a la Universidad de Zaragoza, al Colegio -su Dirección y alumnos, sus servidores, sus amigos. Aquellas primeras piedras -en la España del 43- aún sobreviven. Continúan. No presumiremos de ejemplares. Hicimos lo posible por responder, en la medida de entonces, con ilusión y esfuerzo. Dentro de unas circunstancias. Y aun superándolas.

2. SINCRONIZACION HISTORICA, SOCIO-UNIVERSITARIA

El «Cerbuna», va a funcionar -ya comenzado el curso 1943-44. Como aplicación inmediata de la Ley de Ordenación Universitaria, de 29 de Julio de 1943, una de las primeras leyes discutidas y aprobadas en las nacientes Cortes Españolas. Este podría ser un apretado contexto histórico:

- A nivel internacional -y no meramente fronterizo- nos encontrábamos en plena II Guerra Mundial, que terminaría en 1945, segundo Curso del «Cerbuna». En la Exposición de Motivos de aquella Ley, se hace referencia expresa a aquel «momento internacional... en el que se ventilan, en contienda mundial, la lucha de unos sistemas de convivencia contrapuestos...» (lejos, entonces, de Yalta..., lejos de la caída del muro de Berlín).

- A nivel nacional, estábamos en la postguerra española, que fue preámbulo de la mundial. Años de hambre, de abundante boniato y de cartillas de racionamiento. En el elemento humano, la Dirección y residentes, se reflejaban esos síntomas. También en la Exposición de Motivos se aludía, expresamente, al emplazamiento de los CC.MM. como tarea para el «Nuevo Estado», restauración de la justicia social, etc. En suma, como una pieza en la tarea de reconstrucción nacional.

MEMORIAS DEL CERBUNA

- A los Colegios Mayores se les hace dación de fe y esperanza en las tareas universitarias, dentro del estilo y contextos de aquel entonces, ciertamente patrióticos y motivadoras. No eran un «Servicio» -como los que aquella Ley, en su artículo 31 y ss. diseñaba para el cumplimiento de funciones universitarias, el SEU, o la Milicia Universitaria, el de Protección Escolar, o el de Formación Religiosa, etc-. Los sitúa como pieza esencialmente universitaria (art. 27 a 29). Aquella vieja Ley, prácticamente vigente hasta la LRU -con su nacimiento en circunstancias bélico-mundiales o de postguerra española, a la que tanto se confió el fortalecimiento del sistema del *Ancien Régime*-, quiso, muy en serio, que los Colegios mayores, respondieran a su Historia, y a la esperanza nacional. Incluso, desbordando sus propios contextos. Cuando se quiera hacer en su conjunto, por ejemplo, la Historia de la transición del 78, con sus luces y sombras, habrá que tener muy a mano la Historia de los Colegios Mayores (como la de la generación del 27 no tiene explicación sin la Residencia de Estudiantes de la calle Pinar, en Madrid). En ese marco de sacrificio, disciplina, esperanza, ilusión, reconciliación, trabajo, dificultad y capacidad de convocatoria, etc. nacieron los Colegios Mayores, desbordando en sus realizaciones lo enmarcado en sus preceptos. La conmemoración de las Bodas de Oro del «Cerbuna» que yo sepa es todo un ejemplo, ante el «silencio» del acontecimiento, como expusimos en el artículo «Medio siglo de Colegios Mayores Universitarios» (diversas revistas y periódicos en Octubre-Diciembre 1993).

3. LA ZARAGOZA DE LOS AÑOS 40

La Universidad de Zaragoza tiene como Rector Magnífico al ilustre paisano de Buñuel, don Miguel Sancho Izquierdo, iusnaturalista sucesor de Mendizábal en la cátedra de Derecho Natural. Había sido don Miguel el motor de la A.C. aragonesa. Con una larga familia. De procedencia democristiana -algún tiempo fue diputado agrario en la CEDA-, había participado en la redacción de la Ley de Ordenación Universitaria citada de 1943, como Procurador Nato en las Cortes, por ser Rector. Y desde el primer momento prestó su colaboración ilusionada en los dos Colegios Mayores, Oficiales, el «Cerbuna» y el «Santa Isabel», este último cerca de la Librería General, ubicado en el Paseo de la Independencia, hacia el número treinta y tantos, en los primeros pisos, encomendado a la Institución Teresiana.

Por toda la geografía nacional, sus coetáneos eran, por ejemplo, el «Cisneros», que conocería a Laín Entralgo, Sánchez Bella, Largo Caballero... como Directores. El «Santa Cruz-Felipe II» de Valladolid, con don Gratiano Nieto. El «Santa María de Europa», también en Madrid. El «San Bartolomé» en Salamanca... El «San Gregorio» en Oviedo... Y así en todas las Universidades. Hasta que la iniciativa privada -que respondió enseguida- tuvo los suyos propios: «Calasanz», «Moncloa», «San Pablo», «San Juan Evangelista», «Poveda», «Santa Teresa de Jesús», «José Antonio», «Séneca», «Alejandro Salazar», «Mater Salvatoris», «San Bartolomé», «San Fernando « etc., etc.

El secretario general de la Universidad era el ilustre penalista Dr. Guallart y López de Goicoechea; los Decanos de las Facultades, Dres. Respaldiza (Veterinaria), del Valle Pascual (Derecho), Torneo (Ciencias) y Suárez (Medicina), el Jefe del SEU del Distrito Universitario, José Antonio Serrano Montalvo. El Arzobispo era monseñor Domenech (don Rigoberto), Alcaldes, Caballero y García Belenguer. Todos ellos, muy animadores y asistentes a actos colegiales.

En esa época, pues, en Zaragoza, está también el «Cardenal Xavierre», fundado por los PP. Dominicos, en recuerdo del que había sido el más leal colaborador de don Pedro Cerbuna, como Obispo-fundador de la Universidad de Zaragoza (V. Galmes Mas, Lorenzo «El Cardenal Xavierre», Valencia 1993). Inicialmente, instalado en unos pisos también en el mismo lado del «Cerbuna», pasado el cine «Gran Via».

Zaragoza, entonces, tendría los 300.000 habitantes. La capital no había sufrido mucho las consecuencias de la guerra, incluso le dieron cierto poder estratégico. No así su provincia, - zona del Bajo Aragón -Belchite- y sobre todo las capitales y provincias de Huesca y Teruel. Una buena parte de sus primeros residentes habían sido víctimas -en uno y otro bando- de los efectos económicos y familiares de la guerra civil. Pero en el «Cerbuna» apenas se hablaba de estas cosas, ni se hacían distinciones. Ni era fácil saber quiénes y por qué eran becarios. Incluso ahora, en 1996, he podido enterarme de quienes procedían del Hogar Pignatelli, siendo hoy destacados profesionales.

Se compartía el hambre, o las dificultades materiales, de vivienda, alimentación, transporte. Se iniciaba, al tiempo, una inmigración interior muy dura para los padres y siempre comprendida por los hijos. El «Cerbuna», pese a la descripción que luego se hará, frente a las pensiones o residencias, era un «lujo». Casi un privilegio poder estar allí. Cuando Derecho y Filosofía y Letras están hacinadas en el mismo edificio, o cuando en Veterinaria, cerca de la Puerta del Carmen, por las rendijas de la tarima se caían los libros o las carpetas; o cuando en Medicina y Ciencias parecían sin medios, sin cadáveres, sin instrumentos de investigación. Había pobreza universitaria, pero no miseria, ni degradación. El comedor del SEU -en la Plaza de Sas- siempre rebosante y también los de las Hermanitas de los Pobres. Pero el Zaragoza de entonces, con su Universidad, sus profesores, y sus Colegios Mayores, quería reconquistar un pasado glorioso. El «Cerbuna» fue una pieza clave en esa etapa de reconstrucción universitaria. No hablo de los otros CC.MM. o de las otras Instituciones -que tienen también su propia historia- porque se me ha encomendado esta concreta.

4. DESCRIPCION Y EMPLAZAMIENTO

La Ley de Ordenación Universitaria de 1943 ha de ponerse en marcha, con inmediatez, en el tema de los Colegios Mayores. En Zaragoza había existido la Residencia de Estudiantes con el nombre de «Cerbuna», ubicada en el Paseo de

MEMORIAS DEL CERBUNA

Ruiseñores. En pleno curso escolar 1943-44, la Universidad alquila el entresuelo principal y tres pisos más, en la Avenida que entonces se denominaba Fernando el Católico 42, (hoy Fernando el Católico, 2) y que empieza en la Plaza de Paraíso (la numeración es la que ocupa hoy la Gran Vía)

Era un edificio rectangular, con pinta de «trasatlántico» de hormigón, que se encontraba aislado: enfrente había unos grandes solares, lindantes con el Huerva, que se utilizaban para hacer la Instrucción Premilitar Superior de la M.U. En el piso último estaba la Jefatura de la I.P.S., mandada por el Teniente Coronel Simavilla. Los residentes, cuyas habitaciones daban a ese espacio -hoy totalmente urbanizado, una vez cubierto el Huerva- disponían de un buen divertimento, viendo las novatadas para los demás. Y a los colegiales, se nos daba la oportunidad de poder salir de las habitaciones vestidos de «milicios». El lateral -en donde está ahora «Universidad-Empresa»- daba entonces a espacios libres hasta la Jefatura de Aviación, recientemente trasladada; o al tune! no cubierto de la vía del tren, Zaragoza-Barcelona. Por cierto, también un buen entretenimiento, sobre todo en los días de examen o de insomnio: era el saludo -con Alexanco al frente- y casi reglamentario de, «¡el tren! ¡el tren!...» Al unísono, se encendían las luces de las habitaciones, para corear «¡El tren!» «¡el tren!»... cosa que producía las protestas de algunos vecinos de la Calle Baltasar Gracián, salvo cuando había algunas familias, o chicas guapas - como las hermanas Gavín-, que se ponían también a celebrar el gesto ferroviario a la recién nacida Renfe.

Junto al lindero de Baltasar Gracián -en cuyo piso principal Opus Dei inició las primeras relaciones con universitarios, doctores Casas, Orlandis, etc.- estaba el lindero Sur, que daba a un descampado. Tan extenso y amplio... que llegaba hasta la inicial Ciudad Universitaria -solo, con Derecho, Filosofía y Letras terminada- y la Hípica. Por tanto, los colegiales de estas dos Facultades normalmente íbamos andando, por atajos, haciendo senda. El tranvía -¡el que tenía los quince céntimos!- se utilizaba para bajar a la Plaza de Aragón o a la plaza de España. O subir hasta el Parque o la zona de retomo, en lo que más tarde sería Feria de Muestras (ahora trasladada). Era un tranvía con jardinera -el mejor de Zaragoza-, el cual una vez me arrastró varios metros, debajo de las ruedas... (sólo fue el susto y las heridas). Casa, pues, construida por pisos. En los últimos, estaba la pensión Arana -ahora creo ha «descendido» en alturas-, frecuentada por muchos universitarios.

En la parte baja se encontraba el Cine «Gran Vía», -muy visitado- que disponía de una cabina de proyección, situada en una de las terrazas interiores del Colegio, lo que facilitaba -a través de las habitaciones contiguas- poder saborear alguna que otra película, desde la cabina, si te ganabas al proyectista (y previamente al titular de la habitación, como lo fuimos Bianor Escalona y nosotros).

El entresuelo tenía la sala de visitas, recepción, administración y peluquería. El resto era una gran sala, diáfana, si bien al fondo, con unas puertas correderas, se abría paso a una pequeña Capilla. Y más atrás estaban las cocinas y servicios. Esa

Sala hacía de cuarto de estar, comedor, salón de conferencias, y de conciertos -había piano-, ping pong, tertulias, etc. etc. Los demás pisos eran para habitaciones, salvo en las esquinas rotondas, en las cuales se hacía la vida de relación. Pero esto duró un par de Cursos, ya que la demanda de colegiales hizo que estas rotondas se convirtieran en dormitorios para tres colegiales. El resto eran para dos, salvo los que daban a Gran Vía. Se había mantenido el reparto de la construcción del edificio. En los tres últimos pisos, respectivamente, estaban la Dirección, Subdirección y capellán, que hacía chaflán. Y en el tercero, en la zona interior, la Biblioteca. Siempre se pensó en una instalación provisional. Y una portada de la revista «Cerbuna» 1947-48, ya saludaba fotográficamente la obra construida del nuevo Colegio Mayor.

Cada habitación tenía su lavabo, su mesa de estudio y pequeña estantería, y un flexo. Un Crucifijo. Todo sombrío, discreto. A las doce de la noche se apagaban las luces, salvo en épocas de exámenes. Había un vigilante nocturno. Pero teníamos muchas tretas para superar el «silencio» (por ejemplo, la imaginación sobre las «radiogalenas» llegaba a extremos de primera calidad radiofónica, casi inalámbricos o pre-satélite...)

Al recordar las estrecheces físicas y de espacio, casi nos parece imposible imaginar cómo pudimos hacer tantas y tantas actividades o que hubiera tanta solidaridad. Para las generaciones futuras, los colegiales con responsabilidad en las distintas tareas, sugeriríamos a los arquitectos del nuevo Colegio -en los primeros números de la «Revista Cerbuna»-, a través de la Dirección, que se proyectaran espacios suficientes para el desarrollo de las actividades llevadas a cabo, con experiencia, por los alumnos. Y que no fuera una mera Residencia. Quizás, con más comodidades ¿hubiéramos hecho tantas cosas en el antiguo «Cerbuna»?

5. ORGANIZACION, DIRECCION Y FUNCIONAMIENTO

La Organización y Dirección del Colegio venía determinada por la propia Ley de Ordenación Universitaria, y un Decreto. Ahora bien, el boom de los Colegios Mayores en la postguerra fue tan grande que, además de una iniciativa privada competitiva -las Congregaciones religiosas dedicadas a la Enseñanza, comenzaron a procurar sus Residencias para los ex-alumnos suyos-, el carácter de «oficialidad» de los CC.MM. estatales no les impedía tener una peculiaridad singular, en la mayor parte de ellos. Ya en aquella época de estudiante, y por distintas razones, tuvimos el privilegio -y la responsabilidad- de conectar con varios de ellos, como el «Cisneros» de Madrid, el «Felipe II» de Valladolid y el «San Gregario» de Oviedo (de los dos primeros me nombraron, siendo «cerbunista», «Colegial de Honor»). Y pude comprobar su singularidad, y su gran autonomía. Es lo que a un grupo de colegiales nos llevaría a instar relaciones e intercambios con los distintos CC.MM., incluso -por ejemplo- que un residente del «Cerbuna» pudiera -si lo necesitaba- preparar sus oposiciones en el «Cisneros» de Madrid, etc. Como así ocurrió en algunos casos. En el

MEMORIAS DEL CERBUNA

Santa Cruz-Felipe II de Valladolid, descollaban ya Alarcos -hoy académico de la lengua-, Mestres, Manzanares- hoy Vicepresidente del Consejo del Poder Judicial.

El equipo de Dirección del Cerbuna en esta etapa, estaba compuesto por el Director, Don Fernando Solano Costa, don José María Rodríguez Campoamor, Subdirector, Don Pedro Altabella, Capellán y don Arturo (Administrador). Los servicios ejecutivos de comedor y cocina los llevaba la señorita Basi, y entre las empleadas destacaban, como veteranas, las señoritas Carolina y Luisa (citaría los nombres de todas ellas pero no hace falta; algunas eran guapas y el personal se renovaba). Cumplían un buen servicio, atuendo negro, con cofia y cinturón blanco. Verdaderas doncellas. Teníamos un buen peluquero, parlanchín, con bigote, «peligroso» en alguna novatada.

Cada uno de los miembros de la Dirección, tenían su propia personalidad. Nombrados por la Universidad, de acuerdo con las normas reglamentarias. De los tres primeros daré algún apunte, puesto que puede ambientar el resto de mi indagación sobre el Cerbuna.

Don Fernando Solano Costa, era profesor de Historia Moderna. Intelectualmente joseantoniano (más tardíamente supe que había estado, en mi pueblo de Daroca, con las Milicias, pero nunca blasonó de hazañas bélicas, ni siquiera de participar en ellas). En aquellos años y hasta que pudo ser catedrático por oposición -que le fue discutida-, compaginó la Dirección en el Colegio con actividades públicas en el área municipal o provincial o cultural. Solo al final del quinquenio analizado pudo ser presidente de la Diputación Provincial y Procurador en Cortes, hasta que, como consecuencia de una enmienda suya a la Ley de Enseñanzas Medias, en la etapa de Ruiz Giménez, fue cesado. Prácticamente eliminado de la actividad política activa. Era amigo personal de don José Navarro Latorre, otro aragonés ilustre, que fue el secretario general técnico de don José Ibañez Martín, de Valbuena (Teruel). Fundador y Director de la Institución «Fernando el Católico», tan querida y bien llevada. Por el Colegio pasaron sus colaboradores directos, como Fatás, Gastón, Canellas, Corona y otros.

Fernando Solano hacía de timón de la alta Dirección. No siempre se comprendió esto por los colegiales. Tenía fama de fuerte autoridad. Se casó algo tardío -estando nosotros en el Colegio-, con Pilar Camón. Las otras ocupaciones político-administrativas y la preparación de la Cátedra en esta época, le pudieron impedir que su presencia no se advirtiera tanto. O que no se viera su obra. Pero hay que decir también que nada de lo que se hizo en el Cerbuna de entonces -para bien o para mal- se hizo sin su consentimiento, conocimiento y en su caso ayuda. Y al Cerbuna lo tuvo siempre con primacía en su corazón. Murió prácticamente coincidiendo con la conmemoración de las Bodas de Oro del «Cerbuna», en 1993.(v. el apunte en mi libro «Constitución, Democracia y Enseñanza Religiosa», Colección TAU, Avila, 1994, pág. 193-194

JESUS LOPEZ MEDEL

José María Rodríguez Campoamor, subdirector, era distinto. Con Solano había una gran compenetración. Lúcido, con su bigote, amigo de los toros y «curador de toreros», soltero entonces. Alegre, irónico, jovial. Había sido jefe del SEU en Zaragoza y médico militar. Oftalmólogo. Vivía permanentemente en el Colegio, comunicador directo con nosotros, pórtico de convivencias, animador. Nos conocía y quería a todos. Buen enlace con la Dirección y el Capellán.

Don Pedro Altabella era un sacerdote, designado por el Sr. Arzobispo en conexión con la Universidad. Todo ímpetu, un gran apóstol y un gran amigo. También, como Campoamor, era habitual su estancia y residencia en el Colegio, aunque llevase grupos de Acción Católica, universitarios y sobre todo obreros. Fue gran animador en todos los sentidos. Desbordaba su propio campo de acción espiritual Irrepetible. Buscaba todo lo humano del hombre, de todo hombre, para su trascendencia. Había sido hasta 1936 asesor religioso de las Juventudes de Acción Católica de Propagandistas, con don Angel Herrera, Don Joaquín Ruiz Giménez y Don Alberto Martín Artajo. En Santander le había sorprendido la Guerra Civil, precisamente haciendo un curso de Verano -sobre el marxismo- con aquella entidad con los estudiantes católicos, en un Hotel del Sardinero. Estaba con don Casimiro Morcillo.... Los «milicianos» no les encontraron los breviarios, pero sí unos libros de Marx y sobre el comunismo. A don Pedro, luego, los jóvenes de A.C. montañesa le vistieron de obrero, con un mono, al igual que a don Casimiro. A uno y otro les endosaron dos «novias», chicas de la A.C., respectivamente, Conchita y «Noreña». A don Pedro le había fusilado en Alcañiz a su tío Párroco y en Barcelona a un hermano marista. Pero de esto nunca nos contó nada a los Colegiales. Lo hemos sabido después. Allí ninguno alardeaba, ni de víctima ni de victorioso. La empresa era el Colegio, había que ver de que manera se desarrollaba y salíamos todos adelante.

Médico del Colegio, el Dr. Idoipe, profesor de la Facultad. Muy profesional y competente.

El Conserje Mayor era el Señor Sipán, de origen darocense, con porte de caballero de la Guardia Civil, muy valorado y comprensivo, dentro de su «autoridad» (Se portó muy bien cuando le pedí «refugio» momentáneo para Ramón Sainz de Varanda en el momento conflictivo de la manifestación estudiantil).

6. LOS COLEGIALES, EJECUTORES DE SU ACCION FORMATIVA

Cualquiera sea la óptica que se tome sobre las normas que regían los CC.MM., dentro del contexto sociopolítico y económico de entonces y también de la opinión personal respecto a la Dirección, lo cierto es que el Colegio Mayor «Cerbuna», en esta etapa 1943-49, estuvo a la altura de su tiempo. Fue destacado entre todos los demás, notoriamente. La actividad desplegada fue enorme. La explicación creo que está -además de lo dicho anteriormente- en los alumnos, en los residentes. Se con-

MEMORIAS DEL CERBUNA

virtieron, acaso sin darnos cuenta, en órganos o medios personales de ejecución. La iniciativa colegial, estaba a la orden del día. O porque se llenasen vacíos y ausencias; o porque cualquier sugerencia o instancia -en términos generales- tuviera acogida en la Dirección. Don Pedro, como antes dijimos, es verdad que siempre era un animador, pero ni trataba de sustituir la voluntad de los residentes, ni de interferir la de la Dirección. Eramos una fuente, un embalse de ideas, de exigencias. Siempre con nuestra llamada a la responsabilidad, al trabajo, al esfuerzo, en respuesta al carácter de «privilegiados» que -se nos decía desde todas partes- teníamos. El Subdirector Rodríguez Campoamor, siempre en primera línea de los colegiales (así lo ha recordado Alfonso Zapater en un reportaje en «Heraldo de Aragón», 1993).

Había disciplina, que se aceptaba buenamente, veníamos de un final de Bachillerato de siete años -de la época del primer Ministro de Educación del General Franco y monárquico ilustre Sainz Rodríguez-, con la Reválida Final, el Examen llamado de Estado. Común a ex-combatientes y nuevas generaciones. Acaso más duro para éstas. Quizá -en el Colegio- se diera la selección natural de los muchos becarios. De las propias limitaciones de origen de muchos de nosotros, desde el atenido a la alimentación. No pocos habíamos tenido que trabajar, incluso ayudar a los padres, para terminar el Bachillerato. Bastantes huérfanos de guerra de uno y otro bando. Con familias numerosas; algunos hermanos no siempre pudieron alcanzar el «Cerbuna». Salvo excepciones, como los Martín-Retortillo, los Garballo, los Ibáñez Fatás...

No es de extrañar, por tanto, que las reglas de vida fueran predeterminadas: éramos alrededor de Cien Colegiales -en el 43-44 fueron menos-. Un timbre tocaba para despertar y otro para las comidas. Las mesas eran de cuatro y se elegían para todo el curso. Al comedor o Capilla había que bajar bien vestidos y no con zapatillas. No se permitían personas ajenas a los colegiales en las habitaciones. Después de cenar, no se podía salir, salvo causa justificada. Se solía -en los primeros años- pasar lista a la hora de desayunar. Por orden alfabético:...»José Auría», etc...(así hasta que llegaba al cien, ante el cual, si no había algún miembro de la alta Dirección se solía contestar, no con el «Presente», o «Servidor», sino con un «uh.uh.uh.uh»... que era silbado unánimemente). Era la primera broma del día (pprque toda esta etapa fue, y ya lo adelanto, divertida). Nos daban una libreta-cheque-crédito, para 10 puntos, y a medida que tuviéramos faltas, según la naturaleza, la sanción consistía en ir quitando puntos. El que se quedaba sin ninguno era invitado a salir del Colegio (No sé si esto llegó a aplicarse. Ni siquiera, cuando una noche, se volcó un saco de cemento a la entrada de la Dirección)

Los alumnos procedíamos de muy diversas regiones. Además de las provincias aragonesas -casi todos de pequeños pueblos- había bastantes navarros, sorianos, riojanos, valencianos, vascos y catalanes (no existía la Universidad de Navarra y empezaba la de Deusto) El haber conseguido plaza en el Cerbuna ya era, de por sí, una «prebenda». En general, se respondía a ello. Nos dábamos cuenta de la situación

universitaria. Una buena parte pensamos, más que qué podía hacer de nosotros el «Cerbuna», qué podíamos nosotros hacer por el «Cerbuna». Con la clásica distinción de un modo de ser o un modo de estar en la Universidad (v.n.t. «La Universidad por dentro»,. Barcelona, 1959). La Diputación Provincial de Zaragoza tenía becas por importe de 333,33 pts (costaba unas 400 pts mensuales la estancia completa, salvo la merienda), una para Letras -creo que fuí el primero en obtenerla-, y otra para Ciencias (Eliseo Larramiñana, Medicina).

Junto a los colegiales residentes, estaban los adscritos. Una creación legal, ilusionada, de la Ley Universitaria del 43, pero no realizada plenamente. Porque se establecía la obligatoriedad de inscribirse en un Colegio Mayor al formalizar la matrícula de Curso, pero luego no tenía efectos específicos. Hubo una manera indirecta de hacerlo y fue cuando, por iniciativa colegial, estudiantes no residentes solicitaban o eran invitados a participar en algunas de las tareas o acontecimientos del Cerbuna. Por ejemplo, en la Revista «Cerbuna» -de la que luego hablaremos- colaboraron universitarios ajenos al Colegio; y de la «Tertulia Literaria» formaron parte, entre otros., el malogrado Mariano Alonso Lambán, muy querido para José Luis Lacruz; Antoñanzas, escritor, Rafael Arnal, cuentista, Pepín Zaldivar, etc. Otro tanto ocurrió, como excepción, en otras actividades deportivas, musicales, apostólicas, etc.

7. VIDA ACADEMICA Y UNIVERSITARIA

El sentido del Colegio, ya desde sus comienzos, era lograr que no fuese meramente una casa de huéspedes, ni menos una Casa de Troya. Las circunstancias ambientales convidaban al estudio y al trabajo. Con las dificultades de habitaciones de dos o tres personas -salvo las individuales para los más veteranos-, sin duda, no era estimulante. (El 19 de mayo de 1993, me encontré en Barcelona con ocasión de una Conferencia a Carlos García Mauriño, de Vigo, compañero de habitación en el primer curso y pareja como pelotari en el Frontón Aragonés). Pero tenía el complemento de la camaradería y amistad. Siempre había varios de los mismos cursos. Las habitaciones, a veces, se convertían en aulas de comunicación (también las había de «consultas de amor», como la de Pérez Mardonez o !barra Franco). Por la mañana, hasta ciertas horas, había que dejar libres los cuartos. La Biblioteca o Seminarios de las Facultades lo suplían (cuando Fuertes Marcuello sucediera a Antonio Ubieta, y a Elias Campo -ambos becarios- en la Biblioteca para ayudar al Dr. Corona Baratech, se le llegó a llamar la «tasca de Marcuello»).

Normalmente se procuraba una conexión con las cátedras de la Universidad y era frecuente enviar una lista de los del Cerbuna a la Facultad, lo que no sé qué efectos podía producir, pero en todo caso era -más subjetivamente- algo que te impulsaba a un mejor trabajo. Algunos profesores tomaban con más interés esta conexión.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Como porte académico, para los actos solemnes, se llevaba pantalón gris y chácqueta -no cruzada- de azul cielo, con la insignia de solapa. (Formaba parte del equipo-vestimenta, que algunos tuvimos que costear, con «medidas» excepcionales, singularmente, los becarios). He citado esto del traje «talar», más que como anécdota, como expresión del intento de homologación histórica con los gloriosos y tradicionales CC.MM. en España o en las Universidades históricas e Inglaterra, Alemania o Francia. Y de manera singular, por el tomo y altura, distinción o dignidad que se quiso dar al colegial, dentro de aquellas limitaciones, pero huyendo de la mediocridad. Con un sentido de identidad creadora y responsable. Para los actos solemnes o lúdicos, era una distinción.

Si la vida formativa y académica discurría fuera del Colegio -es decir, en cada Facultad- el Cerbuna ofrecía además, de muy diversas maneras o iniciativas, actividades, actos o conferencias, unas veces de especialidad y otras complementarias. A título no exhaustivo citaré algunos supuestos:

La Biblioteca procedía de la antigua Residencia de Estudiantes «Pedro Cerbuna». El primer bibliotecario fue Antonio Ubieto, luego le siguió el hoy ilustre notario de Barcelona, Elías Campo Villegas; y más adelante, a medida que se necesitaba una mayor dedicación, don Carlos Corona Baratech, luego catedrático. El enlace que aquél disponía en la Universidad Hispanoamericana de la Rábida (Huelva), hacía que fuesen bastantes los residentes de los Cursos de verano de aquella, como becarios (allí conocimos a **D.** Manuel Giménez Fernández). A mí personalmente la Biblioteca me enriqueció mucho, pues además de haber encontrado allí a Ortega y Gasset -por ejemplo- sin ningunas limitaciones, en las primeras ediciones de sus obras, se iba actualizando con publicaciones nuevas. Recuerdo la Revista de Estudios Políticos, con trabajos de Alfonso García Valdecasas, Areilza, Fraga, Lamo de Espinosa, Truyol, Javier Conde, Castiella, Pérez Embid, González Vicén, García Pelayo, Tierno Galván, etc. Algunas otras publicaciones o libros eran verdaderas joyas bibliográficas y científicas.

Conferencias y Catedráticos. Las daban profesores de diversas Facultades o especialistas de la Universidad de Zaragoza y otras. Esto se lograba a solicitud de los colegiales o a la de las Facultades. Existía un Servicio de Intercambio de la Universidad de Zaragoza. Los profesores Gastón o Fatás eran buenos colaboradores y venían bastante al Colegio. En algún caso, incluso, pedían alojarse en él, como cuando llevamos a Gerardo Diego. En otros, porque la Universidad o el Claustro ofrecía una comida que podía terminar en una charla (no siempre bien vista, si no era por solicitud colegial)

Por otro lado, como adscritos a la Dirección, se iba dando el caso de profesores ayudantes o adjuntos que residían en el Colegio - recuerdo a los Profesores Bosch, de árabe, Lucas, de Letras y Algora, jurídico militar, quien sería presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, promotor del CEU y del C.M. «San Pablo» de Madrid, uno de cuyos primeros directores sería el Notario y luego

Ministro de Justicia, el aragonés José Ma Sánchez Ventura. A través de ellos también se ofrecían oportunidades de conexión con los grandes «maestros». Castán Tobeñas, Legaz Lacambra -con su esposa Carmiña-, Ibáñez Martín, Garrido Falla, Vicens Vives, Fabián Estape, Grande Covián, Guillermo Suárez, hoy secretario de la Real Academia de Doctores, entre otros muchos, pasaron por el Cerbuna.

Finalmente las conexiones sociales públicas e intelectuales de los componentes de la Dirección, también facilitaron esta labor formativa no estrictamente colegial.

8. EL «CERBUNA» ABIERTO A LA SOCIEDAD

Nada de lo que hemos relatado, o de lo que a continuación vamos a narrar, se entendería bien, si no se viera que la peculiaridad de esos primeros años del «Cerbuna» estuvo en una sincronización con la sociedad, «vieja» idea orteguiana o en Giner de los Ríos. Si se aceptaba que la Universidad no fuese aquella una fábrica de títulos, la conexión con la Sociedad habría de verificarse, entre otras estructuras, por los Colegios Mayores. El posterior «Cerbuna», aun no teniendo actividad estricta formativo-académica -en algún momento posterior nosotros sugeriríamos que la Formación Religiosa, la Política y la Religión, las «tres Marias», se pudieran hacer a través de los Colegios Mayores, incluso para los no residentes-, se insertó en la sociedad zaragozana y aragonesa. Con alto espíritu, pero además con naturalidad. El Colegio buscaría los acontecimientos mas propios, o más singulares. Y utilizaría, no recursos convencionales o burocráticos, sino la iniciativa, la espontaneidad, la pasión, el sentido tesonero. Fue un caudal acumulado, cuyo titular no puede decirse fuese ni de la Dirección ni de ningún colegio en particular, sino del Colegio. Se acertó en esto. Se trataba de ofrecer y de recibir. Aun dentro de las ya mencionadas circunstancias de entonces. Como ejemplos, veamos algunos reductos o actividades en aquellos años 1943-49.

De carácter deportivo. En las Facultades había una asignatura de Educación Física, tres cursos. El Colegio no disponía de zona deportiva. El Campus de Derecho era un buen escenario. Pero por la procedencia en el Bachillerato y el auge deportivo que a la juventud se le venía dando, la realidad es que hubo unos buenos deportistas en el Colegio, con su equipo de fútbol, baloncesto y atletismo. Fue excepcional para esto la figura de Llovet, veterinario, quien daría a Tarradellas posesión de la Diputación Provincial de Barcelona -de la que había sido Presidente Samaranch, nombrado entonces embajador en Rusia-un deportista completo. Recuerdo otros, como Bolea, Escalona, Miguel Morer y un canario alto, baloncestista de categoría, etc. Se competía en la ciudad con distintos equipos, o con los de otros CC.MM, o en el Frontón Aragónés y competiciones del SEU, etc

La Orquesta. No había tuna en el Colegio, aunque bastantes residentes pertenecían a las de las Facultades. Pero sí había una buena Orquesta, con un pianista finísi-

MEMORIAS DEL CERBUNA

mo -Luis Sáenz, de Medicina, riojano- y un Rodríguez Tirado para el violín, buenos guitarristas como Catalán, etc. De cuando en cuando se asomaba el maestro Borobia, y para ciertos actos, tertulias o còkeltels venía bien. También tuvimos una Coral...

Tertulia Literaria y Revista «Cerbuna». Fue iniciativa de unos cuantos colegiales, Aquí sí que podría dar más nombres, porque nosotros fuimos su Directorio responsable, en esa etapa. Nació con la idea de esa sincronización con la sociedad -Fausto Burgos, Nalda, Sabrás, Alberto Gil Morales, Martín-Retortillo, Pérez Mardones, Marina, Elias Campo, Ubieto- en el orden intelectual y literario. Con la colaboración de universitarios o profesores no residentes. Bien vista, y apoyada desde el primer momento por la Dirección del Colegio y con la colaboración de escritores, poetas, periodistas aragoneses. Entonces y allí, se sustituyó la conferencia magistral -»rollo»- por la charla-coloquio. Unas veces de sobremesa -alrededor de la presidencia-, en otras, haciendo círculo, sin más. El sistema de «Coloquios», en Zaragoza, fue practicado anticipadamente en el «Cerbuna». Así se dieron noticias en la prensa local y en la «Estafeta Literaria» o «El Español» de entonces. Nos acompañaban zaragozanos, universitarios o no. Por ejemplo, un gran profesional de su oficio, Gil Pérez, corrector de libros, de periódicos, y de la Institución «Fernando el Católico», fallecido en 1994

Se aprovechaba la presencia de personalidades nacionales en Zaragoza, a las que invitábamos o sugeríamos su visita al Colegio (sólo en un caso se nos pidió 300 pesetas por la intervención). Además de los citados don Eugenio D'Ors y Gerardo Diego, pasaron por el «Cerbuna» Castán Palomar, Cistué de Castro, don Ricardo del Arco, el Marqués de la Cadena, Dámaso Santos, Pepín Zaldivar, Zubiaurre, Rosales, Panero, Javierre, Blecua, Otín, Pilar Jaraíz, Tamayo -con todo su cuadro de primeros actores de la Compañía Lope de Vega, María Jesús Valdés, Maruchi Fresno, Asunción Balaguer, Amparo Rivelles, Maruja Asquerino- A veces el «caramelo» estaba en hacerles una entrevista, bien para el «Cerbuna» bien para la prensa local. De los citados hubo varios que fueron nombrados Socios de Honor de la Tertulia Literaria y personalmente, con algunos de ellos, nació una amistad y "relación ininterrumpidas.

La Revista «Cerbuna» nació con 8 páginas en el curso 45-46, de papel oscuro y pobre. Con una dedicatoria firmada por el Rector don Miguel Sancho Izquierdo. Llena de ilusión. Fue mejorando, en sucesivos números, uno o dos por curso, hasta competir **si** no en encuadernación o lujo- con las del «Cisneros» o del «Santa Cruz», en calidad intelectual, aire suelto, atrevido, social. Allí hicimos algunos nuestros primeros pinitos intelectuales. Con esfuerzo material -o se recurría a los proveedores del Colegio para ayudas de anuncios- y dedicación: paginar, confeccionar, búsquedas de colaboradores, imprenta. Primero se imprimió en los talleres de «El Noticiero». Y luego ya en los de «Félez» (cuando terminé en el 49, me sucedió el luego catedrático y Ministro Sebastián Martín-Retortillo, directivo de la Tertulia Literaria, en una nueva etapa que tomó ciertos aires ideológicos). La Revista era cul-

JESUS LOPEZ MEDEL

tural, social, deportiva, «lúdica». Recuerdo un artículo de Teodoro Sabrás, hoy magistrado en La Rioja, con una foto atrevida con las «chicas» del Santa Isabel, que nos valió la crítica interna, no la censura, pues estaba Felix Ayala, Delegado Provincial y amigo del Director. Reflejo de actividades, y toma de conciencia colegial. Buen dibujante, Antonio Lacasa Codina, luego Director General de la «SAM» y otras empresas. Académico de la Real Academia de Farmacia y fallecido. Creo que José Luis Samanes preparará algún trabajo sobre la revista «Cerbuna», expresión libre de los colegiales.

Recitales, Radio, Prensa Local y Teatros. Como fruto de unas u otras tareas y siempre en interrelación de los distintos grupos de colegiales, citamos los recitales, conciertos o recitales-conciertos. Poetas locales o instrumentalistas, alternando con los colegiales. Con su cockel correspondiente. A los que venían invitadas chicas de Zaragoza. Eran muy bien vistos y solicitados. Y de gran altura. Aún nos lo recuerdan las que empiezan ahora a ser «abuelas» (y podría dar nombres, noviazgos... y casamientos). Radio Zaragoza, con su director, el escultor, D. Angel Bayod, y sus redactores-jefes, Perales, Pérez Solá y Salanova, nos facilitaba su acceso, con unas emisiones radiofónicas, que las hacíamos en «directo» en los sótanos de la Facultad de Medicina, o en los Estudios de Casablanca.

Premios Literarios para Universitarios Hispanoamericanos. En el curso 1948-49 se convocó un Premio para Universitarios Españoles e Hispanoamericanos. El jurado fue nutrido exclusivamente por catedráticos de Letras, Induráin, Blecua..... El de narración lo obtuvo Diego' Moreno, de Córdoba, luego ilustre periodista y escritor, el de poesía para M^a Pilar Martínez, de Letras, hoy profesora y madre de ocho hijos, y el de teatro para Fernando Vizcaíno Casas, de Valencia, por su obra «La señora iluminada», que se estrenó en el Principal, con beneficios. Por derechos de autor del estreno pudo el Colegio organizar el primer viaje de fin de carrera colegial e interfacultativo.

Con la *Prensa Local*, «El Noticiero», «Amanecer» o «Heraldo de Aragón», había una colaboración recíproca. Los críticos literarios, por ejemplo, eran habituales colaboradores o presentadores en nuestros actos. Y nosotros acudíamos a ellos, para artículos o dando noticias o de nuestra propia cosecha. Recordamos -sin ser exhaustivos- a don Ramón Celma, don Miguel Monserrat Gámiz, Enrique Rubio, Ramón Salaríova, Dámaso Santos, Cistué de Castro, Mauricio Monsuárez de Yos, que «ayudaba» al famoso González Ruano para sus artículos, José Ramón Aparicio, luego Director de «Unidad» de San Sebastián y, de fuera, Castán Palomar y don Juan Aparicio, Director de «El Español» (en el que, a toda página y en color, se publicó el texto íntegro de mi presentación a don Eugenio D'Ors). Las buenas relaciones de la Tertulia Literaria con Anadón, propietario del Teatro Principal, nos permitían disponer de un cupo de entradas para las temporadas teatrales, que se distribuían entre los colegiales.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Lo Religioso. Pensamiento, vida y acción religiosa en la Universidad, decíamos en nuestro libro «Lo Religioso en la Universidad», Barcelona, 1959. Era el trípode con que se venía desarrollando esa dimensión connatural a la educación (V.n.t. «Constitución, Democracia y Enseñanza Religiosa», Zaragoza, 1994) que es lo religioso. Acaso entonces vista con mayor espontaneidad y fervor, derivada de los efectos de la contienda civil, también denominada entonces «Cruzada». Y sobre todo, por la huella realmente sensacional, humano-apostólica de don Pedro Altabella, el cual, pese a algunas «narraciones aparentemente fantasiosas» o «transoceánicas», ejerció una acción de formación de hombres, de hombres íntegros, como premisa para ser hombres cristianos, hombres buenos, cabales, era la palabra que él subrayaba. En los últimos años, cuando marchó a Salamanca y desde allí a Roma, fue sustituido por el P. Gerardo-Enrique de Vega, Agustino, psicólogo. Ambos han fallecido. Luego estuvo el canónigo monseñor Puzo, más tarde D. Angel Alcalá, a quien yo había vuelto a ver hasta 1996, residente en Nueva York. Me contó primicias de D. Pedro Altabella. Hoy lo es D. Gregorio Muñío.

Ejercicios Espirituales en el Colegio. Dirigidos por don Pedro o por el P. Llanos o por don Santos Seguiristain o por el P. Aguilar, Dominico, etc. Seguidos también por la Dirección, dejaban siempre una huella. El fervorín del P. Llanos -sobre el retrato de la novia, la bandera de España y una estampa de la Virgen como decoración mínima de la mesa de los estudiantes-; o la luminosa ascética de Don Santos, o el rigor apostólico del P. Aguilar, cuñado de Ruiz Jiménez... y luego capellán del Príncipe... suponían una inyección espiritual peculiar, y aquí también -como externos- acudían bastantes ejercitantes universitarios no residentes.

La Acción Católica. Creada en el «Cerbuna» como excepción a la estructura parroquial-reglamentaria, aunque conectada con la de San Braulio. Nuño fue su primer Presidente. Algunos como Martín Rodríguez, Ibarra Franco, Fuertes Marcuello, Miranda, Doria, Lacasa, etc, eran además Propagandistas del equipo de D.Francisco Izquierdo Molins. Sus Círculos, retiros o colaboraciones con la A.C. Diocesana -con el Dr. Francisco Romero, o Cobeta, o Pérez Cebrián, o Sanz Jarque, o Barco, o Catalán, etc.- tenían una acogida nutrida. Sus acciones se veían, además, en las Conferencias de San Vicente de Paul, la Catequesis de la que se responsabilizaba Lacasa, en el Convento y zona -entonces suburbial- de los Pasionistas «¡Casablanca para Cristo!» era el eslogan de la A.C. del «Cerbuna»- Y el Consultorio Social (Popular) que llevamos un grupo de alumnos de Derecho -del que nosotros éramos los animadores- instalado en los bajos de Baltasar Gracián número 3. Venían personas, especialmente trabajadores, o familias modestas, para asesorarse. Desde cómo pedir una cartilla de racionamiento o solventar un pasaporte, hasta cómo conseguir una indemnización por despido, pasando por un interdicto. Sin la colaboración del profesor titular de la Facultad de Derecho Joaquín Bastero y la de los letrados de los Servicios Jurídicos Sindicales de entonces, aquella acción apostólica no hubiera tenido la eficacia social que por aquellos años representó. Fue original esta «atrevida» acción, que sirvió -además- de aprendizaje y de conexión

con la vida de la Sociedad y los grupos sociales más necesitados. De reconciliación también, y una forma operativa de la Universidad-Colegio hacia los marginados o víctimas de la injusticia.

9. LOS GRADUADOS. LA ASOCIACION DE EX ALUMNOS «CERBUNA» .

A medida que nos íbamos alejando de la etapa fundacional, en aquellos años 43-49, nos dábamos cuenta de que nuestra trayectoria colegial tenía su fin. Acaso en los momentos más duros, para encontrar una «salida» profesional, habíamos tenido la experiencia de otros postgraduados, como los anteriormente citados, a los que se les apodaba con el apelativo cariñoso de los «Macabeos». Que vivían en el Colegio, y tenían alguna actividad universitaria, o preparaban su futuro profesional. De hecho, a medida que transcurría el tiempo, se veía esta preocupación más clara, hasta el punto de que llegamos a sugerir, a través de la Dirección del Colegio, que los arquitectos completaran o ampliaran el proyecto, de tal manera que allí pudiera haber un espacio dedicado a postgraduados. (Esto también a nivel institucional, con CC.MM. para postgraduados como el «César Carlos» del SEU, o el «Menéndez Pelayo», en Madrid).

Así aconteció en el «Cerbuna» de hecho. Creo que colegiales distinguidos, como Arsuaga, Miguel Morer, Samanes, Mardones, y algunos más, continuaron prestando, al tiempo, algún servicio complementario. Era además la manera de entrelazar generaciones, aportar experiencias, coordinar iniciativas y sugerencias. No sé cómo se habrá desarrollado en la realidad y tengo la impresión, que pasados cincuenta años; las ideas o la necesidad perviven.

En el edificio de pisos de Gran Vía, aquello era un sueño, para el futuro. Vibraba en parecida preocupación, y guardamos buena relación, el Colegio Mayor «Cardenal Xavierre», situado en Fernando el Católico 46-48 (V. el libro de P.Lorenzo Galmes, «El Cardenal Xavierre», Valencia, 1993, que se refiere al tema, a partir de la pág. 136 y ss., con el recuerdo al gran dominico P. Montserrat, sobreviviente en la Valencia del 36 y refugiado en Daroca en la postguerra).

Se trataba de lograr que el Colegio Mayor tuviera una prolongación «familiar-profesional», hasta, al menos, la plenitud de incorporación a la sociedad. No era sólo una querencia. A nosotros por la «suerte» que pudimos tener en nuestro acceso a Cuerpos del Estado, no nos fue necesario. Pero sí practicamos, por deseo propio, que en nuestros desplazamientos a Zaragoza, por razones académicas o intelectuales, pudiéramos estar alojados en el «Cerbuna», mejor que en cualquier lugar. Y esto lo hicimos hasta pasados los años 70, creo que con complacencia de las nuevas generaciones de «Cerbunos», y la nuestra propia. Y la verdad también es que, de esa manera, nosotros pudimos aportar algo positivo a no pocos residentes para su orien-

MEMORIAS DEL CERBUNA

tación y situación profesional. Para nosotros ser del «Cerbuna», de cualquier promoción, era y es un mérito (e igual lo han entendido así otros postgraduados).

Para poder dar más eficacia a esta filosofía sugerimos con otros colegas por entonces la creación de la Asociación de Antiguos Alumnos del «Cerbuna», y fueron nuestros los primeros borradores, estando aún Solano-Campoamor en la Dirección. Aquello trataba de ordenar y estimular iniciativas y ayudas. Mi ausencia profesional de Zaragoza, me impidió prestar la atención que la Asociación merecía. Se llegó a soñar con que aquella pudiera ser como intermediaria, garante o asesora, en una acción conjunta de préstamos de Honor, para el Estudio, que habíamos sugerido a las Cajas de Ahorros, en relación con la Universidad. La precariedad de becas entonces, y las limitaciones económicas generales, nos movieron a instar fórmulas de Ayuda al estudio, dentro de la Normalidad General, pero utilizando la Asociación, como patrocinador. Y eso, y otras cosas, más o menos ambiciosas. No conozco al detalle las líneas actuales, o la realidad de la fuerza asociativa en el «Cerbuna». Han cambiado mucho las circunstancias. Como entonces, en lo que pudiera, deseo y quiero, de nuevo, ponerme a la disposición del Colegio y de aquella. En el umbral eterno de la vida, aún nos quedan cosas por hacer y, con la ayuda de Dios, las brindo a todos. Al cumplirse las Bodas de Plata de la Asociación de Exalumnos ¡1968!

INDICACIÓN FINAL

Me queda ahora -dentro de las muchas cosas que se omiten- hacer algunas indicaciones.

Me gustaría que al terminar el Libro Conmemorativo, lo confeccionaran -por ejemplo- con algunos documentos gráficos de la época, especialmente los de carácter festivo. Porque pudiera entenderse **al** leerse lo escrito- que los «Cerbuneros» 1943-49 fuéramos un poco «cartujos». La verdad es que lo pasamos muy bien. Las fiestas eran frecuentes: comienzos de curso, la de Cátedra de San Pedro y las de Fin del año académico. Algunas otras de las Facultades que tenían su reducto allí. También las de la Orquesta o las de la Tertulia Literaria. Sin presumir, las chicas más guapas de Zaragoza, pasaron por allí. En una época de «guateques», las fiestas y veladas del Cerbuna, sin ser gastronómicas, eran llenas de alegría, humor, cordialidad y elegancia. De allí salieron varios matrimonios y bastantes noviazgos. Sacrificios, limitaciones, comidas repetidas... como en cualquier familia de aquellos años duros para España y Europa, 1943-49.

Desearía también que se agregase -si fuera posible-, como Anexo, la lista completa de los componentes de esas promociones de 1943-44, ya que todos ellos cooperaron en su papel y con su amistad. No he podido seguir la trayectoria profesional de todos. En el artículo «Fernando Solano» (con motivo de su fallecimiento en 1992, en diversos periódicos), he recordado algunos casos de altos puestos de res-

JESUS LOPEZ MEDEL

ponsabilidad, como el Doctor Miranda en la creación de la Clínica Universitaria de Navarra, el Doctor Pérez Modrego, primera figura de la Oncología Mundial; Jesús Cebollada, crítico cinematográfico; Fernández de Vega, un mago de la publicidad; Cascante, con Sniace; Martín Rodríguez, político y Fiscal; Marina, Magistrado del Tribunal Supremo...; Landelino Lavilla, Ministro y Letrado del Consejo de Estado, más los anteriormente citados, Martín-Retortillo, etc. etc. (Y de verdad, que este capítulo merecería tener un relieve especial, o un trabajo monográfico. O deberá hacerse algún día)

Finalmente, dar gracias a tantas personas, universitarias y universitarios, etc., de aquella época, de todo tipo, familiares de los residentes, vecinos de Baltasar Gracián, equipo de servicio, el portero de la Casa de Vecindad... no pocos de ellos fallecidos, pero recordados y queridos. Y mención especial para los sucesores y continuadores en la dirección del Colegio. Gracias de nuevo.

Y gracias a Dios por haber llegado hasta aquí, a la sombra del árbol del «Cerbuna», que en este caso ha sido alargada y ancha.

ANEXO UNICO - COLEGIALES DE LA ETAPA 1943-49

Por si hubiera dificultad a la hora de disponer de las listas «oficiales» completas de alumnos de ese período, nos hemos entretenido - con algún «cerbunista» más - en hacer una relación, tomada del «Catálogo» de la Asociación de Antiguos Alumnos -mayo 84- y sobre todo de las fotografías típicas que nos hacíamos con ocasión de los Ejercicios Espirituales Anuales, que se tomaban en el patio interior, con el equipo de Dirección, más el sacerdote que daba los Ejercicios, tal como anteriormente recordamos. Algunos no «nos salen» y, por eso, no están citados, pero sí mentados, y «están en la foto». Claro, de antemano aceptamos que pueda completarse con más nombres. Y sin orden de preferencia, tal como los «descubrimos», vayan estos datos, con un abrazo.

Santos Sanz, Severino Pérez Modrego, Gil Novales, José María Dilla (fallecido), Jesús Cebollada, Lecumberri, Cascante, Miranda, Bolea, Fuertes Marcuello, Lacasa Codina, Luis Fernández de Vega, hermanos Ibáñez Fatás, Manuel (fallecidos) y Pepín, Santiago Catalán, García Mauriño de Vigo, Enrique Lloret, Carlos Etayo, Miguel Morer, Daría Izquierdo, Bianor Escalona, José María Pérez Mardones, Hermanos Izquierdo (Fabio y Juan), Fausto Burgos, Torras, Gil y Gil, Jesús Marina, José Montes, José Luis Samanes, Elías Campo, Arsuaga, los hermanos Ventura Jané, Valero Soler, Díaz Ochoa, Eliseo Carramiñana, hermanos Alfaro, José María Grima, Auría Arbuniés, Martín !barra Franco, hermanos Retortillo (Sebastián y Lorenzo), Ansuátegui, Landelino Lavilla, Bañarán, Enrique Verdún, Alberto Canals, Cm·bonell, Pellicer Catalán, Felipe Castejón, Castillo, Armando Cubero, Domper, Carlos Doria (sacerdote), Echeto, Esparza, Fábregas, Teodoro Sabrás, hermanos Garbayo, Abascal, Gazulla, José Pedro Gómez de la Torre, Heras

MEMORIAS DEL CERBUNA

Romano, Calvo, Nalda Ubago, Iguaz Fernández, José María Irigaray, Rodríguez Tirado, José María Sosa, hermanos Sancho Guimerá, Fernando Lozano, José Ignacio Pina, Mengual Mur, Daría Matosi, Martín Rodríguez Esteban, Nuño, José María Muniesa, Oliver Forcar, Felicino Ortiz, Fernández de Bobadilla, Constanca Núñez Ruiz (ex Secretario General de la Universidad de Navarra, Registrador de la Propiedad, fallecido), José Luis Sáez, Joaquín Carpi, Muez.... y el primero de la lista, José Auría.

El currículum de todos ellos es, en lo profesional y humano, singular, con dos ex ministros, varios notarios y registradores, auditores, ilustres veterinarios, médicos, arquitectos, militares, científicos de primera magnitud, financieros, expertos, sacerdotes, abogados insignes, escritores, políticos, catedráticos de muy diversas disciplinas, magistrados del Tribunal Supremo y de Tribunales de Justicia de Comunidades Autónomas.... Desde luego no menor -pienso- que los de las generaciones posteriores.... Para nosotros, ser «Cerbunista» -y lo he demostrado- era ya un gran mérito pre-profesional.... Demos gracias a Dios..

EL C.M.U. PEDRO CERBUNA EN LOS CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU FUNDACION

Martín Ibarra Franco

Fue en el curso 1943-44 cuando se inauguró el Colegio Mayor Universitario Pedro Cerbuna. El primer Director fue D. Fernando Solano Costa, catedrático, fundador de la Institución Fernando el Católico, de tanto raigambre en Zaragoza; Subdirector D. José Campoamor; y Director Espiritual D. Pedro Altabella.

Con estos tres nombres ya se adivinaba lo que el primer colegio universitario de Zaragoza iba a ser.

D. Fernando Solano, intelectual serio, universitario de prestigio, consiguió unos jóvenes universitarios con una formación social, moral, cristiana y científica que incidió en gran manera en la Universidad en general de aquellos tiempos y de los que habían de venir.

El Director adjunto, D. José María Campoamor, que es con quien directamente tratamos los alumnos, joven conocedor del ambiente estudiantil, médico, gran aficionado a la Fiesta Nacional, hombre de excelente trato con todos, que sabía con su simpatía ganarse la de los demás.

Y como Director Espiritual, el insigne D. Pedro Altabella, quien puso todo su interés en hacer del estudiante, ante todo, un hombre. Como expresé en la encuesta que el Ateneo de Zaragoza realizó en 1982 sobre esta figura, «su gran labor fue la de enseñar a los jóvenes a ser buenos estudiantes, pero no empollones; a ser buenos cristianos, pero no beatos; a ser alegres, pero no gamberros; a llevarnos a las chicas de calle, pero sin faroles».

Los cinco primeros años de vida del Colegio Universitario fueron llamados, en aquella época, la «Etapa de Oro del Cerbuna» porque este Colegio Mayor no solamente era una residencia de estudiantes sino que era también una institución donde se formaba hombres para el futuro en todas las dimensiones.

Cierto que posteriormente han existido críticas por lo que creían después excesiva autoridad, olvidándonos que en aquellos tiempos de la postguerra hacía falta un mínimo de disciplina que llevase a los hombres a ser los que dirigieran los destinos que rigieran lo que entonces se llamaba Patria, sustituido ahora por el nombre de País.

El Colegio Mayor Cerbuna empezó sin rodeos ni disimulos siendo católico, sin que fuera una exigencia pero sí una forma de ser y de obrar. Recuerdo las palabras que leíamos en la Capilla al fondo del comedor cuando nos encontrábamos en Gran Vía 40: «Introibo ad altare Dei. Ad Deum, qui laetificat iuventutem mean.»

A la misa diaria íbamos los que queríamos sin presión alguna y la disciplina era en aquellos casos rigurosa, porque ante todo la condición de estudiante se consideraba como un alto honor, y por tanto, teníamos o creíamos que debíamos ser ejemplo de comportamiento ante la sociedad.

Tal vez por eso algunos, en estos tiempos, no comprenden y se mofan de lo que entonces pasaba, como por ejemplo que tuviésemos un talonario, que no era de cheques sino de puntos, y que cuando algunos nos extralimitábamos en nuestro comportamiento se nos quitaba algún punto, pero eso no podía considerarse como sinónimo de abuso o tiranía, sino simplemente una manera de controlar la Dirección a los colegiales, para en el curso siguiente readmitirlos o dejarlos en libertad para que escogieran otro lugar donde formarse.

Las novatadas se prohibían porque tan respetado era el que empezaba como el que terminaba, y si alguno se excedía sabía que tenía la puerta abierta para buscar otro lugar donde formarse a su manera. Se intervenía y se tenía en cuenta por la Dirección la marcha de cada estudiante en sus estudios, y al final del curso se comunicaba a los padres las calificaciones. y la opinión de la Dirección respecto de sus hijos.

Se premiaba el comportamiento y las buenas calificaciones con accésit de premio, consistentes en un diploma de aprovechamiento y buen comportamiento durante el curso y un premio en metálico de 250 pts, que en aquellos tiempos cuando la estancia completa era de 250 pts mensuales, el que lo obtenía se sentía rico.

El premio, sólo se podía tener una vez durante toda la carrera, consistía en un diploma y 1000 Pts en metálico. El que lo conseguía era para desmayarse. Fue la época del boniato, de los 50 gr. de pan negro y del filete «cerbuna», llamado así porque el material del que estaba compuesto no era fácil de adivinar, simplemente se recuerda que a los 15 ó 20 días de ser preparado, cuando caía en el plato rebotaba. Pero a pesar de eso, muchos pasábamos el hambre con la ilusión y el buen humor

MEMORIAS DEL CERBUNA

que todos teníamos, pensando que en un futuro a lo mejor podíamos tomar pan blanco y filetes recién hechos, lo cual nos mantenía felices, pensando en el mañana que esperábamos con verdadero entusiasmo.

El estudiante de aquella época pretendía, y creo que lo lograba, ser una persona correcta. Se vestía generalmente con traje oscuro (azul), en los tiempos del cuello duro, cuyo almidonado costaba si mal no recuerdo 5 pts o algo menos, y aun cuando todos procurábamos ir bien vestidos, sin embargo cuidábamos de la economía ya que del número 40 de Calvo Sotelo a la Plaza de San Francisco, el billete de tranvía valía 10 céntimos, pero si se iba a la parada siguiente para ir directamente a la Facultad de Derecho o Filosofía el billete ya costaba 15 céntimos.

De aquellos tiempos queda un gran recuerdo, ya que el Colegio Mayor Pedro Cerbuna ha celebrado en este año el 50 aniversario; cambió de edificio, ahora hermoso, cambiaron las costumbres, ahora el colegio es laico, aunque sigue teniendo director espiritual y quien desea recibe ayuda espiritual; también entonces era solamente de varones prohibiéndose la entrada en las habitaciones al género femenino, ahora es mixto; pero lo mismo en los primeros años de fundación que ahora, el Colegio Mayor Cerbuna ha ido conservando su prestigio inicial y tanto ayer como hoy es un orgullo el que le puedan llamar a uno «cerbuno»

LAS PRIMERAS REVISTAS DEL CERBUNA

José Luis Samanes

Antes de entrar a analizar el contenido de las revistas que vieron la luz en la primera singladura del colegio, es preciso situarnos en el contexto de la época -curso 1945-46- exponiendo alguna de las normas de régimen interior vigentes a la sazón. El horario de actividades era del tenor siguiente: a las 7,30 de la mañana primera llamada, a las 8, misa voluntaria, salvo domingos y días de precepto que era obligatoria para todos los colegiales, desayuno y lista a las 8,30, a las 9 clases en la facultad y desde este momento hasta la hora del almuerzo, 14,00 no se permitía la estancia en el colegio salvo autorización previa. Estudio obligatorio desde las 15 hasta las 18,30 en que comenzaba tiempo libre hasta la hora de la cena a las 21,30. Silencio a las 23,15 y fin de toda actividad a las 24.00.

El colegio contaba con director espiritual y capilla, durante el curso se celebraban ejercicios espirituales en completo retiro. El Colegio, sigo citando textualmente, considera como una de sus mas importantes misiones la formación moral y religiosa de los internos; a este efecto, el director espiritual cuida de que lleguen a todos ellos y de manera conveniente las orientaciones y consejos que precisen en su vida espiritual y moral, intensificando la vida sobrenatural. Dados los fines formativos del colegio mayor, es preciso fijar una línea de conducta general en la vida de comunidad, que los colegiales han de hacer durante su permanencia en el mismo. Esta línea es la disciplina, imponiendo al colegial que ingresa el deber de observar una perfecta educación y el desarrollo de su personalidad moral que le haga apto para la convivencia y los fines formativos del colegio.

A su ingreso, el colegial, recibía una libreta de puntuación con 15 puntos que, en casos de excepción, se irán retirando paulatinamente o de una sola vez, según la conducta observada. A la pérdida de estos puntos, el colegial cesaba como tal inexorablemente. Se consideraban faltas graves: la indisciplina contra un superior del colegio o de la universidad, la falta reiterada a las clases, el incumplimiento de los deberes religiosos, la falta de dignidad en las amistades y en las diversiones, la constante desatención en los estudios, la embriaguez en todos sus grados, la irregular conducta dentro y fuera del colegio y la falta de respeto al compañero.

Los colegiales, se añadía, tienen por tanto un margen de libertad que su moral y su manera de conducirse ha de regular únicamente; el principal acto del colegio es el cumplimiento absoluto del horario establecido (sic); no se podían recibir visitas ni llamadas telefónicas durante las horas de estudio salvo caso de urgencia. Las visitas fuera de estas horas deberán hacerse en la sala propia del colegio estando prohibido realizarlas en las habitaciones. Las salidas de noche quedan rigurosamente excluidas.

El abono de estancia era de 460 ptas/mes incluidos lavado, repasado, planchado de ropa y servicio de peluquería. En los meses de invierno se aumentaba 1,65 ptas/diarias por el funcionamiento de la calefacción central del edificio.

Cada colegial llevaba para su uso las siguientes prendas, además de las propias de cama y aseo: un traje azul marino cruzado, una camisa blanca de tirilla, dos cuellos duros blancos, un batín de color oscuro y ... la libreta de racionamiento con la baja correspondiente de la localidad en la que residía.

Y sin más preámbulos, pasamos a comentar el primer número de «Cerbuna», portavoz del Colegio Mayor, aparecido en enero de 1946, en el que Jesús López Medel, presidente de la tertulia literaria, en artículo de portada, explica «el por qué de nuestra revista» acompañado de una fotografía del rector de la Universidad D. Miguel Sancho Izquierdo. En página segunda, palabras del director D. Fernando Solano Costa y del capellán P. Gerardo Enrique de Vega Agustín. Un artículo de D. Regino Borobio, arquitecto, nos anuncia que llegó la partida de hierro para el nuevo colegio mayor y se incluye un boceto del edificio. Rodríguez Tirado, alumno de Químicas, nos expone los fundamentos científicos de la bomba atómica. En ecos de la vida colegial se nos anticipa lo que será la fiesta del colegio: buena comida, sorpresas, humor, merienda-cena, pero ... sin baile. Se destaca la labor de Acción Católica - a la que pertenecen el 50% de los colegiales- con su presidente Rodríguez Esteban. La formación del Club musical y Club Deportivo, con las secciones de balompié, baloncesto, atletismo, remo, pelota y tiro, siendo responsable Llovet y en última página, humor y pasatiempos, donde se ofrece un premio de 5 pesetas a quien saque el crucigrama y acertijo.

El número 2 de la revista aparece en febrero de 1946, y nos muestra la fotografía en obras del nuevo colegio mayor con editorial también de López Medel. En estos balbuceos de la vida colegial nos encontramos con el primer alumno distin-

MEMORIAS DEL CERBUNA

guido, se trata de D. Antonio Ubieto Arteta, por haber terminado la licenciatura de Filosofía y Letras con Premio Extraordinario.

Una glosa de la vida académica de D. Luis del Valle, Catedrático de Derecho Político, ante su jubilación, nos adentra en el conocimiento de su currículum largo y extenso.

En consultorio religioso, el capellán contesta con claridad a la pregunta «la restricción mental usada en demasía ¿llegará a ser pecado?» (Dificilis questio)

Sin duda y aprovechando la proximidad de la fecha, incluye una efemérides del Miércoles de Ceniza.

En artículo extenso, se analiza por Julián Fuertes, el problema «¿llegará a o- tarse el agua?», como veis, de máxima actualidad.

En otras páginas, comentarios, apuntes y opiniones sobre la fiesta del colegio ya celebrada, junto con fotografías en las que se distingue, rodeados de chicas, a Carlos Doria, Julián Fuertes, Martín Rodríguez, Martín !barra, Emilio Cascante; títulos tales: «¿como se conquista una millonaria?» o la poesía de Elías Campo; una fotografía curiosa, cuyo pie «Cascarilla y sus boys» nos retrotrae, pese a sus caras pintadas y sus vestimentas, al recuerdo de los Biarge, Luño, Chapullé, Catalán, Carpi, y de Vega, este último disfrazado de vedette.

En marzo de 1947 se edita un nuevo ejemplar, con el título de «Actividades Culturales y Literarias del Colegio Mayor». En él Miguel Angel Muez diserta s9bre «Al Quimija», en el que se explaya en temas como la pólvora, síntesis de la urea, hasta el nylon.

El profesor de veterinaria Félix Gil, en un artículo sobre la ganadería, habla de los productos como la carne, leche, huevos, y sus estremecedores déficits, particularmente de la leche, que alcanza la cifra de 998 millones de litros.

Los primeros cerbunos pasan por el campamento de las milicias universitarias y bajo el título «La tienda», Santiago Catalán comenta los buenos y malos ratos en Santa Fe del Montseny, chistes, canciones, y siempre en lo alto «Las Agudas». Colaboran también Fernando Castán Palomar con «El primer pantalón largo, las primeras cuartillas y la primera carta de amor», lleno de ingenio y humor. Martín !barra nos obsequia con «Aún queda España», que versa sobre espíritu y política. Otro de Nalda, titulado «Filomanía no, Filosofía» y un cuento de Gil Novales titulado «Odio».

Las páginas centrales relatan el magno acontecimiento del primer Congreso Nacional de Derecho Civil. El presidente, D. José Castán Tobeñas, que lo era del Tribunal Supremo, asistiendo también D. Esteban Bilbao, D. José Gascón y Marín y, como una mujer participante, Doña Pilar Jaraíz. Estas fueron, entre otras, las personalidades más destacadas.

En clave poética, Fausto Burgos y Elías Campo, en los títulos «Caridad» y «Miedo» respectivamente nos manifiestan su inspiración y en deportes Miguel Morer nos sorprende con «Una llave Bamala». Se cita en horas posteriores la primera vocación sacerdotal de Jose María Osa Aguirre; sigue una crónica bajo el título «El apostolado de la acción en nuestro centro», de las actividades apostólicas de la parroquia de San Braulio, Casablanca y barrios humildes. Teodoro Sabrás nos deleita con su «Verde en serio, pero menos», alusivo al Colegio Mayor Femenino Santa Isabel.

En Cartas al Director, figura una de la redacción al Decano de la Facultad de Derecho en la que se hace la siguiente súplica «... las aulas de esa Facultad, tan pomposa y completa, no tienen crucifijo. Mil razones económicas habían existido para que así sea, pero nos permitimos suplicarle no se eche en olvido esta necesidad, en ulteriores dispendios...»

Un nutrido grupo de colegiales se desplazó al Colegio Mayor Felipe II de Valladolid, cuya crónica detallada y precisa relata Elías Campo; se transcribe íntegro el cuento humorístico premiado en el segundo torneo literario celebrado entre los dos colegios mayores, cuyo autor fue Ramón Gil. Javier Etayo nos cuenta las actividades de la Ciudad de los Muchachos de Casablanca, obra predilecta de la Sección de Acción Católica del Colegio.

Del Club musical, cuyo responsable era el que hace hoy esta a modo de recensión, se explicitan las bases para su pertenencia. Se surtía, dados los escasos medios económicos, de lotes de discos de música clásica que D. Guillermo Fatás Ojuel nos prestaba semanalmente para su audición entre los pertenecientes al club; se recibían invitaciones para asistir a los conciertos organizados por la Sociedad Filarmónica de Zaragoza, que se sorteaban entre los miembros del Club. Existía un coro formado exclusivamente por colegiales bajo la dirección del maestro José Borobia que interpretaba jotas, escenas populares, canciones vascas, catalanas y gallegas, el Gaudeamus Igitur y el himno de los colegios mayores (música del maestro precitado y letra del colegial Fausto Burgos.)

Entre las demás actividades colegiales se citan las deportivas, conferencias, excursiones, premios (1.000 ptas. fin de curso al Sr. Catalá), fiestas, biblioteca, conciertos, charlas, etc..

Nos da la noticia de que Carlos Doria Vida!, colegial propagandista del Consejo diocesano, ingresaba en el Seminario de Pamplona.

No puedo resistir el impulso de reproducir el anuncio -la redacción al parecer tenía problemas de financiación- que ilustra la última página de la revista. Dice así: «Estilográficas. Últimas modelos. Pluma Regia-continua escribe de cinco meses a tres años con la primera carga de tinta».

Surge el número 4 el año 1948 y abre sus páginas con sendos saludos del Director espiritual ya habituales. Ocho colegiales terminan su carrera universitaria.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Así: de Veterinaria, Manuel San Martín, Antonio Lacasa, Ramn Martínez Chalvert, Alberto Canals, Jase María Díez y Fabio Izquierdo; de Derecho Martín !barra, y de Medicina Jose María Amengual. Todos muestran, en la fotografía, ilusiones, esperanzas e inquietudes.

Daría Izquierdo nos depara un concienzudo estudio sobre el giróscopo; López Medel una visión certera de la vida en un ensayo de «Ortega y Gasset y nuestros problemas». Antonio Lacasa, como despedida, nos regala con otro «Feminismo en Veterinaria», que dedica a las señoritas Adela Castellá, Elena Respaldiza, Angelita Orúe y Pili Morera. Fausto Burgos rinde homenaje a la vida y obra de Mariano Benlliure como artista netamente popular. Alfredo Nalda, en su estudio «Hoy», nos lleva a la conclusión de que cada día tiene su afán.

El 19 de abril de 1949 sale el número 5. Manuel Pellicer escribe el «Romancero y su origen». Jase María Pérez Mardones en «¿Como queremos sea nuestra novia?» es contundente al especificar con calificativos de pura, religiosa, femenina, hogareña, culta, ... Quis in veniet mulierem. Mariano Paño Lalana, nos acongoja con su tenebroso: «El siglo XX o Apocalipsis de la Humanidad». Jesús López Medel en «Tu último año de carrera» dedicado a la novia, y aclara, presidirá tu mesa de estudios -nos decía el padre Llanos- una estampa de la Virgen, la bandera de España, y un porta-retratos para la novia, con ella o sin ella...

En cuanto a la vida colegial, aparte el movimiento de biblioteca, visitantes de honor, detalles de la fiesta de bienvenida, la sección deportiva se pavonea con razón de sus triunfos en baloncesto a nivel provincial y regional, siendo héroes legendarios: Vicens, Lorient, Bolea, Luño, Domenech, Canals y Paño. El colegial decano Miguel Morer se despide en propio nombre y en el de los que como él acaban la carrera: Catalán Andreu, Campo Villegas, López Lanchares, López Medel, Pérez Mardones, Sabrás Farías y Díaz Sanchís.

Abordamos ya el número 7 (25 marzo 1950). Juan Bautista Sancho Guimerá escribe sobre «Existencia y Poesía». Joaquín Aranda «La siesta» y Fausto Burgos el poema «Niño jugando». Bianor Escalona escribe «Y Vd. que lo diga», que versaba sobre rñ una esquina sin mendigo ni un mendigo sin esquina. Sobre Inquisición aporta unas notas el Inquisidor Bolea. Son curiosas las entrevistas que se hacen a Barrachina, peluquero, a Basi, sobre sus guisos, y a Baltasar, vigilante del colegio. Terminan ese año la carrera: Tapias Morató, Esparza, Samanes, Carpi, Fernández de Vega, Nalda, Domenech, Etayo, Escalona, Ortiz, Montes, Pina, Izquierdo Espeleta, Quesada, Almudévar, Miranda, Carramiñana, Chapulle, Marturell, Garbayo Rafael y Ardaiz José.

El siguiente número brilla por sus eminentes colaboraciones y cito entre los autores más sobresalientes a Eugenio Frutos, Luis García Arias, Francisco Grande Covián, Torcuato Fernández Miranda, Sebastián Martín Retortillo y Jose Luis Martín Descalzo.

Otro ejemplar del *Cerbuna* se publica el 12 de abril de 1952 y trae noticias frescas: la inauguración del nuevo colegio Mayor que tuvo lugar el 22 de abril de 1951 por el entonces Ministro de Educación Nacional D. Jose Ibáñez Martín, con asistencia de todas las personalidades de Zaragoza. En el acto oficial pronunció palabras de salutación el colegial decano D. Carlos Echeto y de las palabras del Director Fernando Solano a la revista se queda con «ubi spiritus, ibi libertas». Otra noticia que nos da es la despedida del hasta ahora director espiritual padre Gerardo Enrique de Vega a quien le sustituyó el canónigo zaragozano D. Jose Puzo Espín. Nos cuenta también, «el Conde D. Nuño», la excursión del Colegio a Salamanca, imposible de resumir porque el gracejo o es literal o no produce efectos. A modo de conclusiones dice: Guadalajara es un hecho. La puntualidad no existe. Adiós Segovia, Segovia de mi querer, no me marchó... y cuarto «También de bocadillos se vive.» Conviven en el Colegio tres portorriqueños: Raul Ramírez, Pedro Segundo Rivas, y Roberto Portilla, así como un andorrano, Casimiro Arajol. Noticia sobresaliente es que el equipo de baloncesto del Colegio se proclama campeón de Aragón y pasa a jugar la fase previa de los campeonatos de España, copa de su Excelencia el Generalísimo. Son protagonistas, Almazán, Navarro, Querol, Sarría, López Zubero, Carbonen y Eguilaz con Juan Antonio Bolea al frente como delegado. Terminan la carrera Gil Gil del Val, Jaime Torrás, Rafael García Buñuel, Carlos Alonso, Juan Antonio Bolea, Valero Soler, Emilio Cascante, Julián Fuertes y Juan Rosen.

En Junio de 1953 surge una nueva revista, con cuatro entrevistas a otros tantos colegiales extranjeros. Termina sus páginas con un extenso artículo del decano del colegio Jose Pedro Gómez de la Torre, quien en nombre propio y en el de los que terminan ese año la carrera se despide del colegio. Este grupo está formado por Ignacio Ansuátegui, José Luis Cubero, José Gazuna, Alberto Arsuaga, Honorio Alfaro, Enrique Remartínez, Enrique Rodríguez Cortés, Fernando Lozano, Felipe Castejón, Jesús Bescós, Jose María de Andrés y Sebastián Martín-Retortillo. En noticias finales se da la bienvenida a D. Nicolás Ramiro Rico, nuevo catedrático de Derecho Político que vive en el propio colegio, además de los también catedráticos D. Fernando Gaeta, D. Luis García Arias y D. Pascual López Lorenzo. D. Manuel Lucas Alvarez obtuvo Cátedra y el premio *Cerbuna* se otorgó a Jaime Torrás Roselló.

Y ya no tenemos constancia de posteriores revistas propias del Colegio Mayor. Sin embargo, creada la Asociación de Antiguos Colegiales, ésta edita a modo de circulares, dando una serie de aldabonazos a nuestros recuerdos y vivencias. Solicita noticias de *cerbunos*, su situación y actividades que desempeñan.

En la segunda circular, José Cerezo Mir, Director del Colegio, habla de la evolución de los Colegios Mayores, señalando que el *Cerbuna* es de los que gozan de mayor arraigo y solera. Gregorio Muñío, capellán, dirige una «Carta abierta desde la fe». Inserta un artículo que bajo el título «Poesía y realidad» firma el colegial Ignacio Simón Vázquez. Se inserta la letra del himno del Colegio Mayor, se expo-

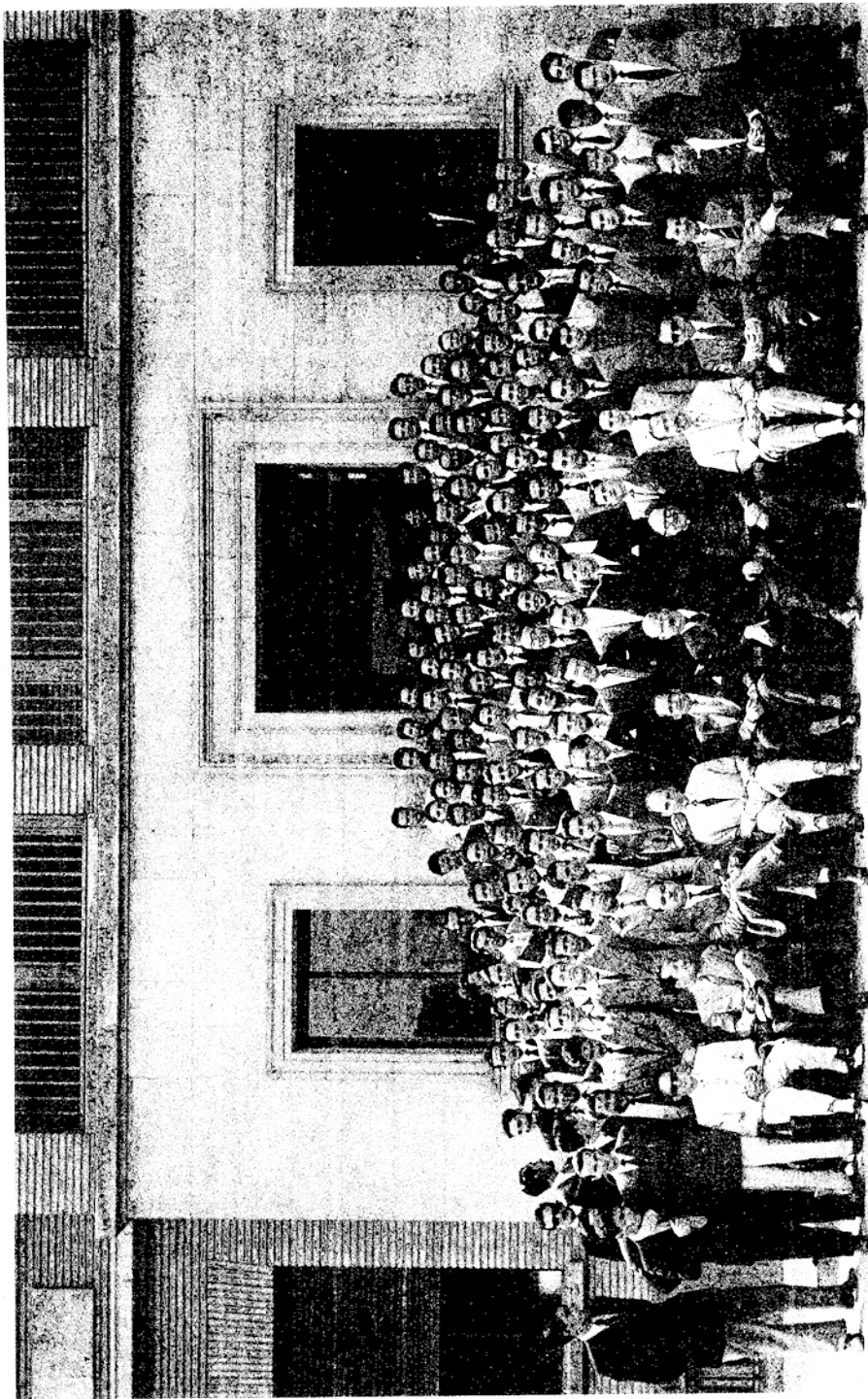
MEMORIAS DEL CERBUNA

nen actividades de la biblioteca, cine-club, deportivas, etc.. La tuna del Cerbuna estrena nuevos trajes. Se enumeran las conferencias durante el curso 1973-74 y termina con una lista de asociados.

Una nueva circular se edita en 1975, que abre página con unas líneas del nuevo presidente de la Asociación, Alberto Arsuaga. Siguen otras del nuevo director D. Jose Luis Viviente. Se analizan las actividades del colegio por Pedro de Arazuri y termina con una colaboración de José Javier Etayo acerca de «Las dichosas Matemáticas»

En la misma línea surge en 1977 otra nueva circular, con palabras de salutación del presidente Santos González y otra del Director del Cerbuna. A las consabidas actividades se añaden un artículo sobre «Autonomía en el derecho aragonés» de Isaías Zarazaga y otro sobre las «Autonomías catalana y aragonesa» de Joaquín Arana. Y dos noticias: el nombramiento del cerbuno Landelino Lavilla como ministro de Justicia y de Juan Antonio Bolea Presidente de la Diputación General de Aragón. A éste se dedica -con todo honor y merecimiento- una página entera con inclusión de fotografía y biografía.

Y para terminar esta reseña, tengo a la vista la última publicación conocida made in Cerbuna en la que el Director del Colegio resume el desarrollo de las II Jornadas sobre Colegios Mayores. Como experiencias profesionales, el excolegial Enrique Berdún, nos ofrece las suyas sobre medicina rural y medicina de urgencia. Hace lo propio como químico, Jose María Franco Ciria.



Colegiales. 1950

LA PRIMERA APERTURA DEL CERBUNA: LOS CAMBIOS DEL UEVO EDIFICIO, 1950-1964

Recuerdos deshilvanados de una memoria con muchísimas goteras

Pascual López Lorenzo

En mayo de 1949, recién cumplidos 30 años, obtuve la Cátedra de Farmacología de la Facultad de Veterinaria de esta Universidad. Por aquel tiempo residía en Madrid en el Colegio Mayor César Carlos, que con el tiempo iba a ser conocido y reconocido como Colegio, casa de donde salieron catedráticos, diplomáticos, notarios, profesionales de valía en numerosas actividades, muchos de los cuales han tenido un papel relevante en el quehacer político y académico de nuestro país. Allí y en aquellos tiempos la Universidad, sus problemas, el deseo de verla mejorada y modernizada eran el pan nuestro de cada día de la vida colegial.

Formado, pues, en un Colegio Mayor mi deseo al venir a Zaragoza era poder residir en el C. M. Pedro Cerbuna de esta Universidad. Desde Madrid pedí a Fernando Solano, Director del Colegio, que me aceptara como residente; lo hizo muy amablemente y de este modo me incorporé al Colegio que entonces estaba en la Gran Vía y ocupaba dos o tres pisos de la casa no 2 donde estaba también instalado el cine Gran Vía (actualmente es un bingo).

Nombrado Catedrático el 5 de julio de 1949 en plenas vacaciones de verano, solicité tomar posesión en Madrid, me lo concedieron y ante D. Pío Zabala, Rector, ingresé como Catedrático de la Universidad Española en Zaragoza. El acto de posesión era sencillo y no faltó de emoción. El Rector te daba un abrazo de bienvenida y te obsequiaba con un caramelo de «la Pajarita» famosos en Madrid.

Era la primera vez que venía a Zaragoza, ciudad que no conocí hasta entonces y donde llevo viviendo casi medio siglo. Llegué en plenas fiestas del Pilar. La feria en aquellos tiempos remotos se instalaba en lo que hoy es la avenida de Goya en el cruce con Fernando el Católico, a derecha e izquierda. En aquel tiempo todavía el tren Madrid-Barcelona pasaba por allí al «aire libre». El Cerbuna estaba «situado en el centro del jolgorio».

Me alojaron en una habitación del último piso y a continuación me sentaron en la mesa de la Presidencia del comedor acompañando al Director, Subdirector, Director espiritual y otros residentes, alguno de los cuales era opositor a Cátedras; recuerdo a Manuel Lucas y a Bosch. Ambos catedráticos más tarde de Santiago y Granada, respectivamente. Creo que por aquellas fechas era el único catedrático que residía en el Colegio. Desde esta atalaya privilegiada vi discurrir las vicisitudes de la vida colegial. Para mi sorpresa, pasado el tiempo terminé siendo Director del Colegio.

En el año 1951 me marché a Dinamarca, donde estuve un año para realizar estudios sobre Ciencia de los Alimentos. A mi regreso el Colegio ya se había trasladado a su actual emplazamiento, la Ciudad Universitaria, donde se inauguró definitivamente el 22 de abril de 1951. Según creo, la construcción del edificio del nuevo Colegio hay que agradecerse a Fernando Solano quien había conseguido del ministro Ibáñez Martín, con el que le unía muy buena relación, que se hiciese la obra. Cuando me reincorporé al nuevo Colegio ya no estaba solo como catedrático residente, allí vivía el profesor Francisco Grande Covián, Catedrático de Fisiología de Facultad de Medicina que estuvo dos años en la Universidad de Zaragoza y más tarde se marchó a Minnesota en Minneapolis y Luis García Arias, catedrático de Derecho Internacional Público, que más tarde se trasladó a la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense y para tristeza de todos murió en muy poco tiempo después, de una enfermedad cruel. Fue enterrado en su Galicia natal.

Como dije, era Director Fernando Solano persona muy importante en la política zaragozana de aquel tiempo, que más tarde fue catedrático de Historia Moderna de la Facultad de Letras de esta Universidad. No vivía permanentemente en el Colegio, pues entre otras cosas tenía que atender a muchos cargos públicos. Quien estaba de manera ininterrumpida al frente de los problemas de cada día era José Ma Campoamor, persona muy simpática, acogedora y con un gran don de gentes. Después de comer nos reuníamos casi siempre en animada charla; los problemas políticos y universitarios de aquel tiempo eran el tema principal de las conversaciones. La verdad es que la estancia allí resultaba muy agradable pues, sin duda, la vida en un Colegio mayor siempre es muy grata, ya sea como colegial o como residente.

Vivir entre jóvenes es un privilegio cuando ya empiezas a no serlo, pues disfrutas de las inquietudes y alegrías del desenfado juvenil colegial. Aunque los residentes nos manteníamos totalmente al margen de los asuntos internos y no hacíamos ningún tipo de crítica, siempre te enterabas de los pequeños problemas que los cole-

MEMORIAS DEL CERBUNA

giales tenían con la dirección y con los que eran responsables de llevar el Colegio adelante.

Algún tiempo más tarde se incorporó un nuevo residente, el catedrático Nicolás Ramiro Rico y se marchó nuestro amigo Luis a vivir a la calle Santa Teresa, donde puso casa. Estuvimos 'alojados durante mucho tiempo en el último piso, en el que había tres habitaciones individuales a modo de un apartamento. Más tarde llegó a la casa Fabián Estapé, catedrático de Economía y Hacienda Pública de la Facultad de Derecho, al que alojaron en la segunda planta en una habitación que tenía baño y estaba situada encima del despacho de la dirección. En ese cuarto, inmerso en el humo desprendido de sus puros, escribía unos artículos breves que publicaba en la Vanguardia de Barcelona, que fueron muy famosos en aquellos años.

Por entonces el Colegio no estaba del todo ocupado; quedaba vacía un ala del edificio que estuvo cerrada durante mucho tiempo. Allí se pensó que se instalaría un segundo Colegio. Sí estaban ocupadas las viviendas del Director y del administrador. En la primera planta había un piso que ocupaba el conserje y a la izquierda otra vivienda que la primera persona que lo ocupó fue el Director espiritual. Esto del Director espiritual tenía en aquellos tiempos sus problemas y matices; cuando yo fui Director se planteó si había dos direcciones, la espiritual y la no espiritual y con esa sutileza tuvimos nuestras historias.

Ya llevábamos años de residentes cuando dimite como Director Fernando Solano y con él cambian todas las personas de su entorno directivo. Para sustituirlo fue nombrado Director del Colegio Nicolás Ramiro que iba a realizar un cambio profundo en el estilo y la vida colegial. Más tarde alguien recuerda que a la Universidad de Zaragoza le corresponden dos Colegios y que hay que dar vida al segundo existente en los papeles pero no en la realidad. Cuando a mí me nombran Director de ese Colegio fantasma se había producido otro cambio, pues cesó de Rector D. Miguel Sancho Izquierdo. Este cese coincide con el nombramiento como Ministro de Educación de D. Joaquín Ruíz Jiménez, que representaba dentro del franquismo la esperanza liberal de lapersonas que querían tener esperanza de cambios dentt:o de la dictadura. Se esperaba que se hicieran nuevos nombramientos de profesores universitarios con talante liberal para hacerse cargo de la dirección de la Universidad. En esta línea fue nombrado Rector D. Juan Cabrera y Felipe.

Cabrera era catedrático de Física de la Facultad de Ciencias y hombre llamémosle de izquierdas, aunque de una izquierda moderada mucho menos radical que la de aquellos profesores jóvenes que nos creíamos más abiertos, «más revolucionarios». D. Juan Cabrera había estado en la cárcel por razones políticas y picando piedra o algo parecido en alguna carretera.

Pocos días después de llegar a Zaragoza, mi compañero y amigo el catedrático Jesús Sainz y Sainz Pardo me llevó a una tertulia que celebraban en el bar Baviera, situado en el Paseo de la Independencia, y a la que asistían Cabrera, Francisco Indurain, catedrático de Literatura de la Facultad de Letras, Juan Martín Sauras,

catedrático de Química Inorgánica y Mariano Velasco catedrático de Física, que después se marchó a Barcelona; más tarde se incorporó al grupo Luis García Arias y tal vez alguna persona que ahora no recuerdo y además algún «civil», quiero decir que no eran universitarios. Fue allí donde con el tiempo entablé una gran amistad con todos estos profesores y muy especialmente con D. Juan Martín Sauras, otro catedrático perseguido en los primeros tiempos de la Guerra Civil, que había sido profesor de Química Inorgánica de mi hermano en Santiago, en cuya Facultad de Ciencias junto con el Profesor Calvé de Química Orgánica hicieron una magnífica labor de modernización, apertura universitaria e iniciación investigadora.

D. Juan Cabrera, ya rector de la Universidad, me llama a su despacho y me propone, cosa que acepto, ser Director del Colegio fantasma, que se iba a llamar Fernando el Católico, para el cual no existía subvención alguna. Ahora estoy en la mesa presidencial con Nicolás. Ya no era residente, era Director de un Colegio que no existía. Se esbozó un proyecto para el mismo y se empezó a hablar de dividir el Cerbuna, es decir, ocupar el ala vacía y utilizar los servicios comunes del comedor, cuarto de estar, etc. Todo quedó en nada.

No me acuerdo bien cómo todo aquello fue languideciendo. Probablemente fue al cesar Nicolás, pues llega un momento en que éste quiere marcharse, pide dejar el Colegio como Director, el Rector acepta su dimisión y me nombra a mí, que ya era director del Colegio fantasma con nombramiento pero sin misión a cumplir. A partir de ese momento va desapareciendo el proyecto relativo al fantasmal Colegio Fernando el Católico.

Nicolás Ramiro fue quien realizó la profunda transformación a un Colegio con nuevo estilo. La vida del anterior reflejaba la sociedad en la que estaba inmerso, con toda la carga de limitaciones y más de una ñoñería del franquismo y de la sociedad de aquel tiempo. Cuando toma la dirección, el Colegio, se liberaliza, se hace menos rígida la estructura de «mando», y la relación entre colegiales y el Director. No sólo cambia el Colegio sino también van cambiando los modos sociales que van siendo menos imperiales, más de «andar por casa».

Aunque la dirección anterior era cordial, lo era con otro tipo de interrelación y cierto paternalismo. El cambio se nota en lo que pudiéramos llamar «pequeñeces». Veamos, desaparece la tarima que elevaba y solemnizaba la presidencia colegial en el comedor, se dice adiós al trajecito azul de chico bueno que se utilizaba los domingos a modo de uniforme, ya no es necesario que cuando llegue el Director a la hora de comer, si lo hace tarde, tengan que levantarse en bloque los estudiantes, o esperar de pie su llegada, los periódicos pasan a ser del bien común y no disfrute prioritario de los que mandaban, etc.

En 1953 es el año donde el franquismo comienza a abrirse internacionalmente, las cosas empiezan a cambiar y probablemente el propio Nicolás fue llamado a ser Director por su carácter abierto y liberal. A Nicolás creo no lo nombró Cabrera, sino

MEMORIAS DEL CERBUNA

el propio D. Miguel Sancho Izquierdo que fue Rector durante mucho tiempo en la época de Franco.

Como ya dije Nicolás era catedrático de Derecho Político, residente del Colegio y una persona que tenía mucho prestigio intelectual y sin duda era un hombre muy singular. Tomó la dirección con mucho entusiasmo, conversaba profusamente con los estudiantes, quería hacer y hacía cosas, pero un día para sorpresa de todos se enfadó, estalló, dijo lo dejó y se fue.

Al Cerbuna, cuando se trasladó a la Ciudad Universitaria no le dieron ningún dinero para amueblarlo, tuvo que vivir sus primeros tiempos, largos, con los pocos y deteriorados muebles que traía del viejo Colegio de la Gran Vía. Poco a poco Solano, Nicolás y yo fuimos arreglando y adecentando lo que podíamos con medios realmente escasos. La verdad es que de vez en cuando -muy en cuando- se conseguía alguna ayuda que venía de Madrid.

Insisto en nuestra pobreza de medios. En algunas partes el Colegio no estaba totalmente acabado ni equipado. Esto ocurría con el hoy magnífico teatro-cine, el bar, etc. Ahora cuando visito el Colegio siento la satisfacción de ver que mis sucesores lo han mejorado y enriquecido en todo notablemente.

Poco a poco se restauraron los viejos muebles, se tapizaron sillones, etc., y con la valiosísima y generosa ayuda del profesor Torralba, más tarde catedrático de Arte de la Facultad de Letras, se estructuró un salón de estar modesto pero acogedor. Compramos muchas reproducciones de cuadros de pintores impresionistas y de otros, en la tienda de arte Libros de la que era propietario el conocido galerista Víctor Bailo.

En la escalera que sube a las habitaciones se colocó en la pared del primer rellano un cuadro en el que aparece un huevo frito. Gran éxito, pues el huevo con tomate era una constante inevitable en el menú del Colegio de casi todos los días.

Una obra «emblemática» que inició Nicolás fue la escalera en espiral que une el cuarto de estar de la planta baja con el piso superior. Llamó a dos arquitectos amigos suyos, (creo que uno era pariente de Buñuel), que proyectaron una singular escalera apoyada sólo en dos puntos, el suelo del cuarto de estar y el techo del mismo. Después no se sabe qué pasó que se desentendió de los arquitectos y las facturas del invento se pagaron ya siendo yo Director bajo amenaza de llevarme al Colegio de arquitectos en caso contrario. La escalera quedó inconclusa y se terminaron de poner los suelos y pasamanos mucho más tarde. Hay una cierta similitud entre esta escalera y la de Las Vegas, a donde Nicolás iba con frecuencia, pues era el nuevo bar de moda de la España que iba a ser del desarrollo. Puede que la tal idea de la escalera viniera de allí.

Como se diría ahora, el equipo que dirigía el Colegio estaba compuesto por el Director y Subdirector, a los que ayudaban los Regentes que eran muchachos licenciados que casi siempre tenían una ocupación en la Universidad como ayudantes en las Cátedras con intención de seguir una carrera universitaria. La Universidad no le

pagaba apenas nada y en el Colegio su trabajo era recompensado con no abonar la pensión como residentes. Les resultaba una ayuda eficaz y más de uno con el tiempo ganó su Cátedra en la Universidad.

Nicolás era eso que se llama un auténtico intelectual, en la Facultad se podían oír sobre él opiniones encontradas; las que yo oía provenientes de sus alumnos eran que se trataba de un profesor inteligente que interesaba mucho cuanto decía a los alumnos con inquietudes deseosos de soñar intelectualmente, y un profesor que no les gustaba a otros porque no seguía los programas al pie de la letra, ni utilizaba apuntes, ni seguía un libro. Tenía un gran grupo de fieles y admiradores. Sabía muy bien alemán, inglés y francés pero los hablaba muy mal pues decía que él era una catástrofe fonética. No fue persona que dejase una gran obra escrita, más bien era ágrafo. Los profesores Francisco Murillo Ferro y Luis Díez del Corral amigos suyos publicaron un libro que dejó inconcluso con el título «El animal ladino y otros ensayos». Es muy bello el prólogo que le escribieron para este libro.

Yo iba mucho a su habitación, que estaba contigua a la mía. Era un gran conversador, contaba anécdotas que distraían y gustaban a todos y muy especialmente a los que pettenecíamos al mundo de las llamadas Ciencias de la Naturaleza. Buen bebedor de «serveza» y muy aficionado a los libros compraba muchísimos, tenía una gran biblioteca especialmente de diccionarios y enciclopedias, tales como la Enciclopedia Británica, Der Grosse Brockhaus. Mi primer contacto con el monumental y clásico diccionario norteamericano Webster's se realizó en su habitación. Le hago público mi agradecimiento porque me regaló una copia del mismo y por aficionarme y enriquecer mis conocimientos sobre todo tipo de diccionarios, su estructura, sus secretos, su peculiar valor. Cuando adquiría un libro traducido, analizaba cuidadosamente la traducción y gozaba mucho en subrayar las graves equivocaciones que encontraba a los traductores. Decía ¡ves el original que yo tengo aquí, pues fíjate que barbaridad dice el traductor! Puede que algunos piensen que era un hombre de no demasiado buen carácter, la verdad es que para los que le conocíamos, convivir con él era fácil y agradable.

Nicolás no era demasiado entusiasta de las conferencias impuestas y casi obligatorias dictadas algunas veces por algunos ficticios sabios de aquel entonces. No aprovechó el Colegio para establecer relaciones, ni hacer amigos. Creía que el Colegio debía ser un lugar tranquilo y sin grandes manifestaciones externas y juegos de artificio, dedicado al estudio y con una vida interior propia y auténtica.

Siguiendo esa línea cuando se hizo cargo del Colegio desmontó el equipo de baloncesto que era muy bueno, que daba fama pero que costaba algún dinero y sobre todo porque los jugadores en su mayoría no eran colegiales.

La no obligatoriedad de asistencia a las conferencias que se impartían en el Colegio siguió en mi época con un resultado en algunos cosas nada deseado.

MEMORIAS DEL CERBUNA

En una ocasión vino a dar una conferencia, enviado por el ministerio o algo parecido, el Rector de la Universidad de Granada que era además, creo, procurador en Cortes y persona destacada en la vida política de aquel tiempo. La asistencia al acto no llegó a doce personas y tanto nuestro Rector como yo pasamos un mal trago. Creo que la culpa fue mía al no decir en el comedor a la hora de cenar que al profesor Cabrera que tanto nos ayuda, le gustaría una gran concurrencia. Las conferencias eran después de cenar, y la que nos ocupa en el mes de mayo, con los exámenes próximos y los estudiantes en sus habitaciones ajenos a nuestros sufrimientos. Así eran las cosas.

Algo parecido ocurría con la misa que ésta sí era teóricamente obligatoria y la asistencia real a la misma no era siempre demasiado entusiasta. Por supuesto que no se castigaba, ni de lejos, a los asistentes y se les recordaba que debían asistir y se les avisaba por las habitaciones la celebración de la misa. Yo no faltaba nunca y no pasaba un buen rato si la concurrencia no era suficiente. Contaba y contaba y casi siempre me salía un número menor del deseado. Debo decir que muchos de los que se quedaban pegados a las sábanas después iban a misa en la ciudad. Al desayuno faltaba menos «personal».

La relación con los capellanes pudo ser en algún momento compleja y delicada. Tuve por este motivo algún pequeño disgusto. Recuerdo el nombre de todos los que pasaron por el Colegio durante mi larga estancia en el mismo. Cuando llegué en 1949 el capellán era D. Gerardo, persona extrovertida que cuando se hablaba de los soldados italianos y de la guerra civil española no estaba muy de acuerdo con su valor. Guardaba el pan sobrante de la mesa para llevarse a sus pobres, lo hacía de tal manera que parecía que fuese para sus gallinas. Creo oír decir que el pobre se trastornó al final de su vida. Los siguientes D. José Puzo y D. Luis Borraz ambos canónicos, eran personas mayores, sabedores de su alta posición eclesiástica, con las virtudes y defectos de los curas de entonces. Discretos y amables me parece que no le crearon problemas de ningún tipo al Director del Colegio. Los sacerdotes jóvenes con ideas nuevas y otros aires comienzan con D. Ángel Alcalá, hombre muy listo y muy inquieto. Con él discutíamos mucho, hablando de lo divino y lo humano. Más de lo segundo que de lo primero. D. Ángel me organizó un lío pues puso un papel en el tablón de anuncios quejándose de que la dirección del Colegio que era muy liberal en todo, decía, se mostraba muy exigente con los colegiales en cuanto con la obligación de ir a misa, de lo cual deducía que al hacer esta supuesta presión estábamos haciendo antipática la misa. Pobre de mí, si no iba nadie, malo, si se llenaba la iglesia, peor. Ante aquella pequeña invitación a la sublevación fui a ver al rector D. Juan Cabrera quien me dijo que si quería pediría su relevo al Sr. arzobispo. Le dije que no, que lo mejor era quitarle importancia y que el tiempo ya nos ayudaría. Así fue. Con D. Ángel mantuve después una amable y grata relación. Más tarde dejó el sacerdocio, se casó y fue a América a montar una Universidad a Santo Domingo. Pasado mucho tiempo lo volví a encontrar en Sigüenza donde pronunció una bella y muy interesante conferencia sobre Miguel Servet.

PASCUAL LOPEZ LORENZO

D. José Manuel Arenal y D. Javier Calvo, el primero médico y el segundo químico, son dos joyas que el Colegio tuvo la inmensa suerte de tener como capellanes. Inteligentes, activos, animosos, comprensivos, hicieron una gran labor para el bien de todos, de nuestras almas y de nuestra tranquilidad. La lista sigue con otros nombres ilustres cuando yo ya no era Director del Colegio. Grandes hombres y buenos cerbunos.

Alberto Arsuaga fue primero colegial, estudiante de medicina, y más tarde médico que atendió a nuestros colegiales en sus dolencias. Era amable, cariñoso y muy querido por todos. Murió repentinamente cuando iba a su trabajo. Nos dejó con el dolor de su ausencia.

El cambio profundo en el estilo del Colegio es obra, como ya dije antes, de Nicolás Ramiro. Yo seguí con el talante abierto por él iniciado. Mi deseo era llevar al ánimo de los colegiales la idea de que ser estudiante universitario era una suerte y un privilegio al que no todas las clases sociales tenían fácil acceso, lo cual obligaba a estudiar y responder ante la sociedad que invertía mucho dinero para que pudieran seguir sus carreras becarios y no becarios. Como además, el Colegio recibía una subvención de unas 300.000 mil pesetas al año que se gastaban allí, en realidad todos éramos beneficiarios. Por tanto, el Colegio tenía que distinguirse por las calificaciones que los colegiales obtuviesen en sus estudios. Debíamos de ser los primeros en sobresalientes, notables, etc. Por esta razón la dirección del Colegio valoró y distinguió desde el primer momento a los becarios que por sus buenos expedientes elevaban el listón del saber del Colegio. Cuantos más becarios mejor, cuantos más colegiales estudiosos mejor también. Recalco esto porque en otros tiempos ser becario era algo que se ocultaba o que por lo menos no se aireaba pues se consideraban algo así como de segunda; ser becario era ser pobre y ser pobre, sin duda, no es ninguna ganga.

Por su parte el Colegio concedía becas y medias becas, no muchas desgraciadamente, porque el dinero no sobraba ni mucho menos y que consistían en no pagar la pensión. Dio buenos resultados y ayudamos a chicos que de otro modo no hubieran podido ni vivir la vida del Cerbuna, ni seguir estudiando. Todos cumplían con el compromiso de ser buenos estudiantes.

Una de mis aficiones y manías eran los idiomas. Ya en aquel tiempo me parecía claro que un estudiante universitario tenía que saber idiomas, inglés, alemán, francés. Anunciamos en el Colegio clases de las lenguas que acabo de mencionar, compramos libros, gramáticas, diccionarios y discos. Lo más caro era la contratación de profesores, situación que resolvimos buscando en la Facultad de letras estudiantes extranjeros a los que incorporábamos al Colegio gratis en pago a su trabajo de dar clases del idioma correspondiente. Su presencia en el Colegio tenía, además, otra ventaja que era que los colegiales podían hablar con ellos asiduamente y establecer amistad con personas de otras latitudes, relación importante para complementar y ampliar las clases.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Tengo que decir que el éxito obtenido con el invento fue sólo parcial. Al principio se apuntaban muchos a las clases pero poco a poco la euforia y el entusiasmo languidecían con el paso de los meses.

Además de los idiomas, los libros era mi otra debilidad. Con el tiempo llegué a tener una biblioteca aceptable en el campo de mi actividad académica y universitaria. Pero al principio cuando más los necesitaba, no tenía apenas dinero para adquirirlos. Más de uno compré en los libros de viejo de la Cuesta de Mayano en Madrid. Quiero dedicarle aquí y ahora un recuerdo a Carlitos Valle Inclán, el hijo de D. Ramón Valle Inclán que me regaló una farmacología que fue una joya para mí.

En las charlas, casi siempre informales, con los cerbunos que andaban más por mis proximidades, trataba de estimular en ellos el amor por los libros o cuando menos la rabia de no poderlos tener. Un estudiante sin libros es como un ebanista sin herramientas.

Abrigo la esperanza y el deseo que a más de uno, antes o después, le hayan ayudado en su vida y en su carrera estos estudios. Donde más aficionados a los idiomas se cosechaba era entre los estudiantes de ciencias fundamentales, químicos, físicos, matemáticos, biólogos, etc. Los de «letras» sentían menos necesidad de estas enseñanzas. También animábamos a los estudiantes a salir al extranjero, visitar Universidades, y ver lo que pasaba en esos países que tenían la desgracia de nos ser la reserva espiritual de occidente.

El discurrir diario de la vida del Colegio era agradable, sencillo y sin grandes complicaciones; casi siempre los pequeños problemas los creaba el comedor con las protestas sobre la calidad de la comida, que si era monótono, que si estaba fría y cosas así.

Su calidad nutritiva había pasado el examen del doctor Grande Covián que durante su ya mencionada estancia en el Colegio la estudió científicamente con el aprobado consiguiente. Entonces no había en la opinión pública la obsesión con el colesterol y todos vivíamos felices y sanos, lo digo porque el huevo con tomate era pieza clave del menú. Según la duración de su carrera se era cerbuno de más o menos huevos, algo así como dos diarios.

Inventamos el sistema de reunirnos, los regentes y yo, con los colegiales. No venían muchos, pero no faltaban aquellos que podían crear problemas «gastronómicos», se les explicaban las cosas y se escuchaban sus razones y deseos. En cierto sentido fuimos los que creamos una de las «instituciones» del Cerbuna, algo así como la Comisión de Cocina. Tratábamos de explicarles que el menú era también resultado del dinero que costaba la estancia en el Colegio, que desgraciadamente no llegaba para langosta y otras exquisiteces. Muchas de sus quejas eran razonables y atendidas.

La costumbre era que al comenzar la comida se diese gracias a Dios, a cargo de un colegial o del Director espiritual. La paella se comía por toneladas, en cam-

bio no gozaban de gran predicamento las salchichas que tenían muy pocos entusiasmas. En más de una ocasión cuando aparecían de segundo plato eran recibidas con gritos de «guau-guau»: Jamás el perro, el burro u otros animales de dudosa identidad, formaban parte del picadillo de la carne de aquel alimento. Palabra.

A veces visitaba el comedor «Whisky» que era un perro boxer entrado en años, parsimonioso y solemne que andaba en amores o escarzeos con «Dama» una perrita menuda y modosa, de estampa más bien vulgar, pero tal vez cariñosa y quedona pues vaya usted a saber qué secretos e inclinaciones de la Dama no habría descubierto el agudo y amplio olfato del viejo dandy Whisky. Consecuencia de aquellos juegos, los de siempre -la Dama quedó convenientemente preñada y parió nada menos que diez cachorros. Cuando Whisky entró en el comedor del Colegio a la hora de la comida, indiferente y bonachón recibió un cerrado aplauso de todos los comensales, premio a su excelente capacidad reproductora.

Nuestro equipo de fútbol, se defendía a su modo. Jugaban en los pueblos de la provincia con los equipos locales. Perdían con bastante frecuencia, pero merendaban copiosamente obsequiados por los ganadores. Todo regado con Cariñena tinto del de antes de aquél que había con más de 1 ½ y bien espeso, para hombres.

Las salidas del equipo eran siempre preocupantes pues regresaban de noche en coches y autobuses y podía ocurrir algún accidente. Esperábamos en el vestíbulo su llegada y ya tranquilos nos íbamos a dormir.

Ocurrió en una ocasión que fueron a jugar a Épila, perdieron ¡cómo no! y fueron generosamente obsequiados por los ganadores. Chorizo, longaniza y vino a caño libre. Explosivo. Los esperábamos. En aquella ocasión, D. Luis Calvo, nuestro querido capellán y yo charlábamos al amparo del calor del radiador que estaba en el vestíbulo frente a la entrada. Hacia la una se oye el ruido del autobús, al poco tiempo se abre la puerta, vienen felices, entra nuestro delantero centro, hoy famoso, inteligente y querido médico, sostenido por dos compañeros y nos suelta una vomitina a modo de fino presente. Qué hacer. Lo tenía claro, que se fuese a la cama, pero me pareció prudente para que aquello quedará así, en nada, saber qué pensaba don Luis, testigo del acontecimiento. Lo miré y con un gesto bien expresivo dio vía libre a que todo debía de terminar en un buen sueño.

La fiesta del Colegio era modesta y alegre. Comenzaba con misa y desayuno extraordinario al que asistían las autoridades académicas acompañando al Rector y otros invitados. Como no, había pequeños discursos. Me tocaba hablar. No me gustaba nada hablar en público. Por dos razones, porque soy muy nervioso, y lo que es peor, porque lo hago muy mal.

Por la tarde merienda a la que los colegiales traían chicas invitadas. Nada de baile. Todavía no estaban los tiempos para eso. Vendrían después con otros directores, y más tarde el Colegio mixto.

MEMORIAS DEL CERBUNA

A la cena no asistía nadie. Todos se quedaban a continuar la juerga en la ciudad. El Plata y el Oasis eran uno de los refugios principales de los que no tenían pareja. Aquella noche, como la de Santo Tomás, eran una preocupación para mí. El sin novedad de la mañana siguiente calmaba mis nervios.

La beca colegial que tanto éxito iba a tener se inicia cuando Nicolás era Director. La verdad es que no fue una idea que naciera de la dirección. El impulsor del invento fue un colegial: Melo, Melito. Me decía Nicolás: este Melo es muy bueno, animoso, pero nos pega un «coñaso», que lo mejor es liquidar pronto esto de la beca y ponerla en marcha.

La concesión de la beca constituía el certificado de buen colegial. Se concedía, además, a autoridades académicas y Nicolás tenía la idea clara de que no era necesario concederla a gobernadores, presidentes de la Diputación, etc. Que era un símbolo universitario para universitarios.

El portero y los bedeles eran un elemento importante en el día a día. Además de atender a las personas que llegaban y ocuparse del teléfono eran los que controlaban las entradas y salidas. De día no había problemas. De noche la cosa cambiaba, porque no se podía salir sin permiso, que por otro lado se conseguía sin grandes dificultades para regresar pronto, para tomar un café. La verdad se utilizaban trucos diversos para evitar al portero de noche, como deslizarse por el pararrayos, descolgarse utilizando sábanas y otras ingeniosidades más sutiles y complejas. De más de una me enteré cuando ya no ejercía el cargo. Más tarde Primitivo, que conquistó a todos con su amabilidad, su deseo de agradar, ser servicial; su peculiar manera de comportarse, atender al teléfono y tratar a los estudiantes hizo de él una persona querida y destacada. Desde que dejé el Colegio me llama siempre por teléfono para felicitarme las Pascuas el día 24 de diciembre; le estoy muy agradecido.

Durante el tiempo de Nicolás, que se continuó en el mío, al Colegio vinieron a residir muchos estudiantes procedentes del Perú y Colombia. Predominaban los primeros que daban al Colegio un aire particular. En general, eran chicos muy buenos, nostálgicos de su tierra y de la distancia, a la vez que muchachos muy susceptibles a los que había que tratar de un modo muy especial para que no se sintiesen enojados, ni considerados de segunda.

Mayoritariamente eran estudiantes de Medicina y más de uno se quedó a ejercer la profesión en España «atrapado» en matrimonio por nuestras bellas nativas. Todos recordamos y nos preciamos de su amistad a los hermanos Paz, a su primo Mario, miembro activo de la Asociación de antiguos colegiales, médico pediatra, a Valdivia profesor de urología y al colombiano Gerson Gutiérrez, también médico.

Fue muy espectacular y tristísimo el fallecimiento del profesor catedrático de árabe de la Facultad de Letras Enrique Perpiñán, que ocurrió en pleno comedor del Colegio cuando estaba comiendo a mi lado. Aquellos días se celebraba en Zaragoza una reunión de catedráticos de Ciencias Químicas y como era verano, el Colegio les

PASCUAL LOPEZ LORENZO

sirvió de alojamiento. Quedamos todos consternados. Recuerdo que en el velatorio instalado en la enfermería estaban muchos chicos peruanos, con sus grandes rasgos indios y una especial tristeza en el rostro. Se nos fue el catedrático y el amigo, pues había convivido con Perpiñán en Murcia cuando ambos estábamos en el ejército, allá por el año 1942. Él era capitán mutilado y yo teniente (sin mutilar). Como no, bebíamos alguna botella de vino juntos viendo pasar las bellas murcianas con aroma a naranjo.

Nuestra relación con otros Colegios Mayores de la Universidad se centraba principalmente en el Colegio femenino, que había heredado los pisos de la Gran Vía donde estuvo el Cerbuna. Lo regían Teresianas, personas inteligentes y muy sociales y lo llenaban bellas y atractivas estudiantas.

Con el Colegio del Opus Dei las relaciones no eran tan suaves, pues había bastante pique de orden político e intelectual.

La señorita Josefina, mujer prudente y muy amable, era la gobernanta y responsable del elenco femenino. La más antigua y mayor era la Sra. Carolina que atendía, ¡qué honor!, a la mesa de la Presidencia. Me hizo pasar más de una vergüenza, pues pese a mis recados a la Srta. Josefina para que sirviera la comida en el orden en que estaba en las fuentes, no atendía a razones y seleccionaba para el director el filete que le parecía más atractivo. Creo que intuía que tener contento al jefe es siempre una prudente medida.

Tengo que decir con satisfacción que mejoramos notablemente las condiciones de los alojamientos destinados a este servicio para hacerlos dignos y acogedores.

La venida al Colegio del Dr. D. Eduardo Gálvez fue un éxito. La verdad es que cuando me lo pidió el profesor Sauras -Galvez era profesor de la Facultad de Ciencias, soltero, mayor, con barba y perilla y aire de sabio de finales del otro siglo-tuve el temor de que pudiera ser objeto de bromas o rechazos, a los que a veces nos tiene acostumbrados la alegría y el desgaire juvenil no faltó en ocasiones de cierta crueldad. Me preocupaba por él y por mí.

Fueron falsos mis temores. Afortunadamente lo acogieron muy bien, lo acariciaron y se sintió en el Colegio feliz y satisfecho. Ya no era un solitario, vivía la juventud de los jóvenes. Sabía mucha papiroflexia y creó una escuela de aficionados que hicieron en el Colegio exposiciones con gran éxito. Por las vitrinas del actual Colegio pueden verse sus obras y las de sus aventajados alumnos. Falleció de cáncer en el hospital universitario y en su entierro fue acompañado por los cerbunos, sus últimos amigos.

La antigua hípica estaba dentro de lo que hoy es la Ciudad Universitaria, donde está el frontón, al lado del Cerbuna. La Universidad negoció su traslado, pero desgraciadamente se fueron bien cerquita, al otro lado del Colegio. Una pena.

Allí se celebraban muchos concursos hípicos con gran afluencia de socios y otras gentes. En primavera la concurrencia a la piscina era numerosa. A veces asis-

MEMORIAS DEL CERBUNA

tía a los concursos hípicas el Capitán General. Ruidos y juerga eran difícilmente compatibles, especialmente en mayo, con el estudio y la paz en las habitaciones situadas frente a la hípica. Durante un concurso, a alguno, creo que a un sobrino de este sufrido tío, no se le ocurrió otra cosa que con un espejo dirigir la luz a los ojos del Capitán General y acompañantes que estaban en la tribuna, haciendo «el ratón». Parece ser que al Capitán General no le gustó nada el divertimento y mando a la policía armada a pedir cuentas a los del Colegio. Me parece que se formó un pequeño follón del que me enteré tarde y mal, pero todo se arregló bien.

Algún gamberro de los nuestros, cosa bien reprobable, se metía desde las habitaciones con las parejas que a la vista del campo, las flores y el verde primaveral, sentían impulsos más o menos amorosos traducidos en achuchones. Nada edificante por parte de unos y otros.

Como director intenté ser cordial, abierto y liberal, un director cuya «presión» se notara lo menos posible con la esperanza de la que la mayor libertad sirviera para que los colegiales se sintieran inclinados a la autodisciplina libremente aceptada en oposición al palo y tente tieso.

En general, procuraba no decir que no a las cosas que se me pedían, pero también rogaba que las peticiones fuesen razonables. El mecanismo era más o menos el siguiente: yo te creo porque eres un cerbuno y por tanto no puedes decir más que la verdad, pero piensa que esto te obliga a tí más que a mí. Creo que en general el sistema funcionó aunque pudiera tener alguna quiebra.

Tener la responsabilidad de dirigir el Colegio era, y es, asunto serio, roba mucho tiempo y sobre todo la tranquilidad de espíritu que es imprescindible para poder dedicar tu esfuerzo al estudio y la investigación en la Cátedra y el laboratorio. Obtener una cátedra no quiere decir ni mucho menos que ya te puedes echar a dormir triunfante y feliz. Iba a la Facultad a las 9'30 y la abandonaba cerca de las 10 de la noche, casi siempre. Estudiar, organizar, enseñar, crear laboratorios, montar técnicas de trabajo cuesta muchas horas y mucho esfuerzo. Seguir el ritmo de los avances de cualquier ciencia es hoy en día tarea casi imposible. Como decía un famoso enzimólogo norteamericano el científico moderno está avocado a saber mucho más de mucho menos.

Al nombrarme director del Cerbuna tuve que compartir la preocupación por mis obligaciones en la Universidad con cuanto supone ocuparse de la vida y la actividad de un colectivo de más de 150 personas. Adiós a la paz que todo trabajo intelectual demanda. Era necesario convertirse en un hombre de acción.

Dirigir un Colegio mayor es un privilegio grande, muy grande. Ser partícipe de las ilusiones y afanes de jóvenes estudiantes, estar inmerso en su futuro y su educación, en cierta manera en su porvenir, es aventura gratificante y riesgo que merece la pena correr.

PASCUAL LOPEZ LORENZO

La verdad es que la vida diaria del Colegio era grata y alegre, sin que esto no quiera decir que también pasabas amarguras y situaciones -afortunadamente pocas- tensas y que es mejor olvidar. Por lo que a mi respecta he tenido la satisfacción de que pasado el tiempo son muchos los antiguos colegiales que cuando nos encontramos me dicen que fui amistoso, generoso con él y que miraba sin ver y evitaba así echar alguna bronca.

Asistía siempre a la comida y la cena para estar presente de manera viva en el quehacer diario de la casa y porque el comedor podía ser lugar de algún acontecimiento no deseado, riña, protesta, etc. No estaba demás estar vigilante y atento. Después de comer y cenar con frecuencia venía algún colegial a plantear sus problemas o hacer alguna petición.

Mi estancia en el Colegio Mayor César Carlos en Madrid creo que influyó mucho en mi talante y manera de hacer las cosas en el Cerbuna. El César Carlos era y es un Colegio de graduados, donde se preparaban oposiciones. Éramos muchos con preocupaciones muy distintas y dedicados a intentar ser catedráticos, diplomáticos, notarios, abogados del Estado, etc. Lugar magnífico de convivencia, de gran espíritu liberal, fina ironía y abundante camaradería. La idea que se tenía o pensaba sobre la Universidad era la de una institución clave y punto neurálgico para el progreso del país a la que debíamos dedicar todos nuestros afanes. El colegio César Carlos quería ser semillero de futuros profesores y también incubadora de excelentes servidores del Estado y la sociedad española.

Del Colegio Cerbuna -y no voy a citar nombres porque tengo el temor de que me queden algunos en el olvido- han salido grandes figuras en saberes y actividades muy diversas han contribuido a que nuestro país sea mejor. Mi recuerdo es también para aquellos que sin posiciones tan brillantes, con su trabajo callado y su noble comportamiento han contribuido a que nuestro país progrese y a dar ejemplo de honradez y laboriosidad.

No es extraño que a lo largo de un período tan dilatado también fueran muchas las personas, colegiales más o menos accidentales, según los casos, que han pasado en el Colegio sólo breves temporadas y que dejaron en nosotros grato recuerdo. De algunos desgraciadamente no tengo memoria, de la mayoría sí. Muchos son profesores universitarios de reconocida valía que con su estancia entre nosotros enriquecieron nuestras horas.

Por curiosos voy a citar dos «personajes». Por el Colegio pasó invitado por Nicolás un amigo suyo consumidor entusiasta de medicamentos excitantes y depresores del sistema nervioso central. Me parece que era un diplomático del régimen que impuso en Croacia la expansión de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial. Un día le pregunté si los alemanes habían matado muchos croatas, me dijo que no, que no los necesitaban para nada, que para eso se las valían muy bien ellos solos. Era algo así como un «ustachi». Murió pronto. También pasó una temporada en el Colegio un comandante USA, que había sido piloto de aviones de bombardeo,

MEMORIAS DEL CERBUNA

aquellos que se llamaban creos «pavas». Parecía tener cierto remordimiento de conciencia por el ruido que hacían las bombas y la terrible destrucción que provocaban.

Pienso que entre todos contribuimos a crear el espíritu del Cerbuna, un cariño a la casa nacido de su condición de lugar abierto, responsable, cordial, nada ñoño, etc. Ser del Cerbuna tenía que imprimir carácter y notarse aparte de los demás. Tengo la certeza de que son muchos los ex-colegiales que han llevado al estilo de sus vidas muchas de las singularidades que andaban sueltas por el aire colegial.

Tanto la Universidad de mi tiempo, como el Colegio eran pobres. Los medios eran escasos y el dinero para hacer cualquier cosa se conseguía con dificultad y siempre era poco. Afortunadamente esto ha variado y la Universidad y sus Facultades y Colegios han recibido ayudas cuantiosas. Con economía de ama de casa fuimos haciendo lo que pudimos, sin derrochar un céntimo, sin gastar nada en fuegos artificiales.

A los estudiantes de entonces les faltaba «fuel-oil» monetario. En su esparcimiento extracolegial la mayoría frecuentaba bares baratos a base de vino de la tierra y alguna cerveza, acompañada de olivas y patatas fritas. Las Vegas -el bar estrella de aquel tiempo- era frecuentado por los menos, los hijos de padres pudientes.

Un bar que atraía mucho a los cerbunos de día y de noche era el Viejo Paraguas que nació en la Plaza de San Francisco y allí continúa. Al frente del mismo estaba un chico bailarín que afortunadamente sigue allí. El bar apenas ha cambiado su fisonomía. Por el bailarín, como por todos los que lo frecuentaban, ha pasado implacable el tiempo que jamás se detiene. ¡Qué rabia!

El Viejo Paraguas inaugura en Zaragoza un nuevo tipo de bar con características peculiares. Utiliza mobiliario antiguo y adorna sus paredes y rincones con objetos también de otros tiempos, viejos gramófonos, planchas de carbón, muñecas, lámparas, braseros, cuadros y grandes fotografías de otras épocas cercanas, pero al mismo tiempo remotas. En la misma línea, segundo en esta historia, es «La Cochera» que sigue en pie y está situada cerca de lo que era el Gobierno Militar. Por allí podían verse con mucha frecuencia cerbunos.

En la Dirección del Colegio me sustituyó Celso Gutiérrez Losa, Catedrático de Química-Física de la Facultad de Ciencias, que me hizo el favor de aceptar ser subdirector en mi tiempo. Ganó la Cátedra de esta Universidad y procedía de la de Santiago. Allí le conocí, pues estudiábamos ambos la carrera de Químicas; éramos del mismo curso. Yo era un estudiante normal, digamos tirando a malo, en cambio Celso era de los más distinguidos. Soy un poco mayor que Celso y en aquel entonces yo era alférez provisional. Con lo que ganaba de alférez pude estudiar. Éramos amigos y cuando vino aquí todavía más amigos. Vino a residir al Colegio. Surgió la posibilidad de nombrar un subdirector y para hacerme un favor y ayudarme accedió a serlo. Le sigo muy agradecido. Celso fue gran fichaje para el Cerbuna: un magnífico director.

. PASCUAL LOPEZ LORENZO

Subdirector también fue Agustín Ubieto. Buenísima adquisición. Más tarde ha jugado y juega un papel importante en la Universidad de Zaragoza.

Estos recuerdos mal hilvanados son sólo una parte muy pequeña, pequeñísima, de la vida llena de vida del Cerbuna de mis tiempos.

Como era de esperar el Colegio siguió y sigue lleno de fuerza, plétórico de saberes, rebosante de alegría y con toda la ilusionada ilusión que sólo la juventud puede tener. Es una de las grandes Instituciones de esta Universidad y orgullo de todos.

MUSICA VIVA EN CERBUNA

José Ma Cuesta Inda

I. PREAMBULO

Que sí, hombre; que hubo música en vivo en Cerbuna producida por cerbunos. Que las fiestas de bienvenida se amenizaban con orquesta propia, entre otras varias atracciones. Eso sí, solo para escuchar; nada de bailongos; hubiera sido demasié en ese día (único del año en que se podía invitar a merendar a novias o amigas, y siempre que no pasaran del hall o del salón en que se celebraba la fiesta).

Me remontaré, nada más y nada menos, a los años 54 al 59.

La llegada de mi acordeón al Cerbuna (parece una inmodestia) supuso quizá un pequeño revulsivo al apagado y poco pródigo ambiente musical del estudiante de entonces. Me refiero, claro está, a estudiantes instrumentistas, que no abundaban. Para advenirlo, baste decir como ejemplo, que en Zaragoza solamente existía una Tuna, la Universitaria, formada por variopinta melé de elementos de todas las Facultades, Escuelas Especiales, y hasta de algún infiltrado de organizaciones culturales o musicales; lo que le aportaba una rica policromía de becas y otros ornamentos propios de cada origen. De igual manera, había riqueza instrumental, ya que al no existir otra, no era fácil ingresar, haciéndolo los buenos aficionados, admitidos previo examen (a veces examen-novatada, con pago incluido de merienda al jurado calificador) y para aquellos instrumentos de los que había carencia. Pues bien, en aquella Tuna, de aquellos años, nunca hubo más de dos cerbunos.

Pero -ya que va de música- volviendo da cappo a principio, no encontramos antecedentes de orquesta hasta el año 55, aunque presumiblemente algo hubo, pues, de otra forma, no se explica la existencia que cierto día descubrimos, en un cuarto

de duchas cerrado (en Cerbuna había muchas dependencias cerradas), hoy servicios junto al comedor, de un piano (instrumento normal en una institución) junto con una batería (esto no ya tan normal) y cuyo origen nunca supimos, aunque en esto de los instrumentos hay ciertos duendes provocadores de apariciones y desapariciones misteriosas, como luego veremos.

H. LOS PANCHOS (1955)

De la suma de aquel hallazgo, más el violín de Arellano (a la sazón, único tuno cerbunero, quien posteriormente fue mi introductor, con lo que ya fuimos dos, de igual modo que yo introduje después a Gómez Soria) y mi acordeón, nació el germen que, regado con el entusiasmo de algunos cerbunos, fructificó en la pesca de valores como el pianista Núñez, el extraordinario científico y hasta entonces desconocido violinista Galindo, el batería (Llamas tal vez?) y algún refuercillo de la Tuna (Lozano y Bueso), dando todo ello como resultado el nacimiento de la primera orquesta del Cerbuna: piano, tres violines, contrabajo, batería y acordeón, maracas, etc. No estaba mal, verdad? Comenzaron intensamente los ensayos después de comer y antes de cenar en el cuarto alicatado del piano, muy prietos, máxime, contando siempre con la presencia de algún que otro melómano e improvisado asesor.

Con nuestro brillante presentador Melo, al fin hicimos nuestro debut en la fiesta de Bienvenida del año 55; nombre artístico: «Los Pachuchos», con aspecto de manitos, sobrero amplio de paja, lazo rojo al cuello y grandes mostachos, ambientado con flora de cactus; sintonía de entrada el corrido «Ay Pachucho, no te rajés»..... Era la época florida del bolero, y, cómo no, en nuestro repertorio figuraban los mayores éxitos del momento: «Tres cruces»..., «Camino verde»...; romanticismo a tope. Más de un cerbuno, recorriendo aquel camino encontró el amor; o no, enamorado Basilio?; o sí, adorable Teresita?

El éxito fue clamoroso y, claro está, fue la primera piedra de las sucesivas orquestas.

III. LOS COW-BOYS (1956)

Al siguiente año, 56, la orquesta era ya un elemento insustituible en la fiesta del Cerbuna (la invitación más codiciada en Zaragoza por las chicas). Hubo los lógicos cambios de algún elemento personal, permaneciendo el trío Galindo-Núñez-Cuesta (violín, piano, acordeón), reforzados por los tunos Sisqués (violín), Lozano (violín) y Julito Guinea (batería). Esta vez era un sexteto; presentador: Melo; nombre artístico: «Los Caw-boys»; atuendo: vaqueros, camisa a cuadros y amplio pañuelo al cuello; sintonía de entrada: «Cuando vienen los caw-boys de Berrellén»...(Que no de Santa Fe); repertorio del momento: entre otras piezas, el bolero «Tres pala-

MEMORIAS DEL CERBUNA

bras» o el swing «I love París»(lento y dulce; pícaras lenguas decían que lo «chachi» era bailarlo fundido en «Coto», el no iba más de entonces).

El éxito se repite, cómo no, y Cerbuna presume ya de ser el único Colegio Mayor con orquesta propia.

IV. LOS HUSARES DEL EMPERADOR (1957)

Año 57. Nuevos cambios (Galindo y Núñez ya no están). Batería, piano y acordeón siguen siendo cerbunos, con refuerzos, como siempre, de la Tuna con tres violines y contrabajo. Total, siete; nombre artístico «Los Húsares del Emperador»; atuendo: acorde con el título; sigue de presentador el indestructible Melo.

Comienza la actuación: silencio; redoble rítmico de marcha, de tambor, a cuyo compás aparecen en escena, en marcial desfile los Húsares; aplausos.....; se colocan en sus puestos.... Silencio (focos sobre la orquesta; penumbra en el resto del salón)....; más silencio; de nuevo, redoble rítmico muy suave, como proveniente de la lejanía, al que se van incorporando por tiempos y solo en acompañamiento, el piano, la batería, acordeón, contrabajo, etc. Todos los húsares comienzan a silbar la marcha-melodía de la película (entonces en pantalla) «El puente sobre el río Kwai». Y mientras la orquesta, situada al pie de la escalera de acceso a cafetería (entonces de acceso a ninguna parte, ya que todo estaba cerrado), deliberadamente polariza la atención del público con su música en volumen increscendo, al fondo, en el lado opuesto, y sin que al principio el respetable lo advierta, se ha abierto la puerta de entrada al salón, por donde van apareciendo una legión de cojos, mancos, harapientos, vendados, ensangrentados, sucios y cansinos militares cautivos, cuya actuación consiste en entrar por una puerta y salir por la opuesta, desfilando, ya a plena luz por delante del abarrotado salón, entre las carcajadas y los calurosos aplausos.... El golpe de efecto fue tremendo. Y con este preámbulo, lo demás fue ya miel sobre hojuelas.

V. QUINTETO CERBUNA (1958)

Y llega el 58, con la moda de los pequeños conjuntos musicales, principalmente italianos. Son los tiempos de la «Picolíssima serenata»....En el Palafox se proyecta «Primavera en el corazón»... en Elíseos se baila el «Chacha-cuca».... Todas ellas fueron parte del repertorio del «Quinteto Cerbuna» (piano, contrabajo, acordeón, batería y guitarra), siendo cerbunos los tres primeros instrumentos citados, con el refuerzo importante de mis compañeros de Tuna, Cherna, a la batería y el gran cantante melódico, compañero, además, de curso, Emilio Larruga. (No hace muchos años, con motivo de las Bodas de Plata de mi promoción de Derecho, en alegre celebración amistosa, pudimos constatar en «La Antorcha», de Residencial Paraíso, su todavía plenitud de facultades).

Y éstas fueron las distintas versiones de la Orquesta del Cerbuna durante mi estancia y memoria, y que, según he oído, tuvo después, todavía, aunque corta, alguna pervivencia quizá intermitente.

VI. LA PACA

Al margen de la orquesta, también hubo alguna otra actividad musical en Cerbuna en aquellos años, destacando sobre todas el divertidísimo y colectivo montaje de la parodia musical titulada «Tragicomedia de la Paca, o el que la sigue, la mata», que en divertido sainete musical, reproducía el juicio de un procesamiento por delito de abandono de familia, con intervención de magistrados, abogados defensores, fiscales, guardias civiles, ujieres, testigos y público en general, y cuyo final feliz concluía con la declaración de amor del Presidente de la Sala a la procesada, y que todos los participantes (no menos de veinticinco cerbunos) celebraban en gran apoteosis final arrevistada a «levantapata» y cantando a pleno pulmón. Sería prolijo dar nombres, bastando decir que el montaje y dirección fue de Luis Ruiz Zapatero, con acompañamiento musical de piano, batería y acordeón.

El éxito en la fiesta del Cerbuna fue sin parangón alguno posible, por lo que hubo que reponer «La Paca», por el cuadro artístico del Cerbuna, en una ocasión en la Facultad de Derecho, y dado el eco alcanzado en el mundo universitario, en otra segunda, en el teatro Principal de Zaragoza.

Son fácilmente imaginables las juergas conllevadas en la preparación, montaje y ensayos de las orquestas y obras, tanto por los intérpretes como por los oyentes, con un repertorio rico en anécdotas y de las que no resisto la tentación de entresacar, aunque solamente sea una. La que yo denomino del contrabajo.

VII. EL CONTRABAJO

Mi amigo cerbuno (no mencionaré su nombre, no vaya a ser que algún duende malévolo tuviese guardada alguna acción todavía no prescrita y susceptible de sustanciar un proceso) fue el encargado de montar la primera orquesta. Fichados los elementos y acoplado el instrumental, había un vacío grande: hacía falta un contrabajo. Recordando haber visto tiempo atrás abandonados en un rincón de la Seo varios instrumentos de cuerda amontonados, supervivientes probablemente de algún conjunto de cámara para música sacra, mi amigo dirigió allí sus pasos y, en efecto, medio desvencijados, comprobó que seguían estando, aunque en estado lastimoso, dos chelos y un contrabajo, pareciendo no obstante, este último, al surgir de entre una espesa capa de polvo, estar en buen estado.

Con gran entusiasmo inició las gestiones oportunas para poder hacerse, de prestado, con los servicios de dicho instrumento. Averiguó, según le dijeron, que aquello dependía de un canónigo del mencionado templo, al que, tras varias pes-

MEMORIAS DEL CERBUNA

guisas consiguió presentar su petición para tan noble causa juvenil, cultural y universitaria.

Aquel, buen hombre, con muy buenas palabras y después de largarle un enorme rollo sobre los peligros morales de la noble e inexperta juventud entre los ambientes mundanos de la gran ciudad y ponerle en guardia, vino al fin en decir que el tema del contrabajo no era de su jurisdicción y que en todo caso probablemente dependería del Sr. Deán.

Con la cabeza caliente y los pies fríos y sin tener muy claro lo que era un Deán (debía ser un cargo eclesiástico muy importante dentro de la Archidiócesis...), mi amigo, recordando haber oído que un compañero de curso era sobrino del Deán, por mediación del mismo, consiguió audiencia. Todo correcto y con carga de bueno, el día previsto fue recibido por el personaje. Estaba claro que, provisto de semejante recomendación, el contrabajo estaba en el bote.....

Pues no; el trato fue exquisito; como en la audiencia anterior, no le faltó algún buen consejo (¡qué manía..!), para terminar remitiéndole -eso sí, de su parte- a un sacerdote del Colegio de Infanticos, junto al Pilar, quien, al fin, parecía ostentar la tan cara competencia. A la tercera visita apareció el clérigo con cara de pocos amigos (¡Cómo podía tener cara de pocos amigos estando tan gordo ... !), y quien, con tres capotazos, y aludiendo a no sé qué reglamento («el reglamento es el reglamento»; sabia afirmación, ¡vive Dios!, dijo para sí mi amigo) se quitó de encima al incómodo pedigüeño, diciendo que el tan ansiado instrumento no podía salir de donde estaba.

Y, claro está, todo se vino abajo.....La burocracia había sido mucha y las ganas de complacer y mojarse, pocas. Así que... el gozo, al pozo.

Comenzaron los ensayos; se iba acercando la fiesta y.... seguía faltando el contrabajo.

Cierto día en que mi amigo por allí pasaba, obedeciendo no supo a qué extraña llamada, sin saber porqué, y casi sin darse cuenta, se encontró en el rincón del templo, mirando cara a cara al contrabajo. Parecía más bonito, hasta más nuevo, pese a la capa de polvo. Lo miró fijamente y hasta creyó percibir que el contrabajo le miraba a él. Y sin más, entre ambos surgió este silencioso diálogo:

- Qué a gusto te llevaría a nuestra orquesta del Cerbuna....
- Y yo, qué contento iría con vosotros: Hace tanto que no canto....Además aquí todo son rollos tristes y aburridos... Llévame contigo....!
- Qué más quisiera.....No ha sido posible.....No sabes cómo lo siento....Lo he intentado todo...
- Todo menos cogermé.....
- Qué dices...!, cogerte yo sin más...?...Aquí ?....Ahora?...Y la gente?...Son las doce de la mañana....! Tú estás loco!.....

JOSE MARIA CUESTA INDA

- Loco estaría de contento si me llevases..! (y le clavó una mirada suplicante de redención....

-Y nosotros también si contamos contigo!.....

El resto ya se adivina.....Sin pensárselo dos veces (así tenía que ser), mi amigo se acercó al ya jubiloso contrabajo, y con toda la naturalidad del mundo (el corazón le saltaba dentro de forma extraña), lo tomó, se lo echó al hombro y con ademanes muy dignos y paso templado, salió del templo (sacrilegio?...). Y calle S. Gil adelante arribó a la Plaza de España. Primero tomó el tranvía del parque... Luego tomó un vino en Juanico (lo necesitaba). Y de nuevo, con el amigo raptado al hombro, por el paseo de la verja, hasta el Cerbuna.

¿Que si le vio gente en la calle? ¡Medio Zaragoza! (Abultaba el transportado más que el transportista), mas nadie osó dudar de la legítima posesión.... ¿Cómo hacerlo en un día resplandeciente de sol, a las doce del mediodía y siendo cosa tan ostensible?.....

La entrada en Cerbuna fue triunfal.....

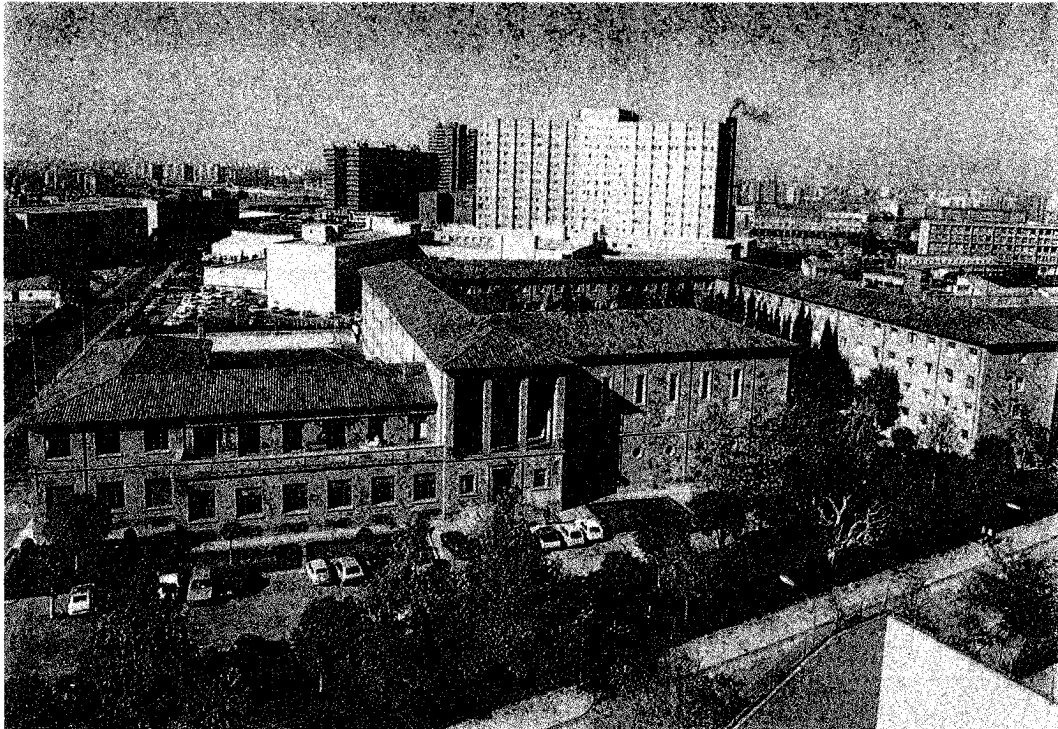
La fiesta se celebró...; y el contrabajo cantó maravillosamente agradecido. Y lo hizo un año..., y dos..., y tres, ... y cuatro... Porque, claro, no se anduvo de nuevo el camino a la inversa para tornarlo a su origen. ¿Por qué hacerlo si nadie lo echó en falta?A fin de cuentas, más útil era aquí y mejor cuidado estaba... Y en última instancia (muy última, pero tranquilizadora..) bien podía considerársele delicadamente tomado a título de préstamo, con el compromiso de guardarlo y cuidarlo con la diligencia de un buen padre de familia y en un lugar extraordinario; nada más y nada menos que en el Colegio Mayor Cerbuna.

Y mi amigo, del Cerbuna se marchó... Y el contrabajo, en Cerbuna se quedó.

Por cierto, a los muchos años, mi amigo volvió al Cerbuna, y por más que indagó, nada supo de la existencia del contrabajo que allí a!ftes hubo. Y aquí es donde quizá intervienen los duendes a quienes aludimos al principio.

Acaso con el tiempo supieron sus anteriores propietarios de su milagroso traslado y lo reclamaron ?.....

O, acaso, como dice el cantautor, el destino había gastado una broma macabra, repitiéndose la historia, y nuestro fiel amigo el contrabajo desapareció por mor de una nueva y delicada toma en préstamo, igual a la que nos lo trajo.



Sede del Colegio en la Ciudad Universitaria

EVOCACION DEL COLEGIO MAYOR «PEDRO CERBUNA»

Angel Gari Lacruz y Julio V. Brioso y Mairal

Al final de la década de los sesenta, los Colegios Mayores, como el Cerbuna, que habían sido en la época anterior instrumento de control ideológico y político de la Universidad por parte del Ministerio y del Partido único, con un carácter marcadamente totalitario, suavizado ya el control ejercido desde las estructuras jerárquicas, ven renacer, en su propia base, un movimiento de contestación y de renovación cultural con unos planteamientos críticos, y se insertarán, con una participación destacada, en el movimiento universitario.

El Colegio Mayor «Pedro Cerbuna» -o, según la denominación oficial, Colegios Mayores Universitarios «Pedro Cerbuna y Fernando el Católico»-, no es una excepción en este proceso de profundo cambio, sino, antes bien, por sus especiales características, podemos considerarlo como paradigmático en el seno de la Universidad de Zaragoza.

Para escribir sobre el Colegio Mayor Pedro Cerbuna en la década de los sesenta, es necesario recurrir a la tradición oral por la práctica inexistencia de informaciones escritas; incluso parte de los expedientes han desaparecido. Por todo ello se hace muy dificultosa la recopilación de informaciones y las recogidas tienen un valor aproximativo.

Es en esa década de los sesenta cuando se produce, gradualmente, el tránsito de una época a otra. De la época anterior no quedarán como «supervivientes» sino algunas a modo de «instituciones» o figuras altamente caracterizadas: la Señorita o Gobernanta, doña Josefina Gómez de Segura, jefa del personal de servicio femenino, que se jubilaría en 1971, tras diecisiete años de servicios al Colegio; el Jefe de

Porteros, el señor Jesús González, que había entrado de 1957; los hermanos José Antonio y Amador Navarro, dos eternos estudiantes de Medicina procedentes de tierras turolenses que marcaron un auténtico récord de permanencia en el Colegio Mayor -José Antonio había ingresado en 1953-; y los hermanos Gonzalo y Fernando Paz Carrillo, peruanos y también estudiantes de Medicina.

LA DIRECCION DE DON CELSO GUTIERREZ LOSA

Ese tránsito de una época a otra, ese cambio profundo de los años sesenta, como proceso paralelo al seguido por la sociedad española, se produjo muy especialmente, y sin traumas, siendo director del Colegio Mayor Universitario «Pedro Cerbuna» don Celso Gutiérrez Losa, Catedrático de la Facultad de Ciencias, a quien, junto con su esposa y leal colaboradora, doña María Pilar Dilla, ya fallecida, muchos colegiales recordamos con afecto y simpatía.

Llegaba don Celso a la Dirección, allá por el año 1966, tras una etapa, que casi pudiéramos considerar de pretransición, la década anterior, en la que fue director don Pascual López Lorenzo, Catedrático de Veterinaria, quien, a su vez, había sucedido a don Fernando Solano Costa, director en la época fundacional, Catedrático que fue de Historia Moderna e influyente figura de la Zaragoza postguerra.

Don Celso Gutiérrez Losa, con gran habilidad, mano izquierda y diplomacia, sin modificar en teoría los antiguos y rígidos Estatutos del Colegio, pero haciéndolos plenamente flexibles y viables en la práctica y la experiencia diarias, supo hacer del Cerbuna un modelo de convivencia, respeto y diálogo.

Ello no sin algunas tensiones, felizmente superadas, pues desde la base se suscitó el debate sobre la conveniencia o no de renovar los Estatutos. Surgieron dos propuestas diferentes: una planteaba hacer un reglamento totalmente nuevo, y la otra seguir con el antiguo, puesto que uno nuevo suficientemente progresista no sería aceptado y el anterior era imposible cumplirlo, lo que permitiría un mayor margen en actuaciones consentidas aunque no aprobadas oficialmente.

Prevalció la idea de que continuaran los antiguos Estatutos a título meramente oficial, sin que tuvieran una aplicación efectiva o bien se interpretaran con total flexibilidad.

EL ENTORNO DEL COLEGIO

Por aquellos años, el entorno y configuración del Colegio, tanto en el interior como en el exterior, sufren profundas modificaciones. El campus se expande y se prolonga, y en sucesivas etapas, donde antes sólo se alzaba el Cerbuna, van surgiendo diversas construcciones que modifican el entorno.

Así, el edificio que albergaría más tarde al Instituto de Ciencias de la Educación (ICE), en cuyos sótanos funcionaba por aquel entonces un popular y eco-

MEMORIAS DEL CERBUNA

nómico Comedor Universitario, gestionado por el Sindicato Español Universitario (SEU), vinculado a la Falange.

Más tarde, se amplía la Facultad de Derecho por su parte posterior. Con motivo de la construcción de la nueva Facultad de Medicina y del Clínico, se amplía el Campus Universitario. Entre el Cerbuna y el ICE, campos de deporte donde solían acudir los colegiales y donde formaban también, y hacían la instrucción en determinadas fechas, los Caballeros Aspirantes que cumplían el Servicio Militar en las Milicias Universitarias, y que en verano marcharían al Campamento de Los Castillejos, en Tarragona.

Frente al Cerbuna, la Sociedad Hípica, conocida más sencillamente como «la Hípica», albergaba instalaciones militares donde se celebraban exhibiciones hípcas para oficiales y sus familias, y únicamente la piscina era accesible a una cierta élite zaragozana, y donde en ocasiones se celebraban fiestas de sociedad.

Años más tarde, se alzaría en las inmediaciones del Cerbuna la nueva sede del Colegio Mayor Universitario femenino «Santa Isabel», la réplica femenina del Cerbuna, que venía de alojarse en un piso de la Gran Vía que con anterioridad, en los inicios fundacionales, había albergado al Cerbuna antes construirse el actual edificio que presta un aire especial y característico al paisaje del campus zaragozano.

En el edificio del Cerbuna también se hicieron modificaciones importantes para el desarrollo de la vida diaria. Hacia 1965 se abre el bar en el sótano, y junto a él se instala el gimnasio. Simultáneamente, se abre una Sala de Música, en la primera planta sobre el comedor, muy bien acondicionada y decorada por algunos colegiales que también habían participado en la instalación del bar.

Las habitaciones de la planta inferior se acondicionan y abren hacia 1970, constituyendo una ampliación de la capacidad de colegiales. El salón de actos se modernizó y renovó, circunstancia que permitió una mayor utilización.

Más recientemente, en época que ya no hemos conocido, el bar se trasladaría a la antigua sala de televisión, modificándose la distribución de esa planta que se halla sobre el salón del vestíbulo.

ACTIVIDADES CULTURALES

La fuerte y abigarrada personalidad de un alto porcentaje de los colegiales que poblaron y dieron vida a las habitaciones, pasillos, salones y aulas del Cerbuna, en constante pulular y perorar, dio como sazonados frutos un variado y polimórfico elenco de actividades culturales, recreativas y lúdico-festivas.

Hacia 1967, el Colegio entra en la dinámica de potenciar las actividades culturales, en un contexto político más permisivo en algunos Colegios Mayores y no en el resto de la sociedad.

El cine y las conferencias pueden considerarse como las actividades culturales de mayor arraigo y antigüedad en el Colegio, al menos en el terreno -digamos- «oficial».

Los sábados en sesión de noche, después de cenar, y los domingos en sesión de tarde, se proyectaban películas de los más variados temas que el panorama cinematográfico español podía ofertar en aquella época.

En la sesión de los sábados noche, más doméstica y para andar por casa, casi exclusivamente para colegiales, se organizaban grandes trifulcas, bataholas y alborotos, agudos comentarios en voz alta, estentóreas carcajadas, furibundos pataleos y sonoras pitadas, a tenor de lo que iba aconteciendo en la pantalla. A veces, un sordo fragor, un ronco trueno retumbaba por todo el Colegio. Con más ironía que ingenuidad, se alentaba y espoleaba al caballo del bueno, se le daba alas, mientras que se abucheaba, abroncaba y pitaba al caballo del malo, siempre más lento, como reza el dicho.

La sesión dominical de tardes, más de sociedad, casi con pasos de minué, acogía a los colegiales más serios que venían, todos endomingados y emperifollados, a lucir, con no disimulada vanidad, a sus más formales novias.

La televisión poseía también sus adictos, que acudían a contemplarla a una sala dispuesta a tal efecto, principalmente después de las comidas y de las cenas. En cierta ocasión en que se emitía por distintas cadenas un partido de fútbol que había despertado verdadera expectación entre los forofos y un fastuoso concierto de música clásica de resonancia europea, que iba a constituir las delicias de los melómanos, se convirtió la sala de televisión en un auténtico campo de Agramante, una batalla campal que se resolvía alternativamente entre tirios y troyanos con airados cambios de canal -cuando aún no se había inventado el «zapping»-, hasta que llegó el subdirector, poco menos que encolerizado, y apelando a los usos democráticos y al respeto a las mayorías, otorgó el triunfo a la mayoría vociferante, mientras la minoría selecta, agachando la cerviz, abandonábamos el campo con rumbo a otras ocupaciones o tertulias donde se respetara más nuestros gustos y aficiones.

Las conferencias, seguidas de animado y polémico coloquio, organizadas por el Grupo de Actividades Culturales, marcaron un magnífico y brillante hito en los anales del Cerbuna. Por el salón de la planta baja, donde solían celebrarse, pasó lo más granado de la intelectualidad de la época, no sólo de Zaragoza sino incluso de ámbito nacional, historiadores, escritores, abogados y políticos.

Sonadas y polémicas, con problemas de censura, fueron las conferencias sobre distintos aspectos políticos y de oposición al Régimen dictadas, entre otros, por don Manuel Jiménez de Parga, relevante jurista, que llegaría a Ministro 'con la UCD; Jordi Solé-Tura, entonces subversivo intelectual de izquierdas, militante del PSUC o partido de los comunistas catalanes, que en su evolución llegaría a Ministro con el PSOE; el entonces Procurador en Cortes carlista Manuel María Escudero Rueda,

implicado en un tímido movimiento de apertura dentro del Régimen; y el sesudo pensador Pedro José Zabala, propulsor de la evolución del Carlismo y mentor de las nuevas y subversivas generaciones de esa ideología.

En terrenos más culturales, históricos o jurídicos, habría que citar a otros acreditados conferenciantes, como el historiador y arqueólogo don Antonio Beltrán Martínez, catedrático y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y omnipresente en la vida cultural zaragozana; el polígrafo y heraldista don Adolfo Castillo Genzor; el relevante historiador del Derecho don Jesús Lalinde Abadía, que centró con gran acierto el tema de los Fueros aragoneses; el brillante administrativista don Lorenzo Martín-Retortillo y Baquero el experto penalista don José Cerezo Mir, los tres catedráticos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza y residentes en el Cerbuna, mientras que el último sucedería a don Celso Gutiérrez Losa en la dirección del Colegio, en el tránsito hacia una nueva etapa que ya no hemos conocido.

Emilio Alfaro habló sobre el Cine y la Censura, y Eloy Fernández Clemente sobre Aragonésismo y Prensa.

En los animados coloquios, tras las conferencias, se terminaba discutiendo de todo lo divino y lo humano, e incluso se continuaba el debate, entre los más íntimos y escogidos, miembros del Grupo de Actividades Culturales, invitados y amigos del conferenciante, en una salita más discreta en la que se servía café y licores.

Hay que destacar los recitales de canción protesta y de música folk, a menudo con problemas de censura y de control policial: Pilar Garzón, José Antonio Labordeta, Tomás Bosque -el cantautor de La Codoñera-, Joaquín Carbonen o La Bullonera, en canción aragonesa; Los Juglares (intérpretes de música folk y con letras de los más importantes poetas hispanoamericanos), Luis Cilia, Miró Casavella, Ovidi Montllor, Free Field, unos ya consagrados y otros que tuvieron sus primeras actuaciones en el Cerbuna.

O los recitales de poesía con miembros de la antigua tertulia de la Cafetería Niké y de la OPI (Oficina Poética Internacional), como Emilio Gastón, marcaron un hito en el movimiento universitario y de contestación social por aquellos años. Allá por 1971, en esa línea contestataria, se proyectó la realización de un homenaje al poeta Miguel Hernández, que suscitó un fuerte debate interno sobre la oportunidad o conveniencia de celebrarlo.

Al Cerbuna hizo su primera salida, desde sus montañas pirenaicas, el grupo folklórico «Viello Sobrarbe», de L'Aínsa, del que fue inspirador y entusiasta organizador Anchel Conte Cazcarro, pionero en la defensa y uso de la lengua aragonesa, como poeta e historiador.

Hubo conciertos de especial relevancia, como el de Yudi Cavalho, violinista y Premio Europeo del Disco de Música Clásica de aquel año. Además de la música en vivo, eran frecuentes las audiciones de música clásica y moderna que se desarrolla-

ban en la Sala de Música, así como la organización de funciones de teatro, entre las que destacaron la actuación del grupo dirigido por José Sanchís Sinisterra, del que saldrían importantes y reconocidos valores, como Federico Jiménez Losantos, hoy periodista y escritor de gran renombre y prestigio.

El teatro tuvo un desarrollo notable: surgieron dos grupos entre los colegiales y de fuera, que representaron varias obras. Figuraron en el Grupo de Teatro colegiales tan destacados como Luis Vecino Fuertes, habilísimo en la imitación de personajes, y Ramón Sánchez Ramón, «Mancho». Una de las actuaciones teatrales que mayor eco y relevancia tuvieron fue la del director del «Piccolo Teatro di Milano».

Formábamos el Grupo de Actividades Culturales, entre otros, el canario Antonio Martín Cejas, estudiante de Matemáticas; el vasco Juan Arana, también de Ciencias; el jacetano Paco Pepe Marcellán, de Matemáticas; el bajoaragonés Pepe Sancho, de La Codoñera, estudiante de Medicina; el turolense José Luis Hinojosa Pescador, de Ciencias; y los oscenses José Luis Martín-Retortillo y Baquer, estudiante de Derecho y miembro de una «saga» de celebridades; Ramón Sánchez Ramón, de Filosofía, hoy dedicado a la política; Angel Gari Lacruz, experto en brujas y esoterismo; y Julio Brioso, estudiante de Humanidades -como rezaba su tarjeta de visita en letra gótica-, es decir, de Filosofía y Letras.

Otra manifestación cultural característica del Colegio Cerbuna durante algún tiempo, de carácter menos oficial, más contingente y «a salto de mata», fue la edición de una curiosa revista mural, crítica y satírica, llamada «La Carraca», que a modo de «comic» o «collage» se colocaba en ocasiones sobre el tablón de anuncios del salón de la planta baja, sin periodicidad alguna, y en la que intervinieron, entre otros, caracterizados cerbunos como Bernardo Guerrero o los hermanos Gené.

Era «La Carraca» una fórmula de expresión totalmente libre e imaginativa, mordaz y ácrata, surrealista, que criticaba con originalidad aspectos de la vida colegial o se erigía en una plataforma meramente estética y chispeante.

De gran trascendencia en ámbitos culturales e intelectuales de Zaragoza fue la celebración de la I Muestra de Pintura Aragonesa, en la que participaron renombrados pintores como Viola, Pablo Serrano, Antonio Saura, Orús, José Luis Lasala, Leoncio Mairal y Alejandro Brioso, y los entonces noveles hermanos Angel y Vicente P. Rodrigo, que llegarían a ser conocidos y estimados en el mundo de las artes plásticas como integrantes de la Hermandad Pictórica Aragonesa.

DON EDUARDO GALVEZ Y LA SECCION DE PAPIROFLEXIA

Mención aparte merecen las destacadas y relevantes actividades del Grupo de Papiroflexia, del que era alma y vida el catedrático y residente en el Cerbuna don

MEMORIAS DEL CERBUNA

Eduardo Gálvez Laguarta, figura entrañable allá donde las haya; de él nos ocupamos con mayor amplitud en el apartado de personajes entrañables.

Los domingos por la mañana solía reunirse este eminente papiroflexista rodeado por sus devotos discípulos, para confeccionar las más maravillosas obras de arte con una vistosa hoja de papel, sin pegados, añadidos ni cosidos, como exigen las más estrictas normas de la Papiroflexia.

Pavos reales, dragones, leones, canes y toda suerte de animales, virildados o no, figuras humanas y geométricas, desfilaban ante los atónitos ojos de los visitantes en las exposiciones anuales de Papiroflexia que solían organizarse en torno a las fechas de la Fiesta de inicio de Curso en el Colegio. Causaba sensación el famoso castillo del fantasma. La fortaleza, con su barbacana blasonada y todo, no era pieza de Papiroflexia ortodoxa, sino sólo el vistoso continente de un juguete fantasma de papel que, mediante un ingenioso juego de espejos se veía donde no estaba, en el interior del castillo, e incluso se dotaba al curioso visitante de una escobilla para que atizara inútilmente un escobazo al escurridizo fantasma.

LA EPOPEYA DE LA TUNA

Quienes formaron parte, a lo largo de los años, de la gloriosa y nunca bien ponderada Tuna cerbunil, podrán dar cuenta con mayor precisión de sus gestas, que proclamaba en todo Zaragoza la Fama con sus cien trompetas. El maestro Baños, gran experto en temas musicales, figuraba desde tiempo inmemorial en la Tuna cerbunesca, así como los polifacéticos hermanos Compairé, Paco Almazán, Bernardo Guerrero, José Esteban Torrente Gari, José Soler Balagueró, etcétera.

Quintaesencia de la casta y solera de este Colegio Mayor, que era el más casta y asolerado de todos los de Zaragoza, la Tuna del Cerbuna, los tunos que la componían, eran temidos y temibles, admirados y esperados en todos los Colegios Mayores femeninos y entre todas las estudiantes y no estudiantes zaragozanas.

Las antiguas inquilinas del Santa Isabel, las de la Anunciata, las Pepas o Josefinas, las de las Esclavas o «Isabel la Católica», podrán dar cuenta y razón de ello. Cuando previamente y con el debido protocolo anunciaba su visita la Tuna del Cerbuna a estos Colegios Mayores femeninos para un sábado por la tarde o noche, directoras y monjas se echaban a temblar y reunían a las alegres y bulliciosas colegialas haciéndoles las recomendaciones del alma y previniéndoles contra los inminentes e indubitables peligros que sobre su inocencia se cernían.

Ocasión hubo en que la atribulada Directora del Colegio Santa Isabel, a las «tantas» de la madrugada, telefoneó pidiendo ayuda al Director del Cerbuna porque sus tunos habían invadido el Colegio femenino. Siempre ha habido y hay una a modo de rivalidad fraternal entre ambos centros.

OTRAS ACTIVIDADES LUDICO-FESTIVAS. LAS FIESTAS DEL COLEGIO

Las fiestas celebradas por los colegiales de l Cerbuna eran sonadas en toda la Universidad. Eran fundamentalmente dos, una a principio de curso, de recepción de los nuevos colegiales y de carácter oficial, y otra a final de curso, más informal.

La Fiesta del Cerbuna por antonomasia, la del principio de curso, era famosa. Se celebraba en domingo y se estaba todo el día en danza. Los colegiales aparecíamos ataviados con nuestras mejores galas y trajes, luciendo con legítimo orgullo la Beca de Colegio, de paño azul con la cruz blanca de Iñigo Arista, que se nos imponía solemnemente en esta Fiesta a quienes llevábamos tres años ininterrumpidos de permanencia en el Colegio.

Al punto de la mañana se celebraba una Misa solemne en la Capilla del Colegio, con asistencia de las primeras autoridades civiles y militares zaragozanas, Rector y Claustro de la Universidad. A continuación se servía un desayuno especial, con abundante chocolate, ensaimadas y otras menudencias, mientras las eficientes camareras o fámulas, de punta en blanco y con sus mejores cofias, recorrían el comedor desplegando una incesante actividad. Solía haber también discursos del Rector y otras autoridades al concluir el desayuno, en el mismo comedor, en el acto solemne en que se imponían las becas de colegial y las becas honorarias.

A lo largo de la mañana se desarrollaban otras actividades, se visitaban exposiciones como la de Papiroflexia, que no faltaba ningún año, y la comida era también especial.

Por la tarde, tras ir a buscar a las correspondientes señoritas acompañantes o novias, invitadas a tal efecto, daba comienzo la fiesta vespertina propiamente dicha, o sarao, con una función teatral en el salón del teatro. Era esta obra, preparada por los propios colegiales, de carácter satírico y alusivo a situaciones y chascarrillos de la vida colegial, a modo de parodia de conocidos cuentos, zarzuelas o sainetes, y con juegos de palabras a propósito de apellidos de profesores y colegiales, como aquél que decía, en alusión a dos catedráticos de Derecho: «Vais a la linde del bosque y lo colgáis del cerezo más alto».

Seguía la fiesta con merienda, regada copiosamente con aquellos famosos «caps» de frutas y champán, que tanto se subían a la cabeza y tanto animaban y encandilaban al personal, mientras se iniciaban los primeros compases del baile.

Las fiestas de fin de curso, más improvisadas e informales, se componían de baile vespertino y entrega de premios, en la que los organizadores embromaban al personal otorgando diplomas y distinciones con carácter irónico y satírico.

LAS NOVATADAS

Toda una institución fueron en aquellos gloriosos tiempos las novatadas, que en épocas más recientes que ya no hemos conocido han sido suprimidas por los excesos a que se había llegado, precisamente porque ya no eran novatadas, habían degenerado en broma pesada o intolerable y habían traspasado los límites del Código Penal.

La novatada tradicional se venía practicando en el mundo estudiantil desde tiempo inmemorial, y con mayor motivo en el Colegio Cerbuna, donde eran sonadas. Posee la novada un carácter en cierto modo esotérico, como rito de iniciación en el mundo estudiantil, como prueba de acceso a una categoría social.

Cuando llegaba el incauto colegial por primera vez al Cerbuna, era sometido en primer lugar a una serie de pequeñas o grandes novatadas particulares y privadas, para pasar luego a las grandes novatadas públicas y colectivas. Se hacía desfilar a los novatos por el patio interior del Colegio, mientras desde las ventanas se les arrojaba cubos de agua.

Luego pasaban a los exámenes escrito y oral, donde se les hacían las más disparatadas preguntas, la mayoría de ellas referentes a temas obscenos, que ponían a prueba la inocencia, el ingenio o la capacidad de rubor del novato.

Para la Cabalgata final se formaba a los novatos en paños menores, o en pijama, o disfrazados de suripantas, de vikingos o de romanos, a alguno incluso se lo colocaba en unas parihuelas como un difunto, y se les hacía desfilar, entonando fúnebres cánticos, estrechamente vigilados por los veteranos, a través del Campus, la avenida de Fernando el Católico, la Gran Vía, el paseo de la Independencia y la plaza de España, donde se daba la orden estricta de disolución y dispersión, y habían de regresar al Colegio individualmente o, como mucho, por parejas.

ACTIVIDADES LUDICO-CONTESTATARIAS: LA «GUERRA DE LOS CARTELES»

Entre las variadas actividades lúdico-contestatarias, casi subversivas, podríamos catalogar a la tremebunda «guerra de los carteles» que se suscitó, por aquellos años de contestación y polémica, en pasillos, tabloneros de anuncios y cualesquiera dependencias del Colegio.

Diferentes grupos más o menos clandestinos, medio en broma medio en serio, con nombres pintorescos y aguda retórica, colocaban sin ser vistos los carteles, que luego suscitaban la polémica, la displicencia o el comentario mordaz entre los colegiales que asistían atónitos ante semejantes enfrentamientos escritos y gráficos.

«La Mano Negra» llegó a suscitar cierta inquietud entre las autoridades colegiales. «El Justiciero Enmascarado» citó a duelo al «Marqués de Bradomín», y «El

Inquisidor General» colocó una Bula condenatoria «contra la herética pravedad», primorosamente elaborada por un hábil pendolista en letra gótica y con sus sellos pendientes, en la puerta de la Sala de Música, momentos antes de que se iniciara un debate religioso en el que iba a participar un pastor protestante. Los responsables no fueron habidos en ningún caso.

LA TRACA DEL XXV ANIVERSARIO

Fue;ron famosas las fiestas oficiales *T*extraoficiales que conmemoraron en XXV Aniversario de la Fundación del Colegio Mayor «Pedro Cerbuna», y nunca mejor dicho lo de «sonadas» pues entre los actos no organizados oficialmente y preparados con el mayor secreto por un reducido círculo de bromistas, figuró la explosión de una sonora traca en los pasillos del Colegio, a altas horas de la madrugada, que causó un horripilante susto a cuantos no nos hallábamos en el secreto del asunto y nos encontrábamos ya en brazos de Morfeo, descansando en nuestros aposentos, y se oyó en todo Zaragoza.

El que coincidiera tan tremebunda traca con el tristemente célebre Estado de Excepción, que se había impuesto en toda España para prevenir asonadas y alborotos estudiantiles y obreros, añadió más morbo al asunto.

EL «TROMPICAYO»

Un fenómeno de carácter incluso sociológico, un hecho que obtuvo gran resonancia, lo constituyó sin duda el famoso «Trompicayo», especie de culebrón o serial de carácter pornográfico.

El «Trompicayo» se emitía por la noche mediante rudimentarios procedimientos radiofónicos que transmitían a altavoces situados en unas tres o cuatro habitaciones, que se llenaban «hasta los topes» con un inverosímil número de oyentes, ávidos de escuchar tamaña sarta de obscenidades. En ocasiones, incluso, los altavoces se llegaron a colocar sobre el tejado del Colegio, y se retransmitía «a grito pelado».

LOS CHOCOLATES VIENESES

Los Chocolates Vieneses, organizados por Julio Brioso, marcaron un hito en los fastos pomposos del Cerbuna. Durante una temporada, todos los viernes se celebraba en el bar del Colegio una especie de pequeña fiesta de sociedad, a la que se invitaba a elegantes damiselas y en la que se tomaba chocolate con nata, a la usanza vienesa, acompañado de croissants, de los que se decía tenían forma de media luna en conmemoración del levantamiento por Carlos V del cerco de Viena, asediada por los turcos.

MEMORIAS DEL CERBUNA

El Conde de Santa Waldeska hacía los honores a las señoritas asistentes, y como quiera que la fiesta adquiriese una cierta tonalidad carlista al hacerse imposición de bandas y entrega de títulos de «Margaritas Honorarias», ocasión hubo en que un colegial con fama de bromista, Bernardo Guerrero si no nos falla la memoria, se presentó en el acto con un enorme Collar del Yugo y las Flechas que impuso al Conde de Santa Waldeska, al tiempo que largaba una rimbombante perorata.

Contestó el Conde, haciendo gala de toda su diplomacia, agradeciendo en elegante discurso la distinción de que era objeto, pero manifestando al propio tiempo con firmeza las diferencias de tonalidad entre la camisa azul y la boina roja.

Era obligado el recitar unos versos alusivos, que compusimos a tal efecto y al final eran ya coreados por todos los asistentes y curiosos: «Tardes de púrpura y oro,/ tardes de rancio minué,/ cuando el sol se oculta, triste,/ jugando a ser y no ser,/ entre perlas y sonrisas,/ el Chocolate Vienés» (...).

Sonados fueron también los discursos que pronunciábamos en las escaleras del Cerbuna, sobre todo lo divino y lo humano, cuando en las tardes primaverales, después de las comidas, nos hallábamos «lagarteando al sol», en frase feliz de don Celso Gutiérrez Losa, o por las noches, después de la cena, «tomábamos la fresca», en aquellas veladas ya casi veraniegas, cuando la tensión por la proximidad de los exámenes se desfogaba en tertulias, bromas, alborotos, chascarrillos y despropósitos que alcanzaban cotas surrealistas.

La bonanza del tiempo facilitaba la prolongación de las «sobremesas» en las escaleras, antes de retomar el camino de la habitación para pasar las noches «de claro en claro» dedicados al estudio.

Mientras arengábamos a las masas, pesados bromistas subían al balcón de la fachada principal y arrojaban agua, por lo que, sin perder la compostura, tomábamos algún paraguas de los que solía haber en el cuarto de los percheros y los teléfonos, inmediato a la puerta de entrada, y continuábamos tranquilamente la alocución. A veces, las masas enardecidas por la cálida soflama, decidían el asalto a la Hípica, frontera al Colegio, ante la indignación del guarda.

PERSONAJES ENTRAÑABLES Y CARACTERISTICOS

Hemos señalado ya la alta densidad de personalidades relevantes, características y pintorescas que integraban el censo de colegiales y de residentes en el Cerbuna, posiblemente en un más elevado porcentaje que en otras colectividades humanas.

Al hablar del Grupo de Papiroflexia hemos recogido ya, como no podía ser menos, la fuerte personalidad de quien fuera su mentor e inspirador, el doctor don Eduardo Gálvez Laguarda, figura entrañable y berroqueña, unida indeleblemente al paisaje del Cerbuna, a quien recordamos con especial afecto y simpatía.

El doctor don Fernando Solsona Motrell, con su elegante pluma, ha evocado la biografía de don Eduardo Gálvez tanto en las páginas de Heraldo de Aragón (9-VII-1972) como en la Gran Enciclopedia Aragonesa (tomo VI, página 1.476), y a ellas remitimos al curioso lector. Allí se resalta la calidad científica de don Eduardo como investigador, como doctor en Químicas, Físicas y Exactas, y discípulo de los grandes científicos don Antonio de Gregario Rocasolano y el Premio Nobel de Química Wilhelm Ostwald.

Sin duda una de las aportaciones más relevantes del doctor Gálvez a la comunidad intelectual fueron las reuniones de Aproximación Filosófico-Científica, por él organizadas, muchas de ellas celebradas en el Colegio Cerbuna, y que aglutinaron a filósofos, físicos, químicos, psicólogos, teólogos y médicos en constante efervescencia, entre los años 1955 y 1970.

Fruto de ello fue también su habitual sección semanal que publicaba los domingos en Heraldo de Aragón bajo el epígrafe «De re lingüística», en la que mantenía teorías a veces un tanto heterodoxas o pintorescas sobre temas de lenguaje y, sobre todo, de ortografía.

De su bondad natural, de su afabilidad, de su exquisita educación, de su modestia y sencillez, de su amena conversación, de su habilidad dialéctica matizada de francas carcajadas y de ironía, pero sin llegar nunca a zaherir, podemos dar fe quienes lo hemos tratado y frecuentado, participando en conversaciones-paseos peripatéticos a lo largo y ancho del vestíbulo del Cerbuna después de las comidas y de las cenas.

Aún lo recordamos con su eterno traje gris, algo usado pero digno, con su sempiterna corbata negra, con su afilada barba, su rostro vivaz, ora grave, ora irónico, ora sonriente, componiendo una característica estampa que parecía surgida de un daguerrotipo decimonónico.

De la misma manera, don Eduardo Gálvez supo aunar sus vigorosas inquietudes científicas con una profunda fe y religiosidad, y a menudo se le veía acudir a Misa en la Capilla del Colegio.

Como homenaje de afecto a quien fue durante largos años uno de los más caracterizados profesores residentes en el Cerbuna, podemos traer a colación aquí las certeras palabras del Dr. Solsona: «Austero, de exquisita afabilidad y generosidad, de franciscana humildad, de aragonesa, demoledora lógica, tuvo gran originalidad e independencia de pensamiento; por todo ello muy popular entre los universitarios zaragozanos, que le llamaban cariñosamente «Pipeta». Fue, además, consumado l?apirotlexista».

El último curso que residimos en Cerbuna, don Eduardo enfermó gravemente. Aún tuvimos ocasión de visitarlo por última vez, postrado él en su modesta cama del Clínico de la Facultad de Medicina. Lo encontramos firme y sereno, tranquilo, como siempre había vivido, dispuesto a emprender el último viaje hacia la Eternidad, lige-

MEMORIAS DEL CERBUNA

ro de equipaje material, pero con la riquísima espiritualidad de la que siempre nos había hecho partícipes tan generosamente. Fallecía en julio de 1972, dejando un profundo recuerdo en quienes lo habíamos tratado.

Nos hemos referido ya a quien, durante la mayor parte de los años que residimos en el Colegio Mayor «Pedro Cerbuna» fue su Director, el doctor don Celso Gutiérrez Losa, Catedrático de Química de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza, quien por méritos propios merece un espacio relevante en esta galería de cerbunos entrañables y destacados, junto con su esposa doña María Pilar Dilla, fallecida hace unos años.

Hemos visto con qué habilidad supo don Celso conducir en el Colegio la transición entre dos épocas. A la manera machadiana, «en el buen sentido de la palabra bueno», el doctor Gutiérrez Losa es hombre cabal y sencillo, profundamente responsable y de sólidas convicciones y supo ser en aquellos años un verdadero padre para los cerbunos, mentor discreto y tolerante, nunca fiscalizador ni vigilante implacable.

Su inolvidable esposa, doña María Pilar, con una gran discreción, fue en todo momento su brazo derecho, alma y vida del Colegio, sin aparatosidades vacuas pero con discreta efectividad, asesora en temas estéticos y de protocolo, mostrando, junto a su esposo, su solidaridad con los cerbunos que eran perseguidos o detenidos en aquellos difíciles años de dureza y represión.

Detenidos o perseguidos fueron varios, como el canario Paco Alvarez o el leridano Pepe Tarragó, quien «sin comerlo ni beberlo», sin haber participado jamás en ninguna actividad política, fue detenido malhadadamente en una brutal incursión que efectuó la Policía Armada hasta las mismísimas habitaciones del Colegio, aporreando a diestro y siniestro.

Fue Subdirector del Colegio durante estos años don Manuel García Comas, profesor de italiano y elegante frecuentador de la Sociedad «Dante Alighieri», atento siempre a que se guardara la debida compostura en el comedor, desde la mesa presidencial, junto al director, al capellán y a los catedráticos residentes. Antes había sido igualmente Subdirector el doctor don Agustín Ubieto Arteta, hoy Director del Instituto de Ciencias de la Educación y Vicerrector de la Universidad de Zaragoza.

Desempeñó también funciones administrativas en el Colegio el geógrafo Enrique López, eterno opositor, en constante ejercicio intelectual de recordar los más raros nombres de montañas y demás accidentes geográficos. El Administrador era el señor Vázquez.

Había también profesores residentes, algunos de los cuales ostentaban el cargo de Regente, como Javier Cañada Sauras, hoy eminente archivero y director del Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, o Emilio Ridruejo Alonso, gran conocedor de la Literatura española, con el que manteníamos eruditas tertulias, o José Antonio Borderías, historiador cáustico y mordaz, contestatario, con el que celebrá-

bamos seminarios de Historia desde posturas críticas y heterodoxas, o el geógrafo José Luis Calvo Palacios, persona de relevantes cualidades humanas y científicas, que hoy ostenta con acierto la Presidencia de la Asociación de Antiguos Colegiales del Cerbuna.

Una especie de aristocracia del Colegio la constituían los catedráticos de Universidad residentes en él, con el privilegio de sentarse -junto a Director, Subdirector y Capellán- en la mesa presidencial del comedor, del que nunca usó don Nicolás Ramiro Rico, quien, al menos en nuestros tiempos, jamás pisó el comedor, pues, noctámbulo impenitente, no se sujetó nunca a un horario ni a una disciplina.

Era «don Nicolás», como se le llamaba, arrastrando la última a, imitando su marcado acento andaluz, Catedrático de Derecho Político, con fama de republicano y de haber sido amigo de Federico García Lorca, e incluso de poseer algunas cartas autógrafas del poeta de Fuente Vaqueros. Según se decía, ocupaba varias habitaciones de las destinadas a profesores, que tenía atestadas de libros.

Las clases de Derecho Político que impartía el doctor Ramiro Rico en el Aula Magna de la Facultad de Derecho eran de lo más pintoresco, por lo que no era de extrañar que a ellas acudieran, además de los habituales alumnos, un abigarrado grupo de oyentes que procedían de todas las facultades.

Una tarde primaveral, en que nos hallábamos un grupo de alumnos «lagartean-do al sol» en las escaleras del Cerbuna, llegó don Nicolás, como era habitual en él, en taxi. Al descender del vehículo e iniciar el ascenso de las escaleras, quedóse mirando un rato, con aire pensativo, a una mella que había en uno de los escalones, y al fin dijo, provocando la hilaridad de toda la concurrencia, con su cerrado acento andaluz: «Aquí cayó un catedrático y dio con la cabeza».

Sí frecuentaban el comedor, y más o menos la vida colegial, otros catedráticos como don José de Salazar y Abrisqueta, sacerdote y experto en Derecho Canónico, Decano que fue de la Facultad de Derecho, vasco hasta la médula, con su acento y todo, siempre enfundado en su sotana, y con manteo en las grandes solemnidades.

Una nueva generación de catedráticos de Derecho se alojó en el Cerbuna más o menos transitoriamente, como don Carlos Palao Taboada, de Economía y Hacienda Pública; don José Puente Egido, de Derecho Internacional; don Jesús Lalinde Abadía, prestigioso historiador del Derecho; don Lorenzo Martín-Retortillo y Baquer, experto en Derecho Administrativo; y don José Cerezo Mir, eminente penalista, quien habría de suceder a don Celso Gutiérrez Losa como director del Colegio Mayor Universitario «Pedro Cerbuna».

También hubo catedráticos de otras facultades, como el de Matemáticas doctor Vigil, y el de Veterinaria, don Eloy Martín.

La figura del Capellán se hallaba también entrañablemente vinculada a la vida colegial, participaban en tertulias informales, en conversaciones de vestíbulo, o

MEMORIAS DEL CERBUNA

daban charlas, además de celebrar Misa diariamente en la Capilla. En nuestros tiempos ocuparon el cargo don Carlos Salazar Goser y don José Fernández Rillo.

Ocupada la mesa presidencial en el comedor, en comidas y cenas, los colegiales tenían también sus lugares fijos y asignados en las diferentes mesas, mientras que en los desayunos se fomentaba el trato entre todos al no haber sitios fijos, e incluso los habituales ocupantes de la presidencia se mezclaban con los colegiales en las mesas de éstos.

La comida, servida por señoritas uniformadas con vestido negro, delantal blanco y cofia, solía ser abundante y variada, aunque con notorio predominio de los famosos «huevos Cerbuna» y «filetes Cerbuna».

Durante una temporada, los domingos se dio de postre bocaditos de nata, presentados en sus bandejas de cartón, una por mesa. Pues bien: llegó a ser un ritual y una tradición el que, una vez ingeridos los bocaditos, el comedor se convirtiera en un campo de batalla, arrojándose las bandejas de cartón de una mesa a otra, e incluso alguna caía en la presidencia. Hasta que un domingo aparecieron los bocaditos en bandejas de cristal, y se renunció a utilizar éstas como proyectiles.

Justo es que dediquemos también un recuerdo entrañable a quienes ya no están entre nosotros y murieron en plena juventud, siendo colegiales, como Juan José Aldaba, fallecido en accidente de tráfico; José Antonio Eiriz, estudiante de Matemáticas, muerto en trágicas circunstancias; y Manuel Gaitán Bedoya, «Galo», estudiante de Medicina y famoso por sus partidas simultáneas de ajedrez, a quin le sorprendió la muerte, de manera repentina, en su propia habitación del Cerbuna. Descansen en paz.

Entre los antiguos colegiales que han llegado con posterioridad a desempeñar puestos importantes, especialmente políticos, destacan dos presidentes de la Diputación General de Aragón, Juan Antonio Bolea Foradada y Juan Antonio De Andrés; el Gobernador Civil de Tarragona y antes de Menorca, Ramón Sánchez Ramón; y el actual Delegado de Educación y Ciencia en Teruel, doctor Juan José Murillo Ramos.

Este último, eminente y joven científico, discípulo del doctor Grande Covián, acaba de publicar el libro *El aceite virgen de oliva*, en el que presta especial atención a la economía olivarera del Bajo Aragón turolense y recoge su Tesis Doctoral de Biología, elaborada en el Departamento de Bioquímica de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza.

El profesor Agustín Ubieto Arteta, que fue Subdirector del Cerbuna, ocupa hoy el cargo de director del Instituto de Ciencias de la Educación y es Vicerrector de la Universidad de Zaragoza.

La colonia extranjera fue siempre muy característica en el Cerbuna, y da idea del ambiente de tolerancia, de mutua relación y convivencia entre las más diversas culturas, razas y civilizaciones que se vivió por aquellos años.

No consideraremos como extranjeros -ni entonces eran considerados como tales- los numerosos hispanoamericanos que a lo largo de esta época pasaron por el Cerbuna, y la mayoría para estudiar Medicina, pues esta Facultad zaragozana llevaba entonces merecida fama en el ámbito universal.

Sí citaremos a japoneses, sirios, palestinos, noruegos, marroquíes, franceses, ingleses e italianos que, como estudiantes y profesores se alojaron en el Cerbuna.

Todos los cursos solía haber un japonés distinto, miembro del Cuerpo Diplomático de su país, enviado a perfeccionar la lengua castellana a la Universidad de Zaragoza. Eiske Sinomia, formal, amable, ceremonioso y simpático, con quien hemos continuado buenas relaciones de amistad y ha estado recientemente como Secretario de Embajada en Madrid. Yukio Rokujo se hizo famoso en el Cerbuna por «coleccionar» los más pintorescos, estafalarios y numerosos «tacos» en lengua castellana, que se aprendía de memoria, aleccionado por los más bromistas y «peor hablados» de los colegiales.

El marroquí Bachir Larbi Loh, hijo de un Gran Visir de la Corte de Su Alahuita Majestad Hassán II de Marruecos, que vino a estudiar Medicina y celebraba escrupulosamente el Ramadán, se endosaba la tradicional chilaba cuando se proyectaba algún documental sobre el Islam o sobre cualquier otro tema relacionado con tierras de moros.

Hilarión Luspinsky, hijo de un Conde ucraniano emigrado a Estados Unidos, a menudo taciturno y melancólico, solía recluirse en su habitación para tocar el violín, cuyas melodías se podían escuchar por los pasillos del Colegio.

A un profesor británico, que alardeaba de comunista, le preguntamos en cierta ocasión que cuándo pensaban sus correligionarios en el «Vetusto Reino» abolir la plurisecular Monarquía, a lo que contestó muy serio y tlemático, con todo su humor inglés, que no tenían ninguna prisa, quizás dentro de un siglo o dos... Claro, que entonces no había llegado todavía el «Annus Horribilis» para la Familia Real británica.

También tuvimos amistad con el profesor italiano Giovanni Biagione que, con su bigote y su enorme melena o pelambrera negra, en la línea «afro», pasaba por ser uno de los más acreditados «latín lover» o «donjuán» mediterráneo entre las jovencitas zaragozanas, y se hallaba realizando su Tesis Doctoral sobre la Historia del Anarquismo español.

Igualmente pasó por el Cerbuna el profesor de Letras francés M. Georges Pratlong, de Rivesaltes, cerca de Perpignan, con quien aún continuábamos felicitándonos las Pascuas durante algunos años, vuelto él ya a su tierra.

MEMORIAS D.EL CERBUNA

Aunque no venían a residir al Cerbuna -¡qué más hubiéramos querido!-, causaba verdadera conmoción la llegada, por las primaveras, de las rubicundas estudiantas alemanas de la Universidad de Heidelberg, que venían a hacer un curso intensivo de español a la Facultad de Filosofía y Letras, y menudeaban sus visitas al Colegio.

Uno de los más caracterizados cerbunos, el aristocrático y castellanense Miguel de Carceller y Loras, recorría entusiasmado el vestíbulo y los pasillos gritando «¡Han llegado las Walkirias!», mientras tarareaba *La entrada de los dioses en el Walhala*, de Wagner. Era el prelude de un recibimiento por todo lo alto y casi oficial a las germanas en las estancias colegiales.

La Conserjería era también una verdadera «institución» en el Cerbuna, al tanto siempre de la vida colegial, de quién entraba y quién salía del edificio, centro a menudo de tertulias entre colegiales y conserjes.

Serviciales sin llegar al servilismo, hubo una temporada, incluso, que establecieron un modesto puesto de venta de productos útiles al colegial, como los de aseo y limpieza. Los conserjes, unos más severos, otros más rudos y toscos, otros más finos, amables y conversadores, todos se integraban apenas sin problemas en la vida colegial.

A alguno se le gastaban bromas llamando a Conserjería desde los teléfonos de los pasillos, como si se llamara desde fuera del Colegio, en ocasiones preguntando por algún personaje histórico y famoso, que, sin titubear, era anunciado por los altavoces del comedor («¡Don Miguel de Unamuno, por favor, al teléfonoo!»), mientras el comedor retumbaba y se estremecía por mor de una sonora carcajada. Pero no era broma cuando llamaban a don Miguel de Cervantes, porque había un colegial que se llamaba así.

Ya hemos hablado de la prolongada estancia del que fuera Jefe de Conserjes, el señor Jesús González, quien, al jubilarse, en la etapa ya de la Dirección de don José Cerezo, sería sucedido en su cargo por el señor Faustino, que vino de fuera. Unos cuantos años estuvo también el señor Tomás Muniesa, así como el portero de noche, el señor José Lacué, que conversaba con los noctámbulos que llegaban a altas horas de la madrugada y no encontraban momento para irse a dormir.

Con especial afecto recordamos a Primitivo Olmo Abad, persona afable, correcta y educada, quien era para los colegiales más un consejero y un amigo que un conserje, y con quien hemos seguido manteniendo la amistad a lo largo de estos años. Se ha jubilado recientemente, en 1990, tras veintiséis años de servicios al Colegio, pues había ingresado en 1964.

Figura clásica en el Colegio era la de la Gobernanta, doña Josefina Gómez de Segura, llamada afectuosamente «la Señorita», atenta siempre y vigilante para que nada faltara en el servicio de comedor y de limpieza del Colegio, con gran discreción y elegancia, sin que apenas se notara su presencia, dirigiendo con tacto y diplo-

macia a una legión de camareras y chicas de la limpieza, entre las que era toda una institución «la Pepa», rolliza e infatigable trabajadora, salerosa y de gran desparpajo, o la simpática, menuda, pizpireta y avispada Mari Carmen.

Hoy, veinticinco años después, en el L Aniversario de la Fundación del Colegio Mayor Universitario «Pedro Cerbuna», se agolpan los recuerdos en nuestra mente, y tratamos de evocarlos con emoción, con cierta nostalgia de algo pasado que ya no volverá, pero con la certeza de que constituyeron unos años decisivos en nuestra formación humana y científica, con la convicción de que nuestro paso por el Cerbuna nos ha dejado un fecundo sedimento, ha marcado en nosotros una huella indeleble a la que no podemos renunciar.

MEMORIAS DEL CERBUNA, 1965-1989

Celso Gutiérrez Losa

No es fácil (al menos, para mi) retlejar en unas cuantas líneas el discurrir de una institución tal como un Colegio Mayor, animado por una población de jóvenes abiertos a todas las posibilidades precisamente en una época tan particular de su historia (del colegio y de los jóvenes), con sus vicisitudes, sus coyunturas difíciles, a veces dramáticas, pero, al mismo tiempo, con tantos momentos de gratificadora compensación. A esa dificultad contribuye también la lejanía en el tiempo que, aunque quizá permita una mejor apreciación de ciertos perfiles históricos, es implacable enemiga del minucioso recuerdo de circunstancias, hechos y situaciones. En cualquier caso, la efemérides que se quiere conmemorar (las Bodas de Oro del C.M.U. Pedro Cerbuna) bien merece asumir los riesgos de tan inexperto historiador, con todas sus consecuencias.

Cuando llegué a Zaragoza para incorporarme a su Universidad, me pareció que el alojamiento más idóneo era el el Colegio Mayor Universitario «Pedro Cerbuna» (que entonces compartía misiones y edificio con el C.M.U. Fernando el Católico). Así que en enero de 1956 estrené, a la vez, ciudad, función universitaria y domicilio. Mi fortuna fue encontrarme aquí con un antiguo compañero y gran amigo, con el que también vine a compartir ciudad, funciones universitarias y residencia. Pascual López Lorenzo desempeñaba, además, una de las Direcciones del Colegio Mayor (que pronto se convertiría en una Dirección única de un Colegio Mayor único), por lo que mi aclimatación a las diversas facetas de mi vida en tan nueva situación, puede decirse que se produjo «quemando etapas». Pronto fui introducido en la vida colegial, en la que me integré plenamente, incluso con alguna función par-

ticipativa, que terminó por convertirme de residente en Subdirector, hasta que en 1963, al cambiar de estado civil, cambié también de domicilio.

Cuando, en 1965, Pascual López Lorenzo obtiene la plaza de Catedrático en la entonces llamada Universidad Central, de Madrid, se plantea el problema de su sustitución por una persona que, sin provocar una ruptura en las tradiciones, modos y hábitos que fueron característicos del Colegio, estuviera dispuesta a asumir la responsabilidad de su Dirección. Pascual conoce bien mi larga serie de titubeos antes de decidirme por el ofrecimiento que en tal sentido se me hizo. De una parte, me agradaba mucho volver a la casa donde había vivido durante casi toda mi etapa zara-gozana y también me agradaba la idea de participar en la vida activa del universitario fuera de las aulas. Pero, de otra, me asaltaba el temor, muy justificado, acerca de mi idoneidad para llevar a cabo la misión que de mí se esperaba. Porque yo no desconocía la enorme variedad de funciones que conlleva la Dirección de un Colegio Mayor, desde las aparentemente (sólo aparentemente) tan banales como las condiciones de aprovisionamiento, servicios generales, personal y administración, hasta las derivadas de lo que supone la vida en una colectividad de jóvenes, tanto desde el punto de vista de la mutua convivencia como de la formación que el colegial debe recibir como complemento de la que se le ofrece en la Universidad. Por otra parte, no era lo de menos suceder a una persona como Pascual López Lorenzo en la Dirección del Colegio, ya que tras él quedaba una ejecutoria envidiable, una gran familia de cerbunos y una larga cadena de afectos entrañables.

En mi nueva situación, pronto pude comprobar en los colegiales un espíritu tan abierto, un ansia de colaboración y un deseo tal de formular iniciativas para hacer más eficaz y grata la vida en el colegio, que una de mis primeras determinaciones fue la de crear una Junta de colegiales, integrada por representantes de las diversas promociones y Facultades, elegidos por los propios colegiales que, en reuniones periódicas, habían de debatir y, en su caso, proponer las sugerencias que estimaran convenientes en relación con el colegio. Nuestro compromiso era llevar a la práctica en la medida de lo posible los acuerdos mayoritariamente adoptados. Debo confesar que ésta entonces inusual iniciativa fue acogida en algún sector con cierto escepticismo e incredulidad, e incluso algunos miembros de la primera Junta fueron elegidos con cierta intención no exenta de pintoresquismo. La Junta fue pronto coloquialmente bautizada como el «Sanedrín».

Digamos en seguida que, en los cursos siguientes, la opinión de los colegiales sobre la -para algunos- dudosa efectividad del nuevo «experimento», cambió totalmente, cuando se comprobó que los acuerdos allí alcanzados, y sólo ellos, eran, en efecto, llevados a la práctica. Ello hizo que, en los años siguientes, la elección a comienzos de curso de los miembros de la Junta fuera realizada con total seriedad y rigor, sobre todo, cuando empezaron a manifestarse los intereses políticos que ya se habían asentado en el «campus» universitario. Creo que tales Juntas siguen subsis-

MEMORIAS DEL CERBUNA

tiendo hoy en la organización y funcionamiento del Colegio, aunque, eso sí, con nombre y reglamento más imponentes.

No se me olvidará nunca la vorágine de propuestas y discusiones en que desembocó nuestra primera reunión. Benito Moreno, el Subdirector, no daba abasto para concretar y recoger todo aquel acúmulo de iniciativas, que iban desde los aspectos de más enjuicio colegial hasta detalles de apariencia insignificante. Así, un grupo de colegiales se encargó de programar los ciclos de conferencias, charlas y mesas redondas a lo largo del curso. Otro, se encargó de ampliar, impulsar y organizar la biblioteca del colegio (supongo que los ya famosos Agustín Sánchez Vidal y Emilio Ridruejo Alonso recordarán aquellos tiempos con satisfacción y cierta nostalgia). Se creó un grupo de actividades musicales y decoración de la correspondiente sala. Se creó el grupo de actividades fotográficas, con instalación de un modesto laboratorio (con guión, dirección, protagonismo y «management» de Quique Jené). Se creó la Tuna del Colegio que, en un principio, llegó a constar de 34 miembros con el de la pandereta (aún hoy no me explico de dónde salieron tantos uniformes de tuno; eso sí, como es lógico, cada uno vino con su instrumento). Se instaló en el sótano un bar hermosamente decorado por los propios colegiales. Se impulsaron también las actividades deportivas que ya venían desarrollándose desde años atrás, con la grata circunstancia de que, en aquel curso, el equipo de fútbol representativo del Colegio resultó vencedor en un torneo universitario a nivel nacional (José Antonio Navarro, el «mister»>>, recordará también con añoranza aquellos tiempos de juvenil entusiasmo). Y, en otro orden de cosas, se acordó que las fiestas del Colegio terminaran por la tarde con un baile en el mismo Colegio, ya que los propios cerbunos se encargaría del «orden en la sala»; el único punto de discusión era si orquesta o conjunto... Este tipo de veladas (que según creo, han adquirido ya carta de naturaleza) resultó beneficioso, no sólo porque impedía la tradicional dispersión nocturna de la gente, sino también porque proporcionaba un deleitoso método -sobre todo con los modernos ritmos- para disipar las kilocalorías acumuladas a lo largo del día en unos trasiegos quizás más generosos de los habitual.

Además, se decidió incorporar a las actividades culturales y recreativas del Colegio el uso de una espléndida, aunque hasta entonces inédita «sala de teatro», como así se la llamaba, a la sazón ocupada por una docena de polvorientos y desvencijados sofás y butacones. Para ello, se precisaba tiempo y, sobre todo, dinero. Una de las pocas ayudas económicas que, por aquellos años, recibió el Colegio de la Universidad (el Colegio era entonces bastante autónomo, incluso desde el punto de vista económico) se invirtió en restaurar y amueblar un espacio que en seguida se convirtió en lugar de celebración de actos protocolarios, conferencias y centro de reuniones de carácter recreativo; en particular fue el punto de partida de sesiones cinematográficas de carácter gratuito para los colegiales, con proyección de documentales y películas comerciales, que luego desembocó en un «Cine-Club». (Es de justicia mencionar aquí la inestimable colaboración y responsable compromiso del

amigo José Ortego, «el maquinista», que era de los que también padecía una «cerbunitis aguda»).

Fueron aquellos primeros meses una época de actividad verdaderamente febril, y uno tenía talmente la impresión de que, en lugar de llevar al Colegio, era el Colegio el que le llevaba a uno. Recuerdo con especial afecto aquellas promociones de colegiales que, con sus iniciativas, ansia de participación y sentido de responsabilidad, pusieron de manifiesto lo que verdaderamente significaba para ellos el Colegio Mayor.

La experiencia adquirida durante aquellos (para mi ya históricos) años, me permitió comprobar la importancia que tuvo resolver en el Colegio una de las situaciones más difíciles entonces planteadas, no sólo en la Universidad, sino también fuera de ella: el diálogo con los jóvenes. Porque no había tema más socorrido que el del diálogo pero, al mismo tiempo, del que menos se estuviera dispuesto a participar con todos sus condicionamientos. El diálogo sólo es posible cuando implícitamente se admite que se trata de cuestiones opinables, en que una de las partes tenga la razón y esa parte podamos no ser nosotros. En una sociedad caracterizada (dentro y fuera de nuestras fronteras) por una gran abundancia de afirmaciones sentenciosas, inapelables, pero que muchas veces la historia iba convirtiendo en provisionales, los jóvenes afirmaban verse ante conductas que no entendían o, por lo menos, les ofrecían muchas dudas, conductas que frecuentemente eran justificadas por razones de convivencia-social. Con razón o sin ella, a la juventud le parecía muy agradable labrecha entre lo que era y lo que realmente debiera ser, y para salvar esa brecha era necesaria la colaboración de las viejas generaciones, es decir, era necesario el diálogo.

El establecimiento de esas dobles vías de comunicación fue una circunstancia altamente beneficiosa en el desarrollo de las condiciones de convivencia y mutua tolerancia en la vida colegial, y a él se debe en gran parte los acuerdos para innovar o renovar muchas de las actividades o planteamientos del Colegio, y también a él se debió la convicción entre los cerbunos de que el Colegio era verdaderamente «SU otra casa».

Sin embargo, esta atmósfera de armonía comienza a ensombrecerse a medida que avanza el curso 1967-68, y ello como consecuencia de factores externos al Colegio que, con gran virulencia, habían irrumpido ya en la Universidad y en otras colectividades y que, a nivel mundial, tuvieron su máximo exponente en el famoso mayo francés del 68. Resumiendo las cosas, podríamos decir que la «filosofía» del momento era, más o menos la siguiente. La juventud universitaria estaba dispuesta a una participación más activa en los problemas de la sociedad, incluso, naturalmente, los de ámbito universitario. Para ello, contaba con el poder que confería a la población estudiantil ser comparativamente pequeña y homogénea y estar, por lo general, sumamente concentrada. Más aún, los estudiantes se sentían libres de otras responsabilidades o intereses y, en cierta manera, no ligados por tradicionales normas sociales. En tales condiciones, se consideraban capacitados de una manera

MEMORIAS DEL CERBUNA

única para hablar, no sólo por sí mismos, sino también representando a amplios sectores de la sociedad no tan bien preparados políticamente ni con tan buenas perspectivas de influencia futuras. De hecho, se sabía que los estudiantes habían desempeñado un papel importante en las transformaciones sociales de muchos países cuyas infraestructuras políticas no estaban firmemente asentadas. En definitiva, se trataba de una actitud de clara impugnación de la sociedad vigente y de oposición a su modo de vivir y frente a toda forma de autoridad. Y esa actitud había calado en un sector del Colegio Mayor. Con toda su carga.

Como suele suceder en tales casos, esto provocó una actitud de aprensión y recelo por parte de otro sector que, al margen de diferencias políticas y de conducta, consideraba que el Colegio era su lugar de residencia, de estudio, de convivencia y de descanso, y que no era admisible convertirlo en escenario de virulencias, incluso, personales. Existía, además, otro grupo de colegiales que, aunque abiertos a nuevas ideas, eran más pragmáticos y, con un sentido menos radical, consideraban que, en lugar de destruir todo, era quizá más realista reducir los extremismos a ultranza y mejorar y perfeccionar lo positivo ya existente. En cualquier caso, para valorar cabalmente todas aquellas actitudes sería necesario trasladarse aquella época.

Queda así esbozada la situación algo delicada por la que entonces atravesó el Colegio, con el riesgo de que dentro de él se produjera una grave grieta en las relaciones de convivencia. Los acontecimientos que luego se sucedieron, con el dramatismo que, en ocasiones, adquirieron, sacudieron, sin embargo, los ánimos de todos y despertaron entre los colegiales un sentimiento de mutua solidaridad (sin renunciar a sus diferentes puntos de vista) que fue decisivo para rebajar la tensión en el ambiente. Las visitas al Colegio de la Brigada Social, las irrupciones de la Policía Armada y las detenciones de colegiales, provocaron tal malestar y actitud de rechazo en la colectividad, que en mis intervenciones ante los mandos policiales (que no fueron pocas) me sentía respaldado por todo el Colegio. Aunque todas estas circunstancias contribuyeron a introducir la opción política en algunas de las actividades colegiales, lo cierto fue que las cosas volvieron a entrar por la vía de la moderación y del diálogo, lo que, a la vista de lo que estaba sucediendo en el anejo «campus» universitario, no era poco.

No quisiera continuar sin antes hacer mención a la inestimable labor que, en sus épocas realizaron Manuel García Comas, José Luis Calvo y Antonio Gil, junto con el ya citado Benito Moreno, Subdirector del Colegio Mayor a lo largo de mi mandato. Ellos fueron en tantas ocasiones «compañeros de fatigas» y eficaces colaboradores en la buena marcha del Colegio. Desde aquí les reitero mi cordial agradecimiento y mi siempre renovada amistad. Mi gratitud se extiende también a los colegiales, regentes y residentes que me prestaron su ayuda.

Tan nuevo como yo en las responsabilidades del Colegio, y con fervientes deseos de mantener alto el nivel espiritual del Cerbuna, fue su Capellán, D. Carlos Salazar. Sin embargo -y con gran sentimiento, no sólo nuestro, sino también de él-

CELSO GUTIERREZ LOSA

hubo de interrumpir su misión en el Colegio a los pocos años de iniciada para hacerse cargo de otra que le fue asignada fuera de él. Persona habituada a tratar con jóvenes, los que le conocen comprenderán fácilmente el éxito de su misión y las simpatías que dejó en el Cerbuna. Su sucesor, D. José Fernández Rillo, se entregó también enteramente a su función en el Colegio; fue amigo de todos, lo que ya era significativo en aquella época de especial conflictividad estudiantil con la que casi coincidió su llegada al Cerbuna. A ambos debo expresar mi profundo agradecimiento por la leal e importante colaboración a la buena marcha del Colegio, aunque, infortunadamente, en el caso de D. José tenga que hacerlo a título póstumo.

Cuando, en 1971, por razones personales, me vi obligado a pedir mi relevo en la Dirección del Colegio, fue consciente de que dejaba atrás una etapa de mi vida que, aunque llena de preocupaciones y plagada de problemas y hasta de sobresaltos, siempre recordaría con cariño y con nostalgia. Al final de aquel curso académico, asumió tal responsabilidad D. José Cerezo Mir, compañero y buen amigo que, por haber residido allí, ya estaba familiarizado con las cosas del Cerbuna.

El año 1968 fue histórico para nosotros porque durante él celebró el Colegio Mayor Cerbuna sus Bodas de Plata. Veinticinco años habían quedado atrás desde aquel primer asentamiento como tal Colegio Mayor -nacido ya provisional- en las sobrias instalaciones de Gran Vía, que regularmente «amenizaban» los estruendos de los trenes que circulaban por la «Gran Vía» colindante. Pero quizá sea este momento de hacer un poco de historia.

Según la documentación disponible, el actual C.M.U. Pedro Cerbuna procede de la antigua Residencia Universitaria situada en el po de Ruiseñores y creada ya en 1925. Esta Residencia Universitaria fue la primera de su índole en España, adelantándose incluso a la aparición del Decreto Ley de creación (propiamente, recreación) de Colegios Mayores, en 1.926. El C.M.U. Pedro Cerbuna comenzó a funcionar como tal institución en el curso académico 1943-44. Desde esta fecha hasta 1954, estuvo al frente del Colegio como Director D. Fernando Solano Costa, Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea, siendo Subdirector D. José María Rodríguez Campoamor. Dado el momento histórico que entonces se vivía, parece ser que el Cerbuna tenía una organización y disciplina acordes con la mentalidad de la sociedad española de aquella época. Eran habituales las actividades de Tertulia Literaria, Tertulia Musical, Acción Católica y Tertulia Cinematográfica presididas cada una por un colegial Decano y el Jefe de Comedor que, elegidos por el Director, constituían los mandos menores del Colegio, frente a los Mandos Mayores (Director, Subdirector, Director Espiritual y Administrador). Es de destacar que en aquella época el Colegio Cerbuna sería un centro cultural de gran relieve en Zaragoza.

Por aquellos años, se dispuso que los Colegios Mayores no sobrepasaran el número de 100 colegiales, lo que, al parecer, indujo a la división del edificio en dos distintos: el «Pedro Cerbuna» y el «Fernando el Católico». A juzgar por los resultados posteriores, la división no se consideró eficaz y, por ello, poco después se uni-

MEMORIAS DEL CERBUNA

ficaron ambos centros bajo la dirección única de D. Pascual López Lorenzo, mi antecesor en el cargo.

Fueron muchas las sugerencias hechas para conmemorar las Bodas de Plata del Cerbuna, sugerencias que habían de satisfacer dos condiciones en cierto modo contrapuestas: que se llevara a cabo una celebración lo más digna posible y que, al mismo tiempo, se tuvieran en cuenta que el Colegio no iba a recibir ayuda económica externa alguna. Con deseos verdaderamente ilimitados de celebrar la efemérides, a la vez que con posibilidades que, a la vista del contexto, se pueden considerar como muy meritorias. Así fueron organizados concursos de pintura, de fotografía y de narraciones cortas, exposición de papiroflexia, conciertos de jotas y ciclos de conferencias. Y se tomó una decisión que hizo aquel año aún más histórico: crear una Asociación de Antiguos Colegiales del Cerbuna.

Realmente, esto era una vieja aspiración. Recuerdo bien los repetidos intentos de Basilio Gómez Monzón, Agustín Luna, Emiliano Moreno, Joaquín Rams y tantos otros para hacer realidad aquella idea. Por unas u otras razones, más bien de carácter técnico y, sobre todo, burocrático (no era entonces sencillo fundar nuevas Asociaciones), tales intentos no llegaron a fructificar hasta que, con entusiasmo, fueron asumidos por un grupo de ex-cerbunos para quienes la tarea de dar cuerpo y alma a la Asociación y redactar y lograr la aprobación oficial de sus Estatutos fue aparentemente sencilla. A aquel acto fundacional están especialmente ligados los nombres de Juan Antonio Bolea, José Luis Samanes, Miguel Morer, Alberto Arsuaga... De hecho Bolea Foradada (que en 1969 recibió por ello Beca de Honor del Colegio) fue elegido primer Presidente de la Asociación. Esta, que posee personalidad independiente y goza de plena capacidad jurídica, administrativa y económica, tiene como fines fundamentales (art. 3a de los Estatutos): fomentar y conservar los vínculos de amistad y comunidad de ideales entre los asociados; estrechar los lazos de unión entre la Asociación y sus miembros con el Colegio Mayor Pedro Cerbuna y la Universidad, y fomentar la mutua colaboración entre sus asociados y prestarles, en su caso, la ayuda espiritual y material que la Asociación pueda prestar.

Como es sabido, la Asociación convoca anualmente dos reuniones: una, en Zaragoza, para celebrar la Asamblea General Ordinaria que establecen los Estatutos y otra, alternativamente, en capitales de esta u otra Comunidad que, a lo largo de los años, aportaron al Cerbuna significados contingentes de colegiales.

Ligado desde entonces, de una u otra forma, a la Asociación, puedo dar cabal testimonio de cómo se cumplieron plenamente aquellos propósitos. Como Presidente, sucedí en 1981, a Santos González Jiménez, un Cerbuno hasta la médula quien, como joven que era (fue colegial durante mi época de Director del Colegio), dio nuevos aires a la Asociación. En particular, con él se apreció un mayor acercamiento a la Asociación por parte de los colegiales, con quienes no hacía mucho había convivido.

Mi primer año de gestión coincidió con el de Joaquín Lomba Fuentes como Director del Colegio, y a él debemos agradecer que aceptara nuestro deseo de celebrar en el Cerbuna, no sólo la Asamblea General, sino también la Subsiguiente cena de hermandad, con todas sus prolongaciones musicales. Esta experiencia ocasional tuvo tan buena acogida, tanto por parte de los ex-cerbunos como de los colegiales, que llegó a convertirse en habitual, gracias, sobre todo, a la decidida colaboración de Esteban Varela Mateos, nuevo Director del Colegio. Con él encontramos, no sólo las necesarias facilidades y cooperación para disponer de aquellos locales y servicios que nuestros actos y reuniones requerían, sino que también supo establecer una valiosa comunicación Colegio-Asociación que pronto se reflejó en un notable incremento en la afiliación de nuevos asociados. Con ello, se alcanzaba, además, un objetivo que no estaba explícitamente recogido en los Estatutos: el rejuvenecimiento de los veteranos, como resultado de los contactos periódicos con promociones a veces tan distantes en el tiempo.

La última faceta a destacar es la representada por los desplazamientos que cada año (contadas excepciones) se hacen a los diferentes puntos de reunión pre-verano. Desde 1982 hasta 1988, realizamos sucesivamente visitas a Pamplona, Barcelona, Madrid, San Sebastián y Logroño. El éxito de tales reuniones nadie los puede describir tan bien como los que en ellas hemos participado. El calor de las acogidas, la siempre cuidada organización de los actos y la generosidad de los anfitriones, junto con la nutrida participación de ex-colegiales, confirman el acierto de estas excursiones entre las actividades de la Asociación. Tampoco es lo de menos destacar su aspecto cultural y turístico, generalmente atendido por auténticos versados en la materia (a veces, pertenecientes a nuestro propio grupo).

Aunque la responsabilidad de las decisiones que afectan a la marcha de la Asociación recae, obviamente, sobre su Presidente, la elaboración y mérito de las iniciativas corresponde a todos los componentes de la Junta Directiva. Por ello, aprovecho esta circunstancia para reiterar mi gratitud por el constante apoyo y la valiosa, eficaz y sincera colaboración que en ellos he encontrado a lo largo de prolongada gestión. En este punto, y en un orden más o menos cronológico, no puede faltar referencia a los nombres de José Luis Samanes, Gregorio Echeverría, José Luis Viviente, Ricardo Miguelsanz, Miguel Angel Lamana, Mario Paz, Bianor Escalona, Antonio Pérez Prados, Pascual López Lorenzo, Felipe Castejón, José Auría, Santos González y José Luis Calvo. Todos ellos han puesto de relieve lo hondo que puede calar en las personas los sentimientos de amistad y la satisfacción de participar en una labor que se distingue por su nobleza y generosidad.

En 1989, y por razones harto dolorosas, me vi obligado a pedir el relevo en mi función. Me cabe la satisfacción de saber que mi sucesor en el cargo, José Luis Calvo Palacios, que ya había compartido conmigo otras responsabilidades en la Dirección del Colegio, realiza su nueva gestión cumpliendo con todas las esperanzas en él depositadas y consolidando con su labor la implantación y prestigio de nuestra Asociación de Antiguos Colegiales del Cerbuna.

ESTUDIANTES EXTRANJEROS EN EL C. M.

PEDRO CERBUNA

Mario Paz Castro

Soy un médico de origen peruano y de nacionalidad española, estoy en mi despacho en la mesa-escritorio adornada con unos claveles rojos naturales, una tarde de Abril y, sin otros méritos que los de haber sido «Cerbuno» y hoy secretario de la Asociación de Antiguos Colegiales y con motivo del cincuentenario de la fundación del Colegio Mayor y el vigesimoquinto del nacimiento de la Asociación, me cabe la enorme satisfacción de expresar, contar, transmitir lo que siento. Lean.

Cuando la pluma del escritor escribe es porque tiene idea, tiempo, raciocinio, memoria, inspiración, imaginación y conocimiento de lo que quiere decir o manifestar. Es tarea difícil, según como se mire, y para uno como yo creo que el mejor sistema para contar o narrar situaciones vividas por estudiantes extranjeros, o no (luego hablaremos de eso), del Colegio Mayor, lo mejor es imaginarse, creer que lo estás leyendo «ya» y así facilitar la creación y formación de este artículo; por supuesto, sin pretensiones literarias. Aunque un poco tópico, es necesario decir que disculpen y perdonen, mis compañeros y después todos los lectores, lo expresado en estos párrafos, por omitir, sin desearlo, por no encajar con todo lo pasado o por conceptos equivocados o por falta de memoria, ya que lo que narro ahora pasó hace solo 33 años, ¡casi na! como diría un castizo. Pero con generosidad y voluntad de comprensión lograré ganar su interés. Ahora bien, hubiese deseado un rigor exquisito,

pero no se puede compendiar en pocas hojas la historia de tantos años, tantos estudiantes y no hay mas remedio que hacerlo de una forma colectiva.

¡Allá vamos! Corrían los años 59-60 y nos encontrábamos de tertulia un grupo de estudiantes hispanoamericanos en la cafetería «Espumosos», que entonces se encontraba sita en los porches del actual po de la Independencia, hablando, entre otras cosas, de lo negro, criollo, autóctono y, cómo no, de la política, tanto nacional como internacional, cuando un grupo de amigos nos aconsejaron callar, cambiar de tema, era mejor así, por si caso y para evitar males mayores, alguna sorpresa desagradable. Reconozco que entonces éramos unos adolescentes, unos juvenzanos que, la verdad sea dicha, casi ni sabíamos, ni teníamos suficientes conocimientos ni recapitábamos como para poder opinar o expresar un juicio certero; el asunto terminó ahí y comenzamos otros mas interesantes.

A vista de pájaro y porque el tiempo apremia, les cuento lo siguiente rápidamente. Parte de la juventud estudiantil de aquella época salimos de nuestros pueblos, ciudades, países, sin ideas políticas y porque no teníamos límites geográficos y llegamos por diversos medios a España. Nos adaptamos, nos establecemos donde creemos que se cubren nuestras principales necesidades, tenemos ahí delante el futuro y ¿cómo es? Muy incierto. No somos, ¿o si?, aventureros, descubridores, conquistadores. Somos realistas, tenemos en el punto de mira el avance, lo moderno, los estudios, la investigación científica, nos queremos embarcar en el tren del progreso, porque a esas edades nuestras baterías están cargadas de fenómenos de la inquietud. Hay que trabajar, hay que responsabilizarse, hay que superarse y no tener la arrogancia de suponer que todo es fácil, gratis, añadido.

Así ya, nos repartimos por toda la geografía española; americanos del Norte, Centro y Sur, Africanos, Asiáticos, isleños y restos de los demás países de Europa. Unos llegamos a Zaragoza a casas particulares, otros a pensiones, otros a Colegios Mayores, a casa de sus familiares y también, cómo no, al Pedro Cerbuna; con la intención de estudiar una carrera, una profesión, una especialidad, alguna disciplina académica o lograr algún diploma para poder optar luego al trabajo que se desea; «aquí o allá». La gran mayoría, yo diría que todos, veníamos a la Universidad, olvidando o no teniendo en cuenta una preparación en Escuela-Taller, Formación Profesional Ocupacional, Escuelas Técnicas Superiores, etc. Esto obviamente sin poder contar con lo que existe ahora, como son los programas conjuntos con Organismos de Formación de otros Estados miembros de la Comunidad Económica Europea y no digamos nada de los Masters y profesiones recomendadas según estudios muy serios de la C.E.E. Más de uno/a se pregunta los motivos que teníamos para venir; aquí están y no todos. Podemos considerar como positivos los siguientes: el idioma, la economía (aquella época si, ahora no), estar en las puertas de Europa, la religión, las facilidades para poderse matricular en diferentes universidades o facultades, las becas, la capacidad del número disponible, convenios culturales y por supuesto ganas de superarse y labrarse un porvenir elegante. Y como negativos, más

MEMORIAS DEL CERBUNA

o menos a manera de resumen: huelgas de trabajadores, revoluciones, revueltas políticas, golpes de Estado, cambios y más cambios de programas de estudios que te hacían perder años, cursos académicos completos, inseguridad ciudadana, nivel científico pobre, existencia del números clausus, falta de apoyo al estudiante, falta de medios, etc. También más de uno/a se preguntará por qué la mayor parte de nosotros estudiamos Medicina. Francamente no lo sé, tal vez por lograr un buen puesto en la escala social, por remuneración alta, prestigio científico, por mejor salida profesional que otras carreras, por buen nivel y prestigio de la medicina en España, por imitación, vocación; no lo sé.

Bueno, sigamos este recorrido de nuestra estancia por estas latitudes, ya profesionales, licenciados, los que logramos terminar la carrera, con más o menos buenas, regulares y por qué no decirlo excelentes notas -calificaciones. Unos nos quedamos y otros volvieron a su país de origen. Los primeros, ausentes de nuestro terruño, no por eso desarraigados, llevamos en nuestro corazón esas tierras lejanas pero no por eso menos queridas. Y otra vez volvemos a desparramarnos por las comunidades, regiones, pueblos, tratamos de conseguir un puesto de trabajo e incorporarnos a la sociedad. Gran parte de nosotros nos quedamos en tierras de Goya, Cajal, Agustina, Gracián, Palafox, Sender, Gargallo, etc., etc. Hubo una época en que el 50% de los pueblos de Aragón estaban ocupados por médicos hispanoamericanos; nos incorporamos a la empresa española, logramos nuestra hacienda, patrimonio, pero ya todo esto con la nacionalidad española, adquirida a fin de lograr concursos, oposiciones, escalas, jerarquías, interinajes, etc. La mayor parte de nosotros no solos sino ya acompañados de nuestras esposas e hijos (hoy día ya profesionales también), nos integramos plenamente y empezamos a formar parte de la Historia de España; el tiempo inexorable pasa y pasa. Hoy hay arrugas en mi frente y mis pupilas tienen ya un débil mirar, ojos cansados, los dedos entumecidos porque en estas tierras las noches llegan presto y los inviernos son muy fríos, día a día compartimos el pan español, donde vamos dejando trozos, pedazos de nuestras vidas.

Como digo anteriormente, extranjeros o no, hay que analizar esto. Yo pienso lo siguiente: unos decían que sí, otros decían que no, pero la realidad es ésta, estamos en un País democrático, con derechos humanos palpables actualmente, libre, porque sin libertad bien entendida, razonada, meditada, no hay justicia social, no hay dignidad; mal se puede convivir sin libertad. Según he podido leer en muchos libros, revistas, periódicos, de siempre se ha pensado que España es, o fue, quizá ahora menos, un pueblo con facilidad para el mestizaje, mezcla de culturas e integración racial, de religiones, etc. ¿Que hay racismo? No lo sé, eso es patología social y tema delicado y profundo de mucho que hablar y escribir. ¿Que hay xenofobia? Creo que no la hay, si acaso muy poco en una determinada población. Pensamos que es tanta la diferenciación étnica en España que lógicamente hay una inmensa variedad de criterios. Nada más fácil que convivir con dignidad, que borrar, diluir esas diferencias para que se igualen los hombres en sus virtudes, conducta, proceder. Nos olvidamos que la vida del hombre depende en gran parte de su entorno y que la virtud es abrir

MARIO PAZ CASTRO

los brazos y no cerrar las puertas. No sé si debo, o si quiero, escribir lo que el cancionero musical del siglo XV plañía doloridamente:

¡Triste España sin ventura,
todos te deben Horrar;
despoblada de alegría para
nunca en ti tronar!

O si pongo o no pongo lo que escribía D. Antonio Machado y con cuánta razón:

¡Españolito que vienes al
mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas (Hispanoaméricas)
ha de helarte el corazón.

Extranjerismo o no. No es problema de blancos o negros, de capuletos o montescos, de llaneros o serranos, de amerindios o europeos. Es cosa de la razón, del sentido común, es cosa del corazón.

No quiero terminar este artículo sin decirles esto. De lo que sé cuento. Así, del origen de las tres Américas hay multitud de hipótesis científicas y preguntas del cuándo, dónde, cómo aparecieron las gentes, No tienen respuesta. Sin embargo, se cree o, por lo menos, la idea que más fuerza tiene, es que llegaron procedentes del viejo mundo, pasando el estrecho de Bering y ya posteriormente se extendieron de norte a sur. Otros piensan que llegaron por la Patagonia. De las primeras huellas de la presencia humana en el continente hay pocas, son inexactas, escasos los vestigios; todo son suposiciones. Así que, ante esta nebulosa, ante estas inexactitudes y desconocimientos históricos, prefiero situarme ya en la época precolombina, de la que sí tenemos conocimientos. Veamos: los Mayas, que son sabios y guerreros; los Aztecas, el pueblo más temido; luego los Incas, un imperio bajo el sol; y también un gigantesco resto de pueblos, que nos dan conocimiento de su cultura, costumbres, arte, sociedades, educación, música, alimentos, escritura, religión, etc., etc. Como ven, hay bastante y bueno.

Los Mayas fueron geniales. Sus mejores restos son las ciudades como Chichén-Itzá, Tula, el Templo de Kukulcán el de Tikal. Tenían observatorios astronómicos, relevantes bajorrelieves, la máscara de Paca!, etc.

Los Aztecas, militares lapidarios, comparados con los romanos. Su mejor representación es sin duda la famosa piedra del Calendario de casi cuatro metros de diámetro. Ciudades como Tenochtitlán que es maravillosa. Códices como el de Azatitlan y el de Veítia.

Los Incas, el más extenso territorio, que da origen al Imperio del Tawantisuyo. Ciudades a montones, por ejemplo Cuzco, el ombligo del mundo, el fabuloso Machu Picchu es impresionante, y otras como Paracas, Mochica, Chavín o Nazca y sus misteriosas líneas, que sólo pueden ser vistas desde el aire desde una altura considera-

MEMORIAS DEL CERBUNA

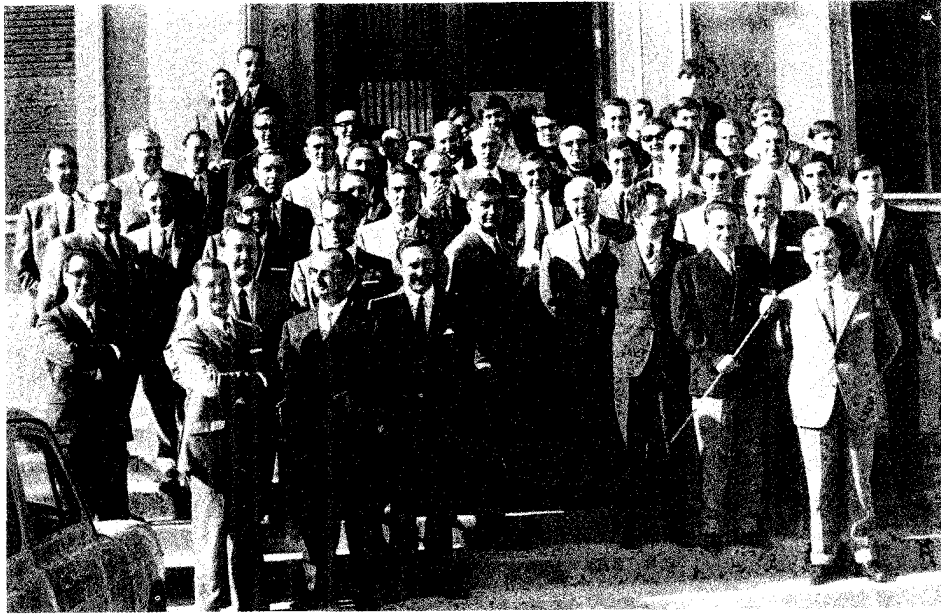
ble y que no tienen explicación. Fueron productores agrícolas relevantes; tuvieron una política socio-cultural sin precedentes; hay cerámica policromada, tejidos con sus colores de origen, relojes solares, figuras de oro y muchísimas más cosas, muchas más.

Como ven, bueno y extenso. Por ejemplo, esas civilizaciones nos dejaron de sus idiomas palabras que han pasado al diccionario de todos los países del mundo, como: alpaca, cóndor, guano, llama, pampa, puna, quinua, quinina, patata, maíz, té, café, frijol, yuca, aguacate, chocolate, tomate y mejor paro, ya ven, la lista se haría interminable.

Como curiosidad, se dice que cuando llegaron los españoles, los comentarios y noticias hablaban de extraños monstruos gigantes que se movían en el agua, eran como cerros. Vinieron seres que tenían cabellos en la cara, bastones que cortaban cuando se pasaba la mano por su filo y hondas que hacían el ruido del trueno. Que llegaron seres con reatas para ahorcar a los señores. Siguiendo con curiosidades se dice que las culturas amerindias no hacían la guerra para obtener prisioneros que sacrificar a sus dioses, sino para civilizar al mundo, no querían aniquilar a sus adversarios, solo doblegarlos, para que comprendiesen las ventajas de formar parte de su imperio. Antes de iniciar la guerra desfilaban delante de sus adversarios para impresionarlos.

Queridos lectores, no puedo exponer más cosas, me han dado mucha tela que cortar y poca cuerda para atar. Hoy día él prodigioso collar en que la cuerda ensarta perlas americanas (léase, pueblos, ciudades, territorios, países, continentes) se ven unidos por el mismo idioma; la lengua española. Creo que si consigo entusiasmarles en este recorrido será justa correspondencia a lo atractivo de estos países. De lo contrario, será fruto de mi poca experiencia o nula gracia literaria. Sin embargo, les digo que vale la pena, vayan a conocerlos (se lo dice un hispanoamericano). Hay bondad en sus gentes, gran corazón, grandeza de espíritu, son apacibles, hospitalarios y sobre todo agradecidos.

Y llegó la hora de la despedida, esto ya es más fácil, y como generalmente son situaciones tristes, hay que pasar el mal trago cuando antes. Un día nuestras queridas y adoradas madres nos vieron partir sin saber si nos volverían a ver. Bajo su bendición y aliento grabado en cada uno de nuestros corazones, traíamos suficiente semilla de valor. Las palabras bonitas, biensonantes, son cosa de la boca, los buenos sentimientos son oficio del corazón. Nada de cuanto he dicho tendría objeto si mi Colegio Mayor Cerbuna, mis profesores, catedráticos, mis conocidos y amigos, familiares, pacientes y vecinos no hubiesen influido en mi formación, conocimiento, experiencia, personalidad y carácter para hacer realidad el momento actual. Aquí me quedo porque me siento a gusto con gentes que aman y sufren. ¿Cómo sabría decir «muchas gracias»? Se despide y les dice hasta siempre un hispanoamericano, baturro y mañico; nosotros hemos recibido vuestros regalos y los hemos cuidado con amor.



Antifuos colegiales. 1970

MUCHO MAS QUE UN COLEGIO

Agustín Sánchez Vidal

Viví en el Cerbuna entre octubre de 1966 y principios de 1976. En esos nueve años largos fui colegial, regente y subdirector, mientras echaba los dientes como investigador y profesor en la Universidad de Zaragoza. Mi etapa de colegial coincidió con la de don Celso Gutiérrez Loza en la dirección, puesto desde el que hubo de acometer un primer y embrionario cambio en las estructuras del colegio, reflejado en la creación de una asamblea o junta colegial. La de regente y subdirector cayó ya bajo el mandato de don José Cerezo Mir, cuyo inequívoco talante liberal hubo de bregar con los delicados momentos del primer tramo de la transición española, que él afrontó con sumo tacto, introduciendo una medida revolucionaria: las chicas podían subir a las habitaciones.

Pero es a ellos a quien corresponde trazar ese perfil más afinado de las responsabilidades que suponía estar al frente de una unidad de convivencia tan compleja como el Cerbuna, y los nombres propios que animaron su peripecia. Yo intentaré ceñirme a algunos de esos jalones que, muy gráficamente, pueden dar idea de cómo se las gastaban aquellos tiempos que hoy van quedando ya muy lejanos.

Por aquel entonces la Universidad de Zaragoza no era sólo el campus de Aragón, sino también el de Soria, La Rioja, Navarra y de no pocos estudiantes vascos, catalanes y de otras procedencias. En consecuencia, el Cerbuna venía a ser mucho más que un Colegio Mayor al uso. Era el rompeolas de numerosas diferencias regionales, culturales y de todo tipo, hasta erigirse en sismógrafo y microcosmos de nuestra sociedad. Y no sólo como espejo pasivo, sino como protagonista de primer orden.

Todos los sucesos de algún fuste terminaban pasando por allí, si es que no se iniciaban en el propio Colegio, y el cerbuno de a pie podía tener la seguridad de que, sin moverse de aquella su segunda casa, el simple seguimiento de las actividades le situaba en las coordenadas de lo que se estaba cociendo en el país.

Eso por no hablar de la propia vida interna del Cerbuna, que daba mucho de sí. Llegó a contar con su propia emisora clandestina, que emitía para los colegiales por las noches desde lugares inciertos, y que se aseguró una audiencia de fidelidad auténticamente perruna gracias a un prolijo serial de corte pornográfico que se titulaba «El Trompicallo». Cuando decayó el invento, el protagonista del serial iba ya por el polvo centésimo no sé cuántos... y eso que aquello -decían los que estaban al cabo de la calle-no había hecho más que empezar.

Había, por otro lado, gente de todo pelaje ideológico, desde fachas convictos y confesos hasta comunistas con carnet que, por supuesto, se guardaban mucho de darse a conocer. Ya se encargó de ello el Estado de Excepción de 1969, a raíz del cual supimos que uno de la mesa que compartíamos en el comedor (entonces las mesas eran de composición fija, y a veces se arrastraban -voluntariamente-durante años) había sido detenido y desterrado.

Me acuerdo tan bien que puedo reconstruir hasta la luz del momento: estábamos jugando al fútbol en lo que hoy sigue siendo campo de entrenamiento, y nuestra sorpresa fue tal que el balón invadió y produjo algún estropicio en unas tomaterras y cebollinos que pastoreaba el conserje que atendía el frontón y el caseto aledaño. El conserje se llamaba Inocencia, y nosotros nos referíamos a sus modestísimos plantíos (que no daban para más allá de una docena de ensaladas) con el nombre de «el latifundio de Inocencia». Pues bien, ya empezaba éste a perseguirnos azada en ristre cuando fue requerido urgentemente por unos individuos poco simpáticos: era la policía secreta, que venía a registrar el caseto. En el piso alto del mismo ensayaba el Teatro de Cámara de Zaragoza, el nido de rojos más activo de la ciudad, y que algunos cerbunos -yo mismo, sin ir más lejos-frecuentábamos por su vecindad con nuestro Colegio, donde a menudo pasaban a tomar café.

El equilibrio ecológico de toda aquella marabunta no era tarea fácil. Sin embargo, se podía obtener una radiografía bastante ajustada del Colegio asistiendo a una de las ceremonias de mayor rango en su vida interna: la elección de habitaciones. La territorialidad, ya se sabe, es una de las claves de toda organización, y el Cerbuna no era una excepción.

La elección de habitaciones se hacía a toda orquesta en asamblea plenaria, desplegados ante el respetable sendos planos que correspondían a cada una de las plantas del colegio, con indicación de todo tipo de accidentes topográficos, orientaciones y otros percances de aquellas vetustas arquitecturas. Los novatos apenas entendían por qué tanto interés en unas habitaciones u otras, ya que en principio, todas parecían iguales.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Craso error. Nada tenía que ver -pongo por caso- una habitación del Moncayo con una que daba a la Hípica. La primera implicaba servidumbres sin cuento: cierzos pavorosos que desafiaban la doble ventana y producían portazos que tenían descalabrados la práctica totalidad de los marcos de las puertas en esos pasillos; el ferial que te machacaría los tímpanos y las meninges durante las fiestas del Pilar y de primavera; las pedradas de los forofos del fútbol, que volvían cabreados de la Romareda cuando había perdido el Zaragoza... La Hípica era muy otra cosa: se veían las piscinas y las chicas que se bañaban allí, un sol tibio entraba por las ventanas, alegrando los interminables inviernos escolares y algunos colegiales hasta tenían geranios y jilgueros.

Había, por otro lado, zonas no desatendidas por la Naturaleza, pero devastadas por algún asentamiento problemático. Así, un novato podía preguntarse por qué todo el mundo parecía huir como de la peste de aquella habitación que tan prometedora parecía... hasta que un veterano en mil batallas le explicaba que acababa de sentar sus reales en las inmediaciones algún temible guitarrero que, de inmediato, producía una fuga generalizada.

Una vez ubicado en la colmena, la cuestión era cómo amueblarse y decorar la habitación. Resultaban increíbles las virguerías que eran capaces de llevar a cabo algunos con cuatro paredes, una mesa, dos sillas, un camastro, una mesilla, una biblioteca y un armario. Había habitaciones que constituían el orgullo secreto del colegio, y hasta se pedía permiso para enseñarlas. Y otras tan dejadas de la mano de Dios que constituían provocaciones mondas y lirondas. Recuerdo en concreto una tan descuidada que su ocupante la dejaba sistemáticamente abierta, porque _:decía **ÉI**-allí no había nada que robar y era imposible que alguien la dejara peor de lo que él la mantenía. Hasta que unas almas caritativas le tomaron la palabra. Un día que volvía bastante mamado de una de sus trancas entró en la habitación para salir de inmediato al pasillo dando alaridos, porque en su cama había algo que no acertaba a saber de qué se trataba. Era un ciprés. Alguien había metido uno de los del patio, doblando la copa y atándola con una cuerda al radiador.

No era fácil hacerse un hueco en la trama rebordecida que sustentaba la vida colegial. Había que superar las temibles novatadas, con preguntas tan atravesadas como la que exigía el nombre vulgar de la «no-metil-minina-o si-metil- metil con gomina». Y alguno entraba con tan mal pie en ese trance que sólo alguna sonada hazaña posterior lo devolvía al seno de aquella arisca comunidad. Eso fue lo que le sucedió a un novato de mi mesa, que tenía a medio Colegio en frente hasta que un día gritó en pleno comedor una frase que hizo época. Me explico. La comida del Colegio era famosa por sus terroríficos filetes, duros como suelas, y por el remate de la cena, que consistía indefectiblemente en huevo frito y albóndigas. Para colmo de males, en el primer rellano de la escalera había un cuadro más o menos abstracto, pero que -según convención admitida sin objeciones- representaba uh huevo frito: era la Apoteosis del Huevo Frito. Hasta que una noche aquello ya resultó deci-

didamente innoble: el huevo de la cena era una bola grasienta y las albóndigas unos camuzos disformes y de color indefinido. Y fue cuando el colegial aludido se levantó y gritó en el comedor: «¡Estoy hasta las pelotas de los huevos y hasta los huevos de las pelotas!». Tan brutal golpe de inspiración le valió el reconocimiento general y su inmediata redención social. El Cerbuna era generoso, y un comentario certero en la sala de televisión o en la película de los sábados podía granjearle un prestigio inconmensurable.

De esa forma, un Colegio concebido para regularizar un cierto tejido social de evidente heterogeneidad terminaba, inevitablemente, produciendo su propia lógica, reproduciendo la sociedad que lo amparaba. Y también, muy a menudo, yendo más lejos de lo previsto por ella. Pondré tres ejemplos que tuve oportunidad de conocer muy de cerca: las actividades culturales, el cine y la tuna.

En la etapa de don Celso, un grupo de entusiastas creímos que se podía revitalizar la zona «noble» del Colegio, donde se habían reservado sendos espacios para aula, biblioteca y sala de música. Yo anduve en estos dos últimos empeños; en el primero con Emilio Ridruejo (hoy Catedrático en la Universidad de Valladolid); en el segundo, con Enrique Soriano (quizá el mejor guitarrista que pasó por el Cerbuna).

Habría bastado con comprobar el régimen de suscripciones a revistas para entender lo que estaba pasando en el Cerbuna y, por extensión, en la juventud española. Las viejas revistas del Régimen que se amontonaban, polvorientas, por las estanterías pronto fueron desplazadas por Triunfo y Cuadernos para el Diálogo. Teníamos que hacer cola para leerlas, y muy a menudo había que requerir a algún colegial despistado para que devolviera el ejemplar que intentaba llevarse de matute, junto al chusco de pan que -entreverado con el chorizo que mandaba la familia- no era raro reservar para entretener las gazuzas que mediaban entre almuerzo y cena.

La sala de música era una avanzadilla de la que se oía por esos pagos, por lo menos en lo que se refiere a Folk, Rock y Blues (el Cerbuna era muy dado al Blues). Contábamos con una nutrida colonia extranjera, y siempre pedíamos a los ingleses, americanos y demás que nos trajeran sus últimos discos, que entonces llegaban a España con retraso de años, si es que llegaban. Entre ellos, nunca se me olvidará un chico de Liverpool, Peter Bryan, que aporreaba el piano del teatro y el armonium de la capilla con una devoción tan acendrada como la que empleaba para hacerse su té de las cinco con uno de aquellos hornillos eléctricos que estaban prohibidos, pero que todo el mundo tenía enchufados a la bombilla del lavabo.

Y digo que no se me despinta Peter Bryan porque mientras tocábamos las canciones de los Beatles (él al piano; yo a la guitarra) fuimos haciendo las primeras traducciones al español del famosísimo cuarteto inglés. Aparecieron con nuestros nombres en el primer volumen que la Editorial Júcar dedicó a los Beatles, y con el de A. Cilleros (un pseudónimo mío) en el segundo, que ya va por la sexta edición. Como se ve, el Cerbuna daba para mucho.

MEMORIAS DEL CERBUNA

El cine era feudo de los naturales del pueblo soriano de Navaleno, uno de tantos grupos de presión más o menos mafiosos en que se estructuraba la vida interna del colegio. Todos los proyeccionistas («Geli», Roberto, Jorge Sanjuán) se reclutaban entre sus naturales. Las películas se pasaban dos veces, los sábados por la noche y los domingos por la tarde. Pero entre una y otra sesión no había color: el sábado noche era la tribu en armas procediendo al estentóreo exorcismo de sus fantasmas viriles («¡Respirad, que os vais a morir!», gritaba alguien -por ejemplo-para cortar uno de esos espesos silencios que se hacen en las salas de cine cuando aparece un escote vertiginoso o una braga a media asta).

Parecía cosa averiguada que Roberto -a1 que asistía una no desmentida fama de rijoso-cortaba las secuencias más estimulantes y que luego se hacía con ellas trailers desenfrenados que se pasaban en sesiones privadísimas. Pura fábula, porque un servidor era buen amigo de Jorge Sanjuán y puede dar fe de que tales orgías de celuloide nunca existieron. Sin embargo, cada vez que se producía un corte sospechoso durante la proyección, los colegiales aullaban pidiendo la cabeza de Roberto.

Las sesiones de los domingos eran para llevar a la novia formal o a los ligues que se tuvieran en perspectiva. Y era cosa digna de ver a los mismos que soltaban las más horrendas procacidades la noche del sábado, sentados muy modositos al lado de la chica en cuestión, siguiendo la película con un silencio que ya hubiéramos querido sus vecinos de butaca.

Lo de «butaca» era un decir, porque el cine no contaba originalmente con butacas. Tenía unos sillones de madera de los tiempos de Maricastaña con un mullido de terciopelo dorado lleno de quiebros y jorobas de los muelles que pugnaban por salir al exterior. Evolucionar con éxito por aquella orografía casi constituía obra de montañeros, pero eso era justamente lo que intentaban aquellos aguerridos cerbunos en sus aproximaciones a las mozas que habían invitado, sorteando la recia estructura frailuna de los armatostes, los muelles, los agujeros por donde salía el pelote... y el coriáceo corsé moral que todavía solían gastar nuestras estudiantas en aquellos años de pana y trenca.

Luego ese papel de afirmación de la tribu cerbuna en sus convicciones más profundas pasó a cumplirlo la televisión, a través de la cual se seguían con pasión desaforada los partidos de fútbol, las corridas de toros, «Escala en HI-FI» y sus reencarnaciones sucesivas, los programas de Iñigo, el serial aquel famoso sobre Belfegor, etc., etc. Y hasta había sus graciosos especializados en glosar esto y aquello. Y también algún espantoso cañazo al que se enviaba a freír espárragos de manera expeditiva.

La tuna era otra historia, que muchos otros pueden contar mejor que yo. Personalmente, recuerdo muy bien que también por esta recia y rancia institución pasab.(lla divisoria que empezaba a resquebrajar el monolítico bloque de la sociedad española. Estaba la vieja guardia (la del Maestro Baños, que vivía de los residuos más o menos fósiles de la Casa de la Troya) y había gente que proponía remozar

repertorio y arreglos, y que a la mínima la emprendía con temas roqueros y hasta canciones de Bob Dylan cantadas en el inefable «inglés de las montañas» que hacía furor entre las jóvenes promociones. Lo cual desesperaba sobremanera a los talludos veteranos de aquella cofradía del pulso y púa, que eran más bravos y castizos en el ataque y asedio de las hembras (así las llamaban), a las que colmaban de requiebros, pases de capa y otros extravíos que a los más jóvenes nos parecían cosa de Mérimée.

Porque España estaba cambiando, y el Cerbuna era un testigo privilegiado de esa metamorfosis. Muchas de las bolsas de comida que supuestamente se pedían para algún viaje o excursión iban a parar, en realidad, al encierro que mantenían los estudiantes en Ciencias o a algún otro acto de resistencia que menudeó en aquella agitada época de finales de los años sesenta.

El Cerbuna se vio implicado hasta tal punto que en más de en una ocasión la Policía Armada (los «grises») entró en el colegio a porrazo limpio, irrumpiendo hasta en las habitaciones donde alguno estaba restregando pacíficamente sus calcetines en el lavabo, con su pastilla de jabón Lagarto. Pero de todas, recuerdo una que nos dejó helados a todos, por ser la primera vez que pudimos entender el abismo que nos separaba a los estudiantes de los policías.

Era un día de primavera, y unos cuantos cerbunos estábamos en lo que actualmente es la terraza del bar, esperando la hora' de la comida. En honor a la verdad, también estábamos esperando a que llegara el dueño de un coche al que habíamos desintado las ruedas. Pertenecía a un capitán del Ejército que había entrado a jugar al tenis en la vecina Hípica y que había aparcado en el terreno del Colegio. Se había avisado muchas veces a los de la Hípica para que no invadieran nuestro terreno, pero no nos hacían ni puñetero caso. Alguno que padecía en sus carnes los rigores de las milicias universitarias debió abundar en que eran unos chulos con los que no se podía hablar y debió proponer que, como escarmiento, se le deshincharan las ruedas al coche del flamante capitán. Por eso estábamos aguardándolo.

Llegó, efectivamente. Fresco como una rosa, relajado con su partido de tenis, bien duchado y con las llaves del coche en la mano. Hasta que vio las ruedas deshinchadas. Las risotadas que venían de la terraza debieron disipar sus pocas dudas sobre los autores del estropicio. Se cabreó mucho, nos gritó, nos insultó... todo eso. Cualquiera que haya estado en el Cerbuna sabe muy bien lo que da de sí una veintena de cerbunos en vena: se le contestó adecuadamente y con toda la artillería. El capitán se fue hacia la Hípica profiriendo amenazas.

No tardó en llegar una furgoneta con un buen número de «grises». Por supuesto, nos odiaban. Nos odiábamos, para ser más exactos. Era habitual que se concentrasen con sus caballos en la Hípica antes de atacar a los estudiantes en la Ciudad Universitaria. Y también era habitual que intentásemos espantar y molestar a sus monturas cegándolas con los reflejos de nuestros espejos, desde las ventanas del colegio. Aquello era ya, por tanto, un enfrentamiento que rozaba lo personal. Nos tenían ganas.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Nosotros nos creíamos todavía amparados por el Fuero Universitario. Estábamos, además, en nuestra casa, y bajamos de la terraza para hablar con el brigada que mandaba la Policía Armada, explicándole nuestros puntos de vista. Enfrente nuestro, el capitán ultrajado bramaba contra «esos estudiantes de mierda», señalando su vehículo que, ciertamente, daba mucha penica, el pobre. Y nosotros hacíamos ver que los estacionaban de tal manera que no dejaban paso y que era un abuso, etc. Los ánimos se fueron inflamando y el capitán -muy en plan ordeno y mando-recordó al brigada de la Policía que allí se estaba poco menos que ultrajando al Ejército y que cumpliera con su deber. Y al brigada no se le ocurrió mejor cosa que dirigirse al primero que tenía a mano y soltarle un guantazo de padre y muy señor mío. El cerbuno golpeado empezó a gritar: «¡No sabe usted lo que ha hecho! ¡Soy hemofílico!». Era verdad. Pero el brigada no sabía lo que era aquello. Tampoco era cosa de preguntarlo y que su autoridad quedara cuestionada ante sus hombres. Debí pensar durante algunos segundos en cómo responder a algo que ni sabía de qué iba, hasta que prorrumpió: «¿Que es usted hemofílico? ¡Como si es argelino!» Y se dispuso a golpearlo con la porra. En ese momento se interpuso el capitán. El sí parecía saber lo que era un hemofílico y se hizo cargo de la situación. Nosotros también. Entonces entendimos que quienes teníamos enfrente en las algaradas no sólo eran distintos por el uniforme o el reglamento: aquello era otra galaxia, y los fosos que nos separaban muy difíciles de colmar.

Pero, en fin, por debajo del espeso bosque de anécdotas que podrían entretenerse con las abundantes peripecias cerbunas, me queda el recuerdo de haber pasado la difícil transición española (la sociológica: la que vino después se limitó a reflejar ese cambio en términos políticos) desde un observatorio particularmente relevante.

Y lo digo sin las babas o rebarbas de la nostalgia. No quisiera que me pasara como aquel ex-colegial que al intentar revivir sus años en el Cerbuna se encontró con que el presente nada tenía que ver con la etapa que él había vivido. Debí ser allá por los comienzos del mandato de don José Cerezo. El, en su condición de director y yo mismo como subdirector estábamos agasajando a los ex-colegiales que nos visitaban, cuando a uno de ellos le acometió la súbita querencia de visitar la habitación donde habían transcurrido sus cursos de carrera. Nada más fácil, le aseguramos: era cuestión de ver si el colegial que la ocupaba ahora estaba allí o no. Fuimos a conserjería y vimos que en el casillero correspondiente no había llave alguna, por lo que tocamos al timbre con que contaba cada habitación, para ver si su ocupante se encontraba a mano o fuera del colegio. Nadie respondió. De modo que cogimos la llave maestra y nos subimos para allá. Cuando abrimos, el espectáculo que se ofreció ante nuestros ojos dejó bastante pasmados al colegial y al director, y bastante menos a un servidor, que hartó sabía cómo se las gastaban los cerbunos. Nuestro colegial estaba; pero no estaba solo; ni desocupado: una rolliza moza le acompañaba en la cama y explicaba cumplidamente por qué no había acudido a la llamada del timbre. «Los tiempos cambian», fue todo lo que se le ocurrió mascullar al antiguo inquilino, que a buen seguro nunca había conocido aquellas alegrías en sus buenos tiempos.

AGUSTIN SANCHEZ VIDAL

De manera que no quisiera comparecer aquí como un ex-combatiente de «los viejos buenos tiempos». Simplemente, se trata de recordar en buena compañía qué cosa fue aquella de un Cerbuna muy distinto del que planificaron sus fundadores y del que, a buen seguro, es ahora. No sé ni mejor ni peor. Pero, eso sí, muy a la altura de las circunstancias. Fiel al entorno que lo alimentaba. Y rabiosamente peleón. Un Cerbuna que ya es un cincuentón muy bregado y con mucho futuro por delante. Eso es lo que importa.

EL GRUPO FOTOGRAFICO DEL 1970 AL 1975

Juan José Murillo Ramos

La primera impresión que todo Cerbuno recuerda de su primer día en el Colegio es, sin duda, la de las novatadas. Yo venía preparado por Manolo Murillo y el Maestro, miembros del conjunto Cerbuna-boys, paisanos míos de Tarazona y pensaba que con una semana ya estaba pasado el susto. A los 5 días, nos convocaron en la sala de música por orden del Subdirector, el hoy presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales, el amigo Antonio, y pensé que el tiempo era inferior al que yo creía. Mi sorpresa vino cuando después de hacernos un discurso sobre las mismas minimizándolas, nos despidió diciendo: ánimo y a los leones. En el salón había cientos de veteranos leones gritando «sangre, sangre...» Todo pasó, después de marcar muchas horas de cucú desde el armario de las maletas, o de jugar al culocesto, y comenzaron las actividades culturales del Colegio, que es el otro impacto imborrable que sentí .

La audición de música con Agustín Sánchez Vida!, el cine con sus películas comentadas y censuradas por Robert and boys, y que luego proyectaban los cortes perniciosos en privado, las conferencias después de cenar (recuerdo a Caro Baraja presentado por Gari y a otros eminentes personajes). Esas lecciones en vivo del Carlismo impartidas desde la escalera por D. Julio de Brioso y Mairal, por entonces estudiante de humanidades, que alguna vez culminaba con el asalto a la Hípica, al son de «por Dios, la Patria y el Rey». Las espantadas de caballos de las pruebas hípicas con los espejos y las entradas de los grises en el Colegio, las despedidas de Amador Navarro desde el campo de fútbol cuando decidía presentarse a algún examen. Todo presentaba un gran abanico de experiencias nuevas que completaban el aprendizaje estrictamente academicista de las distintas Facultades.

Entre estas actividades figuraba la del Grupo Fotográfico, con su característico olor a acético. El hecho de tener un laboratorio, y poder aprender este arte, era todo un aliciente para mí. Los Jefes del asunto eran Soler Balagueró y Quique Jené, casi médicos y de gran influencia en la Dirección, que ostentaba D. Celso Gutierrez. El laboratorio estaba ubicado en el sótano, y allí acudimos Herce Galarreta, Mur Subías, Munté... y otros novatos a recibir las primeras clases de revelado, fijado y esmaltado en aquellas infernales secadoras que cuando menos te lo esperabas te obsequiaban con una descarga.

César Usán, Pedro Arrojo, José María Los Arcos, compañeros de mesa y ya iniciados en el arte nos contaron los trucos, para hacer subir las imágenes, la técnica "del tapado, la trama, etc.

El funcionamiento era peculiar, el revelado, fijado, bajo de paro, estaban preparados y había que apuntar los tiempos para que el siguiente lo incrementase. Cuando se hacían extensivos los tiempos se reponía los líquidos. Si alguien se olvidaba de apuntarse tu carrete podía ser irrecuperable y era éste uno de los accidentes más frecuentes, sobre todo cuando más interés tenías en él. El papel estaba a disposición de todos y también se apuntaba el gastado para después proceder a su pago. Este era el caballo de batalla, la caza y captura del que no se apuntaba, la comprobación en conseljería de quién había entrado, el interrogatorio a los posibles olvidadizos... Era el trabajo mas pesado de los cargos directivos.

En el 72, siendo Director D. José Cerezo, me tocó ser Director del Grupo, sustituyendo a Mur Subías, hasta el 75. Cambiamos de ubicación subiendo el laboratorio a las cien, disponiendo del cuarto oscuro y de una sala, que podíamos llamar multiuso, de reuniones, que pintamos de un azul oscuro impresionante. Como estilo se impuso el de los contrastes fuertes, el grano duro, y las figuras difuminadas, el virado al sepia, verde, etc.

La adquisición de una máquina para prestar Yashica Minister D, y la de una Durts último grito con elementos instrumentales novedosos fue un éxito. El tema de los Gitanos seguía llevándose el Concurso nacional Universitario, que con carácter anual celebrábamos con gran concurrencia. Era lo más vanguardista.

El laboratorio era utilizado continuamente y muchas tesis importantes han sido ilustradas con fotografías reveladas en el Grupo (José Luis Calvo, Sánchez Vida!, Emilio Ridruejo, Hernández Vera...). Otro importante trabajo era la reproducción de páginas enteras del Play-boy, a veces con algún disgustillo, al colocar sobre el cuerpo de la modelo la cabeza de alguna moza del comedor.

Como no podía ser menos, al aparecer la técnica del color, los cerbunos nos propusimos ser los pioneros y, junto con los Laboratorios Ultha, fuimos los primeros consumidores de kits de revelado. La técnica era laboriosa y el número de horas medidas en pruebas, al no disponer de analizadores de color, era enorme, ya que sólo al final del proceso sabíamos el resultado y, al contrario que en blanco y negro, no

MEMORIAS DEL CERBUNA

veíamos subir la foto. Para facilitar las cosas, las casas de productos fotográficos variaban con frecuencia la composición de los productos y durante una temporada nos llevaban de lado hasta volver a coger el tino. También era frecuente el cambio de reactivos de color por los de blanco y negro o al revés, con el consiguiente cabreo del usuario.

Para la adquisición de este laboratorio, los miembros del Grupo impartimos cursillos, el más interesante fue a nuestras vecinas del Santa Isabel. Comenzábamos a las 10 de la noche y el primer día fueron bastantes las cursillistas que, debido a la longitud y tortuosidad de los pasillos, no lograron dar con la salida y permanecieron hasta altas horas en el colegio, beneficiándose de la gran hospitalidad característica de los cerbunos. A punto estuvo de suspenderse el curso. A los dos días se reanudó y tuvimos como alumnas a algunas hermanas de nuestro complementario colegio.

A los beneficios de estos cursillos se unieron los procedentes de las fotografías de carnet para las fichas, de la fiesta de Antiguos Colegiales, y del comienzo y final de curso. La actividad de José Antonio Hernández Vera y de Miguel Ángel Lamana, fue importante. Comenzamos a hacer revelado en las bañeras. Una de estas fotografías, que hice en Añón y que representa un almendro en flor, sigue todavía decorando el bar.

Esta actividad me ha servido durante mi trabajo como químico en la industria, y después para enseñar a mis alumnos, cuando me dediqué a la docencia. Es también un hobby que enseñé a mis hijos y uno de mis muchos lazos de cariño y afecto que me vinculan al Colegio y a los amigos Cerbunos.

CRONICA DEL CERBUNA, 1971-1974

José Cerezo Mir

Mi mandato como Director del Colegio Mayor Pedro Cerbuna fue relativamente breve, pero muy intenso. Se inició en marzo de 1971 y concluyó en Octubre de 1.974. Para mi fue una experiencia inolvidable, pues en la Universidad española en general y en la de Zaragoza en particular se producía el ansia de libertad, de cambio de régimen político y de renovación universitaria y cultural. En la Universidad de Zaragoza la crisis culminó en la primavera de 1972 con la dimisión del Rector D. Justiniano Casas y su equipo de gobierno, acontecimiento que ha marcado la historia de la Universidad cesaraugustana hasta nuestros días.

D. Justiniano Casas me confió la dirección del Cerbuna por mi edad relativamente juvenil (treinta y ocho años) y mi talante liberal. Pero las opiniones políticas de los estudiantes universitarios españoles habían evolucionado muy rápidamente en los últimos años y se habían radicalizado. Había entre los estudiantes de la Universidad y del Colegio un sector marxista muy importante. En mi propósito de favorecer la apertura cultural y política y evitar al mismo tiempo un conflicto serio, me ayudaron la inteligencia y la prudencia de José Luis Calvo Palacios, Antolín Herrero, Agustín Sánchez Vida!y José Antonio Hernández Vera, que desempeñaron, sucesivamente la Subdirección del Colegio, así como de los regentes (Emilio Ridruejo, Francisco Pérez Monasor, Agustín Sánchez Vidal, Luis Sánchez Serrano, Alejandro Tres, Alija Torrejón, Salas y Santos).

Como anécdotas ilustrativas de la situación en aquellos años puedo mencionar que D. Luis Jiménez de Praga, catedrático de Derecho Político y luego en la transición Ministro de Trabajo en un Gobierno de U.C.D., en la cena que precedió a su

conferencia «De la oposición al Gobierno y del Gobierno a la oposición», me dijo: «Es usted muy joven para ser Director del Colegio». Le contesté: «Si, me acaban de nombrar y esta es la primera conferencia que se pronuncia durante mi mandato», a lo que él replicó: «Espero que no sea la última».

En este sentido cabe hacer mención también de la conferencia que pronunció D. Jesús Esperabé de Arteaga en el Salón de Actos del Colegio sobre «El asociacionismo político». D. Jesús Esperabé era procurador en Cortes, del tercio familiar, por Salamanca. En un momento de su intervención, cuando decía en tono crítico y con sentido del humor, que las Cortes orgánicas parecían, en los actos solemnes, tendedores de ropa blanca, unos colegiales quemaron una potente traca junto a la barandilla de la parte alta del Salón de Actos, produciendo la natural alarma, D. Jesús Esperabé creyó que se trataba de una protesta de los estudiantes de extrema derecha, pero, después de animarle a continuar con su exposición, le aclaré que eran estudiantes de izquierdas, que rechazaban el asociacionismo político como maniobra de falsa apertura democrática. De la repercusión que tuvo aquel acto puede dar idea el artículo que publicó José Ma Zaldivar en «El Noticiero» del día 16 de Enero de 1973.

Las actividades culturales fueron en aquellos años muy intensas, debiéndose la iniciativa, casi siempre, a los propios colegiales, a través de la Comisión de Actividades culturales, de la que formaron parte, entre otros, Angel Gari, Julio Brioso, Agustín Sánchez Vida!y Emilio Ridruejo.

Entre las actividades culturales cabe destacar, en primer lugar, la magnífica «Muestra de Pintura Aragonesa actual (con obras de José BelL!as, José Luis Cano, Santiago laguna, Leoncio Mairal, José Orús, Antonio Saura, Pablo Serrano, Salvador , Victoria, Manuel Viola, entre otros) de la que pueden verse una reseña por el distinguido profesor y crítico de Arte D. Angel Azpeitia en el «Heraldo de Aragón» de 27 de febrero de 1972. La Muestra tuvo lugar en una Sala de Exposiciones que se inauguró entonces en el Colegio, con pretensiones de continuidad.

Las conferencias pronunciadas en aquellos años en el Colegio fueron muy numerosas. Entre ellas cabría destacar, como más significativas, aparte de los ciclos de Medicina, al más alto nivel, las de Julio Caro Baroja («Las brujas de Zugarramurdi»), José Antonio Labordeta (sobre su hermano Miguel, el poeta), Francisco Hernánclez (sobre Prouts y Moliere), Pilar Palomo (sobre Unamuno), Gonzalo Borrás Gualís («Estructuras mudéjares aragonesas»), Guillermo Fatás («Veinte siglos de historia urbanística de Zaragoza» y «Una vista panorámica de Zaragoza de 1563»), Carlos Moya («Las élites del desarrollo en España»), Jorcli Solé Turá («la revolución burguesa en España»), Carlos Forcadell («La reforma agraria en la 2ª república»), Federico Toralba («Los grabados de Goya» y «Problemática del Arte aragonés»), Agustín Sánchez Vida! (sobre Miguel Hernánclez), Carlos Alba («La educación durante la 2ª República»), Antonio Beltrán («Contribución de la Arqueología al conocimiento del origen del hombre»), José Puente Egido («Orden político internacional y crisis energética»), las de Alfonso Serrano Gómez sobre

MEMORIAS DEL CERBUNA

Criminología, José Ma Rodríguez Paniagua («Estratos y clases sociales») y José Miguel Barandiarán («El pueblo vasco. Orígenes de su raza y de su lengua»).

Entre los recitales cabe destacar el de Ovidi Montollor y entre las representaciones teatrales las de «El silbo vulnerado» y «El Grifo». En una de este último grupo, los actores se mezclaron entre los espectadores y trataban de involucrados en la representación, dando lugar a un violento incidente con un cerbuno.

En las fiestas del Colegio se celebraban también representaciones teatrales, con un texto escrito para la ocasión y en cuya representación colaboraron especialmente los colegiales Luis Vecino, Carmelo Cunchillos y Francisco Javier Herce. Eran muy celebrados sus rasgos de humor («Vete a la linde del bosque y cuélgalo del cerezo más alto»)

En una ocasión me pidieron los colegiales autorización para que se diera una conferencia sobre yoga. En realidad de lo que se trataba era de una conferencia sobre el conocimiento del ser interior por Mahatma Gyan Yogamad Ji. Este instaló un altar en el escenario del Salón de Actos del Colegio, con un retrato de Shri Sant Ji Maharaj (Guru Maharaj Ji) Señor de la Paz. Tuve que acudir al Salón de Actos para evitar que las bromas de los colegiales rebasaran el límite impuesto por el respeto debido a todas las confesiones religiosas. Un grupo de colegiales había recibido al predicador envueltos en sábanas y en su magnífico coche americano (que llamaba entonces la atención) ondeaban ya largas tiras de papel higiénico.

La creación del Cine Club fue un acontecimiento en la vida del Colegio. Se inauguró el 15 de noviembre de 1973, con la película «Al este del Edén» de Elia Kazan y el primer colegial encargado de su funcionamiento fue Francisco Javier Herce, auxiliado por Roberto y Jorge Sanjuan, dos chicos de Navaleno.

La sección de fotografía, dirigida por Juan José Murillo, siguió desarrollando sus actividades y organizando unos certámenes nacionales universitarios, que habían adquirido ya un gran prestigio.

La Tuna del Colegio desarrolló en aquellos años una gran actividad, impulsada por el entusiasmo de Cunchillos, Vecino, Buera, Enrique Soriano, Gonzalo y Fernando Paz, entre otros.

En el Colegio se alojaron entonces varios catedráticos y profesores universitario, entre los que cabe destacar Nicolás Ramiro Rico, Jesús Lalinde Abadía, Carlos Palao, José Puente Egido y Eduardo Gálvez (muy popular entre los colegiales por su afición a la papirolexia). Las conversaciones con ellos y con el capellán del Colegio D José Fernández Rillo (al que sucedió posteriormente D. Gregario Muñío) fueron siempre muy sugestivas.

En el capítulo de obras y mejoras materiales, con el apoyo del Rector, conseguí en el Ministerio fondos para rehabilitar y amueblar de nuevo toda la parte nordeste del Colegio, que estaba cerrada y abandonada, para renovar gran parte de las

instalaciones de fontanería y calefacción. Se hicieron apartamentos para profesores en el último piso del ala en que está situada la vivienda del Director, se rehabilitó la vivienda contigua a la del Conserje, se pintó todo el Colegio, se trasladó el bar (del sótano a su actual emplazamiento) y se instaló el autoservicio. La reducción de plantilla se vio también favorecida por la contratación de los servicios de limpieza con una empresa («Limpiezas Aragón»)

No quisiera terminar sin un recuerdo a los colegiales, que junto a sinsabores (pues siempre querían ir más allá, como es lógico, en la apertura cultural y política) y preocupaciones (mi mayor disgusto fue el fallecimiento de Gaitan, un colegial peruano), me proporcionaron también ratos muy agradables. Recuerdo especialmente un recital de villancicos navideños, en diciembre de 1973, en el jardín del Colegio, bajo nuestras ventanas. Los colegiales, entre los que se encontraba Herce, vestido de fraile, habían trasladado el armonium de la capilla y después del recital subieron a casa a tomar una copa.

LA INSTALACION DEL AUTOSERVICIO

El viejo ritual del comedor del Colegio con una oración puestos todos en pié, antes de comer, dirigida por el Capellán y con una mesa presidencial, que ocupaban el Director, el Subdirector, el Capellán y los catedráticos y profesores residentes en el Colegio, desapareció en el periodo de mi gestión. En primer lugar suprimí la oración, no por un espíritu antirreligioso, como supieron algunos, sino porque gran parte de los colegiales no participaban realmente en ella y perdía todo su sentido, por falta de autenticidad. Por otra parte, el agnosticismo hacía presencia ya en numerosos jóvenes y la imposición de una oración colectiva parecía contraria a la libertad de conciencia

La introducción del autoservicio marcó, sin embargo, la superación definitiva del viejo ritual y supuso una profunda transformación en la vida del Colegio. La innovación se debió principalmente a razones económicas. Los sueldos de las camareras y las cotizaciones a la Seguridad Social se había incrementado de tal modo que constituían una pesada carga para la frágil economía del Colegio. El expediente de regulación de empleo fue laborioso, pero pudo resolverse, al fin, de un modo satisfactorio, gracias a los esfuerzos de Antolín Herrero. La supresión de los horarios y sitios fijos en el comedor influyó, sin duda, favorablemente en la relación entre los colegiales y los profesores y entre los colegiales mismos, al cambiar de un modo continuo y espontáneo de compañía en el almuerzo y en la cena. Por otra parte, los colegiales (y los profesores) no eran ya servidos por camareras de uniforme y con cofia, sino que debían hacer cola y recoger ellos mismos, en una bandeja, su comida

Debo decir que el cambio fue asumido de buen grado por los colegiales. Su mentalidad era ya otra, las viejas costumbres estaban desfasadas y el amplio horario de comidas resultaba más flexible para el desarrollo de sus actividades académicas

MEMORIAS **DEL** CERBUNA

y extra:académicas. Solo recelaban de que en las bandejas no cupiese la misma cantidad de comida (tres platos para comer y tres para cenar y postre) que habían recibido hasta el momento. El compromiso adquirido de no introducir alteraciones en este sentido fue escrupulosamente respetado.

NOVATADAS.

Luis Vecino

¡BIENVENIDO!

Era nuevo en el Colegio, y procedía a subir sus maletas y paquetes de libros por las escaleras de entrada. En la puerta, un veterano «pata negra» tomaba el sol junto a otros y contemplaba indolente al recién llegado.

-Por favor, ¿me puedes ayudar a subir las maletas?

El veterano tardó unos segundos en reaccionar mientras se le mudaba el gesto. Al final respondió contundente:

-¡Yo no le subo las maletas a un novato aunque sea mi padre!

Desconcertado y un tanto encogido, el novato requirió la ayuda del portero mayor, quien le atendió con solicitud. El nuevo residente no era otro que el Decano de la Facultad de Derecho.

Mucho se habla ahora y se cuestiona sobre la inconveniencia/legitimidad/justificación de las novatadas. No seré yo quien entre al trapo de esa discusión, pues sociólogos tiene la sabia ciencia. Simplemente me limitaré a dejar constancia de lo que vi y viví allá por los años 1970 en el Cerbuna.

No sería completa la historia del Cerbuna sin un capítulo sobre las novatadas. La historia, como dice Braudel, es sociología a través del tiempo, y las novatadas fueron en su momento un significativo fenómeno sociológico de éste y otros Colegios Mayores.

Era algo así como un rito de iniciación en los que el novato -aspirante- debía superar las trabas que le imponía el veterano -iniciado- para poder ser considerado uno más del grupo. Era la otra admisión del Colegio, la de hecho, pues la de derecho -bastante selectiva, por cierto- estaba ya formalizada. Faltaba, como digo, esa otra admisión social, conforme a una norma consuetudinaria impuesta por una aristocracia colegial orgullosa de su identidad, que no estaba dispuesta a admitir «gratuitamente» a nadie que no lo mereciera.

LOS NOVATOS

Las novatadas solían durar una semana y durante este período de tiempo se sucedían las «oficiales», y las que se hacían por libre. Según el orden jerárquico establecido, el colegial aspirante que las superaba dejaba de ser un «puto novato», para ser el resto del año solamente «novato», alcanzando ya durante su segundo curso la graduación de «nuevo».

Ellistillo: También llamado «culturillas». Es aquel bieninformado que empalagosamente pretende caer bien al veterano. Normalmente suele ser el protegido de alguien, que no consigue sino el rechazo contra él y su protector por alterar las reglas del juego. A los recalcitrantes se les llama «cañazos», y de estos al más destacado se le otorga el «premio plómez»

El Chulillo: Tipo escaso, suele pasar bastante de todo presumiendo de que con él nadie se atreverá. Su actitud arrogante provoca la irritación de veteranos. Casi siempre termina las novatadas pasando al examen oral.

Novato Común: Es el tipo más abundante y característico. Soporta con resignación el trance procurando no significarse y pasar desapercibido. Los más sensibles lo pasan mal cuando les toca padecer el rigor de algún incontrolado

LOS PRIMEROS DIAS LAS PRIMERAS NOCHES

Las clases de los primeros días eran un oasis de paz, pero cuando regresaba al colegio se reiniciaba el rito. Durante las comidas algún novato se levantaba sobre su silla -contra su voluntad, naturalmente- y decía algo cómo:

- ¡Esta comida está mala, y me quiero ir a casa!

O bien, como me recordaba el otro día Agustín Sánchez Vidal:

- ¡Estoy hasta las pelotas de tanto huevo, y hasta los huevos de tantas pelotas! (pues uno de los rasgos que definía la veteranía eran los muchos huevos.comidos durante el año)

Ante estas intervenciones el Director -D. Celso, en mi año de novato- dirigía un gesto de desaprobación y dejaba pasar.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Cuando más tranquila estaba la comida, al altavoz rompía estruendosamente la calma con un ¡¡POR FAVO...!! que hacía vibrar la sopa en el plato. Era el Sr. Tomás que llamaba al teléfono a un colegial. Pero no era raro que se llamase entre otros a D. Santiago Carrillo o a D. José Antonio Primo de Rivera, produciendo la risotada general.

Por los pasillos, una de las fijaciones del veterano respecto al novato era acostumbrarle a saludar siempre a todo el mundo, llegando a molestarse enérgicamente cuando alguien no saludaba. Quizá sea éste uno de esos tics que nos caracteriza a los cerbunos, que saludamos mucho aunque solo sea con un «Quehay». Y ese saludo no se lo he visto negar a nadie, ni siquiera cuando se cruzaban por los pasillos grupos muy enfrentados por diferencias políticas.

Las noches eran lo peor, pues era el momento de los que iban por libre. Podían meterse en una habitación hasta treinta personas (yo conté una vez treinta y cuatro), que sometían al infeliz novato a todo tipo de preguntas. Fuera cual fuera la respuesta siempre estaba mal respondida. En una ocasión le preguntaron a uno que qué opinaba sobre Franco - era el año 1968- Aquel novato miró a sus «jueves» tratando de adivinar la respuesta que convenía. Con un nudo en la garganta y un bajo tono de voz decidió por decir:

- Yo creo que es un cabrón.

El estruendo fue general. Aquellos veteranos parecían sacerdotes judíos escandalizados por la blasfemia.

- ¡Así te atreves a hablar de su Excelencia....!

-¡Se te va a caer el pelo!

- ¡Mañana lo sabrá la brigada social!

El pobre novato se deshacía en disculpas renegando de lo dicho y elogiando - en vano- al Jefe del Estado. No sabía el infeliz que la mayoría de sus visitantes eran simpatizantes del PC.

Este tercer grado psicológico se alternaba con ocurrencias más o menos graciosas, cuyo anecdotario es inmenso. La más clásica era la ducha fría, que se pretendía justificar siempre por razones de higiene. O se hacía salir a la calle en pijama con cualquier excusa.

Era ingenioso e inocente el «cucú». En el altillo del armario empotrado se metía a un novato que a los cuartos debía asomarse y dar la hora como un cucú. En cierta ocasión ocurrió que pasó el rato sin salir el «pajarito», y no pasaba otra cosa que el novato se había dormido rendido de tanto «trasnochar».

El «culocesto» fue un invento de un riojano. Consistía en poner una papelera a cada uno de los dos extremos de la habitación donde había que encestar una pequeña pelotita de papel asíéndola con salva-sea-la-parte (ni qué decir tiene que se hacía la vista gorda con los pasos). El que perdía pasaba a otra competición que podía ser

una carrera por los pasillos arrastrando una moneda con la nariz, o bien barría los mismos con un cepillo de dientes.

LOS VETERANOS

La noche daba de sí para casi todo. Dependía del estilo y la clase de quienes dirigían las novatadas. También entre los veteranos podemos distinguir tipos característicos:

El Casta: Suele tener conciencia de clase, y se considera parte de una minoría «aristocrático-erbunera». Para él la novatada es un trance ineludible para llegar a su posición. Es ingenioso y no se ensaña con el novato, antes bien, conversa paternalmente con él fuera de las horas críticas.

El Sádico: Ejemplar escaso, en vías de extinción, y más abundante en otros parajes. Suele ser un veteranillo de escasa entidad y antigüedad que se ensaña con el novato con nocturnidad y en pequeño grupo. Personaje que descarga su frustración durante las novatadas, y que al igual que los malos toreros en vez de hacer «faena» hace putadas.

Veterano Común: Es el más abundante. Justifica más o menos las novatadas, y asiste a ellas como espectador. Suele complacerse sobre todo con las realizadas a nivel general.

EL RECONOCIMIENTO MEDICO

Un día por la noche de esa semana fantástica tenía lugar el «preceptivo» reconocimiento médico.

El novato pasaba por casi todas las especialidades médicas, en las que se le hacía un amplio y detallado historial. Aventajados estudiantes de Medicina, y otros menos aventajados de Letras se presentaban como experimentados galenos con su bata blanca, fonendo y espéculo. Algunos llevaban esas aparatosas jeringuillas de quitar tapones del oído.

Recuerdo que a uno de los «pacientes» se le diagnosticó «rotura de cartílago erector» dado que su pene estaba flácido. Hubo que proceder a una reducción cautelosa de la rotura entablillándose con un par de palitos de esos de mirar la garganta, y se redactó un detallado informe para que con él se presentase al día siguiente en el clínico en la cátedra de urología. Ignoro si fue o no, o si llegó a creerse su «mal». No hubiese sido de extrañar que alguna duda tuviera, dado el poder de persuasión del veterano hacia el novato, y el trato tan «profesional» y nada vejatorio que le dio.

EL EXAMEN ESCRITO

El acto más académico de las novatadas, y por lo tanto el más «serio» y solemne era el examen escrito. Según el número de novatos se hacía en un aula o en el Salón de

MEMORIAS DEL CERBUNA

Actos; en cualquiera de los casos se rodeaba siempre de toda la parafernalia de los exámenes clásicos y trascendentales, que ya por entonces no se estilaban en las Facultades.

Los examinados debían presentarse con exquisita pulcritud en el vestir; traje y corbata, zapatos limpios, pelo corto, y sin barba (¡qué manía contra las barbas!). No era raro que en el momento de entrar al examen se mandara a uno a lavarse, ante el asombro y estupor del resto, ya que solía elegirse a uno de los más impecables.

El tribunal estaba formado por un selecto grupo de veteranos que acudían igualmente de aseados, pero se diferenciaban del resto por lucir su flamante beca. El novato iba de sobresalto en sobresalto, y cada vez más nervioso por desconocer el contenido del examen al que se le había convocado con diccionario de francés, de latín y con tablas de logaritmos.

Las preguntas casi siempre tenían un doble sentido aunque se decantaban por un color; el verde de entonces. El novato debía contestar a este tipo de preguntas con sumo cuidado, pues no debía pasarse ni de listo.....ni de tonto.

Recuerdo alguna de aquellas preguntas que, como es natural, encerraban su gracia precisamente en aquel contexto:

- Diferencia entre padrazo y madraza
- Diferencia entre dormir gozando en paz, y dormir con Paz Gonzalo.

-Nombre comercial y propiedades orgánicas del siguiente producto: «No metil mini-na, oxi metil con gomina» (Ni qué decir que el tal producto estaba prohibido entonces)

O aquella pregunta literaria que pedía comentario de estilo o métrica de los siguientes versos:

Soy un pobre desgraciado,
sin padre, ni madre, ni hado.
La justicia me persigue,
todo el mundo me discute,
me quieren chupar la sangre;
¡Pues bueno, que me la chupen!
(Julio Vicioso)

También eran características aquellas otras que de la ambigüedad pasaban a lo surrealista, o incluso a lo absurdo:

- Reminiscencias celtoibéricas de los trajes de luces que visten los toreadores de España y Calahorra
- ¿Qué te gusta más, o los higos? Razona la respuesta

En este apartado de lo absurdo resultaban desquiciantes para los sufridos examinadores algunos problemas

LUIS VECINO

- Un ferroviario conduce un tractor John Deere por una rampa de inclinación = bastante, sobre un recorrido de 4,833 Km³ de tierra wátia. Sabiendo que el peso del tractor es de 1,875, 25 Kg² menos el ferroviario, y que su madre está en Lourdes.

Calcular: a) Desgaste por m³ de las ruedas del tractor en gomas decimales; b) Rozamiento, hipermetropía e hidrólisis. Expresad esto último en unidades didácticas.

Los versos incompletos· constituían una oportunidad para los novatos ingemws, aunque a veces resultasen realmente difíciles de rimar.

- Completar las siguientes «cópulas» populares

Vite, vite en la ventana,
la tarde del
Enamoreme de pronto,
Madrid, Madrid.....
Te quiero yo a mi lado
y sabes que yo te
Lo demuestro con esmero,
siempre cuando te
Si yo fuera francés,
me compraría un
Porque así lo dicen todos,
Cuenca

La última pregunta era clásica, y se repitió durante varias promociones de novatos:

-Narra o inventa con todo detalle una noche de amor

EL EXAMEN ORAL

Mal panorama para aquel novato que pasaba al examen oral.

Tenía el carácter de interrogatorio público ante el grueso de veteranos. Estos se habían ido calentando con el ágape sufragado con el importe de las tasas que los novatos pagaban por derechos de examen.

El tribunal estaban compuesto por vetamos especializados en amedrentar novatos, especialmente a aquellos «duros de pelar'. Y a fe que conseguían su propósito. Recuerdo mi año de novato cómo estábamos todos rigurosamente dormidos en el vestíbulo del teatro oyendo el griterío que salía del patio de butacas. Después de un rato interminable salió de su examen el novato de turno. Iba éste todo sudoroso, el pelo alborotado, con la corbata y la chaqueta en la mano y la camisa por fuera del pantalón. Arropeado por veteranos, no le faltaban palabras de ánimo y aprobación;

MEMORIAS DEL CERBUNA

quizá porque había superado gallardamente todas las pruebas. Los demás observábamos estupefactos la escena y echábamos por los adentros nuestras jaculatorias.

Lo más característico del oral era que duraba lo necesario. Es decir, no cabía el suspenso, y había que aprobar a pulso.

PASACALLES POR ZARAGOZA

Después del plato fuerte de los exámenes venía el postre más lúdico y distendido del pasacalles.

Consistía éste en hacer salir a todo el grupo de novatos con un atuendo especial por las calles de Zaragoza. La incógnita era saber a qué altura de la Gran Vía se llegaría antes de ser disueltos por la policía. La verdad es que la «manifestación» era de lo más inocente, pero eso de ver estudiantes llamando la atención y cantando «Perdoona al novato rector.....» (parafraseando un canto religioso), resultaba algo fuerte para el momento.

En 1969 organizamos una cabalgata de «majoretas» compuesta de unos cincuenta individuos. Todas las tardes ensayábamos evoluciones y cánticos en el campo próximo al Colegio Santa Isabel. Hacía las 8 de la tarde de un sábado de Octubre salió el desfile por la calle Domingo Miral hacia Fernando el Católico. Realmente llamaba la atención ver a todos rigurosamente uniformados con sus trajes de cartulina y papel charol, faldita corta, gorro alto con penacho, manoplas y varita plateada evolucionando al ritmo de la marcha. A su alrededor toda la familia cerbunera les acompañábamos y jaleábamos. Superada sorprendentemente la Plaza de San Francisco sin novedad, nos dirigíamos por el paseo central camino del cruce con Goya (cine Gran Vía). Todo iba bien, pero crecía nuestro nerviosismo ante la incertidumbre de lo que pudiera pasar. Estábamos ya en la plaza de Paraíso y no había pasado nada, pero surgió un incidente que a punto estuvo de complicar seriamente las cosas. Un aplicado policía de uniforme que salió de no sé donde, cogió enérgicamente por el brazo al abanderado que abría el desfile, e hizo ademán de llevárselo detenido. De inmediato un grupo nos arremolinamos en torno a él tratando de convencerle de que aquello solo era una fiesta, pero el policía no atendió a razones, y sintiéndose acorralado echó su mano hacia la pistola. El momento fue tenso, pero hizo su providencial aparición un personaje de paisano que al parecer nos acompañaba desde muy atrás, y le disuadió. Superado el incidente el desfile se reorganizó para tomar con más bríos el Paseo de la Independencia, llegando al record absoluto de la plaza de España; algo impensable incluso para los más optimistas.

EL BAUTISMO

No era fácil levantarse el domingo por la mañana después de la resaca del pasacalles, pero los novatos debían presentarse en bañador en el patio interior para recibir el agua «purificadora» que ponía fin a la larga semana de penurias.

LUIS VECINO

Era el último acto oficial, y quien más quien menos tenía ganas de terminar. Los catecúmenos debían hacer el perímetro del patio por la acera y a un ritmo de paso lento, mientras que desde las ventanas se arrojaba toda el agua posible. Hubo a quien su afán de remojar se volvió contra él, ya que se le reventó en su propia habitación la funda del colchón que pretendía llenar de agua.

Cuando llegué al Colegio esta costumbre existía, pero después se fue perdiendo. Antes, oí contar a veteranos que era un acto bastante oficial, y que en cierta ocasión, cuando los novatos se presentaron al remojón, hizo su aparición con traje de baño y toalla el nuevo Director -creo que **D. Pascual**- para cumplir con el rito. Todo un gesto.

¡ ADIOS CERBUNA!

Era una tarde gris y el cielo amenazaba lluvia..., un taxista malhumorado cargaba mi maleta, mis cajas de libros y mi guitarra. Nadie más había en la puerta.

Había terminado la carrera y el futuro era una gran incógnita. Sin embargo una sola cosa sentía como cierta, que atrás dejaba en mi Colegio los mejores años de mi vida. Cuánto hubiese deseado en aquel momento que alguien me hubiera gritado:

-¡Novato!, cuando digan ¡mierda! di: ¡¡Presente!!

Han pasado ya los años y el recuerdo me llena de nostalgia. Decía un acomodado labrador que volvería a ser joven aunque fuera de jornalero. Yo, que todavía no soy viejo, volvería al Cerbuna aunque fuera de novato.

NOTAS SOBRE EL CERBUNA ENTRE NOVIEMBRE DE 1974 Y MARZO DE 1981

José Luis Viviente Maten

A fines de Octubre de 1974, el equipo rectoral de la Universidad de Zaragoza nos comunicó que se hallaba vacante la dirección del C.M.U. Pedro Cerbuna, por renuncia del anterior director. Al sugerirme que apoyarían mi nominación, si estaba dispuesto a desempeñar tal función, creí ver en ello una mejor oportunidad de poner en práctica mi ideal docente. Aunque me hallaba lejos de saber cuánto habría de exigirme tal cargo, decidí aceptar después de la correspondiente reunión familiar, ante la experiencia adquirida durante los ocho años ya vividos como Catedrático de Geometría $\$0$ en nuestra Universidad y la residencia en diversos colegios mayores en el extranjero. Naturalmente mi función en la Cátedra no podría ser tan intensa como hasta entonces y ello me hizo dudar. Sin embargo la duda fue fugaz, si de verdad era consecuente con mi idea de que la enseñanza es un acto de amor o amistad que tiende hacia la autonomía futura del alumno (como recordaba en la lección inaugural del curso 1989-90, que nos correspondió desarrollar *), mi deber era aceptar tal cargo.

Si una buena enseñanza, en cualquier nivel debe en cada alumno respetar su imaginación, potenciar su intuición, desarrollar su entendimiento y capacidad de razonamiento analógico, lógico y plausible, vigorizar su memoria, fortalecer su voluntad y facilitar su inserción en la actividad humana de cada día, como precisá-

*José L. Viviente Mateu: La Matemática, la Sociedad y la Comunidad Europea, Lección inaugural del curso 1989-90. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, pág. 71.

bamos en la citada lección inaugural, está claro que cuidar el medio material universitario y el socio-cultural que rodea al alumno es esencial para el logro de una tal buena enseñanza. De nada sirve exponer grandes teorías pretendiendo formar al alumno para ser un día autónomo y útil a la sociedad en que está llamado a vivir, si materialmente no sólo se le impide asimilar y reflexionar sobre las ideas que tratamos de darles a conocer en nuestra docencia universitaria sino que, además, ésta precisa ser completada con una formación vivencial, que podríamos llamar deontológica universitaria. Previa o de iniciación a la deontológica profesional que habrá de practicar el día de mañana, y entiendo que ésta es la única razón que justifica la existencia de los Colegios Mayores Universitarios. Como resultado, el 15 de Noviembre de 1974 tomaba posesión de la dirección del C. M. U. Pedro Cerbuna, no sin preocupación ante la fuerte responsabilidad que ello iba a exigirme.

Nuestra narración, aunque breve, cubre el periodo que va del 15 de Noviembre de 1974 al 31 de Marzo de 1981, y por tanto se corresponde con el inicio de la transición político-social en España. Distinguimos dos aspectos: el colegial y socio-cultural, y los ofrecidos en estos años por las variaciones en la infraestructura administrativa y material del Colegio. Aspectos, por lo demás, íntimamente relacionados y para cuya atención tuvimos la suerte de contar con excelentes colaboradores, entre Jos que merece una cita especial quien supo destacar por su nobleza, sensibilidad humana y laboriosidad, tanto como miembro del equipo de dirección o como presidente de la Asociación de AA. Colegiales o bien como colega. A todos permítaseme expresar, una vez más, mi cordial agradecimiento.

Aspecto colegial y socio cultural.

Aparecen aquí integrados los valores, relaciones y comportamientos dentro del Colegio Mayor y con el momento socio-cultural que le corresponde vivir a cada promoción de estudiantes. Se procuró facilitar al estudiante vivencias, situaciones y medios (entre los que destacan los motivos de reflexión y discusión sobre la inserción de sus estudios en el momento socio-cultural que le corresponde vivir) para que su futura inserción en la vida profesional pudiera llegar a ser lo más autónoma, satisfactoria y útil conforme con lo que cada uno será capaz de ofrecer a la sociedad en la que habrá de incorporarse. Como hemos ya señalado, creemos que es en la medida que tal ideal se pueda realizar en un Colegio Mayor Universitario lo que justifica la existencia de éstos.

Permítasenos insistir, el alojamiento en un Colegio Mayor Universitario tiene sentido siempre y cuando estos aspectos sean atendidos, en otro caso bastaría alojarse en una pensión, piso, etc.

Para alcanzar tales fines, el Director del C. M. U. Pedro Cerbuna, cuenta con las Autoridades Académicas, los Profesores de la Universidad, los miembros de la Asociación de Antiguos Colegiales y, sobre todo, con el apoyo de un Equipo de

MEMORIAS DEL CERBUNA

Dirección constituido por antiguos colegiales (preparando oposiciones o los estudios de doctorado residentes en el C. M. U.) más el Consejo Colegial (conocido también en el «argot colegial», al menos en nuestros años, con el sobrenombre del «Sanedrín») órgano de gran peso vivencia!, que encauzaba la participación y co-responsabilización de los colegiales en el desarrollo de la vida del colegio. Hecho que si siempre es conveniente fomentar, fue particularmente idóneo practicar en aquellos momentos en que casi todo fue objeto de crítica constructiva, de revisión o, como yo prefería decir, de actualización. Si bien exigió por parte del Director una mayor atención, dedicación, autoridad y ejemplaridad. Las intervenciones de estos colegiales fueron siempre de interés y demostraron una sensibilidad especial, facilitando el ejercicio de las normas de convivencia y la selección del contenido y desarrollo de las actividades colegiales. Sus componentes eran colegiales que por sus aptitudes, inquietudes, aficiones y deseos de colaboración eran elegidos por sus propios compañeros. Para las situaciones especiales o aquellas en que se consideraba preciso una comunicación directa y simultánea con todos los colegiales, como de costumbre, la Dirección del Colegio disponía de la posibilidad de convocatoria de una Asamblea General.

En aquella época el Consejo Colegial llegó a estar constituido por el Equipo de Dirección, los presidentes de las Academias (de Ciencias, Derecho, Medicina, Literatura), un representante de cada promoción, más un representante de cada grupo de actividades (biblioteca, teatro, música, fotografía, club de prensa, electrónica, cine, deportes, etc.)

El Sanedrín se reunía una vez al mes y era notorio el interés y énfasis que algunos de sus miembros manifestaban en sus intervenciones. La hipersensibilidad e inexperiencia de algunos, exigía en ocasiones paciencia y una gran habilidad de trato, recurrir a cuantos medios estuviesen a nuestro alcance para que el juego dialéctico desarrollado por no importa qué motivo tradujese el acto de amistad, medio esencial de toda docencia como hemos precisado más arriba. Trivialmente ello daba ocasión a más de una divertida anécdota dada la espontaneidad e imaginación de más de un colegial. Como, por ejemplo, la decisión de un colegial de oponerse a toda colaboración si en los acuerdos se utilizaba la palabra control, era opuesto a todo control (¿qué opinará ahora?, particularmente, si ejerce un cargo público). Naturalmente, una de las funciones que se abordaron fue la redacción de un nuevo estatuto, conforme con el que para todos los Colegios Mayores del Distrito se procedía a redactar por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y la Comisión de Colegios Mayores del Distrito. Ello exigió bastantes años.

De todos modos en la mayoría de las actividades se buscaba la participación de todos los colegiales, abriendo interrogantes o suscitando polémicas en las que se vieran implicados. Precisemos, no obstante, que las conferencias o bien eran organizadas directamente por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria, o bien por el Colegio o por iniciativa de instituciones o personas ajenas al Colegio Mayor, que

JOSE LUIS VIVIENTE MATEU

se ofrecían a organizar actividades análogas en el C.M.U. Pedro Cerbuna. Estos últimos tipos de actividades se realizaban siempre con el visto bueno del Vicerrectorado de Extensión Universitaria.

No vamos a describir, ni siquiera a citar, la enorme cantidad de actividades desarrolladas en aquellos años, cosa que por otro lado quedará seguramente recogido en este libro por personas más cualificadas para hacerlo, pero sí nos permitiremos recordar algunos de los nombres cuya colaboración agradecemos aún hoy, nombres y actividades que evidencian por sí solas la trascendencia, el interés y posibilidades formativas que disfrutó el colegio de aquella época. Entre ellos, como conferenciantes intervinieron:

Ramón Saínz de Varanda, Pastor Ridruejo, Hipólito Gómez de las Rocas, Emilio Gastón, Eloy Fernández en el 74175. En este mismo curso tuvimos el honor de recibir al teólogo Rvdo. P. Yves Congar, cuya conferencia sobre El porvenir de la Iglesia congregó un numeroso auditorio y suscitó un interesante coloquio lleno de sugerentes ideas.

Agustín Sánchez Vida!, Jesús Lalinde Abadía, Manuel Ramírez Jiménez, Carlos Palao Taboada, Joaquín Ruiz Jiménez, etc. en el 1975176.

Carlos Simó, Juan Sancho SanRomán, Francisco Cano, José A. Biescas, o la de Enrique MiretMagdalena sobre Marxismo y Cristianismo, etc. en el 1976177.

Juan A. Bolea, Joaquín Aranda, Lorenzo Martín Retortillo, Isaias Zarazaga, Jesús Lalinde, todos antiguos colegiales reunidos en un ciclo sobre la Autonomía de Aragón, y la extraordinaria, y llena de humanidad, charla coloquio que con el título Un grito del hombre: ¿Para qué vivir?, desarrolló el Abbé Pierre (fundador de los Traperos de Enmaus), que hizo insuficiente el salón de actos del Colegio y dejó sumidos a todos los oyentes en profundas reflexiones socio-económicas sobre la solidaridad humana, etc., en el curso 1977178.

Las mesas redondas sobre Sanidad en Aragón con Crucelare, Lapesa y Chicón, o aquella sobre La Constitución Española de 1978» con Gibert, Nolina, Lapeña y Jerez Mir; la conferencia de Henri Laborit o el ciclo sobre Anticoncepción»por el Dr. Fabre y su equipo, etc., en el 1978179.

Rafael Olaechea, José Armillas, Agustín Sánchez Vidal, Fernando Sánchez Dragó, los ciclos de conferencias en colaboración con el CMU Santa Isabel sobre Urgencias Médicas, el que con el título Tras el centenario de Maxwell y Einstein reunió a los distinguidos colegas y queridos amigos, profesores Alberto Galindo (antiguo colegial), Antonio Fernández Rañada, Luis Vigil Vázquez, Joaquín Lomba Fuentes, Jean Claude Pecker (del Collège de France) y Manuel García Doncel; o aquél organizado por las Academias de Derecho y Empresariales que con el título genérico Perspectivas económicas en la España actual reunió a Francisco Fernández Ordoñez, Enrique Barón Crespo, Damián Hernández López, Carlos Palao Taboada y Rafael Illescas Ortíz, seguido de una mesa redonda con la participación de

MEMORIAS DEL CERBUNA

Eduardo Aguilar Roger, José A. Biescas Ferrer, Hipólito Gómez de las Rocas, José A. Báguena Sánchez, Fernando Moliné Fernando y Joaquín Aranda Herrera, etc. , en el curso 1979/80.

Actividades del grupo de música. Son de destacar los recitales ofrecidos por el Orfeón de Jaca, Joaquín Carbonell, José Antonio Labordeta, el tenor Manuel Cid, Ramón Muntaner y Marina Rossell, Pau Riba, el Grupo Boira y Antonio Fernández de canción aragonesa, diversos grupos de Jazz y de música Folk, el extraordinario concierto de la coral «The Geneses Chamber Singers», Indio Juan, Grupo Chileno y el Aragonés Boira, Jordi Sabater, Luis Suelves, Grupo Francés Potenkine, o la «Tuna de Ingenieros de Puebla de México», más un largo etcétera, unido a la adquisición de dos o tres álbumes musicales por curso, para su audición en la sala de música.

Relacionada con la anterior actividad, durante nuestro desempeño del cargo de Director del Colegio, reorganizamos y potenciamos la «Tuna del C.M.U. Pedro Cerbuna» encargando nuevos trajes y adquiriendo los instrumentos musicales necesarios para obtener un conjunto lo más completo y armónico.

Otra nueva acción encomendada al grupo musical fue el control de la instalación del «Hilo musical», que en 1976 instalamos en el salón principal y el aula del primer piso para que los alumnos interesados pudieran seguir los cursos de idiomas que por el mismo se transmiten.

Actividades del grupo de teatro, como medio de expresión oral y corporal y presentación de situaciones de la vida real que invitan a imaginar secuencias y la adopción de posiciones, en general subvencionado por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y en ocasiones con ayudas de la Delegación de Cultura, recogió las actuaciones del Teatro Libre de Madrid, grupo Grifo, Teatro Universitario de Murcia, La gran compañía de espectáculos Ibéricos, el grupo Guernica, el grupo Internacional de Teatro, el grupo teatro de Zaragoza, el grupo Teatro Magisterio, el grupo asturiano Margen, el aula de Teatro de la Universidad de Valladolid, Aula 6 de la Universidad de Granada, el grupo T.E.U., el Teatro Inestable, etc.

Actividades del grupo de cine, no sólo limitadas a la proyección de películas -dos por semana normalmente- sino también a desarrollar cursos de capacitación en cinematografía, recibió una atención especial dado el interés que despertó el Cine Club Cerbuna, no sólo a nivel universitario, sino a nivel de nuestra ciudad. Durante el periodo que consideramos se introdujeron diversas mejoras en el local y se adquirió un nuevo proyector de 16 mm.

Actividades del grupo fotográfico. Su cultivo y fomento venía practicándose desde hacía años en el Colegio, en ella se organizaban cursillos anuales, uno para principiantes y otro para iniciados. Disponían de un laboratorio fotográfico donde el colegial interesado podía adquirir una formación y experiencia en el revelado (en

blanco y negro y en color) y la pericia fotográfica. Esta actividad también organizaba el Concurso Fotográfico de alcance Nacional que actualmente lleva directamente el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Alumnos.

Educación Física y Deportes. Esta actividad es otra de las tradicionales del C.M.U. Pedro Cerbuna y en la que ha destacado incluso a nivel nacional. No es aquí lugar para entretenernos glosando sus éxitos, señalemos, eso sí, que comprendía la práctica y competición en Fútbol, Baloncesto, Balón mano, Balón volea, Tenis, Frontón, Ping-pong Billar y Kárate. Es de citar aquí cómo, durante nuestra dirección, estas actividades se vieron enriquecidas con la construcción de un vestuario y las actuales pistas de tenis y polideportivo, este último ya proyectado por la Dirección anterior.

Biblioteca . Su atención ha sido otra de las que el C. M. U. Pedro Cerbuna practica con singular cuidado e interés. Prosiguió así la habitual adquisición de fondos atendiendo principalmente las peticiones que presentaban las diversas Academias del Colegio. Sin descuidar, en la medida de lo posible, la actualización de los diversos géneros literarios, y realizando la suscripción a diversas publicaciones solicitadas por los estudiantes. Durante nuestra dirección se construyó un nuevo archivo para la biblioteca, adaptando y amueblando una nueva sala de lectura en el primer piso del ala de actividades del edificio, sobre el comedor. Sala de lectura que se amuebló, así mismo, para sala de clases o conferencias con otras dos nuevas.

Papiroflexia. Fue un actividad de gran interés entre los colegiales cuando como residente vivió en el Colegio el Profesor Dr. D. Eduardo Gálvez. Un hombre de una extraordinaria humanidad y aptitudes. A su fallecimiento legó todas sus propiedades a la Universidad y ésta hizo depositaria al C.M.U. Pedro Cerbuna de sus trabajos en papiroflexia, bien conocidos entre los aficionados de todo el mundo. En 1979, a iniciativa de un grupo de colegiales se adquirió una vitrina-que, instalada en el Hall del Colegio, expone permanentemente algunas de sus más curiosas creaciones.

Nuevas actividades . Junto a la reinstaurada tuna, por iniciativa de un grupo de estudiantes principalmente de veterinaria, entre los que destacó un salmantino, se creó la que denominaron Peña taurina Niño de la Capea, coincidiendo con la alternativa del Niño de la Capea. Fue objeto de interés de numerosos colegiales, que organizaron diversos ciclos de conferencias sobre tauromaquia.

Así mismo, y después de varias tentativas en cursos anteriores, en el curso 1979/80, se constituyó el denominado «Club de Prensa» que tomó a su cargo el resurgir de la revista colegial que se la denominó «Patio interior». En el curso se publicaron dos números, del primero se tiraron unos 300 ejemplares, mientras que del segundo fue necesario tirar 500, dada la acogida que tuvo la revista. Su formato tamaño folio con unas cuarenta páginas, constaba de secciones fijas (editorial, deportes, cine, etc.) y con las colaboraciones de todos los colegiales que lo deseasen.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Otra actividad puesta en marcha durante el curso de 1978/79, aprovechando residiera en el colegio Michel Gatti, profesor de electrónica de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales, fue el Grupo de Electrónica. Para ello construimos dos locales ad hoc, en el hall de acceso a las cabinas de proyección del cine en la planta superior, situada sobre el hall principal de acceso al Colegio, uno para sala de clases y prácticas y otro como almacén y depósito del material más esencial, que fue preciso adquirir, según indicaciones del citado profesor. Las primeras actividades de este grupo se iniciaron con prácticas complementarias a las seguidas en la ETSII o en los estudios de Ciencias Físicas y trabajos diversos dirigidos por el citado profesor.

Variaciones en la infraestructura administrativa y material

Si alguien cree estar capacitado para desempeñar un cargo, pese a toda su experiencia, aptitudes, ejemplaridad y autoridad, no puede ni remotamente prever toda la imaginación, entrega y energías que el ejercicio del cargo de Director de un Colegio Mayor Universitario le puede exigir. Si bien es verdad que también es uno de los cargos en los que mayores satisfacciones personales se pueden alcanzar. Todos los medios, capacidad y energía que pueda poseer le van a ser insuficientes. Su iniciativa personal, su rapidez de reacción, su imaginación y «savoir faire», su paciencia y entrega no pueden tener límites, particularmente si junto a una atención humana debe hacer frente a toda una serie de problemas laborales, de administración y de actualización o reparación de instalaciones, precisará de cuanta ayuda y amistades pueda poseer.

Visto el aspecto colegial, expongamos, aunque sea brevemente, la actividad administrativa y material.

Dado que el personal de administración existente, por razones personales, nos presentó su dimisión al día siguiente de nuestra toma de posesión como Director del Colegio, y que no hubo posibilidad de conseguir siguieran ni siquiera el curso iniciado, este personal tuvo que ser totalmente cambiado desde primeros de 1975 por un nuevo contable (que nos seleccionó la CAI en el banco de datos de personal de la banca de Zaragoza) y por una nueva secretaria de administración. Ambos, de hecho, iniciaron su gestión con nuestra incorporación a la dirección ya que debieron conocer los detalles de la administración del Colegio a través de la práctica que en tal gestión realizaban el contable y auxiliar salientes que para esta iniciación del nuevo personal aceptaron permanecer en sus puestos hasta final del año 1974. No obstante, adquirida por la secretaria la formación teórica y práctica necesarias, hacia fines del curso 1974/75, el contable facilitado por la CAI fue sustituido por la secretaria que pasó a ejercer la función de contable con la de administración o control de todos los servicios. Contratando una nueva secretaria, personal que es el mismo que actualmente sigue desempeñando las funciones administrativas del Colegio.

Junto a algún cambio en el personal de cocina y lavandería, en el capítulo de personal también son de destacar el de la contratación de una nueva gobernanta y, por jubilación del ya existente, de un nuevo auxiliar de servicios especializado en trabajos de carpintería. Se proc dió también a la conversión de la casi totalidad del personal de conserjería en personal que así mismo atendía la nueva centralita telefónica, y a la contratación de la primera mujer como ordenanza-telefonista del Colegio, conforme a la legislación laboral vigente en la época. También debemos recordar, la supresión del puesto de calefactor, al haber sustituido la calefacción a carbón por una a gas-oil, mediante adaptación de los adecuados quemadores a las antiguas calderas Roca. Ello nos permitió la contratación de un mecánico-electricista como nuevo auxiliar de servicios con lo que, en principio junto al primer auxiliar de servicios (un carpintero), quedaba cubierta la atención de todas las primeras reparaciones del Colegio más la atención del encendido y apagado del sistema de calefacción por gas-oil. Otras medidas relativas al personal fueron: la regularización laboral del nuevo jardinero del Colegio, en colaboración con el Servicio de Jardinería del Ayuntamiento de Zaragoza.

Finalmente, abordaremos el capítulo de las obras realizadas en el Colegio durante el periodo que va del 15 de Noviembre de 1974 al 31 de Marzo de 1981. Estas comprendieron, junto a las de restauración de los servicios y duchas de las distintas plantas, más las de pintura y restauración del mobiliario de los dormitorios que se realizan periódicamente de modo habitual o programado, aquellas extraordinarias que supusieron un serio esfuerzo de actualización y enriquecimiento de los locales destinados a actividades colegiales colectivas y de servicio.

Se iniciaron en las Navidades de 1974 con la instalación de la campana aspiradora de humos hoy aún existente en la cocina del Colegio, gracias a una subvención extraordinaria del Rectorado. Casi simultáneamente, un reventón de una tubería de alimentación de agua al Colegio, cerca del pie del gran cedro situado en el centro del patio principal, dió lugar a una de las primeras novatadas que nos tocó vivir. Avisado el fontanero, éste nos dijo que no se disponía ya del tipo de tubería que había reventado (instalada hacia 1942) que era preciso cambiar todo el ramal. Al solicitarle qué otro tipo de tubería existía en aquél momento e indicarme eran varias, ante mi respuesta solicitándole presupuesto relativo a cada tipo con objeto de gestionar el pago del costo que la Gerencia de la Universidad considerase más adecuado y asequible, la respuesta del fontanero después de una breve reflexión fue: «Mire, sabe usted lo que le digo, que no se lo hago, no, no lo reparo». Y dio media vuelta y se largó. Felizmente la Gerencia se hallaba realizando unas obras de fontanería frente a la Facultad de Derecho y nos resolvió el problema con el fontanero que allí trabajaba.

La segunda obra fue debida a otra seria avería: un incendio, quizás por sobrecarga, desti-uyó el transformador que alimentaba de fluido eléctrico al Colegio. Menos mal que ello tuvo lugar a fines de junio de 1975 con lo que los colegiales no

MEMORIAS DEL CERBUNA

se vieron molestados en sus exámenes. Pero hubo que repararlo durante el verano, instalando un nuevo y más potente transformador, junto a un nuevo y adecuado cable subterráneo de alimentación del mismo, e instalación de los correspondientes interruptores y medios de seguridad, saneando y ampliando la caseta donde se halla ubicado el transformador.

La tercera, en parte fue proyectada por el anterior Director, me refiero al Polideportivo y pista de tenis. Esta obra se realizó durante el curso de 1975/76 y aprovechamos su realización para pavimentar el lateral derecho del Colegio y parte posterior del acceso a la puerta del Colegio, próxima a la cocina, instalando la acera hoy existente en estas zonas. A la vez que se efectuaba la instalación de un depósito de gas propano entre la pista de tenis y el antiguo «office».

Mientras tanto y para atender la idea del Rectorado en aquella época, de que el comedor del Cerbuna fuera el comedor universitario no sólo de los colegiales sino de las colegialas del Santa Isabel, así como del profesorado que lo precisara, habida cuenta que ya el anterior Director había eliminado el servicio de camareras e instalado un autoservicio, estudiado con el Arquitecto del M.E.C., vimos que unas habitaciones, comedor del personal de cocina y servicios incluido, etc. podían instalarse en otras zonas del colegio y así disponer de un servicio de office y un autoservicio como se hallan actualmente. La decoración fue realizada con posterioridad al curso 1980/81. Se ganó de este modo para el comedor, la cuarta parte de la sala central (antes ocupada por el autoservicio), y toda la sala posterior (la, que da a la pista de tenis), con lo que prácticamente casi se duplicó la superficie dedicada a comedor y las instalaciones del autoservicio podían ser aisladas del local comedor, una vez concluido su servicio, mediante los oportunos cierres. La obra fue realizada por una mano de obra en albañilería del Rectorado y en cuanto a la instalación de los nuevos office y autoservicio por la empresa Zanussi. Se procedió, así mismo, a restaurar el cuarto-congelador de la cocina, la construcción de un nuevo comedor para el servicio -el hoy aun existente- más el acondicionamiento de dos locales para almacén de víveres en el mismo nivel de la cocina y de fácil acceso. Con posterioridad se adquirió una nueva cocina que se completó con dos nuevas grandes marmitas a presión, separando la sección de cocina del office y autoservicio con un tabique termi-riaclo en cristal. La construcción de los nuevos locales para almacenar víveres, permitió a su vez ampliar la sala-comedor de dirección dándole la forma y completando su mobiliario como aún está actualmente.

Con las anteriores obras se abordó también la actualización del salón principal bajando su techo, se efectuó la instalación del hilo musical. y se instaló una nueva, más potente y de más fácil manejo, centralita de teléfonos, construyéndose las actuales cabinas telefónicas.

Se sanearon reconstruyéndolos, tanto los servicios de dirección como los de los dormitorios del personal de servicio que vive en el colegio. Y se adaptaron locales sin utilizar para nuevos apartamentos para profesores y postgraduados

JOSE LUIS VIVIENTE MATEU

La obra anterior se prolongó con otra de saneamiento del semisótano, donde se hallaban los dormitorios de las antiguas camareras, que mediante derribo de los existentes y elevación de nuevos tabiques supuso una nueva distribución de aquella zona con la instalación de dos salas para televisión, una de juego de billar, otra de ping-pong, una sala vestuario y guarda ropa para los equipos deportivos, nuevas duchas para los deportistas, así como, debajo del nuevo office - autoservicio, tres duchas y servicios para el personal de cocina y office.

La instalación de las salas de televisión y de juegos en el semisótano, permitió a su vez otra distribución y función de los locales situados sobre la sala comedor en donde se hallaba antes la televisión. Se distribuyó el espacio obtenido con la construcción y amueblado de las salas de cursos y conferencias hoy existentes, más el nuevo y ya citado archivo de biblioteca.

En 1978, el Rectorado procedió a la urbanización de todo el Campus Universitario de la Plaza de San Francisco. Fue el momento idóneo para acordar con el Rectorado los límites o bordes (de ahí las bromas o comentarios sobre el «bordillo» que en aquella época circularon entre los colegiales) del terreno que debía rodear al C.M.U. Pedro Cerbuna, de modo análogo a como ya lo poseía, acotado por un seto y tela metálica, el C.M.U. Santa Isabel. Es así como se iniciaron las obras de acotación y ajardinado del contorno del colegio, después de desplazar la puerta de acceso al Campus desde la C/. Domingo Miral al lugar que ocupa ahora. La primera operación a realizar fue la de rodear todo el edificio con una canalización que recogiese las aguas de lluvia, cubriéndola con la acera que ahora circunda al edificio por parte de sus fachadas de levante, norte y poniente. Así mismo se instaló el depósito de gas-oil para la calefacción y se construyó la caseta para el jardinero y su material de trabajo, desalojando del mismo la entrada desde el jardín a la Capilla del Colegio (con el saneamiento de la sacristía e instalación de un nuevo marco y puerta de embero maciza en el lado izquierdo de la capilla en sustitución de los existentes todos carcomidos) y el acceso a la parte posterior del Salón de Actos, que pudo de este modo ser dotado de una salida de emergencia tan necesaria. Las obras concluyeron plantando un seto a lo largo de toda la tela metálica con que se limitaron los terrenos del Colegio y al polideportivo y tenis, seto hoy bien tupido y que cubre la citada tela metálica. Los colegiales celebraron la finalización del cierre del recinto del Colegio organizando unas calderetas, como plato fuerte de una comida al aire libre cocinada sobre el terreno (véase la fotografía adjunta realizada desde la terraza del C.M.U. Santa Isabel) que días después se sembró y hoy aparece cubierto con un agradable césped.

Se proyectó la ubicación de la sala de lectura de la biblioteca del Colegio donde se halla actualmente, en la esquina entre el salón principal y el comedor, pero ello ya debió realizarse por el Director que nos sustituyó.

Trivialmente los anteriores trabajos supusieron un considerable gasto. ¿Cómo pudo cubrirse? Aquí debemos expresar una vez más nuestro agradecimiento al

MEMORIAS DEL CERBUNA

Rectorado, la Asociación de Antiguos Colegiales del C. M. U. Pedro Cerbuna, al personal de servicio y a los miembros del equipo de dirección o Junta Directiva del Colegio. Estos dos últimos, principalmente, por atender durante el mes de julio el desarrollo de cursos intensivos de diferentes niveles y entidades, en régimen de internado. La Asociación de AA. Colegiales -particularmente nuestro querido e inolvidable amigo Dr. Arsuaga (q. D. t. G.)- por sus acertadas observaciones y apoyo, particularmente en la gestión material de ayudas en Madrid para atender alguno de tales gastos, y, finalmente, al Rectorado por la garantía y apoyo que nos supuso en la obtención de un préstamo de la CAI junto al constante soporte que nos proporcionó la Gerencia y el Vicerrectorado de Extensión Universitaria. Sin ellos toda nuestra experiencia, ejemplo, buena voluntad y entrega no hubiera podido atender todas las necesidades que en aquellos momentos presentaba el C.M.U. Pedro Cerbuna.

Naturalmente, iba siendo necesario que fuera relevado de la dirección del Colegio, llevaba ya cerca de siete años al frente del mismo y mi actividad en la cátedra no podía seguir siendo compartida con tal dirección. Creo realicé una gestión útil, me supuso muy buenos momentos y me granjeó muy buenas amistades, pero también he de reconocer que me impidió dedicarme a la docencia e investigación como siempre lo traté de hacer conforme con mi vocación e ideal docente. Una vez más, y coincidiendo con el acceso al gobierno de la Universidad de un nuevo equipo rectoral un año antes, si para ser nombrado se me sugirió y preguntó si aceptaría tal nombramiento, para el cese la sugerencia del Rectorado se planteó en términos que, en el mejor de los casos y a mi entender, los calificaré de equívocos. Creo que no hubiera sido necesario tal proceder, pero doctores tiene la Iglesia se suele decir y allá cada uno con su conciencia. El hecho real fue que se procedió a nuestro cese de modo tal que, junto al protocolario acto de agradecimiento de la superioridad por la labor realizada, se dio pie a que los colegiales todos se sintieran obligados a mostrarnos su afecto y reconocimiento y que, así mismo, lo manifestaran los miembros de la Asociación de AA. Colegiales del Colegio Mayor Universitario Pedro Cerbuna. Gracias a todos. Sí, estoy convencido que mi paso por el C.M.U. Pedro Cerbuna, en la medida de mi aptitud y entrega a la función, no solo respondió ampliamente a las expectativas de mi ideal al aceptar el nombramiento de Director del mismo, sino que enriqueció muy positivamente mi experiencia de vida, además de granjearme nuevas y verdaderas amistades. Es cierto que cabe siempre preguntarse si hubiera podido hacer más y mejor. Esto no lo sabremos jamás.



laure

Capra, 1980

TREINTA Y DOS MESES DEL CERBUNA

Joaquín Lomba Fuentes

El doce de Marzo de mil novecientos ochenta y uno tomé posesión del cargo de Director del Cerbuna. Era el comienzo de una etapa nueva, a la vez que llena de entrañables recuerdos. para mí. Soy de Zaragoza y, después de muchos años de ausencia de mi tierra, volví a ella ocupando por traslado la Cátedra de Historia de la Filosofía de mi maestro y amigo D. Eugenio Frutos Cortés. Y, nada más llegar, la Univesidad me brindó la oportunidad de hacerme cargo de la Dirección del Colegio Mayor.

La empresa suponía para mí un reto. Prácticamente nuevo en Zaragoza, me encontraba con toda una saga de Directores anteriores que me comprometía a una superación constante y esforzada difícilmente realizable. No los voy a nombrar a todos; ahí están en el recuerdo de cuantos vivimos el Cerbuna y en las páginas de este volumen. Solo mencionaré a mi inmediato antecesor, el amigo y compañero de claustro José Luis Viviente. Con él solo ya resultaba complicado el reto.

Y la etapa que empezaba era nueva, para mí y para el Colegio. En efecto: el Cerbuna, siempre en carne viva ante los problemas sociales y políticos del momento, respiraba nuevos aires al son de los cambios operados en nuestro país durante la transición. Había llegado la hora de establecer nuevos registros y estructuras democráticas en el funcionamiento del Colegio y el primer paso fue el de redactar un borrador de estatutos esencialmente participativos en los que la primera condición era la de que su Director no fuese designado, como hasta entonces, directa y exclusivamente por el Rector, sino por el propio Cerbuna, a golpe de urnas y papeletas. Eran unos estatutos improvisados, temblorosos del nerviosismo de la naciente demo-

cracia española y universitaria, dolidos aún de la herida del tan reciente 23-F que había paralizado y retrasado la misma elección de Director. Pero aquel borrador estaba lleno de un espíritu nuevo, abierto, ilusionado. En consecuencia, nos presentamos dos candidatos a las elecciones y tuvimos que habérmolas con todo el Colegio, metidos hasta las cejas en la campaña electoral que los colegiales organizaron. Fueron sesiones duras, pero fluidas y cordiales y, sobre todo, llenas de una enorme esperanza por parte de colegiales y candidatos. Por Separado y en sesiones casi interminables teníamos que exponer nuestra filosofía sobre la universidad y el programa que teníamos para el gobierno del Colegio, debiendo responder, al final, a las infinitas preguntas de los colegiales, cosidas de la más sofisticada y sutil casuística. Y para terminar, la pregunta definitiva, la piedra de toque: ¿aceptábamos y nos comprometíamos a cumplir fielmente y en su integridad los nuevos estatutos del Cerbuna?.

Al final, la votación y, al día siguiente, a trabajar, con el espíritu que aquellas elecciones y nuevos estatutos habían marcado. Si los consejos colegiales habían sido siempre muy importantes en la vida del Cerbuna, ahora lo eran más: en ellos se decidía todo, absolutamente todo, desde la organización laboral del colegio hasta los actos culturales, admisiones, sanciones, arreglos del edificio, en fin todo.

Y se iniciaron dos gestiones nuevas: la elaboración definitiva de los estatutos y la incorporación del personal de servicios a la plantilla de la Universidad. La resolución final de todo ello se ha llevado a cabo mucho después, pero la semilla se echó entonces. Eran cambios demasiado importantes como para que se pudiese improvisar, pero, sobre todo, no había respaldo legal ni por parte de la legislación española ni por parte de los Estatutos de la Universidad. Pero había que empezar la tarea, aunque fuera de modo balbuciente.

Junto a esta labor cosida de reuniones interminables y de muchas horas de estudio y discusión en la sombra, se siguió con la labor cultural que siempre ha caracterizado al Cerbuna. Por su salón de actos pasaron muchas de cámara polacas e italianas, sobre todo, conjuntos de rock, profesionales del teatro como Albert Boadella, José Luis López Vázquez, Juan Diego, políticos como Francisco Fernández Ordoñez, Mario Onaindía, José Antonio Maravall y otros muchísimos más que se pierden ya en el recuerdo. Todos dejaron un trozo de lo mejor de sí mismos en el Cerbuna y todos se llevaron también el recuerdo de unos cerbunos que sabían disfrutar, convivir, preguntar, discutir.

Y también dejé escapar mi deformación profesional: en el Cerbuna se celebró el Primer Simposio sobre la Enseñanza de la Filosofía en BUP y COU, que reunió a lo mejor de los profesores de esta materia, tanto del Distrito de Zaragoza como del resto del Estado. Fueron unas sesiones que han quedado grabadas en el recuerdo de cuantos nos dedicamos a la enseñanza de la Filosofía. En él intervinieron de modo activo y decisivo personas como Bernardo Bayona, hoy Vicepresidente del Senado, y mi gran amigo Pedro Roche, actualmente Subdirector General del Ministerio de Educación.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Y, lo obligado de todo Director: hacer obras en aquel edificio que ya va por los cincuenta años y que todos los veranos exigía la entrada de la paleta y la brocha. Aparte de lo habitual de pintura y ladrillos, se reformó el comedor: se acortó aquella inmensa sala para dar cabida a la nueva biblioteca. Y también nos atacó el virus que empezaba a aparecer de los videoclubs, de las cámaras de vídeo y de los ordenadores: se hicieron salas para todos estos artilugios, de los cuales unos fueron regalos y otros comprados con los dineros del Cerbuna. Y se dieron cursos y cursillos de iniciación a aquellos esoterismos.

En fin, así pasaron casi tres años entre trabajo, fiestas, novatadas, peripecias, hasta que aquellos maravillosos días tuvieron el cierre de oro de mi boda en la Capilla del Cerbuna. Esa fué mi última actuación en el Colegio y el último gran regalo que me hizo. Treinta y dos meses llenos de recuerdos y, sobre todo, de agradecimiento.

Después, el Cerbuna tuvo que elegir democráticamente un nuevo Director. Y le sugerí un nombre, solo uno: el de un profesor de Derecho Romano que, recién venido a Zaragoza hacía un año, me había pedido le alojase en el Colegio. Su gran talla humana, la amistad que a él me había unido, no me hicieron vacilar. De hecho, el Colegio tampoco dudó en decidirse por Esteban Varela. En la toma de posesión, solo le dije una cosa: «Esteban, por favor, cuídame el Cerbuna». Y el Cerbuna consiguió con él huevos vuelos que para mi gestión hubiera querido.

RECUERDOS INOLVIDABLES

Esteban Varela Mateos

Todavía recuerdo con precisión casi absoluta el primer Consejo Colegial que presidí, celebrado un viernes del mes de enero de 1984. Su inicio, como de costumbre, se producía a las diez y media de la noche y su final cuando Dios quería (las cinco de la mañana no era una hora infrecuente).

Siempre los Consejos Colegiales eran abiertos, por lo que el Comedor de Invitados, lugar de la reunión, además de los miembros del propio Consejo, se llenaba de otros muchos colegiales -con derecho a ser oídos-. Unos preocupados por la resolución de alguno de los temas propuestos en el «orden del día» y otros por tomar café u unas copas gratis et amore. Mas esto segundo provocaba en no pocos una gran locuacidad que hacía interminables las discusiones, con lo que las sesiones duraban hasta la extenuación y a veces hasta la exasperación.

La supresión de las bebidas primero y poco después la fijación de la preclusividad de las sesiones a las dos de la mañana, con aplazamiento hasta las cuatro de la tarde del sábado siguiente -para terminar los puntos del «orden del día» no abordados- convirtieron los Consejos Colegiales en sesiones menos «pobladas», más eficientes y más fluidas. ¡Nunca fue necesaria una segunda sesión del mismo Consejo!

Creo que aquellos primeros Consejos Colegiales supusieron para mi la novatada por la que todo colegial pasaba al llegar por primera vez al Cerbuna, aunque no era mi caso.

Novatadas! ¡Cuánta preocupación! ¡Cuánto desvelo! En la semana siguientes a las fiestas del Pilar -velis-nolis- los colegiales mayores se dedicaban a esta liturgia iniciática que en la mayoría de los casos servía, pasados los primeros momentos de

expectación y en algunos de preocupación, para conocerse entre sí los nuevos colegiales y para integrarse en el Colegio plenamente.

No deseo hacer una apología de las mismas, tal y como se hacían en el Cerbuna cuando yo las conocí, pero sí destacar que muchos «las pasaron» y pocos «las sufrieron». Por lo general lo vejatorio, lo chabacano, lo aflictivo, propio de otras latitudes, y quizá de otras épocas, era aquí sustituido por lo bullicioso, lo simpático y sobre todo lo ingenioso; mas, excepcionalmente, también podía existir algo de lo primero. Por evitar esto, se fue tendiendo hacia su erradicación, por lo que ahora, al escribir estas líneas, aquéllas constituyen ya un mero recuerdo.

En mis primeros años como Director creo que la convivencia era más intensa y la solidaridad, sin límites. La alegría juvenil -a veces desenfrenada - una constante, salvo cuando llegaba el final de curso, en el que los días y las noches se hacían cortos y el menor ruido impedía a muchos concentrarse para poder recuperar pasados tiempos de holganza. Un grito nocturno extemporáneo surgido de las habitaciones del jardín, un eco, o por mejor decir, varios ecos de aquél al unísono, o una traca entre «completas» y «maitines» no constituían otra cosa que la manifestación de que los nervios estaban a flor de piel porque la hora de la cosecha había llegado y algunos se encontraban todavía realizando la sementera.

A pesar de todo, cuando, en primavera, en el bar, en el hall o en el comedor, te acercabas a un grupo de colegiales y preguntabas por las expectativas de junio, siempre había algún ingenioso que rotundamente contestaba: «¡el curso termina en septiembre!»

Poco a poco el Cerbuna fue cambiando porque los nuevos colegiales era otros. Apenas si recordaban el advenimiento de la democracia y de las revueltas estudiantiles ni siquiera habían oído hablar. Eran jóvenes más juiciosos y menos bullangueros.

Cada año era mayor la diferencia existente entre los adolescentes barbilampiones que llegaban nuevos al Colegio y los ya maduros «cerbunos», que tenían que enfrentarse con la vida, una vez terminada la carrera; algunos ilusionados, otros temerosos del mañana, pero todos comenzando a valorar y añorar el tiempo pasado en el Colegio, que ya no volvería nunca y que impreso en su ser lo llevarían siempre de forma indeleble.

En estos tiempos de la tendencia hacía la desaparición de las novatadas, del cambio de estilo de los colegiales, sufren una amenaza la vida y estilo propios del Cerbuna. El equipo rectoral ha decidido convertir el Cerbuna en un «comedor universitario». Nosotros éramos conscientes de que algunos estudiantes necesitaban una «mesa»; nunca lo dudó el Colegio, que siempre fue la institución más abierta de Zaragoza, pero el convertir al Cerbuna en comedor universitario suponía un abrir las puertas de nuestro Colegio a cientos de personas, algunas no universitarias, de difí-

MEMORIAS DEL CERBUNA

cil control y de inseguridad amenazante a la propia vida colegial y al orden y quietud necesarios en la propia casa.

Escritos en la prensa por parte de algún miembro del equipo rectoral, contestaciones fundamentadas y llenas de ingenio de un profesor «cheso» que vivía en el Colegio, amén de algunas discretas gestiones de la Dirección cerca del Rector y del Vicerrector corr spondiente, hicieron por fin decaer tal empeño, encontrando soluciones al problema mucho más racionales, como vinieron a ratificar los años posteriores.

Hecho importante para el Colegio acontece en el verano del año 1988. Alla nostra insaputa, como diría probablemente un italiano, el equipo rectoral decide «por decreto» la conversión en mixto del Colegio Mayor Pedro Cerbuna. Los motivos reales no se nos alcanzan, pues en frente se encuentra el C.M.U. Santa Isabel, también de creación de la propia universidad, destinado a universitarias. Alea iacta est nos dijimos, porque la decisión debería ejecutarse de inmediato, en el curso 1988/89, que comenzaba a los dos meses.

Dos guapas universitarias tuvimos aquel año y veinte más el siguiente, aumentando de forma paulatina en años sucesivos. Obviamente esto conduce a un cambio de hábitos colegiales y por tanto a un Colegio distinto, pero estoy seguro que unas y otros harán del Colegio, como siempre, algo tan suyo y tan nuestro que, en todo caso, conv rtirán al Cerbuna en una institución universitaria no mejor ni peor de lo que hasta entonces fue, sino diferente, tratando de acomodarse a los nuevos tiempos.

Desde el punto de vista material, algunas cosas ocurridas en aquellos años podrían traerse a colación: sustitución del servicio de comedor propio del Colegio por una empresa de restauración; inicio, por parte de la Universidad, de un proyecto de obras de infraestructura del Colegio; modernización de los servicios del Centro, paulatina sustitución del mobiliario, etc. Pero esto, con ser importante, no es lo más.

No quiero terminar las vivencias de aquel tiempo sin recordar sucintamente a la Asociación de Antiguos Colegiales, pasado vivo del Colegio que se hace presente en todo momento. Con cuánto cariño, y por qué no decirlo, con cuánta añoranza sienten el Cerbuna quienes en tiempos pasados fueron sus colegiales. Su preocupación por los actuales, su ayuda desinteresada a la Dirección, su apoyo económico por aquellos cerbunos que necesitan que se les eche una mano, siempre de forma anónima y en la medida de sus posibilidades, es una constante.

La Asociación no es algo ajeno al Colegio, es parte del Cerbuna mismo y en la que nos integramos cuand,o, a pesar de sentirlo, dejamos el Colegio.

EL VETERINARIO CHECO STANISLAV MIASTO VISITA EL CERBUNA. EVOCACION DE UNA TERTULIA CLANDESTINA

Javier Callizo Soneiro

No creo reunir otros títulos para asomarme a estas páginas que el afecto que profeso al Cerbuna desde que allá por el otoño de 1975 me acogiera a su hospitalidad. Aquí están, vivos que no enterrados, seis de los mejores años de mi vida: uno como estudiante; cinco como estudioso. Como scholar, que habría dicho, irónico, el llorado Rafael Olaechea, profesor primero, colega después y maestro y amigo siempre. Al Cerbuna llegué como estudiante de tercer curso de carrera en 1975; ahí me doctoré en 1986 y me hice profesor titular de esta Universidad en 1989, y de ahí partí una tarde de octubre de ese mismo año hacia el que es hoy mi domicilio conyugal, precedido de un capitoné de mudanzas en el que iban todas mis pertenencias con más holgura que mis recuerdos. Soy, pues, un cerbuno reincidente, lo que no es mérito mío sino antes y sobre todo de la Casa. De estos Mayores, como diríamos en nuestra jerigonza familiar. No necesito decir cuánto agradezco el honor que se me hace al invitarme a escribir estas líneas que siguen, y en las que trataré de no traicionar en exceso la memoria.

Cuando recordamos una ciudad -escribió Proust-no estamos tanto evocando sus calles y edificios como el tiempo en que esas calles y edificios nos fascinaron. El recuerdo es, pues, una función del presente. Mejor dicho: no podemos recordar sino desde el presente. Lo que añade una nota de mayor incertidumbre a la evocación: la peripecia vital de los millares de cerbunos felizmente todavía entre nosotros está así en el origen de sus diferentes y particulares daguerrotipos del Cerbuna. El mío está además revelado en dos tiempos, con ocho años de paréntesis entre uno y otro; tiempo bastante para difuminar mi caricatura primera del Colegio.

Por lo pronto, ahora el comedor olía mucho menos a tigre, gracias a la mayor propensión a la ducha de los españolitos de los años ochenta como a los buenos oficios del profesor Varela, quien tuvo la feliz idea de declarar la guerra a las horrendas zapatillas de felpa a cuadros que abrigaban los pies de los cerbunos tanto como proclamaban su hedor.

-**Por** respeto a los demás, al comedor hay que ir siempre vestido y calzado con el debido decoro, si no de etiqueta -recordaba Esteban Varela en todos y cada uno de los Consejos colegiales.

-¿**Pero** se puede bajar, en cambio, con zapatillas de deporte?

-**Ni** tampoco con chandal.

La moda del chandal es más bien de mi segunda etapa. En los años setenta, de los que voy a escribir aquí, el culto al cuerpo denunciaba un espíritu tan ocioso como narcisista, por no decir dudosamente varonil. Nadie habría dado un duro por un estudiante que se pasase el día correteando en calzón por el campus. El deporte -**y** no mucho-se practicaba a su tiempo y en su lugar: nunca podré olvidar la cruel carcajada con que la cerbunidad toda festejó cierto día la entrada en el comedor colegial de un empavonado profesor -**omitiré** piadosamente su nombre-, tan exultante de juventud y de cátedra como ayuno de sindéresis, vestido para escarnio suyo con un traje de chandal a todas luces impropio de la dignidad que se suponía entonces en un catedrático. En quien era además -**así** gustaba de presentarse el muy cretino-el catedrático más joven de España. La venganza de los colegiales ante ese exceso de ringorrango, tan ajeno a lo aragonés por otra parte, no tardó en llegar: apenas habrían transcurrido unas horas desde el fallecimiento de Franco -**todo** el Colegio había bajado a desayunar ese día-, cuando el docto mocito recibía una llamada telefónica de un supuesto alto cargo del Ministerio de Educación, con la invitación encarecida a asistir, en lugar preferente en tanto que catedrático más joven de España, a las solemnes exequias del Generalísimo. Y el infatuado docente mordió una vez más el anzuelo: no llegó a sentarse en la tribuna de autoridades dispuesta para la fúnebre ocasión pero sí en el sitial más destacado de la rechifla general que a su costa hizo la comunidad colegial. Que Dios y los años le hayan dado más sentido común; que el escalafón, por su parte, ya lo habrá facturado a Madrid. Y es que, como diría el profesor Savirón -**otro** cerbuno ilustre-, la cátedra y la oligofrenia no son exactamente incompatibles.

El Cerbuna de los años setenta era muchas cosas, pero nada tan característico de su entraña como las tertulias que se celebraban en las habitaciones; unos conciliábulos restringidos muchas veces a una pequeña multitud de selectos iniciados que, petulantes, pasábamos los interludios de las largas noches de estudio pontificando de casi todo y con tanta pasión como atrevida ignorancia, cuando no conspirando contra la Dirección -**todo** director de colegio mayor es una proyección vicaria de la figura del padre, muy apropiada para ensayar en cabeza ajena la resolución del complejo de Edipo sin necesidad de exterminar al progenitor-.

MEMORIAS DEL CERBUNA

En realidad ese caparreo nocturno era algo así como lo que los psicólogos siguen empeñados en denominar no sin cursilería como psicodrama -término que, siendo repugnante, lo es bastante menos que el de terapia de grupo-. En la ocasión que referiré hubo un escenario muy concreto -**1a** habitación de Luis Sanmiguel, químico bilbilitano y uná de las personas más bromistas que he conocido-; un escarnecido sujeto paciente cuya identidad quedará velada para siempre tras el imaginario mote de Michelín, y que fue el protagonista principal de la mofa-befa; y un deuteragonista de excepción, mi querido amigo Jaime Bordonaba, compañero de carrera antes de consagrarse por entero a la pintura, que es para lo que lo había traído Dios a este mundo, y esporádico visitante del Colegio (de su laboratorio de fotografía sobre todo). Los demás participantes éramos un corifeo implacable compuesto por Javier Rodanés, Alfredo Nalda, Severiano Sodupe, José María Manrique y cuatro o cinco colegiales más y que ahora no recuerdo -**1o** siento, pero escribo de memoria y han pasado ya veinte años-; todos ellos estaban en el secreto de la verdadera identidad de Jaime. Todos ellos, salvo el destinatario del ludibrio que nos disponíamos a perpetrar: Michelín. Nevado de caspa y de química orgánica, grave y tieso hasta la pedantería, Michelín tenía aristas de erizo tímido y era desde luego tan buena persona como esforzado maoista; pero un maoista más ortodoxo que clandestino (su militancia era conocida hasta por los hongos de las duchas y eso pese a lo poco que ahí se prodigaba nuestro personaje, nunca más de una vez por semana).

El día diecisiete -**tal** vez el dieciocho, qué más **da**-de febrero de 1976, Luis Sanmiguel y yo habíamos anunciado a los conjurados con la mayor reserva que a la cena de ese día asistiría como invitado un tal Stanislav Miasto, veterinario y miembro del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia, quien se encontraba en España asistiendo, por ejemplo, a un congreso de patología canina; a la cena seguiría después un tertulia -**que** naturalmente tendría carácter clandestino y que se prometía animada-en la habitación de Luis Sanmiguel. A sus veintidós años, Jaime Bordonaba, cántabro de cuna por parte de madre y aragonés por residencia y por la rama paterna, rubio como el trigo, enjuto hasta el límite de la elegancia, con barba coquetamente recortada y una calva más que incipiente entre una fronda en retirada pero todavía adolescente, daba totalmente el pego de un checoslovaco apócrifo. Ninguno de los presentes hablaba una sola palabra de checo; era inevitable por tanto que recurriéramos al francés como lengua diplomática. Yo haría de intérprete de Jaime, para quien la de Moliere sería su segunda lengua -**¡el** checo era la primera!-: su defectuosa dicción quedaba así automáticamente disculpada. La candonga iba a comenzar.

Presenté a nuestro ilustre huésped ante la selecta concurrencia que asfixiaba la habitación -**más** de quince personas en un espacio de menos de seis metros cuadrados-; lo presente en español e hice un paripé de traducción que nuestro invitado agradeció con una exuberancia verbal a la altura de su dominio del francés.

-Moi aussi. Mercie

Y di por bienvenido al personaje. A partir de ahora **-proseguí-**, podeis preguntar lo que querais: Stanislav no ha expresado cautelas especiales al respecto y contestará en principio cualquier pregunta que le formuleis. Luis recogió el guante como habíamos previsto.

-Pregúntale, por favor, si gana más como veterinario que como miembro del Comité Central del P.C.

Mientras yo traducía, Jaime tenía tiempo de meditar la respuesta en su francés de urgencia.

-le gagne plus ou moins la meme quantité

Traduje. Menos por necesidad que por dar empaque a tan escueta declaración.

-Dice que gana aproximadamente lo mismo.

Asentimiento. Guños de complicidad de estar en la pomada. Comentarios de aprobación, pero también de cierta fingida sorpresa. ¿Se nos escaparía crudo el personaje? Pero no. Michelín, que se había ganado una justa fama de correoso ideólogo en las asambleas estudiantiles, se apresuró a disipar nuestras dudas.

-Díle, por favor, cómo ve la corriente de revisionismo creciente de algunos partidos comunistas.

Esta vez me extendí un poco más de la cuenta en la traducción, que resolví fingiendo afectación intelectual mediante el uso pedestre de algunas perífrasis redundantes. El objetivo no era otro que dar más tiempo a Jaime para que meditase una respuesta inequívoca.

-C'est un mouvement déplorable. C'est une véritable ruine qui peut bien menacer le comunisme international.

-Dice que deplora este tipo de conductas, que suponen una amenaza para el comunismo internacional. La ruina, en fin.

La respuesta de Jaime terminó por vencer las reticencias de Michelín, que veía ahora reunidas en este comunista checo las virtudes de la militancia más ortodoxa. Relajado por su sintonía con tanta pureza ideológica, Michelín acabó por bajar la guardia.

-Díle ahora, por favor, cómo ve la situación española.

-Tres bien. Tres bien. Tr_Cs favorable a rinstauration de la Troisieme Republique.

-Dice que muy bien, muy bien. Muy favorable a la instauración de la Tercera República.

Michelín se arrancó con una tímida ovación que los presentes secundaron más por disimular la hilaridad creciente que su inocencia comenzaba a suscitar que por verdadero entusiasmo republicano, que era entonces un valor entendido.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Desbocado, desmelenado de su pelo lacio, Michelín perdió el pudor de su timidez y pasó a las preguntas personales, cosa que nunca debió haber hecho.

-Díle, por favor, a qué se dedica su mujer.

Y Jaime, embalado por la temperatura que iba alcanzando la chanza, tampoco recató mucho más su respuesta.

-*Ma femme «cours?dle» aussi* -espetó en una muestra genial de ese híbrido de francés y español que se conoce con el nombre de franpagnol.

Ya no pude estirar más la superchería. ¿Para qué? La carcajada general fue de tal magnitud que hasta desde las habitaciones vecinas llegaban imperativos mensajes exigiendo silencio. Reíamos todos con la mayor crueldad. *Ma femme «courrelle» aussi*. ¡Ja, Ja, Ja! Michelín enmudeció a mayor velocidad todavía. La cara descompuesta, los puños apretados, el ademán cada vez más ausente, Michelín parecía estar incubando una venganza que por fortuna nunca iba a llegar. O no iba a llegar en toda su violencia. El alborozo de los demás fue apagándose poco a poco. De repente Michelín se levantó, nos miró, creo que con un odio del que no se iban a librar fácilmente nuestros familiares más cercanos, dio un sonoro portazo y desapareció durante dos o tres días, al cabo de los cuales huelga decir que nos tenía retirado el saludo a todos nosotros (a Luis y a mí mismo de un modo muy especial).

Una segunda y más sonora carcajada -esta vez sin la presencia incómoda del ideólogo burlado-se apoderó de la habitación y de la noche. Al cabo de los años me he cruzado con él por la calle en varias ocasiones y en todas me ha dispensado un saludo más que frío: álgido. Mucho más erosivo todavía que el más indiferente de los silencios. Sorprendentemente, no pertenece a la Asociación de Antiguos Colegiales: él se lo pierde. Y yo bien que lo siento.

LA DECADA DE LOS 80 Y EL COLEGIO MIXTO

Agustín Garnica Cruz

Simone de Beavoir dijo que si alguien pasaba una semana en un país, tenía material para escribir un libro; si un año, un artículo; y si permanecía 10 años, entonces era incapaz de escribir nada.

Yo tuve la suerte de estar casi una década en el Colegio, desde mitad de los años setenta, cuando comienzo a estudiar Químicas, hasta mitad de los ochenta mientras realizaba mi Tesis Doctoral. Durante este tiempo pasé por casi todos los puestos y lugares del Colegio, ya que llegué a desarrollar durante dos años las funciones de Subdirector, siendo Joaquín Lomba y Esteban Varela los Directores del Colegio y, por todas esas razones, ratifico plenamente el pensamiento de Simone de Beavoir.

Nada tenía que ver el Colegio cuando llegué con el Colegio cuando me fui. En el exterior del edificio sólo sobrevivía la valla, tan criticada cuando se puso y tan alabada poco después, y nuestro jardín o patio interior. Igualmente el interior sólo lo hacían los cimientos y paredes, junto con los dos ascensores, piezas de museo, que ninguna de las obras consiguió cambiar.

Realmente, en 10 años de obras continuadas cada verano, se llegaron a cambiar hasta los muebles de las habitaciones, del hall, del comedor, etc., etc. y lo que es más importante se cambiaron los residentes que dentro de todo el conjunto vallado habitan o habitábamos; y lo que es más importante, fuera del Colegio cambiaba la Universidad y cambiaba la sociedad.

Prueba de estos cambios son esas Normas para Régimen Interior del Colegio Mayor Universitario del fundador Pedro Cerbuna, de Zaragoza, de hace algunos años:

«Se ruega a los Sres colegiales observen cuidadosamente estas normas que la vida de comunidad impone y que constituyen la base de la disciplina que cada colegial residente tiene el deber de imponerse.

1ª Cumplimiento exacto de horario que será en días de clase: 7.30, primera llamada.- 8, Santa Misa.- 8.30, desayuno y lista.- 9, salida a las Facultades.- 2 tarde, almuerzo.- De las 3 a las 6.30, estudio.- 6.30, tiempo libre.- cena a las 10.- De 11 a 11,30 tiempo libre o conferencia.- 11.30, silencio.- 12, fin de actividades.»

Leerlas ahora nos produce risa a los más jóvenes, y otros, menos jóvenes, las recordarán con mejor o peor agrado. La realidad del Colegio de hoy y la de esas normas están tan separadas como la noche y el día. Leía hace unos días que España ya no tiene nada que ver con aquella que relató Larra. En efecto no es exagerado afirmar que la sociedad española ha cambiado más en las 20 últimos años que en los 200 años de inmovilismo anteriores. Esto es exactamente lo mismo que le ha sucedido al Colegio.

El Colegio es mixto desde el año 1988-89, siendo Director Esteban Varela, Catedrático de Derecho Romano en nuestra Universidad. En ese año los colegiales se enteraron de la noticia, curiosamente, por la nota de prensa aparecida en el Heraldo de Aragón el día 16 de Julio de 1988.

El hecho de enterarse por la prensa no agradó a los colegiales de ese año, ya que si de algo tenía fama el Cerbuna era de utilizar los métodos democráticos para elegir al Director y Subdirectores por los propios colegiales y personal de servicio del Colegio.

De todas maneras, aunque esa imposición por parte de la Universidad se tomó con mejores o peores caras, las fechas de junio no son para pensar en cosas que no sean los exámenes, y así se llegó al final de curso sin discutir demasiado el tema.

Los argumentos del rectorado fueron claros: «La matrícula de inscripciones de los nuevos residentes de primer año del curso 1988-89 del Colegio Mayor Pedro Cerbuna queda abierta a estudiantes de ambos sexos, mujeres y hombres». «Se pretende adecuar el marco de convivencia de este recinto universitario a la vida social y normativa jurídica de nuestro país y de la propia Universidad de Zaragoza». Con esta resolución llegó a su fin un deseo que muchos Cerbunos anhelamos durante muchos años.

¿Que de dónde o desde cuándo viene el origen del Colegio mixto? Pues bien, el origen pienso que ya estaba en la mente de los colegiales de los años 60, pero sólo en la mente, ya que no creo que se atrevieran a decirlo en voz alta. Al final de los años 70 esos pensamientos se pasan a la palabra y son varios los Consejos Colegiales en los que, medio en broma medio en serio, se habla de este tema; aun a sabiendas de que era algo totalmente irremediable. Por último, fue en la década de los 80 cuando aquellas ideas de hace más de 20 años llegan a convertirse en realidad en el curso 1988-89.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Para que esto sucediera tuvieron que darse una serie de circunstancias, de las que dos pueden ser las más relevantes. Una, la liberalización de la vida española en general y de la universitaria en particular y otra, la existencia de un rector, o equipo rectoral, denominado políticamente progresista. Pienso que con otro rectorado el hecho no hubiera llegado a su fin, a pesar del avance social de nuestro país ya referido.

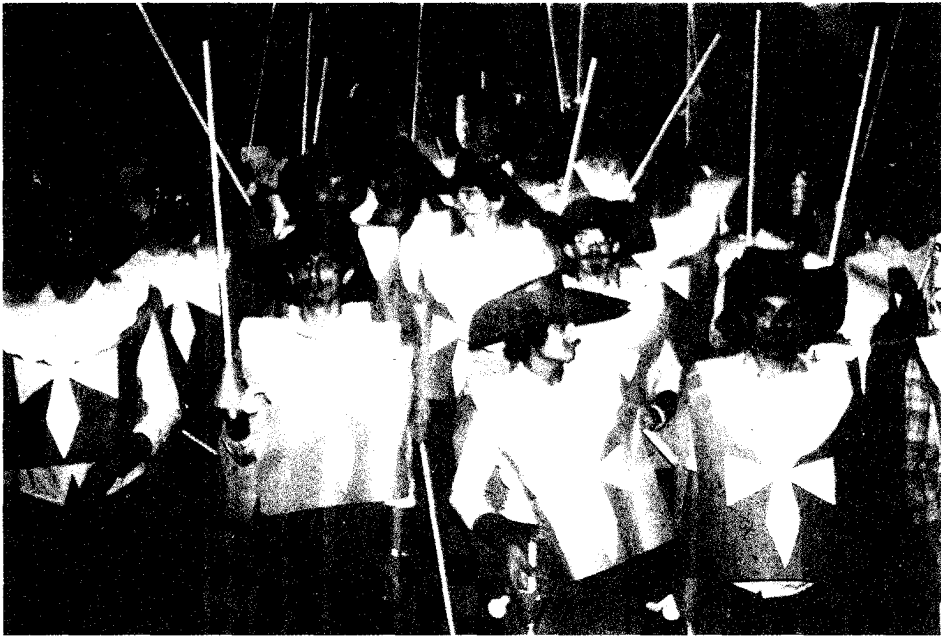
La avalancha de mujeres que algún Cerbuno se esperaba para el curso 88-89 no fue tal, ya que solo dos valientes fueron las que se atrevieron a vivir en el Cerbuna. Me consta que vivieron muy bien atendidas y que continuamente se encontraban rodeadas de galantes caballeros.

Al siguiente año, 89-90, ya fueron 22 las mujeres residentes, y en los cursos siguientes han sido 40, 60 y 80 las mujeres que se han ido incorporando al Colegio. Esta progresión indica que pronto la igualdad podrá ser total en cuanto a número y que otros tipos de igualdades también se van dando, ya que al principio las mujeres solo habitaban en el piso de «las 100», y hoy están distribuidas en igualdad de condiciones por todos los pisos.

De todas maneras resulta curioso que también el Colegio mayor Santa Isabel es mixto, y sin embargo prácticamente ningún hombre va a vivir a él. Cuentan que lo solicitan, pero que al aplicar el baremo de admisión, las mujeres tienen mejores notas y por tanto entran con más facilidad en nuestro vecino colegio. Hoy día son sólo unos pocos extranjeros de los programas de intercambio europeos los que residen en el Santa Isabel.

Llegado a este punto cabe preguntarse si es mejor o no el que el colegio sea mixto. Yo no lo puedo valorar por no conocerlo, pero después de hablar con residentes de hoy en el colegio, parece que la experiencia es muy enriquecedora a nivel de formación humana, y que de alguna manera para ellos no supone un gran cambio, ya que desde la EGB y el BUP están con chicas en todas las clases y lugares y por tanto ¿por qué abandonar a las chicas cuando siempre has estado con ellas?

Realmente tienen razón.



Novatos del Cerbuna por las calles de la ciudad.

LOS AÑOS CINCUENTA EN EL CERBUNA, VISTOS DESDE LOS NOVENTA

Ricardo-Javier Galtier-Martí Jiménez

Fue en una mañana del mes de octubre del noventa cuando, por motivos que no vienen al caso, me presenté en el despacho del catedrático de Filosofía don Joaquín Lomba quien, por aquel año, fue profesor del grupo de Geografía e Historia al que yo pertenecía. Este hombre de lejana sabiduría y perpetua sonrisa, supongo que no tuvo acerca de mí otras referencias que las necesarias para un buen seguimiento de la materia impartida a lo largo del curso, aunque para él pudo ser suficiente conocer que aquella primera semana de la carrera y más concretamente, el día anterior, me había instalado en el Colegio Mayor Universitario "Pedro Cerbuna".

Una enorme pero silenciosa sonrisa inundó su cara al oír este nombre. Me pareció que con esa mueca algo me escondía y ... creo, sinceramente, que no me equivoqué.

Me costó bastante llegar a relacionar a don Joaquín con el Cerbuna y lo conseguí, sin quererlo, cuando una tarde, paseando por la Gran Vía, tropecé con un antiguo compañero de internado en el afamado, entre los altoaragoneses, colegio de San Viator, en Huesca, donde la severa disciplina contribuía a que la calefacción sobrase hasta en enero a causa de las bofetadas que curas, frailes, hermanos e internos repartían por doquier, incluso al más escurridizo de los zagales.

¡Así se hacen los patriotas! voceaba un cura, totalmente ajeno a las frescas que se largaban dos gemelos de Ballobar en el recreo, allá por los últimos años del franquismo.

Aquel viejo amigo también había pasado por el Cerbuna, aunque una década antes que yo. Esta diferencia de años estaba motivada por los cinco años que en edad

él me aventajaba y por los siete que yo tardé en acceder a los estudios universitarios Y coincidió precisamente con don Joaquín Lomba en los años que había sido director de este Mayor que todavía, afortunadamente, me acoge.

Aquella sonrisa de don Joaquín volvió entonces a mi memoria y posiblemente también hallé su significado, nacida quizás de sus recuerdos como director, o bien surgida (desde luego no maliciosamente) de mi infortunio, puesto que, en los mismos días que él me recibió como alumno, tras la pesada hoja de madera de la puerta principal del Cerbuna, solían esperarme, como novato, los enfurecidos veteranos.

Don Joaquín debió de saber mucho de las novatadas que sufrían los recién llegados al Colegio aunque, según creo, permaneció en esta casa tan sólo dos años.

Por entonces los veteranos andaban finos. De varias fuentes de la época sé - aunque siempre se exagera todo- que cierta noche, en ese tiempo de su dirección, un muchacho nuevo protagonizó un breve pero estruendoso escándalo que rasgó por completo la quietud nocturna de la numerosa y variada fauna que poblaba el patio interior, así como de los afortunados colegiales que no vivían por las áreas en donde, cada medianoche, se crecía el bullicio.

Dicen algunos que aquel novato entró en una crisis nerviosa al verse acosado por los insaciables cerbunos; según cuentan otros la causa fue una fenomenal borrachera.

El caso es que, necesitando actuar para librarse de la furia o del ardor que le oprimían, abrió la ventana de su habitación sita en el último piso y arrojó por allí todo cuanto encontró. Eso sí, lo que cayó al jardín entre gritos, alaridos e improprios poco identificables con un mortal, fue todo lo que pertenecía a la habitación, incluido el lavabo y el radiador, pero nada de sus efectos personales.

Entre las anécdotas del pasado de este enorme edificio, narradas casi como leyendas por los más veteranos, los estudiantes, preguntándose si fueron ciertas o no, han ido dejando pasar los cursos alarmados ante la vertiginosa velocidad del tiempo, que transforma los cinco años de la vida colegial en un suspiro, aunque inolvidable, de sus vidas. Al cabo de los años y de las promociones, han sido aproximadamente tres mil ochocientas personas las que han pertenecido a esta Institución (al menos en esta época), de los que, unos tres mil, han correteado por estos mismos pasillos que ahora nos cobijan, bien en persecuciones sin tregua, bien en carreras sin frenos por no llegar tarde a la clase (o al desayuno, como ya se verá) o, como hacemos algunos de nosotros actualmente, cubriéndolos en bicicleta. Tres mil ochocientas experiencias que podrían narrarse en tres mil ochocientas historias que, como ocurre muchas veces, recordarían los buenos momentos en detrimento de los malos.

No hablaré yo aquí de mis aventurillas, demasiado recientes para incluirlas en la celebración de un cincuentenario. Lo haré sobre algo que la fortuna me ha dado al ser designado becario de los archivos colegiales, donde pretendo encontrar un orden para todo aquello que ha quedado escrito en la documentación que custodia el Cerbuna.

MEMORIAS DEL CERBUNA

En la complicada tarea de la reconstrucción de las cincuenta promociones de colegiales que me he propuesto hacer, se cuenta con la ventaja de los medios informáticos existentes hoy en el Colegio, sin los cuales, el trabajo sería prácticamente imposible de concluir. Pero la mayor dificultad estriba en todo aquello que los años y el olvido se han ido llevando consigo, sin esperanza alguna de poderse recuperar. Por ello, con el mero afán de hacer el mejor trabajo posible, no he tenido otro remedio que estudiar toda la información habida de cada colegial, para tratar de saber cuándo vino y cuándo se fue, y deducir así cuántos años estuvo. Me ha hecho falta leer cartas, revisar expedientes y ordenar cronológicamente cada documento

Me he permitido recoger algunas notas, casi todas ellas referidas a los años cincuenta, período sumamente rico en documentos en comparación al vacío existente en los cuarenta, posiblemente producido por la destrucción que se llevaría a cabo al cambiar el Colegio de sede; y la más que incomprensible desaparición de documentos en los sesenta, que puede hacer que mi trabajo se quede cojo.

Los recogidos son datos puntuales que pueden causar una cierta curiosidad a las promociones más modernas y a los actuales colegiales, desconectados por completo no sólo de lo que en la vida colegial pasaba en aquellos años, sino también de las dificultades sociales de una época ya lejana, que no corresponden en muchos casos con las nuestras. A ellos, genéricamente, van dirigidas estas líneas aunque, eso sí, las dedico a los que vivieron aquí hace cuarenta años, que espero encuentren alguna añoranza, deseando también que me corrijan.

Para este humilde investigador, le ha sido una tarea difícil imaginar lo que ha ido leyendo, aún contando con las ventajas que le suponen el conocer el campo de batalla después de cinco años de cerciorarse cuán largos son estos pasillos, o el haber sobrevivido en aquel colegio de curas antes y durante de la transición democrática. Sí, ésta última es una experiencia valiosa, puesto que, por la década de los cincuenta el régimen del Cerbuna era civil, pero parecía más bien escolapio. Y tratando de imaginarlo todo, pienso que aquella situación debía de ser bastante peligrosa para unos mozalbetes que, rondando los veinte años y lejanos de la tutela paterna, luchaban ya por su libertad.

No nos quejemos hoy de cómo está el Cerbuna. Esto, ciertamente es una maravilla aunque, desde otros puntos de vista, aquello tampoco debió de ser malo.

Por su libertad debía de estar luchando un muchacho allá por el año 1955 cuando, prácticamente emancipado de la familia, topóse con que al cuarto año de su estancia en el Colegio, se aprobaba en éste un nuevo reglamento interno. Muy feas debieron de ponerse las cosas puesto que, en connivencia con sus padres, optó por abandonarlo, comunicando su decisión al señor director. Pienso que este nuevo reglamento respondía a que la institución había estrenado pocos años el nuevo edificio, en donde estamos ahora, y había que acomodarse a la nueva situación sin apartarse del entorno social y político del momento.

El nuevo reglamento, del que desconozco su contenido al estar fuera de lo que comprende mi labor, debió de estipular todos los aspectos de la vida colegial, tal y como lo tenemos ahora con otro aprobado hace escasos años, eso sí, por todos los colegiales. Porque el reglamento de entonces, en un régimen tan distinto al actual, dudo mucho que se dejase oír a los rebeldes cerbunos, que seguramente se dieron de narices con él.

Formar parte del Colegio debía de ser algo más sencillo que ahora ya que, en general, había menos estudiantes. Lo difícil por entonces era acceder a la carrera universitaria, un auténtico privilegio para esa época. Los padres, como ahora, debían solicitar la admisión mediante la clásica instancia a la que no debía faltarle la póliza (de una cincuenta pesetas), primer requisito que había que cumplir hasta hace pocos años en cualquier petición ante las administraciones públicas.

El desenvolvimiento de los padres al hacer la petición no deja de ser curioso, usando unas fórmulas certeramente amables, que en estos últimos años parecen haberse olvidado en la correspondencia de cualquier tipo, además de las parrafadas aquellas como esa de es gracia que espera alcanzar del recto proceder de Vd. , cuya vida guarde Dios muchos años, que se añadía como colofón y que afortunadamente, desde hace poco, ya no se usa. El resto de la instancia estaba más bien arreglada según el grado de desenvolvimiento, de agudeza y perspicacia del exponente, intentado averiguar de una vez cuáles serían las condiciones de vida en esta nueva casa y, por supuesto, midiendo mucho al mancebo que abandonaría por primera vez el calor hogareño. De este modo, un padre, sabedor de las características propias del Colegio, como su situación geográfica o su orientación, rogaba al señor director colocase a sus dos hijos en habitaciones contiguas y que no estuvieran con vistas al temido Moncayo.

Y es que las habitaciones no siempre las pudieron elegir los colegiales, como lo hacen ahora. En multitud de ocasiones he podido encontrar a personas que su primer año lo pasaron en cuartos que hoy consideramos que son de veteranos -de viejos veteranos-; sin embargo, cuando terminaron su carrera lo hicieron pegados a los baños o al ascensor. Pero hubo cierto año, concretamente en 1955, en que se remitió a todos los admitidos un plano para que, antes de incorporarse, manifestaran cuáles eran sus preferencias a la hora de elegir habitación. La experiencia debió de resultar nefasta, puesto que no hay constancia de que aquello se hiciera algún año más, bien porque los numerosos novatos de aquel entonces no tuvieran ni la más remota idea de adónde ir, bien porque todos los veteranos eligieran una misma habitación. Un padre, claramente preocupado por la suerte de su hijo, se confesaba por escrito al director, de esta forma: ...mi hijo me ha dicho por teléfono que ayer había tenido cambio de habitación y que, como es normal, como novato, le ha correspondido "Moncayo". Aunque hasta la fecha este invierno se está portando bien, mucho celebraré que para el curso próximo le corresponda variar de orientación, pues parece existir bastante diferencia en el aposento.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Otros padres no se preocupaban tanto por las comodidades de sus hijos, debido quizás a que en la todavía no lejana guerra les tocó servir en infantería y no en caballería. Uno de ellos, visiblemente cansado de los largos años de permanencia en casa de su inaguantable vástago, solicitó una plaza allá por 1954 desde la lejana Zamora, muy interesado por el Colegio, dadas las referencias que tengo y deseando un severo control de sus andanzas.

Las referencias, otras referencias, eran valiosísimas para entrar con buen pie en el Cerbuna, aunque fueron pocos los colegiales que llegaron recomendados por un General Gobernador de una plaza militar, por el Gobernador Civil de una provincia, por un alto cargo político del Movimiento o por un catedrático. Bastantes venían recomendados por las autoridades de su pueblo, ensalzándose siempre como virtud el buen comportamiento del muchacho, algo tan necesario en estas edades difíciles. Pero la mayoría llegaban al Colegio sin nada más que la carta de su padre, con membrete de imprenta, casi siempre de familias asentadas gracias a su cualificación (médico, abogado, dentista, alcalde o secretario) o por la riqueza patrimonial o mercantil de los burgueses de las pequeñas ciudades.

El desembolso que suponía el colegio era de 889 pesetas mensuales en el año 1954; de 1,977 pesetas con 80 céntimos en 1962, y de 3,856 pesetas con tres reales en 1970. Para el primer año compárese con un dato de la vida corriente: la suscripción anual al Heraldo de Aragón era de 180 pesetas.

El Colegio se abría generalmente hacia el 15 de octubre, pasadas las fiestas del Pilar, después de la cena. Para entonces, las familias deberían haber mandando ya el colchón, dos juegos de sábanas, dos o tres mantas y la colcha, además de dos servilletas, un servilletero, el cubierto completo y los dos saquitos de tela, que es lo único que todavía se trae hoy.

Esos días, como se ve, suponían el agosto para las empresas del transporte, como la casa Ochoa, que tenía prácticamente el monopolio del Cerbuna. Sin embargo, la diversa atracción estudiantil que provocaba el Cerbuna no dejaba de ser una complicación. La mayoría de los estudiantes eran de las regiones del Ebro, Navarra y el País Vasco y el transporte era realmente fácil, ya que fueron aquellos años de emigración momentos en los que, lo poco que se viajaba, se hacía con toda la casa encima. En 1954 desde Calatayud avisaba un padre del envío del colchón para su hijo y le advertía al director que si llega tarde es por culpa del recadero. En 1959 a un muchacho melillense no se le obligó que trajera el colchón, haciéndose cargo de ello el Colegio, pero varios años antes, este mismo problema lo planteó un padre desde un lugar algo más remoto, empezando así su angustiada carta: "Señor Director ¿Cómo voy a mandar un colchón desde las Canarias?..." Al final se le dio otro de alguien que ya había terminado la carrera y que había dejado varias pertenencias en su habitación.

De las novatadas nada se ha recogido, a no ser que a ello se refieran algunos castigos disciplinarios que sufrían los colegiales. Castigos, de todos modos los habí

en todo el año, como gamberradas. Es difícil saber si como los padres escolapios, los salesianos, los viatorianos, los agustinos o los mercedarios, se llegaban a propinar bofetadas, coscorriones, estirones de patillas, pellizcos en los muslos, si te izaban de la papada un palmo del suelo o te dejaban colgado de las orejas. Lo cierto es que cada colegial, antes de 1954, tenía en su expediente dos hojas enteras para dejar anotados todos aquellos hechos que fueran reprochables. Disponían de quince puntos que, perdidos, provocaba la expulsión definitiva del Colegio.

Suponía un punto alterar el orden en las habitaciones o en el comedor; llegar tarde al desayuno o a la cena, en las que se pasaba lista, y faltar a la misa del domingo. La más común, como demostró un colegial que en 1955 durante cuatro días consecutivos reincidió, era llegar tarde o no llegar, a la lista del desayuno, probablemente por habersele pegado las sábanas. Pero había colegiales más atléticos: Uno perdió cuatro puntos de vez por alterar el orden en un tranvía por la plaza de España, lo que le supuso regresar al Colegio acompañado de los grises. Otro colegial perdió cinco puntos de una vez ya que, de alguna forma que los inquisidores no llegaron a relatar, insultó y remojó a un transeúnte desde la ventana de su habitación. Uno más perdió diez puntos ya que, según le cuenta el señor Director al padre, días pasados se le encontró jugando a las cartas en el interior del Colegio, falta que es considerada como grave, por las consecuencias tan trascendentes que tiene. Pero hubo uno, novatillo por más señas, que superó con creces el listón de los quince puntos de un solo salto. En las explicaciones que daba el señor director a los correspondientes padres, se manifestaba que la expulsión era a resultas de ser un alcohólico y por inducir a sus compañeros a intoxicarse, promoviendo un gran escándalo en el interior del colegio.

Asimismo, hubo otro que, con toda lógica, fue también desterrado de la vida colegial definitivamente ya que, habiendo sido agredido, no tuvo la molestia de informar de tal hecho a la dirección.

No he logrado saber lo que le pudo pasar al agresor, si es que era también colegial.

Pero había otras muchas sanciones que han quedado anotadas en los pocos expedientes que han llegado hasta nuestros días: alterar el orden en las habitaciones o en el comedor; faltar al silencio; descuidar el mobiliario; por permitir tertulias en la habitación; por faltar al reglamento del Colegio -tener un hornillo eléctrico en la habitación-; por arrojar objetos al patio; por jugar a la pelota por los pasillos; por faltar al orden después del toque de silencio o por partir de vacaciones y no anotarse en el libro de salida. Lo peor que le podía pasar a un colegial era pernoctar fuera del colegio. Alguno lo hizo y ya no le fue necesario regresar al centro. Era mejor, por supuesto, regresar antes que no hacerlo, aunque por ello el evadido fuera protagonista de un incidente callejero que supusiera la intervención de las fuerzas del orden, acción esta última que se repite, según la información obtenida, cada vez que alguien optaba por desertar.

MEMORIAS DEL CERBUNA

Pero en los incidentes en las calles de Zaragoza originados al parecer por cerbunos, también intervino, en una ocasión, el propio ejército. Hacia 1958 un estudiante de derecho se debió de topar con un simple comandante que, por la documentación conservada, debió de ascenderse a sí mismo a general. Habría que haber estado allí para saber quién de los dos se puso más chulo, pero lo cierto es que el juzgado togado militar abrió un procedimiento previo. Del colegial, con el tiempo, se preguntó hasta cuál era su situación militar, algo que el Colegio no pudo responder puesto que aquel no fue readmitido un nuevo año por no presentar una conducta aceptable.

Una conducta bastante rara también debió de mostrar cierto colegial cuando al padre se le advirtió, por parte de la dirección del Colegio, de la necesidad que tenía su hijo de participar con sinceridad y entusiasmo en la vida colegial, bajo pena de ser devuelto a casa. Otro padre debió de quedarse con un palmo de narices al recibir una seca misiva cerbuna en la que se condenaba a su hijo a no ser readmitido por un año. Preocupado, contestó a la misma preguntado el porqué de tan drástica decisión, contestándosele a su vez con evasivas. Más mosqueado todavía, el padre volvió a la carga preguntando sobre los delitos que el hasta entonces inofensivo hijo había cometido. El Colegio, deseando ya poner fin a tan prolongada correspondencia, decidió aclararlo todo haciendo virtud de las nobles condiciones del ya ex-colegial, de esta guisa: Siento comunicarle que su hijo aun no habiendo cometido falta alguna, no ha logrado encajar dentro de la disciplina colegial y de las necesidades de una especial convivencia, que son indispensables para el espíritu y misión del centro.

Cumplida la pena, el chaval no fue readmitido tampoco, esta vez por mal expediente.

Unos años antes, recién estrenado el colegio inmediato a la carretera de Valencia, otro colegial originó dos actos de gamberrismo por las calles de Zaragoza. Quizás hubiera podido librarse de la expulsión si, como en otros casos, los hechos no hubieran ido más allá de las autoridades policiales o judiciales. Pero, como bien se destaca en la carta que fue remitida a los padres justificando su expulsión definitiva, lo peor de todo fue que los hechos llegaron a difundirse con todo detalle en el Heraldo de Aragón, El Noticiero, Amanecer, Radio Zaragoza y Radio Juventud.

La condescendencia tampoco fue una virtud que se abandonase en este mundo colegial tan rígido... según nuestra óptica actual: Muy señor mío: Ni por las notas obtenidas ni por la conducta de su hijo, debería readmitirlo en el curso próximo pero, por su simpatía, un buen fondo y su propia condición de portorriqueño, quiero darle la oportunidad de los exámenes de septiembre. Si en ellos saca alguna asignatura con mucho gusto autorizaré su reingreso.

Por supuesto que en el Colegio no todo eran malas piezas. En 1960 un colegial finalizaba sus licenciaturas en Derecho y Filosofía y Letras a la vez, habiéndolo cur-

sado todo en tan sólo cinco años. A otro brillante estudiante de cuarto curso de medicina se le expidió un certificado en 1957, por el que el Colegio se responsabilizaba de que aquel pudiera realizar durante el verano un viaje por Europa, excepto a Rusia y países satélites, sin intención de emigrar y garantizando su vuelta a España en el plazo que le sea concedido. Pero, entre las buenas o las malas piezas, también los había malos, muy malos estudiantes, como siempre los ha habido. Ello lo refleja otro sufrido padre que, deshecho por el poco provecho de su hijo tras seis años, en los cuales sólo había sacado dos cursos, se remite al señor director del Cerbuna para manifestarle su deseo de que lo admita de nuevo en el Colegio: ... regresa con nuevos bríos aunque, presumo que no sean por estudiar y encarrilarse... ¿motivo?... pues... lo que quizá no hayamos podido conseguir tanto Vd. como yo con buenos consejos, lo consigan unas faldas.

Muchas bajas también eran voluntarias, como aquella que provocó el cambio de reglamento. De pocas de ellas conocemos las causas aunque los malos resultados académicos son las más presumibles. En 1951, cuando la sede del Colegio acaba de dejar el edificio del actual bingo del Paseo Fernando el Católico (aunque por entonces todavía era ese sector la Gran Vía), esquina con la calle Ferrocarril (hoy avenida de Goya) y la calle Baltasar Gracián, un colegial abandonó el centro a los 19 días de haber entrado por lo lejana que está Veterinaria.

Por lo que he podido comprobar, el viejo colegio, en el que luego se instalaron las colegialas del Colegio Mayor Santa Isabel, albergó a tan sólo 100 colegiales.

Los tiempos, como se ve, han cambiado mucho. Si el poder ejecutivo de este Colegio continuara apoyándose en aquellas viejas reglas... ¿cuántos de nosotros se habrían librado de encontrarse con todos sus trastos, repentinamente, allí fuera, en el jardín?

Quien suscribe, por poner un insignificante ejemplo, entró de novato en este Mayor con un frigorífico de su tamaño...

Muchas cosas más podrían contarse de aquellos años si las tintas y las letras que durante ya varios meses he ido leyendo, dejaran ver las plumas, las manos y las personas que las trazaron; si estos papeles arrugados y amarillos por el tiempo nos hablaran de los momentos en los que estuvieron a punto de ser usados, guardados todavía en el escritorio; si esas viejas fotos de carnet, con miles de miradas que se clavan en nuestros ojos, nos pudieran expresar el sentimiento que esas mismas personas tuvieron en el brevísimo instante en que fueron hechas. De un archivo, si el tiempo no apremiase tanto, se podría sacar mucho, pero, hoy por hoy, de unos momentos que no son tan lejanos, son sus protagonistas los que tienen la palabra.

CERBUNA-SANTA ISABEL

Agustín Garnica Cruz

Parece el título de un partido de fútbol, pero no lo es. Curiosamente, bajo él se puede escribir, en unas letras sobre los Colegios Mayores Universitarios Pedro Cerbuna y Santa Isabel de la Universidad de Zaragoza, de todo menos de un partido de fútbol.

Asaltos con escalera al estilo de los piratas, canciones insinuantes, visitas de «nuevos/as colegiales», novios, novias, «errores arbitrales», bodas, y aún estoy seguro de que algún descendiente de una unión cerbuno-isabelina acabará o habrá acabado ya sus días de universitario/a en estos Mayores.

Recuerdo aquellos Consejos Colegiales, con José Luis Viviente de sufrido director, en que sólo se pensaba en dar la Beca de Honor a «La Canaria», guapa mujer de las islas que, a los dos días de llegar a Zaragoza, ya estaba en boca de todos. Nadie conocía su nombre, pero su fama pronto llegó hasta el mismo Consejo Colegial. Realmente, era guapa.

Recuerdo aquellas cábalas en el bar o en los «caparreos» de la Habitación, cuando, en lugar de estudiar, planeábamos la construcción de un túnel que conectase los dos colegios por debajo de la carretera y del frontón. La idea era....irrealizable.

Recuerdo cuando, siendo subdirector, me llamaron un domingo a media mañana para sacar a dos cerbunos, famosos noctámbulos, que, entre su pasión por las chicas y su amor a Baco, estaban anclados en el 50 piso del Santa Isabel y no había forma de que bajasen.

Son tantas y tantas cosas que bien se puede decir que los dos colegios han vivido en simbiosis el uno con el otro, y de ahí el título de este breve artículo.

Además de estas historias, y pasando a cosas aún más serias si cabe, se pueden diferenciar tres etapas bien claras en las relaciones entre los dos colegios.

En la primera etapa, sin duda la peor, el Santa Isabel era impenetrable; ningún cerbuno iba ni siquiera al bar. Creo que no existía relación ni entre las direcciones ni entre los/las colegiales, salvo en la primera semana de curso. Como esta época fue mala, pues no escribo nada más de ella.

La segunda etapa, mucho más alegre y dinámica, llegó a finales, muy a finales de los años 70, y se normalizó en los primeros 80. En esos años existió entre los dos colegios una relación que podemos llamar normal y armonizada. Algunas personas, como las que formaban los correspondientes equipos directivos, tuvieron mucho que ver en ello; al igual que la evolución de la sociedad española, en general, y la de la universitaria, en particular, que ayudaron a cumplir los propósitos que las respectivas direcciones tenían de realizar una «unión» entre los dos colegios: que no se limitasen a vivir el uno al lado del otro, sino que marcharan juntos en lo que a actividades y convivencia se refería. Claro está que dentro de lo posible en aquellos años.

Por entonces empezó a ser normal que los cerbunos pasásemos a tomar café al bar del Santa Isabel y, más aún, comenzó la etapa de organizar actividades culturales conjuntas; se admitía a las colegiales del Santa como socias del Cine-Club Cerbuna, se organizaban ciclos de conferencias conjuntos, etc., etc.

Esta segunda etapa puso los primeros pilares para una relación acorde con los tiempos, una relación enriquecedora para los/las colegiales que ha desembocado en lo que se puede denominar tercera y actual etapa.

Ahora, los dos colegios son mixtos, los dos son de la Universidad, y hoy en día, cualquiera de nosotros, si tuviéramos menos años, podríamos esta viviendo en uno de los dos indistintamente. Vivir para veí-, como habitualmente se dice.

Parece que, al principio, los chicos no se animaban mucho a ir a vivir al Santa Isabel, paradojas de la vida, y que se ha comenzado llevando allí a estudiantes extranjeros del programa Erasmus y otros proyectos europeos. Supongo que será para dar ánimos a los estudiantes de aquí y que se atrevan a hacer lo que muchos deseábamos no hace demasiado tiempo.

En el Cerbuna, la evolución también ha sido lenta, ya que en el primer año de colegio mixto sólo hubo dos chicas -que, por cierto, cuentan las crónicas que eran tratadas como reinas- pero en el segundo ya eran más de veinte y el número creció en el tercer año de colegio mixto.

En buena lógica, si ahora fuera el año 2000, seguramente los dos colegios estarían al mismo nivel de chicos y chicas, y todos/as se reirían si les contásemos nuestras pasadas aventuras para conseguir despistar a Marisa, la recepcionista, y llegar solamente hasta el segundo piso; o aquellos asaltos que algunos tuvieron la suerte de lograr...

MEMORIAS DEL CERBUNA

Como siempre se dice, estudiamos demasiado pronto... Pero desde luego, yo personalmente no cambio aquellos años de cerbuno por poder vivir hoy en un colegio mixto. Entonces vivíamos de maravilla, y hoy...¡quién sabe lo que nos podría pasar!

LA TUNA DEL CERBUNA

Angel Pacheco Latorre

Al glosar la existencia del Cerbuna, no podría faltar una pincelada sobre su tuna, que ha contribuido a la alegría y jolgorio colegial durante los últimos treinta años, desde aquella fiesta de Santo Tomás de Aquino de 1966 en que hizo su presentación tras meses de ensayos.

La tuna nació en el Cerbuna de forma natural, como el árbol en el monte o el fruto en el árbol, porque es un elemento que encaja perfectamente en el entorno de un Colegio Mayor por su innegable carga cultural y universitaria, acumulada durante siglos de existencia, como demuestran sus trajes y capas.

Pero la tuna también tiene un aspecto lúdico-festivo que le hace sentirse especialmente bien en un Colegio como el Cerbuna, cuyo jolgorio existencial ha cristalizado en historias legendarias, plasmadas con toda seguridad en otras partes de este libro.

Estudio-ensayo, examen-actuación, cultura-música, fiesta-juerga. Hay muchas facetas que son análogas en la esencia del Colegio Mayor y la Tuna

Comenzando por su vertiente más seria (la cultura), habría que decir que la Tuna del Cerbuna ha pasado por diferentes etapas en cuanto a su musicalidad. Son famosas las épocas en que las guitarras y bandurrias se veían complementadas con instrumentos orquestales en toda regla, como el famoso contrabajo cuyo origen descubre José Ma Cuesta en su artículo, el algo más manejable violín y la bastante más ligera tlauta travesera. Incluso instrumentos renacentistas como la mandolina o el muy eclesial armonio de la capilla del Colegio han formado parte de nuestra tuna. Y es que el Cerbuna ha visto pasar músicos muy notables (aunque quizás no profesio-

nales ni famosos) en este último medio siglo, algunos de los cuales ha formado parte de su tuna. Permittedme mencionar aquí a algunos de la época más reciente, como Juan Carlos Falcón, el Canario, capaz de dominar cualquier instrumento tuno -y otros no tan tunos- y la voz preciosa de Manuel Antón «Radar». Otros muchos fueron miembros de la Tuna del Distrito Universitario, lo que nos da idea de su bien hacer.

Pero no todos estos años se ha podido formar una tuna de pentagrama y atril. La ampliación de la sección de percusión ha sido un recurso bastante frecuente en los años de sequía de corcheas. Triángulos, cascabeles, castañuelas y maracas, además de las consabidas panderetas, han disimulado alguna que otra bisoñez musical, pero la mayoría de las veces sin rebajar la calidad de las actuaciones, porque en esto de la tuna las ganas, el ritmo innato y la gracia aporreando el instrumento compensan con creces la falta de solfa.

En la actualidad, la tuna del Cerbuna está compuesta por quince miembros activos, que tocan bandurrias, guitarras, laúdes, acordeones, panderetas, máscaras y hasta pasean la bandera. Lejos de quedarse atrasada en el tiempo, su composición es un fiel reflejo de la evolución del Colegio y de la Universidad: el mayor intercambio con otras universidades y el subsiguiente incremento de estudiantes extranjeros se ha plasmado en una tuna «internacional». Colegiales franceses e italianos han formado parte de la tuna en los últimos años. No se descarta la presencia de algún oriental en el futuro, aunque la experiencia nos demuestra que los latinos somos más proclives a la llamada de la tuna.

Vemos, pues, que la tuna representa muy dignamente al Colegio en sus numerosas salidas por Aragón y sus vecinas Navarra y La Rioja, lo que nos lleva a un aspecto importantísimo de nuestra estudiantina: su labor como estandarte del Colegio allá donde va. En los últimos años Ainsa, Lodosa, Huesca, Alcorisa, Jaca, Alcañiz, Teruel, Larué y otros muchos pueblos, además de Zaragoza, conocen del Cerbuna a través de su Tuna. Como ejemplo de todo ello es reseñable la felicitación que el Ayuntamiento de Alcorisa nos envió tras nuestra actuación allí.

Es también destacada la aportación de la tuna al realce de los actos académicos del Colegio: en la apertura del Curso Colegial con la entrega de becas a las madriñas; en homenajes, contribuyendo a su brillantez y emotividad; y siempre alegrando al personal. Y es que los actos académicos en el Colegio son siempre actos cerbunos, y en ellos la tuna es ese sazonado de «cerbunidad» que autentifica la ceremonia.

Hay una característica de toda tuna que no podría dejar de reflejarse en la del Cerbuna; sus miembros no se desvinculan al terminar los estudios, sino que, llamados por tan gratificante tarea, continúan ligados a ella, tanto actuando como ayudando a formar nuevos tunos que perpetúen la especie. Es ésa la misma vinculación del antiguo colegial al Cerbuna, y aquí volvemos a ver la estrecha similitud entre las esencias del Cerbuna y las de su tuna.

MEMORIAS DEL CERBUNA

¿Y las anécdotas? Haberlas, haylas, por supuesto. Seguro que en este año de celebraciones no se dejarán de evocar episodios como aquel pequeño «hurto» acaecido en Castellón: una escalera de bomberos fue «Cambiada de sitio» para rondar a unas bellas lugareñas, lo que motivó la ira del Gobernador Civil de turno y la subsiguiente expulsión de aquella ciudad. Como elementos rondadores también sirvieron el ya mencionado armonio de la capilla trasladado en un carrito, lo que no tuvo tantas consecuencias administrativas, o aquel banco de piedra del parque, trasladado no se sabe cómo hasta el hall del Colegio..

También se recordarán las innumerables invasiones de las habitaciones del Santa Isabel, tras las que Pascual López Lorenzo, entonces director del Cerbuna, tenía que hacer gala de su diplomacia para apaciguar los ánimos de la dirección del colegio vecino, que no de las colegialas, quienes recibían con alborozo la alegre y ruidosa -pero a la vez clandestina- presencia de la tuna en sus aposentos. Hay que aclarar que por aquel entonces los varones que no fueran progenitores de las colegialas tenían vedado el acceso a las habitaciones del Santa.

¿Qué más os voy a contar de la tuna? Pues que aunque es también historia del Cerbuna, es un elemento vivo. Pasaos por el Colegio en una fecha señalada y podréis verla en acción y disfrutar con sus canciones, y si véis en cualquier lugar una tuna con la cruz de Iñigo Arista en la beca azul... invitadles a una copa y cantad con ellos, pues estáis entre cerbunos.

LOS CAPELLANES

Gregorio Muñío González

Me pedís que escriba dos o tres folios sobre «Los Capellanes» y me resulta gratísimo colaborar con esta semblanza a la conmemoración de los 50 años de la fundación del Colegio Mayor Cerbuna.

Comencemos por la palabra. Es hermosa su etimología. El capellán cuida de la capilla, vocablo que se deriva de capa, «por alusión al pedazo de su capa que San Martín dio a un pobre y al oratorio que se erigió donde guardaban esta reliquia». Corominas *dixit*.

Desde sus inicios, el Cerbuna ha tenido capilla y de ella han cuidado capellanes ilustres. Capilla había también en todas las Facultades. Nada de extraño por las circunstancias de postguerra en que se restauraron los Colegios Mayores. De hecho, quienes idearon el edificio actual colocaron en el centro la capilla, noble y bien diseñada.

Fue primer capellán -todavía en el primitivo emplazamiento de Gran Vía- D. Pedro Altabella Gracia (1943-1947), sacerdote de altos vuelos, que llegaría a Monseñor. Aragonés de pura cepa, había nacido en Aguaviva (Teruel). Cuando llegó al Cerbuna tendría 34 años. Lo trajo otro bajoaragonés, D. Miguel Sancho Izquierdo, entonces Rector Magnífico de la Universidad, natural de Calanda. D. Pedro, junto con D. Fernando Solano, director y D. José Ma Rodríguez Campoamor, subdirector, formaron un equipo directivo al que recuerdan con cariño los colegiales de la primera hora.

El propio Rector, D. Miguel, ha evocado aquellos momentos con estas palabras: «Fuí yo quien, al permitirme el Arzobispo Doménech, que tanto me estimaba,

que le propusiera un nombre para dicho cargo de director espiritual, le di el de D. Pedro, que fue así, desde el principio, el espíritu que animaría el naciente Colegio, primero en su instalación en varios pisos de un inmueble de la apenas iniciada Gran Vía; luego, en el edificio que con tanta ilusión veíamos crecer, juntos con él, el director, Fernando Solano, y yo, perfilando incluso detalles, como las inscripciones que D. Pedro hizo que se grabaran en la mesa-altar (*Monseñor Pedro Altabella*, eds. Ateneo de Zaragoza, 1983, p.71).

Un detalle, estas palabras, que nos pone en la pista de a quiénes se debe la decoración de la capilla, que tanto agrada a los visitantes. Las tablas que decoran el presbiterio están hechas con gusto. Representan a los patronos de todas las Facultades. Junto con el retablo y el sagrario que se guarda en la sacristía, procedentes de Gran Vía, son ya un pequeño «tesoro» que ha ganado valor con el paso del tiempo.

De su estancia en el Colegio recuerdan los colegiales su «sincero y exquisito trato» y la «alegría e ilusión que tuvo la gracia de imprimir en su fecunda acción de apostolado» (J.A. Bolea, id., p. 99). Don Pedro había sido consiliario nacional de A.C., de las escuelas de don Angel Herrera, en línea con lo que se ha llamado «catolicismo social». Por el Cerbuna pasaron en aquellos años sacerdotes de la talla del P. Llanos, que dirigió unos ejercicios espirituales. Otro antiguo colegial, Jesús López Medel, dice de don Pedro que «entendía lo religioso como pensamiento, vida y acción espiritual. Nos decía crecer en lo humano y en lo social, porque era la manera de hacernos crecer en lo religioso. Se tratase del deporte, la orquesta, la poesía, las fiestas sociales con las del femenino Santa Isabel, o la revista» (id., p. 23). Don Pedro Altabella permaneció en el Cerbuna hasta 1947. En Salamanca fue después canónigo penitenciario y en 1950 le nombraron canónigo en el Vaticano, cargo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en Zaragoza el 1 de noviembre de 1982, apenas unos días antes de la llegada del Papa Juan Pablo II a nuestra ciudad. A don Pedro se le ha tenido siempre un gran aprecio en Aragón y su casa era punto de referencia obligado para cuantos visitaban el Vaticano. Siempre recordó el Cerbuna con especial afecto.

Le sucedió un religioso agustino, el Padre Gerardo Enrique de Vega (1947-1951). El arzobispo Doménech buscó para el caso un hombre bien formado, de recia espiritualidad castellana, conectado con los movimientos de apostolado seglar de la época y experto en el trato con jóvenes. El P. Gerardo era psicólogo de profesión, *rara avis* entonces en un eclesiástico, serio de carácter, pero bondadoso en el trato. De él he oído contar que compartió habitación con algún colegial porque los pisos de Gran Vía no daban más de sí. «¿Para qué quiero yo un despacho tan grande?». El Cerbuna podía tener un colegial más.

Cuentan quienes vivieron la época que la disciplina era muy rígida, «casi militar», pero los cerbunos estaban contentos y no parece que criticasen demasiado los controles de entradas y salidas, horarios y otras servidumbres. Naturalmente, se

MEMORIAS DEL CERBUNA

rezaba en el comedor, todos muy serios y puestos en pie. Era un estilo: cada uno en su sitio y sin ladearse. Sin embargo, era un estilo que se aceptaba y los colegiales se muestran, en la Revista «Cerbuna», que entonces se editaba, encantados con ese espacio de libertad que, a pesar de todo, suponía estar en el Colegio Mayor.

Es justamente en esta época cuando empieza a cuajar el «espíritu propio» del Cerbuna como un espacio de libertad. Se adoptó como santo y seña del Cerbuna la frase *ubi spiritus, ibi libertas*. Un lema en el que bastante tendría que ver el capellán, ya que, además de escrita en latín, está tomada en la segunda carta de San Pablo a los Corintios (3,17).

La vida religiosa de aquellos años fue intensa. Muchos colegiales eran militantes de A.C. Cada año se celebraban ejercicios espirituales en retiro, al principio de manera obligatoria para pasar luego a ser voluntarios. En el Colegio existía una sección del Apostolado universitario y del Apostolado de la oración. El director espiritual o capellán pertenecía al equipo directivo y vivía en el Colegio. Cuando se inauguró el edificio actual, se le asignó un piso encima del que ocupaba el director. Todavía estará retirada por algún rincón la placa identificativa del despacho del Capellán, en la primera planta. No hay que olvidar que las disposiciones legales colocaban «la educación religiosa de los colegiales» en el primer lugar de la larga lista de fines y funciones de los colegios mayores.

Siguió al P. Gerardo un canónigo del Pilar, don José Puzo Espín (1951-1954). Experto en temas teológicos, pertenecía a una vieja escuela aragonesa de comunicadores religiosos. Su especialidad era la catequesis. Dirigía el Colegio de Infantes del Pilar. Por «un poco niños» tendría también a los cerbunos aquel venerable sacerdote que llegó al Colegio con más de 50 años. A don José le tocó el cambio y la acomodación del Colegio en el nuevo edificio de la Ciudad Universitaria.

No duró mucho tiempo; 1954 debió ser un año importante y movido en la historia del Cerbuna. Aquel año cesó don Fernando Solano como director. Cesó también don Miguel Sancho Izquierdo al frente de la Universidad. Llegó un nuevo capellán, don Luis Borraz Zurriaga (1954-1957), otro canónigo zaragozano, más tarde Deán del Cabildo y Vicario General del Arzobispado. Tenía 54 años y venía adornado de un bagaje cultural impresionante. Nada menos que tres doctorados: Filosofía, Teología y Derecho. Profesor de Latín y Griego, era paño de lágrimas de muchos colegiales que acudían a él buscando ayuda para traducir a Homero o a Virgilio. «Tenéis que trabajar más». No aplicaba otro remedio.

Que en el Cerbuna no se debía estar nada mal entonces, a pesar de las incomodidades de un edificio nuevo sin terminar aún, lo demuestra una anécdota que me han contado personas allegadas a D. Luis. Cuando le nombraron capellán vivía en un viejo caserón junto a la Casa del Deán en el barrio de La Seo. «Todo un señor canónigo» se trasladó al Colegio «a vivir como un cerbuno» porque allí al menos «tenía calefacción». Estuvo sólo tres cursos. En 1957 llegó don Angel Alcalá Galvez (1957-1962), un sacerdote joven y brillante. Tenía 30 años y había nacido

GREGORIO MUÑO GONZALEZ

en Andorra (Teruel). Su formación, para la época, era de primera: se había doctorado en Roma y Salamanca. Elegante de porte, exquisito en el trato, era además un virtuoso del piano. Conversador infatigable, su despacho se convirtió en lugar de tertulia habitual que se prolongaba hasta bien entrada la noche en torno a una botella de coñac. Le tuve de profesor en el Seminario de Casablanca y recuerdo que a veces venía sin donnir: «Entre los chicos y los gatos no he podido pegar un ojo».

Don Angel era de carácter fuerte y sospecho que habría más de una batalla por cuestiones de disciplina. El capellán velaba por el orden y las buenas costumbres. En 1962 marchó a Estados Unidos y hoy es Catedrático de Literatura española en Brooklyn College, experto en temas religiosos y autor de numerosos trabajos sobre Jorge Santayana, Miguel Servet y la Inquisición española. Es uno de nuestros cerbunos en la emigración y varias voces han manifestado su sentimiento porque no se haya recuperado para la Universidad aragonesa.

En Jos años siguientes pasaron por el Cerbuna tres sacerdotes: don José Manuel Arenal(1962-1964), santanderino de Vega de Pas, que tras ejercer de médico en dos pueblecitos de Soria, ingresó en el Seminario y fue ordenado sacerdote. Estuvo en el Cerbuna entre 1962 y 1964. Tenía el don de la comunicación, una oratoria fácil y brillante, siempre avalada por una actitud de servicio a los demás. «Como soy médico -solía decir-, a mí me van más los casos concretos que las teorías. Deformación profesional». ¿Cuántas personas habrán acudido a él en busca de consejo y hasta de ayuda material? Profesor universitario, especialista en temas deontológicos, el «padre Arenal» era un maestro del diálogo entre la fe y la cultura. Todos le recordamos con cariño, sobre todo sus preciosas homilías, charlas y conferencias. Don José Manuel Arenal murió el 10 de noviembre de 1995 dejando muchos amigos y un hueco difícil de llenar. A don Francisco Javier Calvo Guinda (1964-66), químico por estudios, le tocó la época de los planes de desarrollo y de las primeras salidas al extranjero. Se iniciaba el «auto-stop». El mismo había estudiado en Alemania y hablaba con los colegas de sus viajes por Europa. Una forma de abrir la mente a otros horizontes. Don Carlos Salazar (1966-68), jurista por formación y oficio, simultaneó la dirección espiritual del Colegio con la del Seminario de Casablanca. ¡Vaya mezcla! Pero, cuidado, que aunqte no lo crean, sin duda tuvo que lidiar toros más fieros en el Seminario. Eran tiempos recios. Muchos seminaristas de entonces son hoy prohombres de la política, unos han medrado y se les ve; otros siguen sencillamente en los movimientos de base. Varios terminaron en la guerrilla. En el verano de 1968 le llegó el relevo, dejó el Seminario y el Cerbuna y marchó a Roma. Hoy es Vicario episcopal de la diócesis de Zaragoza

Llegó después don José Fernández Rillo (1968-75), 42 años, de formación francesa. Le tocaron años conflictivos. Comenzaba la rebeldía estudiantil. El final de una era. Su despacho fue en ocasiones lugar de refugio y asilo. Era también la época del diálogo cristiano-marxista. En el Pignatelli habló R. Garaudy: «Del anatema al diálogo». Años de postconcilio, los estudiantes católicos exigían homilías

MEMORIAS DEL CERBUNA

comprometidas y que denunciaran la situación. Don José fue nombrado párroco de San Miguel de los Navarros y murió prematuramente en 1990.

A partir del curso 1973-74 ha sido capellán quien firma estas líneas, Gregario Muñío González. Llegué con 30 años y hoy tengo 50. El Colegio han cambiado mucho en estos años, aunque el que yo empecé a conocer no era ya el mismo que el de los años cuarenta. Los colegiales no frecuentan tanto la capilla y los actos de culto son minoritarios, pero se han mantenido sin interrupción. La fe se vive, afortunadamente, más como opción libre que como costumbre social. Observo en los últimos años un mayor clima de respeto que en los setenta. ¿Signos? Uno bien sencillo: el cartel anunciando las eucaristías, colocado en la puerta de la capilla, dura todo el curso sin pintadas. Impensable en los años anteriores.

En la capilla, tan entrañable, hemos vivido momentos emotivos. Cada año la Fiesta de Bienvenida o la de la Asociación de Antiguos Colegiales. Se han celebrado bodas -fueron muy sonadas la de Santos González, que ha hecho célebre su frase «sacramental»: «ser cerbuno imprime carácter», y la del director Joaquín Lomba-, bautizos y primeras comuniones -qué mayor se ha hecho ya y qué guapa Mónica, la hija de Esteban y Agustina-. A José Luis Viviente le debemos haber conocido personalmente nada menos que al gran teólogo francés Cangar y al famoso Abbé Pierre, fundador de Traperos de Emaús. Cuando se celebró el Congreso Mariano Internacional de Zaragoza en 1979, el Cerbuna alojó al cardenal Silvia Oddi. Cenamos con él y en el diálogo con los colegiales derrochó simpatía y demostró tablas para capear el temporal. Hemos rezado por nuestros difuntos, que también los ha habido en estos años. Recuerdos imborrables y muy gratos para quien los ha vivido compartiendo la amistad de los colegiales de cada momento y de los que cada año nos reunimos en los encuentros de la Asociación.

Por cierto, que en la Misa que celebramos con motivo de los 25 años de la Asociación recibí un confidencia que también pertenece a la historia de nuestro Colegio y el capellán no puede dejar en el tintero. Al terminada celebración, nuestro buen amigo Gabriel Campo Villegas me llevó a la esquina de un banco y me susurró al oído: «Justamente en este sitio determiné un día consagrarme al Señor». Estudiaba entonces tercero de derecho. Hoy es sacerdote claretiano. El propio Gabriel me comentó que el suyo no fue caso único. Por aquellos años cada curso había alguien que decidía marchar al Seminario. ¿Raro, verdad? Pero cierto. Así de hermosa y variopinta es la «intrahistoria» de nuestro Colegio. Una historia apasionante que seguimos haciendo cada día con gracia de Dios.

LA ASOCIACION DE ANTIGUOS COLEGIALES, UNA REALIDAD DE FUTURO

Santos González

La Asociación de Antiguos Colegiales del Colegio Mayor Cerbuna constituye uno de esos proyectos ilusionantes y difíciles que uno se puede imaginar en la vida universitaria. Ilusionante porque contribuye a prolongar la Universidad más allá del obligado paso por sus aulas. Ilusionante porque contribuye a mantener y estrechar lazos de unión con aquellos con los que convivimos en una de las etapas más bonitas y esperanzadoras de nuestra formación personal. Ilusionante porque, desde fuera del recinto universitario permite ofrecer ayuda, experiencia e iniciativa a jóvenes amigos y compañeros a los que les puede ser muy útil en su futuro profesional inmediato. Pero también difícil porque, en una sociedad en la que priman las asociaciones por intereses personales y profesionales, parece una utopía, casi un milagro, la puesta en marcha de una asociación sin más fin, como rezan sus estatutos, que el de estrechar lazos de unión, afecto y ayuda entre personas que un día residieron en un hermoso recinto universitario. Y más milagro aún que, transcurridos 25 años desde aquella preciosa apuesta e iniciativa de Samanes, Castejón, Elías, Bolea, Arsuaga (q.e.p.d.), etc., la Asociación, nuestra Asociación, siga siendo cada día más fuerte, cale cada día con más viveza en las nuevas generaciones del Cerbuna y constituya lo que hoy día es: una auténtica realidad de futuro.

Para mí es muy difícil, casi imposible, hablar en abstracto de la Asociación de Antiguos Colegiales del Cerbuna a través de estas líneas. Tuve la suerte de vivir 14 años en el Colegio, 10 de ellos como post-graduado y ligado a la Asociación como

SANTOS GONZALEZ

vicepresidente primero y presidiéndola después. Estos años fueron muy intensos y me dieron la oportunidad de comprobar el carácter y hombría de bien que había cuajado en los que, en períodos más o menos largos, habían vivido en el Colegio. Y fundamentalmente constaté algo común a todos ellos: un inconmensurable culto a la amistad. Los amigos del Cerbuna eran auténticos amigos, amigos siempre y para siempre.

Residir en el Colegio como postgraduado y asumir con ilusión las responsabilidades de la Asociación, me permitió vivir el día a día del Colegio y conectar Colegio y Asociación. No hubo problema del Colegio al que la Asociación no fuera sensible y estuviera presta a colaborar en su eficaz solución. Obviamente sería muy largo pasar revista a dichas actuaciones, pero me consta que colegiales y dirección tenían en la Asociación un fuerte apoyo para afrontar con energía los diarios avatares de la vida colegial. Ciclos de Conferencias, Seminarios, Charlas de Orientación Profesional, Becas y Ayudas Económicas excepcionales e incluso experiencias profesionales prácticas para colegiales de últimos cursos tuvieron siempre a los Antiguos Colegiales como protagonistas entusiastas. Y como siempre con discreción y en muchos casos en el más riguroso anonimato, sólo movidos por el amor y gratitud al Colegio.

El Cerbuna imprime carácter, un carácter emprendedor y dinámico, y es por ello que su Asociación es algo muy distinto a un trasnochado club de nostálgicos y sentimentales. La Asociación viene dando pruebas suficientes de ello por lo que constituye un importante caudal, no sólo para el Colegio, sino para la Universidad Aragonesa.

La Universidad Cesaraugustana es hoy propiamente la Universidad de Aragón y cada vez serán menos los riojanos, navarros, catalanes, vascos, etc., que residan en el Cerbuna. Sólo la Asociación podrá seguir aglutinando a aquellos que un día pasaron por el Colegio, permitiéndoles mantener un vínculo con una Universidad de otra Comunidad Autónoma, aunque en definitiva con su Universidad. El reto es más difícil y por eso aplaudo la primera circular del nuevo Presidente de la Asociación. Es una espléndida iniciativa, y no dudo que el dinamismo de este Presidente, hombre estrictamente de la Empresa, va a ser un gran acicate para las nuevas generaciones del Cerbuna.

Por mi experiencia profesional en tareas educativas, estoy firmemente convencido de que este Proyecto es un poderoso mecanismo para una formación coherente y eficaz de nuestros jóvenes estudiantes. Tal vez la Universidad, cualquier Universidad, no cuida estos aspectos y, pienso, se echa de menos una Asociación como la nuestra a un más amplio nivel, por ejemplo de alumnos de la propia Universidad. No vendría mal un esfuerzo en esta dirección y, sin duda, la experiencia de la Asociación del Cerbuna puede servir de ejemplo.

Conectar a los colegiales con las Asociaciones Profesionales y Empresariales de los ex-colegiales y con sus experiencias prácticas, constituye un importante y apa-

MEMORIAS DEL CERBUNA

sionante paso en el devenir de la Asociación. La Sociedad necesita cada día más este tipo de iniciativas para tener unos universitarios totalmente conectados con los problemas reales que tiene planteados y que demandan una solución rápida y eficaz acorde con la modernización impuesta por las nuevas tecnologías. En definitiva, estoy convencido de que la Sociedad necesitaría muchas más experiencias de este tipo y por eso pienso que el Cerbuna puede sentirse orgulloso de tener una Asociación de Colegiales que es una realidad de futuro, una espléndida realidad.

Meditadas reflexiones, festivos recuerdos, concienzudos análisis, nostálgicas evocaciones, rigurosas crónicas... de todo un poco cabe encontrar en estas entrañables Memorias del Cerbuna, preparadas para conmemorar el cincuenta aniversario de la reconstitución del Colegio Mayor Universitario Pedro Cerbuna, perteneciente a la Universidad de Zaragoza. El Colegio de la libertad y la participación, del inconformismo, de la solidaridad y de la amistad.

De lo negativo del Cerbuna (¡si es que algo hay!) no nos enteraremos por este libro, dedicado íntegramente a la exaltación de la experiencia vivida por todos los autores. El tiempo, la vehemencia, el amor a lo propio, el orgullo por las señas de identidad, la fidelidad a la tradición, la lealtad llevan a determinados olvidos. Lo cierto es que quienes conocen de cerca la institución, la aman y no dejan de repetir los tres vivas tradicionales: ¡viva el Cerbuna! ¡viva el Cerbuna! ¡viva el Cerbuna!

